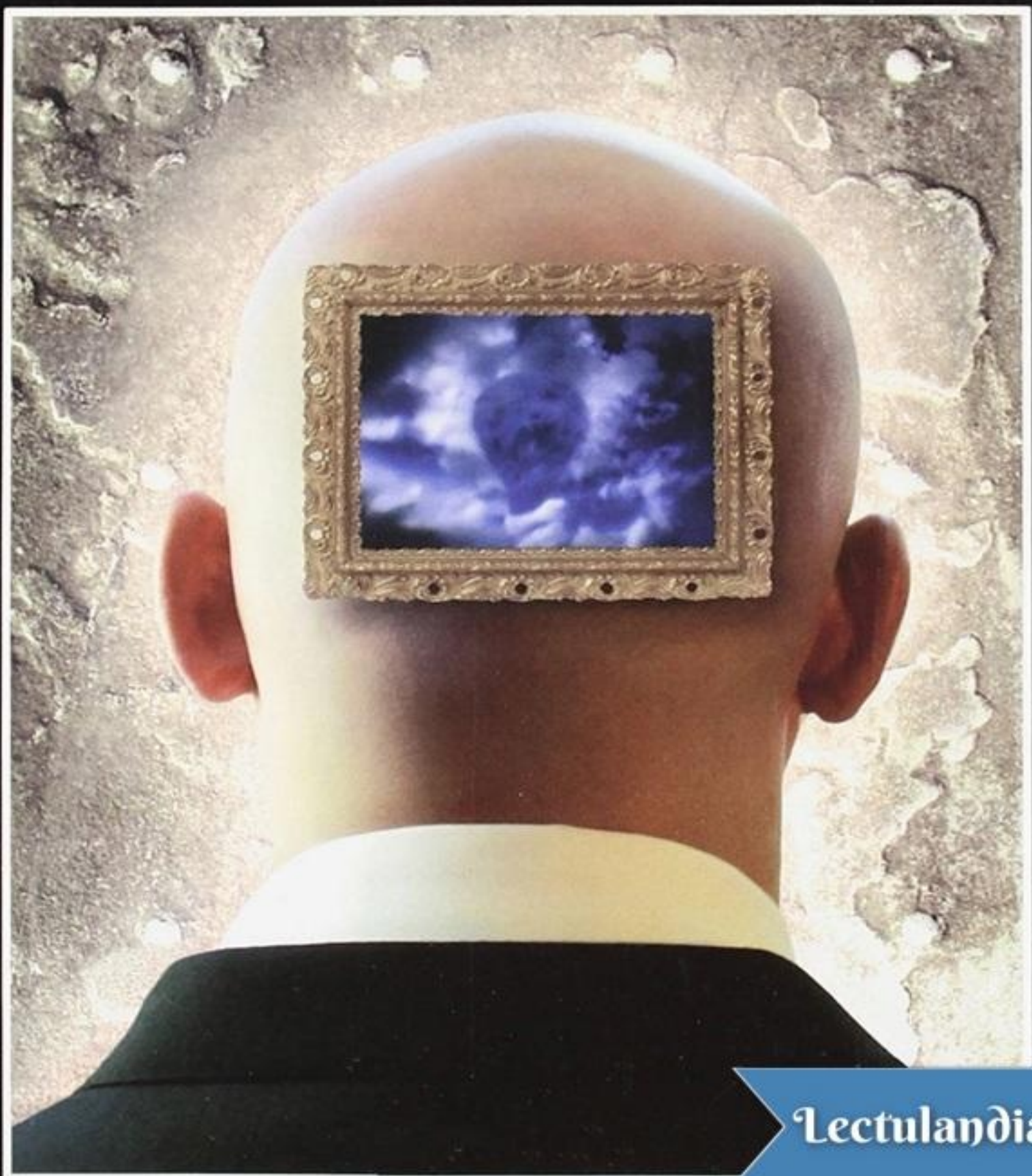


Arnon Grunberg

∞

CÓMO ME QUEDÉ CALVO



Lectulandia

Marek, el protagonista de esta novela, es un solitario y tímido estudiante de filosofía vienés de dieciocho años que se lanza a la búsqueda ansiosa y desesperada del amor total, salvaje, apasionado, infinito... Sin embargo, pronto se enfrenta a un traumático descubrimiento: su pene no está en armonía con el resto de su cuerpo. Para complicar aún más las cosas, su familia es más bien rarilla: dos hermanos desquiciados, una madre hipersensible y excéntrica y un padre incapaz de mostrar su afecto. Marek lo intentará todo para superar su defecto físico y para conquistar ese *amour fou* del que hablaban los surrealistas. Pero empiezan a surgir ciertos imprevistos: el joven protagonista comienza a quedarse calvo y, para colmo, su madre muere en circunstancias misteriosas.

Lectulandia

Arnon Grunberg

Cómo me quedé calvo

ePub r1.0

Titivillus 26.10.16

Título original: *De geschiedenis van mijn kaalheid*

Arnon Grunberg, 2000

Traducción: Isabel-Clara Lorda Vidal

Ilustración de la cubierta: *Man with Frame*, fotografía de Steven Puetzer, 2004

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El amor es una guerra de muchos frentes. Uno de los frentes fue mi cuero cabelludo.

De cómo una mujer madura puede hacerse rica

Me quedé calvo a una edad temprana. Siempre supe que el problema no tardaría en presentarse, pero, con todo, nunca imaginé que sucedería tan pronto.

Contaré aquí la historia de cómo me quedé calvo, y después no pienso escribir ni una palabra más.

Hay escritores que conciben un único libro en la vida: sobre una guerra, sobre una enfermedad terrible, sobre una hija desaparecida que reaparece en un pozo al cabo de cuatro años. Comparado con todo eso, la historia de cómo me quedé calvo podría parecer trivial, sí, pero las historias intrascendentes también tienen su importancia.

Mamá era una mujer elegante y fría que se preocupaba de los pobres y ejercía la caridad, pero que no podía salir de viaje sin su joyero y sus diamantes.

Murió a las tres semanas exactas de mi decimoctavo cumpleaños.

En menos de un año, papá contrajo segundas nupcias con Eleonore.

Papá era menos elegante que mamá. Comía como un cerdo, incluso en las cenas de postín, algo que mamá nunca le perdonó. Puede que mi madre sospechara que se había casado con ella por ser de buena familia, y también un poco por su dinero. Papá trabajó siempre como un burro para deshacer ese malentendido, pero mamá nunca dejó de decir:

—Cuando veo a tu padre, huelo la miseria.

Eleonore había perdido ya a dos maridos, el primero en un accidente de tráfico, el segundo, por un cáncer. Tras la muerte de su segundo esposo, quedó tan abrumada por la tristeza que decidió consagrar su vida a ganar dinero. Así fue. Y sobre lo de ganar dinero escribió un libro cuyo título rezaba: *De cómo una mujer madura puede hacerse rica*.

El libro obtuvo un éxito inesperado. Y no sólo en Alemania, Suiza y Austria, sino también en muchos otros países.

Unas tres veces al mes, Eleonore me decía:

—Han vuelto a reeditar mi obra. Está otra vez en las librerías. Qué éxito, Marek, qué éxito tan extraordinario.

Así, de paso, me restregaba por las narices mis frustradas ambiciones de escritor.

Los amigos de papá vieron en la fortuna de Eleonore la constatación de que sólo se interesaba por las mujeres ricas, pero lo cierto es que mi padre ya llevaba

acumulado un capital nada despreciable cuando la conoció.

El día de su segunda boda, mientras bailaba el vals con Eleonore, papá me susurró al oído:

—Los mejores matrimonios son los de conveniencia. La pasión es un sentimiento propio de mujeres histéricas.

Mamá no sólo dedicaba su tiempo a los pobres y a los artistas en apuros, también vivía sus momentos de efusión. Entre sus amantes hubo numerosos artistas pobres, aunque me apresuro a aclarar que no debe establecerse una relación entre la pobreza del artista y el amor de mi madre. No, ella no se dejaba llevar por la idea de cuanto más pobre, mejor. Algunos de sus amantes se mostraron celosos, y en cierto momento mamá adquirió un arma, pequeña y elegante, con la que una noche, en casa, disparó a la lámpara de araña y la hizo trizas.

Un domingo, papá y Eleonore me llevaron a comer a un restaurante lleno de encanto de Eisenstadt porque creían que yo, por ser el más joven, era a quien más había afectado la muerte de mamá.

—Eleonore, ¿no crees que deberías escribir la segunda parte de tu libro *De cómo una mujer joven puede hacerse rica*? —pregunté.

Ella fingió no oírme y comentó:

—Qué restaurante tan romántico, Fer.

Eleonore era una mujer muy distinta de mamá. No soportaba a los artistas en apuros y no quería ni oír hablar de armas.

Hasta que una desafortunada caída se llevó a mamá al otro mundo, yo escribía poemas en la más pura tradición de Paul Celan. Mi abandono de la poesía no tuvo que ver con la caída de mamá, pues por aquella época ya no escribía mucho. La caída de mi madre no fue sino el tiro de gracia.

A los catorce años me creía un artista. Organizaba tertulias en nuestro salón, y mamá, si estaba de humor, acudía a cantar. Ella había sido cantante de ópera en su juventud, y tenía talento, pero su carrera se vio truncada al quedarse embarazada del primer hijo.

La mayoría de los invitados a mis tertulias eran compañeros de clase y chicos del barrio. Mamá poseía una inmensa colección de sombreros. Nos dejaba elegir a todos un sombrero que luego nos poníamos. Las chicas revolvían los cajones en los que mi madre guardaba sus objetos de maquillaje y se pintaban delante del gran espejo del tocador. Los niños fumaban puros, porque mamá no tenía nada en contra del tabaco. Ella misma fumaba unos pitillos largos y finos, y de vez en cuando invitaba a un niño a que le contara algo de su padre.

Aún me veo sentadito en el salón con mis cócteles sin alcohol, mis pistachos, mi túnica de terciopelo, mi tostada con salmón, y mi mamá con su vestido de noche dispuesta a interpretar su repertorio ligero y a recitar, siempre que nosotros se lo

suplicáramos, un poema de Rilke. A decir verdad, con «nosotros» me refiero únicamente a mí mismo, pues los demás parecían interesados sólo por los sombreros y los puros, aunque siempre había un par de niños que se lanzaban sobre el salmón como si llevaran tres semanas sin comer.

Algunos padres venían a quejarse a mamá.

—A esta edad no deberían fumar puros, ¿no cree usted?

A lo que ella respondía:

—Usted tendrá su opinión, yo la mía. Yo no tengo nada en contra del tabaco.

Así era mamá.

Siempre estaba Helmuth, un niño ligeramente retrasado y autista con quien nadie quería relacionarse.

A mamá le encantaba Helmuth. Le compraba ropa a escondidas, pero él no se la ponía porque el gusto de mi madre no coincidía con el de los padres de Helmuth.

Los socios de papá encontraban a mamá un poco excéntrica, lo cual es casi inevitable cuando se posee tanto dinero como ella. Nadie le decía nunca a mi madre cosas como: «No deberías hacer esto, ¿no crees?». O bien: «¿No te estarás pasando un poco?». En realidad, nadie le llevaba nunca la contraria, porque ella detestaba que la contradijeran.

Mamá no llegó a conquistar un gran territorio en este mundo, tuvo que conformarse con una pequeña parcela de terreno. Ahora bien, sobre esta parcelita ella gobernó como reina y señora. Se llamaba Constanza. Nunca le gustó que la llamaran por su nombre.

Tocados con los sombreros de mamá, corríamos por el jardín persiguiéndonos los unos a los otros. Las criadas nos servían una gran variedad de sorbetes que mamá había mandado preparar, y, una vez engullido el helado, cantadas las canciones y fumados los puros, mi madre reunía todos sus sombreros y decía:

—Ahora dejadme sola.

Mamá podía pasarse horas contemplando su colección de sombreros. A veces, cuando me acercaba a ella, me rodeaba con su brazo y me decía:

—Ay, si estos sombreros hablaran...

Tengo dos hermanos. Daniel, el mayor, se desmayaba al menos veinte veces al año. Según decían, era anémico. Ahora es un director de orquesta de considerable renombre.

Pavel, el mediano, ha logrado convertirse en un gran economista. Suele llamarme por teléfono para repetirme que debo aprender a pensar y a vivir de una manera más práctica. Trabaja para el Banco Mundial, y en algunos aviones dispone de dormitorio propio.

A los seis años de mi nacimiento, mi madre volvió a quedarse encinta. Iba a ser una niña pero no llegó a ser una niña, fue un aborto.

Cayó dentro de la taza del retrete.

—Se me ha escapado —anunció mi madre.

Durante la cena, papá le reprochó a mamá:

—No sabes hacer nada.

Entonces ella se volvió hacia nosotros y dijo:

—Vuestra madre no sabe hacer nada. Ni siquiera tener un hijo.

Y, sin embargo, aquella noche oí a mi padre llorar en el cuarto de baño, y estoy convencido de que no lloraba porque mamá no supiera hacer nada, sino porque su hija sin vida había acabado dentro de la taza del retrete.

—Todavía no era un ser humano, era un coágulo de sangre —aclaró mamá, aficionada a las descripciones plásticas. Hasta un aborto lo presentaba como si fuera un reportaje sobre la naturaleza—. Y me dolía el vientre como si hubiera comido un mejillón en mal estado.

—¡Basta ya! —gritó papá.

Yo, como ya dije antes, escribí poemas melancólicos desde los catorce años, muy a pesar de mamá, a quien le hubiera gustado que fuera bailarín, y para gran disgusto de mi padre, porque la poesía nada tiene que ver con el éxito.

Mi segundo libro de poesía, con las hojas grapadas artesanalmente, llevaba por título *Lenguas muertas*.

Lo envié a todas las editoriales, veinticuatro de ellas de poca monta. Nadie quiso mi libro. Incluso hubo alguien que escribió un comentario crítico a pie de página: «Su lengua está, en efecto, muerta».

Cuando llegó la decimoquinta carta de rechazo de mi poemario, decidí comprar una cámara de fotos para evitar malentendidos. La fotografía no es lo mismo que la poesía, pero muchos la consideran una profesión creativa.

Iba a los parques, me escondía tras los matorrales y fotografiaba a la especie humana.

Yo lo hacía todo para evitar malentendidos, vivía para evitar malentendidos.

Hasta que empecé a quedarme calvo.

Mi calva comienza con Blondie. La cantante Blondie, para ser más precisos, con su canción *Call Me*.

Estaba yo en un café, uno de los muchos que había en Viena, sentado ante una carpeta de anillas que contenía resúmenes de importantes obras filosóficas.

Hacía ya tres años que mamá había muerto, pero debo confesar que la muerte de mi poemario me había afectado más que la de mi propia madre.

Una mujer sentada enfrente de mí, que se tomaba un café irlandés a pequeños sorbos, se inclinó de repente y me preguntó:

—¿A usted también le gusta?

La gente me aborda con frecuencia. Poseo un físico que, al parecer, atrae las

miradas. Soy de mediana estatura, ancho de hombros, tengo el pelo castaño, ondulado y brillante, y mi piel, de color aceitunado, es perfecta. Muchos me toman por brasileño. Por lo que he podido averiguar, no corre por mis venas ni una gota de sangre brasileña.

Debo confesar que el interés que despertaba en otros solía disminuir en cuanto empezaba a hablarles de mis *Lenguas muertas*, pero, si asentía con la cabeza en silencio, podía pasarme noches enteras en compañía de los hombres y de las mujeres más guapos.

No entendí qué quería de mí la señora del café irlandés. Por eso le sonreí. Detesto ser grosero. Puede que haya gente que considere que los modales son una forma vacía, pero yo prefiero las formas vacías a la ausencia de formas.

—La música —añadió la señora—. Es bonita, ¿no? *Call Me*, ¿sabe usted lo que significa?

Nunca me he considerado un seductor, a pesar de mi aspecto físico. Por el contrario, la gente, ya fueran hombres, mujeres o niños, no me interesaba especialmente. Mejor dicho, habíamos dejado de interesarnos, porque el interés debe ser mutuo. Yo seguía empeñado en resucitar a los muertos. Y un seductor no debe dirigirse a los muertos sino a la sonrisa de los vivos.

La señora sentada enfrente llevaba un abrigo de pieles. Calculé que tenía unos cincuenta años. No soy muy bueno calculando la edad de las señoras. Sobre la mesa estaban sus gafas de sol. Una de las patillas de las gafas llevaba escrito el nombre del diseñador.

—¿No le gusta a usted esta música?

—Prefiero la música clásica —contesté—. Me educaron así.

La señora tomó otro sorbito de su café irlandés y se echó a reír.

—¿No sería hora de que empezara usted a responsabilizarse de su educación?

—Estudio filosofía —aclaré.

La señora frunció los labios como para demostrar que mi respuesta le resultaba de dudosa calidad. Aunque tal vez quería que me fijara en sus labios.

—Doy clases particulares —añadí.

—¿A quién? —preguntó.

—A la gente.

—¿A jóvenes? ¿A mayores?

—Sobre todo a gente joven —respondí—. Gente con... —Buscaba la palabra adecuada y acabé por decir—: Gente con «trastornos de lectura». —Ese concepto sintetizaba muchas cosas.

El color de sus labios me recordó un deporte de invierno. A papá le encantaban los deportes de invierno. Si existiera la felicidad, algo que mi padre ponía seriamente en duda, pero, de existir, para él era sinónimo de deslizarse con esquís a toda velocidad cuesta abajo por una montaña nevada.

—Trastornos de lectura —repitió la señora en tono irónico.

—En realidad, ahora imparto clases a un solo chico —dije—. Se llama Max. Sus trastornos de lectura son bastante peculiares.

—¿Le interesan a usted los trastornos de lectura? —preguntó la señora, y de nuevo percibí cierta ironía en su voz.

Desde que había empezado a crearme artista, tenía el convencimiento de que la dedicación al arte requería una vida solitaria. Hasta que me percaté de que nadie compartía esa idea conmigo. Entonces me puse a estudiar filosofía. Me ganaba la vida como profesor particular, era un profesor particular.

Tal vez no profundicé nunca en mi relación con la gente por creer que la soledad favorecería mi poesía. Aunque sí había ahondado en mi relación con las lenguas muertas, los papeles, los libros, las teorías sobre el amor, los platitos de pistachos y los sombreros de mamá. Consideraba mi ingenuidad, que mi entorno se encargaba de demostrarme de cuando en cuando, como una virtud. Aún hoy considero que cierto grado de ingenuidad es una virtud; el cinismo es el arma de los vencidos.

Por supuesto que hubo un par de breves romances en mi vida, aunque lo que conservé de ellos fue, más que nada, el recuerdo del alivio que me produjo el final del embrollo, cuando mi carne volvió a desprenderse de la carne del otro y cada carne recuperó su identidad. Y es que, según había descubierto, un romance no era en realidad más que un lío terrible que te dejaba sin habla, siempre en busca de esa única palabra que no diera al traste con el idilio.

Fui abandonado y también abandoné. En cierta ocasión me cambiaron por un violoncelista genial, aunque en realidad no me afectó, fue como si le hubiera sucedido a otro. Yo rehuía toda implicación emocional.

—¿No le gusta lo que estudio? —pregunté por cortesía—. ¿Acaso imaginaba otra cosa? La gente suele pensar que estudio música en el conservatorio.

—Filosofía —dijo la señora—. Bueno, está bien. ¿Tiene usted un filósofo favorito?

Quise darle una respuesta meditada, una respuesta de esas que demuestran tu capacidad de aplicar conocimientos, la que se espera de un futuro filósofo, pero la señora se había puesto de pie y se disponía a marcharse.

Había dejado sobre la mesa sus gafas de sol y su bolso.

Proseguí con la lectura de mi carpeta de anillas. Poseo el porte elegante de mi madre pero la timidez de mi padre.

En el primer encuentro ya me tortura la idea de decepcionar a la otra persona. La tortura es de tal calibre que la cosa suele quedarse en un primer encuentro. Si deseo a la otra persona, lo sufro en silencio. Y preferiblemente a mil kilómetros de distancia o veinticinco años después. O mejor aún, con la muerte de por medio.

La mujer regresó a los cinco minutos. No volvió a sentarse.

—En el servicio de señoras —dijo—, debajo de las toallitas, encontrará una cajita de cerillas. Búsquela y sabrá dónde le espero mañana a las cuatro.

De pie, tomó otro sorbo de su café, frunció los labios por enésima vez y se puso

las gafas de sol.

Me vinieron de nuevo a la memoria nuestras vacaciones de invierno. Papá descendiendo una cuesta tras otra, y mamá esperándolo con el abrigo puesto en el vestíbulo del hotel. Si hablaba con alguien, siempre era con los empleados del hotel. A veces le decía a un camarero que pasaba por su lado: «Hazme un poquito de compañía, anda».

—¿Cómo entro en el servicio de señoras? —pregunté.

La pregunta divirtió a la señora.

—Vaya, vaya, vaya —respondió—. No me diga que no sabe cómo entrar en el servicio de señoras.

Ella se pasó la mano por su abrigo de pieles, como quien acaricia a su perro.

—Su pelo... —dijo la señora.

—¿Qué le pasa a mi pelo? —pregunté.

—Pásese la mano por su cabello.

Me pasé la mano por el cabello.

—Bien —dijo ella—. Mucho mejor.

Me quedé mirando a esa extraña mujer. En Viena viven muchas personas extrañas, y mi madre solía traer a casa a muchas de esas personas, tanto ricas como pobres. Mi madre tenía sus particulares estados de ánimo, y entonces era cuando traía gente a casa.

Durante largo tiempo sentí un gran interés por el *amour fou*. Si me hubiera topado con esa mujer a los quince años, habría visto en ella la encarnación del *amour fou*. Cajitas de cerillas en el servicio de señoras debajo de unas toallitas, así me había imaginado yo la escena, así entendía yo a los surrealistas, o al menos a algunos de ellos, aunque bien es verdad que las interpretaciones dicen algo del intérprete.

Pero en aquel momento ella no era más que una de las muchas señoras maduras atraídas por mi falsa apariencia brasileña.

La mujer se marchó sin despedirse, lo que interpreté como un gesto de provocación, más que como una señal de descortesía o de timidez patológica.

Blondie seguía cantando; habría jurado que era la tercera vez que cantaba la misma canción.

Vacilé, intentaba estudiar el resumen de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* de Kant, pero ya no hubo manera. Leía las frases sin comprenderlas, y cuando alcanzaba la proposición subordinada había olvidado el referente de la principal.

Si mamá no se hubiera caído estando de vacaciones en la montaña, no se me habría pasado por la cabeza leer notas escritas en cajitas de cerillas en el servicio de señoras, ni aceptar las excéntricas proposiciones de señoras con abrigo de pieles. Pero de repente sentí a aquella mujer tan cerca de mí como una paloma que se

hubiera posado sobre mi cabeza y picoteara granos de mi pelo.

Seguro que mamá, que, a su manera, fue una mujer de pocas palabras, había hecho también ese tipo de cosas: abordar a extraños en los cafés y dejar mensajes escritos en cajitas de cerillas en el servicio de señoras. En algún lugar debió de conocer a sus artistas bohemios.

De la gente que asistió a la ceremonia de cremación de mamá, a las tres cuartas partes no las habíamos visto jamás ni papá ni mis hermanos ni yo.

—¿Y éste quién es? —le preguntaba todo el rato a papá—. ¿Conoces a este señor?

Y papá me contestaba:

—No podemos impedir el acceso a nadie.

Mamá vivió como si el mundo le perteneciera, e hizo de todo por mantener esa ilusión.

Al final me dirigí al servicio de señoras. La paloma que tenía sobre la cabeza no dejaba de picotear.

Frente a la puerta del servicio de señoras vacilé de nuevo.

Miré a mi alrededor, no vi a nadie, y sin embargo me sentí ridículo e incómodo, de modo que entré en el servicio de caballeros y me lavé las manos: había un hombre orinando y no quería dar la impresión de que entraba en el servicio para nada. Fui educado con la idea de que uno siempre es observado, incluso en los lavabos.

En más de una ocasión le oí decir a mi padre, que se llamaba Ferdinand: «Ni en el cuarto de baño está uno solo».

Los días en que papá estaba de buenas se hacía llamar Ferdi, y Eleonore le había puesto el apelativo cariñoso de «Fer».

El hombre se puso a mi lado y se lavó las manos.

Me sonrió en el espejo.

Mi aspecto físico impresiona a la gente, aunque, la verdad sea dicha, sigo sin saber cómo sacar provecho de ello. Tal vez porque temo las consecuencias. Mamá fue una mujer bella y papá afirmó un día, en uno de sus momentos de locuacidad, que con su belleza mamá sumía a la gente en la desgracia.

Me dirigí por segunda vez al servicio de señoras y abrí la puerta de un tirón.

Siempre estaba a tiempo de excusarme con un «Oh, perdón, discúlpeme».

El servicio de señoras estaba vacío.

Revolví unas toallas apiladas a la izquierda del lavabo. Me sentí un *voyeur* y un vicioso. Al mismo tiempo pensé que si mamá me hubiera visto se habría hartado de reír. A ella le gustaban más los viciosos que las palomas. Si los muertos pudieran hablar, ella habría intervenido en este momento para decir: «Marek, muy bien, al fin empiezas a vivir». Tal vez, durante un instante fugaz, hasta me habría amado. Todo lo que tenía mamá de generosa con el dinero, lo tenía de tacaña con el amor.

Pero, lo mismo que los sombreros, los muertos son silenciosos por naturaleza.

Encontré la cajita de cerillas. La nota era escueta. Yo me había hecho la ilusión de que encontraría un mensaje escrito a pluma, la cajita de cerillas completamente garrapateada con planes para todo el verano y parte del otoño, un mensaje que concluiría con la pregunta: «¿Te vienes conmigo?».

Era una cajita de cerillas normal y corriente, como las que tienen en la barra de los hoteles y restaurantes de cierta categoría. Llevaba escrito el nombre y la dirección de un establecimiento que yo no conocía. Coctelería Las Cuatro Rosas.

Conocía pocas coctelerías. No me gustaba salir de noche.

En vida de mamá, de noche había siempre más cosas que hacer en casa que en cualquier coctelería. Y, en los últimos tiempos, yo había sentido una necesidad cada vez más apremiante de retirarme, aunque sin saber muy bien de qué.

Regresé a la mesa. Me guardé la cajita de cerillas en el bolsillo interior de mi chaqueta. Todas las cosas importantes me las guardaba en el bolsillo interior, por temor a que papá y Eleonore registraran mi dormitorio en mi ausencia.

Mamá fue incinerada por expreso deseo suyo, a pesar de que la familia hubiera preferido un entierro. Dejó escrita una carta con la intención de que, llegado el momento, yo la leyera en público. Una carta que había escrito mucho tiempo antes de morir.

Primero se reunió la gente en la capilla.

Un señor que no conocíamos esparcía pétalos de rosa sobre el ataúd de mamá.

Rolf Szlapka, el florista de mamá, sollozaba lastimosamente.

Papá estaba sentado en una silla, inmóvil, con su sombrero sobre el regazo.

La gente se acercaba a papá para estrecharle la mano, pero, al ver la mirada furiosa en sus ojos, retrocedían.

El tipo extraño seguía esparciendo pétalos de rosa. Deshojaba rosa tras rosa sobre el ataúd de mamá. Empezó a ponerme nervioso.

Entonces se presentó un señor de la funeraria que nos susurró:

—Hay que ponerse en camino, despacio.

Papá asintió con la cabeza mientras el tipo extraño seguía inclinado sobre el ataúd con sus pétalos de rosa. Papá había decidido que mis hermanos y yo portáramos el féretro, pero de pronto me aterrorizó la idea de que la caja fuera demasiado pesada, de que se me fuera a caer, de que se me escapara de las manos y mamá acabara tirada en la calle con su bonito vestido. Había llovido toda la noche y las calles estaban llenas de charcos.

—Papá —susurré—, no me encuentro bien, me temo que no voy a poder levantar el féretro. ¿Te importa que otra persona lo haga por mí?

Papá no reaccionó de inmediato. El sombrero seguía en su regazo, le echó una mirada y luego musitó:

—Si no puedes, no lo hagas. Se lo pediré a otro.

—Sí puedo —contesté—. No es eso.

—No, Marek —dijo, esta vez en voz alta—. No debes hacerlo si no puedes.

Todo el mundo me miraba, hasta los sollozos del señor Szlapka se detuvieron por un instante. Entonces papá se incorporó lentamente de su silla y dijo:

—Pues ahí vamos.

El marido de una tía abuela de Feldkirch portó el féretro en mi lugar, y yo caminé detrás de él, los ojos clavados en mis zapatos lustrados para la ocasión. Con lo que daba que hablar nuestra familia, no convenía añadir más motivos de habladurías.

La ceremonia de cremación tuvo lugar dos días después, y fue entonces cuando me tocó leer en público la carta que mamá había dejado escrita.

«A menudo, durante el desayuno, esperé este momento con ilusión», decía la carta.

Mamá no sólo fue una mujer apasionada y vital, sino que también experimentó momentos de profunda tristeza. A veces se pasaba días enteros sin hacer otra cosa que tocar el piano. Entonces hasta se olvidaba de que tenía hijos, y cuando subíamos al piso de arriba, donde estaba el piano, nos espetaba: «¿Qué queréis de mí?».

Mi hermano Daniel, el director de orquesta, siempre le había reprochado a mamá esa actitud. Sin embargo, yo nunca lo hice. Mamá era una mujer que a veces se olvidaba de que tenía hijos, sí, pero, aparte de eso, era una madre muy buena.

Más de una vez, las malas lenguas hicieron circular rumores muy desagradables acerca de mamá; todos falsos, que conste. A veces ella veía cosas que los demás eran incapaces de ver, eso es todo. En Helmuth, por ejemplo, vio a un niño de gran talento y lo llamaba «alma vieja». La mayoría de la gente lo consideraba un quejica. Mamá, en cambio, veía en él a un gran talento y a un alma vieja, y ella no dudaba nunca de la verdad de sus observaciones.

Hojeé un rato más la carpeta de anillas, dedicada por entero a Kant. De los filósofos he leído, sobre todo, resúmenes.

Me puse el abrigo y dejé una generosa propina. A papá y a Eleonore les gustaba que llegara puntual a cenar. A pesar de que Daniel me había aconsejado con insistencia que me alquilara una buhardilla, yo aún no había sido capaz de abandonar a papá y a Eleonore. Ella solía decir: «En Italia los chicos no se van de casa hasta que están preparados para el matrimonio». Y en su mirada veía que ella calculaba que yo necesitaba al menos cinco años más para estar preparado para el matrimonio.

Un camarero, que ya me había llamado la atención anteriormente por tener un tic

en el ojo izquierdo, se acercó a mí.

—¿Es usted Marek van der Jagt?

Asentí con la cabeza.

—Le llaman por teléfono.

—¿A mí?

—¿Es usted Marek van der Jagt o no? Porque si es así, tiene usted una llamada telefónica.

El camarero pronunció mi apellido de una manera cómica.

Seguí al camarero.

Sonaba una música de piano. Se amortiguaron las luces. El café se preparaba para la noche.

El camarero me alcanzó el auricular.

—¿Y bien? ¿Ha entrado usted en el servicio de señoras? —preguntó una voz femenina.

—Sí, he entrado —contesté.

El camarero del tic en el ojo izquierdo permaneció de pie a mi lado, como si temiera que me apropiara demasiado tiempo del teléfono.

—¿Le veré mañana por la tarde a las cuatro?

Me miré las uñas. Mamá me enviaba al manicuro una vez por semana, pero después de su muerte no había vuelto.

—En realidad tengo clase a esa hora, pero si a usted le apetece, iré.

—No se arrepentirá.

—Así lo espero —dije.

Después de lo de mamá, ya nada me extrañaba.

Me había acostumbrado a la gente que gusta de deformar la realidad de los demás, probablemente porque la realidad sin algún tipo de deformación les resulta insoportable, o, en cualquier caso, no es el lugar donde desean permanecer.

Para mamá, la realidad era un vestíbulo de estación que había que cruzar rápidamente.

—¿Cómo se llama usted, si se puede saber?

—Mica —respondió la voz—. M-I-C-A.

¿Era eso un nombre o un apellido? Podría ser cualquiera de las dos cosas.

—Es mi nombre —añadió la mujer anticipándose a mi pregunta.

El camarero del tic se puso lentamente en marcha, dispuesto a pasar a la acción en cualquier momento y arrebatarme el auricular de las manos.

—La veré mañana —contesté.

Sobre una servilleta escribí: «Mica, a las cuatro».

Aquella noche cenamos faisán. Eleonore comentó que un editor chino se había interesado por su libro y me preguntó cómo me iban los estudios. Papá permaneció en

silencio. La criada, que padecía un fuerte resfriado, nos rogó que nos ocupáramos nosotros de ir a buscar el postre a la cocina.

—Claro que sí, Bettina, métete en la cama y envuélvete en un chal calentito —dijo Eleonore.

Que Mica supiera cómo me llamaba no me había sorprendido. Gracias a mamá nuestro nombre era famoso en toda Viena.

El faisán estaba bien cocinado y era gustoso, pero yo no percibía el sabor, y dejé las preguntas de Eleonore sin contestar, porque papá hacía lo mismo.

A las diez y media, Eleonore me dio un beso y papá anunció:

—En el departamento de créditos hipotecarios trabaja una chica muy maja que quisiera presentarte.

Me tumbé en la cama y pensé en Blondie, en Kant, en mamá y en Mica; aún no sabía que existen cajitas de cerillas que pueden llegar a complicarte la existencia de tal manera que acabas por sentirte un extraño en tu propia vida, un invitado, un huésped.

Creo que mamá se sintió una invitada en su vida. Siempre hacía como si la vida no fuera con ella, como si no le perteneciera. Como si hubiera ido a parar a la vida por casualidad, como cuando entras en una casa por error y te quedas allí en contra de tu voluntad. Porque en la calle llueve a cántaros y no llevas paraguas.

Cuando mamá se recluía muchos días seguidos con su música —además del piano, tocaba regularmente el violoncelo—, papá acababa por hartarse y la obligaba a bajar al comedor y a cenar con todos. Entonces mamá, entre bocado y bocado, solía levantarse de la silla sin razón aparente. Se dirigía al aparador y, ladeando un poco la cara, vomitaba en una de las numerosas fuentes de plata.

Nosotros debíamos hacer como que no pasaba nada y seguir comiendo con normalidad. La criada salía corriendo hacia la cocina con la fuente, papá removía su sopa con la cuchara y decía:

—Hoy ha sido un buen día en la oficina, los seguros de vida van viento en popa, verdaderamente es un mercado en crecimiento.

Papá era un señor importante en el mundo de los seguros. No miraba a mamá, miraba al frente.

Mamá se limpiaba la boca con decisión, volvía a sentarse a la mesa y decía:

—¿Dónde está mi piano?

—También en Asia —seguía papá— vendemos seguros de vida.

Más adelante, papá se convenció de que mamá corría el riesgo de perder el juicio si pasaba tantas horas entregada a su música, de modo que decidió cerrar con llave la habitación del piano. Y custodiaba la llave como si de un valioso tesoro se tratara.

—A vuestra querida madre —advirtió papá— no le sienta bien tanta música, porque es una mujer sensible y cierta clase de música puede resultar nefasta para las

personas sensibles.

A menudo, cuando yo llegaba del colegio, me encontraba a mamá delante de la ventana del salón y, al verme, me tendía la mano y me preguntaba:

—Marek, ¿dónde está mi piano? ¿Qué han hecho con mi piano? Y mi violoncelo, ¿qué ha pasado con él?

Yo me mordía los labios, porque no podía decirle que papá había escondido el violoncelo y había encerrado el piano. Tanta música perjudicaba a las personas sensibles, y mamá podría padecer visiones.

También había que esconder los periódicos, porque las desgracias de los demás podían afectarle de una manera tremenda. En las escasas ocasiones en que se olvidaba del piano y del violoncelo, tal como se olvidaba de que tenía hijos, se entregaba en cuerpo y alma a sus obras de caridad.

—Joachim Tschudel —era capaz de decir— pierde el tiempo en la redacción de ese miserable periódico, cuando debería terminar su obra maestra sobre Mongolia. Me dejó leer un par de capítulos. Es brillante, aterradoramente brillante. Pero el hombre no tiene dinero y por eso pierde el tiempo en ese miserable periódico.

Durante días no habló más que de Joachim Tschudel. A veces hasta lo vimos fugazmente, sólo fugazmente. Papá toleraba la presencia de los artistas de mamá, pero no les permitía la entrada al salón. Debían permanecer en la cocina y en los cuartos de las criadas.

Papá decía entonces:

—Mamá cena esta noche en la cocina con el señor de la barba.

Y no malgastaba más palabras en el asunto.

Quien piense que a papá no le gustaba divertirse se equivoca. A veces, cuando tenía un buen día, después de cenar nos proponía:

—Venga, chicos, salgamos a bailar.

Y es que a papá le encantaba bailar enfrente de casa. Nuestra casa era grande, tenía cuatro plantas.

Se ponía el batín y mis hermanos y yo teníamos que echar a correr y él nos perseguía bailando y emitiendo grititos de placer como una criatura, porque también papá era feliz de vez en cuando.

Una vez al mes, nos daba unos azotes. No porque nos hubiéramos portado mal o porque él estuviera borracho, no, sino para prepararnos, como él decía, para los golpes que nos iba a dar la vida.

No viví nunca sus azotes como algo negativo. En realidad, junto con el baile colectivo, constituían uno de los escasos momentos de intimidad entre papá y sus hijos.

Durante un desayuno de Pascua mamá preguntó:

—¿Cuántos hijos tengo?

—Tres —contesté.

Papá, con la mirada clavada en el pan con pasas, dijo:

—El pan con pasas sabe mejor cada año.

—No —rectificó mamá—, tengo cuatro. Pero ¿dónde está el cuarto?

—No le hagáis mucho caso a mamá, no es bueno para su salud. Ignorad su presencia —nos pidió papá.

—¡Estoy harto de vuestras gilipolleces! —gritó Daniel.

Mi hermano arrojó su servilleta al suelo y se marchó —estuvo dos días sin aparecer por casa—, pero Pavel y yo permanecimos sentados a la mesa.

Así tomamos nuestro desayuno de Pascua, ignorando la presencia de mamá.

—El pan de pasas sabe cada año mejor, chicos. ¿No lo habéis notado? Cortemos un par de rebanadas para el señor Edwin.

A Edwin, el chófer de papá, le dábamos comida y juguetes los días de fiesta, y a veces incluso los días normales.

¿Habrá soñado papá alguna vez con otra cosa que no sean los seguros de vida? Me cuesta imaginarlo. Y sin embargo sé que sí, que alguna vez, mucho tiempo antes de que yo naciera, soñaba con otras cosas.

A las once y media oí en el pasillo los pasos amortiguados de Eleonore. El faisán le producía dolor de estómago, aunque lo cierto es que, con faisán o sin faisán, siempre encontraba algún motivo para tomarse a medianoche un par de vasos de leche caliente con unas gotas de valeriana.

Me levanté, me puse las zapatillas que papá me había regalado cuando cumplí los dieciocho años y subí a la habitación donde todavía estaba el piano de mamá.

Me senté ante el piano y reflexioné sobre mi vida.

No quería sentirme un invitado en mi vida, no quería sentirme como mamá, para quien la vida había sido en esencia una recepción oficial sin más consuelo que un puñado de hombres atractivos a los que había poseído alguna vez.

Coctelería Las Cuatro Rosas

Al día siguiente me presenté en la coctelería Las Cuatro Rosas a la hora exacta de nuestra cita.

El establecimiento estaba ubicado en un sótano; descendí cinco escalones. En un rincón en penumbra alguien tocaba el acordeón.

Era un local de esos que yo siempre trataba de evitar. Demasiado oscuro y agobiante, y con ese olor demasiado fuerte a gabardinas que se secan lentamente.

No vi a Mica por ningún lado, me senté a la barra y, como no sabía qué tomar, pedí agua. No había mucha gente, unas diez personas. Era temprano, aún no había empezado la hora de las copas.

Esperé un cuarto de hora, y ya empezaba a sospechar que Mica no aparecería cuando la camarera, mientras me servía un café irlandés, me dijo:

—Te invita la señora, la de aquel rincón —y señaló a la mujer del rincón.

Entonces la reconocí; no llevaba puesto el abrigo de pieles ni la peluca. También el tono de su maquillaje era distinto.

Mica tocaba el acordeón. Una vez acabada la canción, alzó una copita pequeña y me miró. Yo asentí con la cabeza.

—Ve a verla —me dijo la camarera.

Me dirigí a su mesita con la copa de café irlandés en mi mano temblorosa y me senté a su lado. Esperé a que me dirigiera la palabra. Pero ella permaneció en silencio. Mica tocaba el acordeón y bebía vodka como si en breve le fueran a prohibir para siempre ambas actividades.

Después de que Mica interpretara otro tema, que fue recibido con un discreto aplauso, depositó el acordeón a su lado, encima de una silla, y dijo:

—Marek, eres un reloj.

Sonreí, porque, si algo soy, es un reloj.

Mica tenía la piel clara y unos ojos inquisitivos, y olía a piscina, a una piscina al aire libre en verano.

—¿No me invitas a una copa?

—Creí que estaba usted tomando algo —contesté.

—El café irlandés era para ti.

Miré el café irlandés y luego la copita sobre la silla, a su lado. Estaba medio llena.

—Siempre se puede invitar a una señora aunque ésta no se haya terminado la copa —dijo—. Y será mejor que nos tuteemos, eso facilita las cosas.

¿Qué cosas había que facilitar?

Le tendí la mano.

—Marek —me presenté—. Encantado de conocerla.

Solté una risita. Las cosas no siempre son fáciles, cierta incomodidad es inevitable si uno quiere sentirse vivo.

—Mica —replicó ella—. Acércame esa silla, por favor. Necesito apoyar la pierna. Cojeo. Al parecer, es a causa de la humedad.

Acerqué la silla y Mica apoyó en ella la pierna derecha.

Miré su pierna. Era una pierna normal enfundada en unas medias negras normales.

—Sí, hoy vuelve a hacer humedad —añadió.

Yo no había notado humedad alguna, pero debía de ser así, pues estaba hablando con alguien que obviamente sabía más que yo de esas cosas.

—¿Es ésta su profesión? —pregunté señalando el acordeón.

Mica inclinó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una carcajada.

—Mi profesión, sí, llamémoslo mi profesión. Pero ¿no íbamos a tutearnos, Marek?

El día anterior no me había fijado en lo gorda que estaba. No lo vi hasta ese momento. Rellenita, que suena mejor.

En mi familia somos todos esqueléticos.

Mamá poseía un pecho generoso que, sin embargo, no disimulaba su delgadez. Papá dijo en cierta ocasión: «Vuestra madre no tiene caderas. No entiendo cómo ha podido parir hijos».

A mí la gordura me parece agradable y simpática, sobre todo en las mujeres.

—Anda, pídemme una copa —dijo Mica.

Me examinó de pies a cabeza y me dio la impresión de que se estaba divirtiendo.

Aquel día yo llevaba botines.

—¿Qué quieres tomar?

—Ella lo sabe —respondió Mica señalando a la mujer de detrás de la barra.

Por unos instantes me pregunté cómo era posible que me estuviera sometiendo a las órdenes de una acordeonista coja y entrada en años, pero enseguida comprendí que no debía preguntarme tantas cosas, que debía pensar menos y aprovechar lo que me brindaba la ocasión.

Al final de su vida, mamá también cojeó. En realidad, todo cojeaba por aquel entonces. Algunos de sus amantes hasta quisieron acostarse conmigo. Pero nunca llegaron al extremo de acosarme. A mamá le gustaba la gente rara pero educada.

—El camello es el barco del desierto —solía comentarme mamá—. Pero mi barco es el amor.

Era mentira. El barco de mamá eran los celos. Era capaz de suscitar celos en todo

el mundo, incluso en el cartero, porque en cualquier momento podía olvidarse de tu existencia. En el mismo instante en el que le tendías la mano para saludarla, ella ya estaba desapareciendo de tu vida.

La camarera lucía unos pendientes que parecían dos moscas.

—Es para Mica —aclaré señalándola con el dedo como si temiera que no todo el mundo la conociera por el nombre de Mica.

Mi voz sonó ronca, como aquella vez en que quedé con un editor que dos semanas antes me había enviado una carta de rechazo. Resultó que no tenía ni idea, que lo había olvidado por completo. Cuando, al final de la conversación, se lo recordé con delicadeza, me soltó:

—Mire usted, joven, que mi firma figure en esa carta no significa nada, yo ni siquiera veo todas esas cartas.

Después de ese incidente no he vuelto a quedar con un editor ni por casualidad.

—¿Otro café irlandés? —preguntó la camarera mientras servía vodka en una copita. Sin hielo.

—Un café normal —contesté.

—¿Estás seguro? ¿No quieres que le eche un chorrito de algo al café?

Qué raro, pensé, que a alguien se le ocurra ponerse unos pendientes que parecen dos moscas, dos moscas ampliadas.

—No, no quiero nada, sólo café.

—Eres nuevo aquí —dijo la camarera, y puso una galletita en mi plato.

No era una pregunta, ni siquiera era una observación, sino una afirmación, la descripción de mi estado. Hacía más de veinte años que yo era nuevo, mi novedad parecía eterna. Si no me andaba con cuidado, moriría aún nuevo.

Una noche, poco antes de su muerte, mamá me dio un consejo.

—Marek, procura no morirte sin haber sido usado.

—¿Qué quieres decir con eso, mamá?

—Las personas —aclaró— deben ser usadas, de lo contrario la vida carece de sentido. Hay que evitar quedarse vacío, ¿me entiendes?

Los frigoríficos pueden quedarse vacíos, pero ¿las personas?

—¿Me he quedado yo vacío? —pregunté.

A la mañana siguiente partimos de viaje a la montaña con ocho maletas, y fue entonces cuando comprendí que mamá se había pasado todos aquellos años luchando para no morir sin ser usada, y que ahora me tocaba a mí hacer todo lo posible para que el día de mañana pudiera morir con el consuelo de haber sido usado, y no poco usado.

La primera vez que papá se enteró de que mamá tenía un amante, permaneció un par

de minutos inmóvil en la butaca, como si sufriera una confusión momentánea por un problema con un seguro de vida. ¿Qué edad debía de tener yo? ¿Doce? ¿Once? Algo así. Entonces a papá se le ocurrió preguntar:

—¿Te ha visto desnuda?

Mamá prorrumpió en una carcajada, nunca la habíamos visto reír de esa manera. Pavel, Daniel y yo la mirábamos como si asistiéramos a un espectáculo.

—¿Que si me ha visto desnuda? —exclamó mamá. Aquél debió de ser uno de los momentos más divertidos de su vida.

Entonces papá gritó:

—¡Vosotros, corriendo para arriba! ¡Para arriba, he dicho!

Y se abalanzó sobre nosotros. Mientras nos perseguía se desabrochó el cinturón. En eso papá era extremadamente hábil. Y luego lo agitó en el aire.

Me acerqué a Mica paso a paso.

El café se derramó en el plato y mis manos temblaban más, si cabe.

Ella bebía su vodka como un hombre, yo tomaba mi café a sorbitos. Me quedé esperando una palabra de Mica, impaciente, lleno de curiosidad y con el vago presentimiento de que no sería capaz de estar a su altura.

Cuando su copa estuvo casi vacía, me hizo cosquillas debajo de la barbilla y dijo:

—Nadie te va a comer.

No debería haberlo dicho.

Cuando cumplí los diecinueve mi padre me regaló unas tijeras de podar enormes. Tenemos un jardín grande pero sin seto, y además venía un jardinero dos veces por semana, o más cuando iba mal de dinero. Quise preguntarle a papá: «¿Por qué me has regalado unas tijeras de podar?». Sin embargo, nunca llegué a formular esa pregunta porque sabía que carecía de respuesta. Así que las guardé en mi habitación, debajo del escritorio. Al menos me sirven de arma por si entran a robar en casa.

—Mica —comencé cuando ella había apurado su copa hasta la última gota—, no quisiera parecer maleducado, pero me pregunto por qué me has hecho venir.

Es curioso que todo el mundo crea siempre que necesita a otra persona para hacer algo en la vida, y se me ocurrió que tal vez Mica me había citado allí sólo porque se aburría, porque quería divertirse. Algunas señoras maduras adoran a los jóvenes.

Mica se echó a reír, como cuando le pregunté si su profesión era tocar el acordeón.

Cogió una maleta que había detrás de su silla. Pensé que iba a guardar en ella el acordeón pero me entregó la maleta.

—Toma —dijo.

Era una maleta de color marrón, antigua y rayada.

De pronto temí que papá entrara en el local con alguno de sus socios. Seguramente me haría una señal con la cabeza, apenas perceptible, y luego me

ignoraría. Esperaría tres días para preguntarme de sopetón: «¿Y tú qué hacías en Las Cuatro Rosas?».

No está mal tener dos hermanos triunfadores, un padre triunfador y una madrastra triunfadora, aunque, por otro lado, resulta una lata porque toda comparación te perjudica siempre. Con el tiempo, la gente siente que te debe un respeto, tal como se respeta a los enfermos terminales evitando pronunciar en su presencia el nombre de su enfermedad.

En las reuniones familiares nunca se pronunciaba mi nombre, de modo que era como si sufriera una enfermedad mortal.

A juicio de papá, no existía un sustitutivo del éxito, y Eleonore solía decir:

—Yo empecé con un título de mecanógrafa, Marek. Y mira adónde he llegado.

Y entonces señalaba con el dedo la librería donde figuraban todas las traducciones de su libro *De cómo una mujer madura puede hacerse rica*.

Seguía sentado al lado de Mica, con una maleta sobre el regazo.

—Tienes un aspecto tan inocente... —observó Mica—. Pareces un recién nacido.

Depositó la maleta en el suelo.

«Un recién nacido». ¿Qué clase de comentario era aquél? ¿Acaso me veía con cara de bebé porque la suerte me había deparado un cutis sano y un pelo brillante?

—Tengo que irme —afirmé.

Mica se acercó la copa a los labios, aunque ya no contenía ni una gota.

En ese momento sonaba como música de fondo una *chanson* francesa, e intenté recordar el nombre del cantante. En el colegio solíamos escuchar *chansons* en clase de francés y luego analizábamos las letras. Fui a un Colegio Internacional, allí lo analizábamos todo, hasta las *chansons*.

—Llévate la maleta —me pidió Mica—. Si no, habré cargado con ella en balde.

De pronto, su voz se volvió severa y, pese a la oscuridad, pude distinguir con claridad los poros de su nariz. Tanto había arrimado su cara a la mía.

Miré a la camarera, que estaba apoyada en la barra con la mirada perdida, y entonces pensé en lo rico que era papá y en lo rica que era Eleonore, y en toda la gente que había muerto sin ser usada.

—Lo siento. No puedo aceptar tus regalos —respondí removiendo tontamente el café con la cucharilla. No contenía azúcar ni leche, y el café estaba tibio.

—Pero, bueno, chico —dijo Mica—. Esto no es un regalo.

Se abrió la puerta y entraron dos señores.

—Llévate la maleta —insistió Mica—. No es un regalo, son pertenencias de tu madre.

Los dos hombres se habían sentado a una mesita. Uno de ellos llevaba una carpeta llena de papeles, y yo intenté concentrarme en los calcetines de ambos. Los dos llevaban unos calcetines con dibujos.

—Y pídemme otra copa —ordenó Mica.

La señora con las moscas en las orejas sirvió la copa antes de darme ocasión de

pedírsela.

Hice ademán de asir la copa e irme, pero la camarera puso su mano sobre la mía.

Era una mano fuerte y cálida. Las mías suelen estar húmedas. Papá también suele tener las manos húmedas.

—Mica es una persona especial —comentó la camarera.

—Sí —contesté con voz ronca—. Es especial.

—¿Te apetece otro café?

Asentí con la cabeza. Sus preguntas eran órdenes. Alguien depositó un platito sobre la barra con decisión.

Seguí sus movimientos.

La camarera se movía como una mujer que no conoce la duda.

Cuando me disponía a pagar, me dijo:

—Chocolate caliente con ron, ¿lo has probado alguna vez?

Y se echó a reír, como si me fuera imposible llegar a entender lo que había querido decir.

Otto también alquila habitaciones

Un hombre se sentó al lado de Mica. Un hombre menudo con una gorra. Una de esas gorras inglesas. Nadie en Viena lleva ese tipo de gorras.

Tenía las mejillas hundidas. Su boca era una línea.

—Marek —dijo Mica—, te presento a Otto.

Depositó las copas sobre la mesa y le estreché la mano.

Llevaba la muñeca cargada de joyas.

Y el cuello lleno de colgantes.

Permanecí de pie.

—Siéntate, Marek —me ordenó Mica—, no nos gusta alzar la vista para verte.

Acerqué una silla de otra mesa.

—Otto es escultor —prosiguió.

Yo incliné la cabeza.

Otto permanecía callado. Me examinaba con atención.

Llevaba consigo una bolsa de plástico llena de frutas.

A mí nunca se me habría ocurrido entrar en una coctelería con una bolsa de plástico llena de frutas. La vergüenza alimentaba mi cuerpo. A mamá le hacían gracia los hombres que desconocían la vergüenza, sobre todo si eran pobres y artistas. Los artistas ricos, por el contrario, sí la conocían, necesariamente, porque el dinero genera vergüenza.

Mientras miraba las frutas, supe que era hora de volver a casa. Papá y Eleonore debían de haber empezado a cenar y sin duda Eleonore habría comentado: «Este chico no es feliz, se le nota en todo. ¿Tiene ya novia?».

Seguro que papá permanecía en silencio, porque para él la infelicidad era una enfermedad para la que no se había descubierto todavía una vacuna. Y hablar de la infelicidad era algo así como mentar al diablo.

Otto sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo interior de su chaqueta.

—Otto también alquila habitaciones —me informó Mica.

Y de nuevo incliné la cabeza.

Otto era escultor, Otto alquilaba habitaciones. Sólo pude reaccionar con una inclinación de cabeza a semejante información. Cualquier palabra que pronunciara en ese contexto sería malinterpretada.

Uno de los hombres en cuyos calcetines me había estado fijando soltó una sarta de tacos y yo me quedé mirando la maleta, que no era una maleta de acordeón.

—Tengo que irme —insistí.

Otto dio una calada a su cigarrillo. Miré el humo que echaba lentamente por la boca.

Llevaba un broche en el jersey. Un planeador de plata con unos pequeños diamantes incrustados en la cola.

—El matrimonio es una cárcel —afirmó Otto despacio.

—Le esperan para cenar —explicó Mica.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó Otto.

—Estudio —contesté— y doy clases particulares.

Otto sonrió. Eso de las «clases particulares» parecía hacerle gracia.

También lucía unas joyas en las orejas, me fijé en ese momento. Sus labios eran tan finos que casi parecían inexistentes. Me miró como si esperara algo de mí.

—Otto, no asustes al chico —intervino Mica.

Hice ademán de dirigirme a la barra.

—No pagues, Marek. Ya lo haré yo —dijo Otto.

Hablaba con un ligero acento que no supe identificar. Y esa voz ronca. Hablar parecía costarle un gran esfuerzo.

Arrimé la silla, una vieja costumbre, vestigio de mi educación. La bolsa con la fruta cayó al suelo. Un instante después, me encontré en cuclillas recogiendo los limones, las peras, las ciruelas y las cebolletas.

Mica se reía.

Los clientes de Las Cuatro Rosas me miraban.

Hasta el hombre que había proferido los tacos a gritos permanecía en silencio.

—Lo lamento —me excusé—. Lo lamento.

—No importa —repuso Mica—. Otto lo lava siempre todo cuidadosamente.

Un par de ciruelas habían rodado hacia el otro extremo del bar y habían quedado aplastadas. Me ofrecí a pagarlas, pero Mica intercedió.

—Pero, bueno, qué educado eres.

—¿Qué contiene la maleta? —pregunté, tras llenar la bolsa de Otto.

Otto no había hecho el más mínimo ademán de ayudarme. Mica tampoco. Eran personas mayores y tal vez los dos cojeaban.

—Ropa —contestó ella.

Sonreí, qué otra respuesta cabía esperar, era natural: las maletas, salvo contadas excepciones, contenían ropa. Algunas maletas contenían cuerpos humanos.

—Ropa lavada y bien planchada —aclaró Mica.

—Gracias por haberse tomado la molestia de plancharla, es usted muy amable —me oí decir a mí mismo.

Suelo tragarme las preguntas por temor a las respuestas y para no resultar maleducado. Quizá mamá había prestado la mitad de su vestuario a uno de sus artistas pobres y éste, después de pensárselo un par de años, había decidido devolver la ropa. ¿O es que no ordenaba nunca su casa y no había encontrado la ropa hasta ese

momento?

—Habíamos acordado tutearnos, Marek. Cada vez que me tratas de usted, me siento horriblemente vieja. Si no la quieres, puedo venderla y quedarte el dinero.

—¿Cómo?

—La ropa.

—No —contesté—. No es necesario.

Sonó el teléfono, y la camarera lo cogió. Oí cómo le soltaba un bufido a su interlocutor. Su profesión requería soltar bufidos a mucha gente. Tal vez fuera una profesión adecuada para mí, pues, a juicio de Pavel, me hacía falta aprender a hablarle a la gente en un tono más brusco para quitármela de encima.

—Otto tenía muchas ganas de conocerte —reconoció Mica—. Ahora ya te conoce.

Primero le estreché la mano a Mica, luego a Otto; a continuación cogí la maleta y abandoné Las Cuatro Rosas.

Ya habían servido la sopa de tomate.

Tomábamos sopa de tomate tres veces por semana porque a papá le gustaba la sopa de tomate.

En el pasillo me topé con la criada.

Llevaba una cestita con pan en la mano y se echó a reír.

Alguien le enseñó a reír, y desde entonces no había dejado de hacerlo. En cuanto se encontraba con alguien, se echaba a reír.

—Diles que voy enseguida —le pedí.

—¿Quieres que te ayude?

—No —contesté.

Subí las escaleras corriendo, con la maleta. Intenté meterla en uno de mis armarios, pero al ver que era imposible, la deslicé debajo de la cama.

Lancé una mirada fugaz al espejo y bajé las escaleras con calma.

Papá me miró irritado, pero yo no le hice caso, y me tomé la sopa a toda prisa.

—Hay que avisar que la próxima vez echen menos pimentón —se quejó Eleonore.

—Qué guapo está hoy el señorito Marek —advirtió la criada mientras recogía los platos.

Pensé en la maleta debajo de mi cama, como el delincuente piensa en las huellas de su crimen.

Sonreí.

—Sí, mejor que ayer —intervino Eleonore.

La criada era una fuente de alegría que papá y Eleonore toleraban porque nunca se propasaba.

La criada lo veía todo, la más pequeña mancha en el pantalón, una miga de pan en el sofá, y sin embargo en su mundo no existían la causa y el efecto, y, de existir, no le interesaban.

Ella no respondía a la ley de mi padre según la cual no existe sustitutivo del éxito, o puede que mi padre manejara otras definiciones del éxito cuando se trataba de las criadas.

Papá, que siempre esperaba de todo el mundo que diera el máximo de sí mismo, sentenciaba a menudo: «No cuentes con una recompensa en el mundo futuro, exige siempre tu recompensa de inmediato». Papá, que insistía sin cesar en que había que

llegar más alto y no conformarse nunca, cuando se trataba de la criada, la dejaba hacer. A ella no le exigía nada, a ella le permitía ser quien era y permanecer donde estaba.

Llevaba ya casi veinticinco años con nosotros, no tenía marido ni hijos, pero sí una subida de sueldo anual y un generoso aguinaldo navideño. Parecía contenta.

Algunas veces, en su día libre, la habían visto en ciertos bares acompañada de hombres, pero sobre su vida guardaba ella todavía más discreción, si cabe, que sobre la nuestra.

Al parecer, mucho tiempo atrás, siendo yo aún un crío, le sucedió algo que en casa solían calificar como «una historia trágica». No se hablaba nunca del asunto y yo nunca pregunté nada, porque eso perjudicaría la condición, a mis ojos semidivina, de la criada.

Papá y ella no intercambiaban más de seis palabras al día y, sin embargo, se había creado entre ellos una extraña armonía. Cuando por las mañanas ella le tendía a mi padre el abrigo o le decía: «Señor Van der Jagt, no tan rápido, el café caliente abrasa el intestino», me recordaba vagamente a una madre, una madre como las que salen en las películas y en los libros.

Nos sirvió el cordero.

—¿Quiere trincharlo usted o lo hago yo?

—Ya lo haré yo —contestó papá.

—¡Oh, cordero! —exclamó Eleonore.

Me miró contenta, tal vez con la esperanza de que yo respaldara su opinión de que aquel cordero representaba la culminación de una feliz jornada.

Papá cortaba la carne despacio, mientras yo miraba un gran retrato de mamá que le hicieron poco antes de cumplir veinticuatro años. Yo había propuesto un par de veces sacar el retrato del comedor con el argumento de que «no tenemos por qué mirarlo cuando comemos».

Papá se negaba a hablar del asunto.

—Como obra de arte carece de valor —le insistía yo.

—No es una obra de arte —contestaba papá—. Es tu madre.

Eleonore también consideraba una falta de respeto retirar el cuadro.

—A mí no me molesta —intervino—. Me gusta el cuadro. Y nunca pienso en tu madre cuando lo veo —añadió, y se calló en seco, como alarmada por su sinceridad.

—Una loncha es suficiente —rogué.

Papá me lanzó una mirada rápida, luego miró la carne que sujetaba entre el tenedor y la cuchara, y a continuación me dio la impresión de que encogía levemente los hombros como dando a entender que no merecía la pena discutir sobre el asunto.

La falta de apetito era algo que irritaba en extremo a mi padre.

Eleonore y papá se sirvieron dos lonchas de carne.

—Hoy —anunció papá— han vendido los derechos del libro de Eleonore a Rumanía, es extraordinario, y pensar que al principio todos esos editores se

mostraron escépticos...

Bajé la cabeza. Eleonore estaba radiante.

—He dado en el blanco de casualidad, las cosas han venido rodadas —repuso Eleonore.

Pensé en las señoras maduras de todo el mundo que estarían intentando desesperadamente hacerse ricas con el libro de Eleonore; debían de tener el libro sobre la mesilla de noche, como si fuera una Biblia.

Eleonore tragó un trozo de cordero y se limpió la boca.

—Y pensar que hace un par de años ignoraba que supiera escribir... —se maravilló.

Bajé la cabeza aún más. Papá volvió a llenarnos el vaso con agua mineral.

—Pero el mismo editor me dijo —prosiguió Eleonore animada—: «Eleonore, escribes mejor que todos esos supuestos autores literarios, tu gramática es impecable».

Yo ya no podía bajar más la cabeza.

—Eleonore —intervine mientras examinaba la carne—, la literatura no es una cuestión gramatical, ¿no crees?

Se limpió la boca una vez más y luego observó la servilleta como si quisiera descubrir las manchas que había dejado en ella.

—No hago sino repetir lo que me dijo el editor, y éste seguro que sabe de lo que habla. Yo soy, como me dijo textualmente, «la portavoz de una generación relegada al olvido».

Papá se puso de pie y fue a poner música. El *Réquiem* de Mozart. En el mundo de papá, Mozart encarnaba el éxito, el salvador de aquellos cuya religión consistía en triunfar en lo que otros habían fracasado.

—Fer, ¿a ti qué te parece? —preguntó Eleonore—. «La portavoz de una generación relegada al olvido».

Papá no contestó. Papá mantenía los ojos cerrados.

—¿La portavoz de qué generación? —pregunté sin alzar la cabeza, aun a sabiendas de que papá no soportaba ese gesto mío.

A veces llegaba a repetirme más de cinco veces en una noche: «No bajes la cabeza, Marek. La cabeza no es un costal de harina. Cuando hables, mira a la gente a la cara con orgullo».

—La portavoz de las mujeres maduras que viven solas —explicó Eleonore mirando a papá.

Pero papá seguía con los ojos cerrados. Escuchaba la música. A papá no le gustaban las discusiones, o mejor dicho, no le gustaban las discusiones disparatadas, pues las consideraba una forma especialmente abyecta de violencia absurda, sobre todo si tenían lugar en el ámbito familiar.

—Pero si tú no vives sola —objeté.

—Cuando empecé a escribir sí que vivía sola, y era madura y mujer; la sociedad

me trataba como a un negro. Deberías leer las cartas que me llegan, las mujeres que me escriben: «Gracias a usted he recuperado la autoestima».

Papá abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Detestaba las palabras del tipo «sociedad», «autoestima», «negro». El plato de Eleonore estaba vacío. Como nadie decía nada, ella tomó de nuevo la palabra.

—El editor me dice: «Eleonore, lo mejor de ti se manifiesta cuando empleas tu estilo personal».

Otro cachete en mi cara. Eleonore tenía idealizado al editor. Un hombre que calzaba botas camperas y ganaba dinero con libros como el de Eleonore, y luego publicaba de vez en cuando obras que recibían buenas críticas en los suplementos literarios de los periódicos más influyentes pero que apenas se vendían. Ese tipo afirmaba haber descubierto a Eleonore.

—Sí —prosiguió Eleonore—. El editor me dijo: «Intenta escribir una historia, Eleonore».

Eleonore hablaba como la gente que juega sola al tenis contra una pared. No necesitaba la reacción de los demás, le bastaba y sobraba con escuchar el eco de sus propias palabras.

En otros tiempos, todo lo que había en casa me recordaba a mamá; ahora no podía dar un paso sin darme de bruces con *De cómo una mujer madura puede hacerse rica*. Y a buen seguro que la cosa no iba a quedar ahí. A saber qué otros libros sería capaz de escribir Eleonore si alguien no lo impedía.

Entró la criada.

—Señorito Marek —dijo—, siento interrumpir pero le llaman por teléfono.

Papá abrió los ojos. La llamada había alterado la delicada armonía musical.

Papá odiaba las llamadas telefónicas en general y, en particular, las de después de las seis de la tarde, que consideraba una grosería.

Si cada persona fuera un libro, papá sería un libro de instrucciones con al menos siete partes.

—Disculpad —dije.

Me fui al salón, pero luego me arrepentí. Debería haber ido a la cocina, porque las puertas correderas entre el salón y el comedor estaban abiertas y la conversación entre papá y Eleonore no era tan animada como para no oírme.

—Marek van der Jagt al habla.

—¿Interrumpo la cena?

—En realidad, no.

—He olvidado decirte que quisiera que me devolvieras la maleta.

Guardé un instante de silencio.

—¿Quieres que te lo devuelva todo?

—No, sólo la maleta. Pero no me corre prisa —añadió Mica.

—Bien, no creo que haya ningún problema —contesté.

—Tal vez puedas pasar esta semana otra vez por Las Cuatro Rosas, mañana por

ejemplo. ¿Te va bien a las cuatro?

—Mañana te devuelvo el libro —improvisé—. Ya habré completado mis apuntes.

—¿Hay gente escuchando? —preguntó Mica.

—No... No me parece un tema difícil —respondí.

—Entonces te veo mañana.

—Sí, hasta mañana.

Regresé a la mesa y me puse de nuevo la servilleta sobre el regazo.

Nadie me preguntó nada.

Papá se limpió los labios con cuidado.

—La chica esta de la que te he hablado, la de los seguros hipotecarios, vendrá hoy a casa a las nueve a tomar café. Me gustaría que la conocieras. Se llama Inge —me explicó.

—Bonito nombre —señaló Eleonore—, tan suave al oído...

Miré el retrato de mi madre. Mamá tenía aspecto de cortesana.

Aparecía envuelta en plumas.

La criada nos sirvió piña.

—Y muy inteligente —concluyó Eleonore.

—¿Cómo? —dije.

—Inge —contestó Eleonore—. Algunos nombres suenan mucho más inteligentes que otros.

Papá arqueó las cejas y luego hizo crujir los dedos, algo que solía hacer cuando se veía forzado a contenerse. Mamá no lo soportaba, se ponía frenética.

—Eso es una tontería, Eleonore. Los nombres no son inteligentes. Las personas, tal vez, aunque en casos contados.

Y soltó su típica risita. Una risita parecida a una tos, como cuando uno se ahoga.

Recordé que al día siguiente había quedado con Max. Max tenía dieciséis años. A cambio de una pequeña retribución, yo iba a su casa tres veces por semana a darle clase, a veces más.

Nunca quedaba con dos personas a la vez. En eso, yo era muy meticuloso. Un profesor particular debe serlo. Los pequeños errores podían sembrar el pánico en cualquier momento. No abandonaría nunca a Max. Max y su madre contaban conmigo, tal vez fueran las únicas personas en el mundo que contaban conmigo. La sensación de que alguien cuenta contigo, de que alguien te necesita, me pareció al principio una condición indispensable para renovar la confianza ciega e instintiva en la vida. Hasta que llegó el momento en que esta sensación, que antes me resultaba tan placentera, se convirtió en una presión, en una carga, en una promesa que, aunque nunca había pronunciado, al parecer sí había hecho, y poco a poco me corroía por dentro.

Fue el profesor Hirschfeld quien me habló de la necesidad de confiar ciega e instintivamente en la vida, y de lo que podía suceder cuando esa confianza desaparecía. Con el profesor Hirschfeld solíamos hablar de criminales y de filosofía.

—¿En qué piensas, Marek? —preguntó Eleonore.

Tampoco podía dejar plantada a Mica. Alguien que guardaba ropa de mamá bien se merecía que le devolvieran la maleta.

Papá se puso de pie, la cena había acabado, y nosotros le imitamos. Aunque no eran todavía las nueve, fue a sentarse en el salón.

Le gustaba disfrutar de un rato de tranquilidad antes de recibir a las visitas. Eleonore se sentaba a su lado y se ponía a meditar o permanecía en silencio, lo que viene a ser una forma de meditación.

Papá me había presentado ya a muchas mujeres, unas ocho en total. Casi todas trabajaban en su empresa de seguros. Papá concebía la vida como un invento que, pensándolo bien, era inútil, de modo que tanto el invento como el inventor eran castigados con el silencio, por mucho que lo que viniera después de la vida fuera probablemente mucho más inútil. Y, a pesar de todo, tenía prisa. Uno no podía faltar a su deber cuando participaba por obligación en el inútil invento llamado vida.

—Voy a arreglarme un poco —me excusé.

Primero fui al cuarto de baño, me lavé las manos, me peiné y luego saqué la maleta de debajo de la cama.

Estaba llena de pegatinas con textos ilegibles.

Oí a la criada subir las escaleras. Se disponía a preparar los dormitorios antes de acostarnos.

La maleta estaba sucia como si hubiera pasado mucho tiempo bajo la lluvia en un camino arenoso.

Por un instante, pensé que la maleta no contenía ropa de mamá. Que se trataba de un error, de un error deliberado, vista mi experiencia con Mica.

La maleta tenía tres cierres.

Alguien llamó a la puerta.

—Marek... —dijo la criada.

—No entres —la avisé—. Estoy desnudo.

La mujer se alejó sin contestarme.

Los tres cierres se abrieron con idéntica facilidad.

La prenda de encima era un vestido de noche que, en efecto, había pertenecido a mamá. Reconocí la tela.

No había mucha gente que saliera a la calle con ese tipo de vestidos.

También reconocí los otros vestidos. Habían sido cuidadosamente doblados y planchados, tal como Mica me había asegurado.

Olí los vestidos pero no noté nada. Por mucho que hundiera la nariz en la tela, nada, sólo percibía un vago olor a algo químico, aunque tal vez fueran imaginaciones mías.

Pensé en sacar los vestidos de la maleta, pero temí no ser capaz de volver a

doblarlos con la misma perfección. Como si el aspecto de los vestidos tuviera una importancia crucial.

Entonces sonó el timbre de la puerta de entrada y bajé las escaleras a toda prisa. Debía llegar a tiempo al salón para saludar a Inge.

Inge era una mujer alta. Llevaba unos zapatos que la hacían aún más alta. Y no es que fuera especialmente delgada.

Estábamos los cuatro sentados en el salón; Inge hablaba por los codos.

Era rubia, pero se había teñido de rojo, de modo que su pelo tenía reflejos rosados y lila.

Su cara, aunque vulgar, tenía cierta gracia.

—Llevo poco tiempo en Viena —dijo Inge—. Soy de Innsbruck.

—Innsbruck. Hemos estado allí muchas veces —recordó Eleonore.

Papá sujetaba una bandeja con bombones.

—Toma uno, Inge, son los mejores bombones de Viena. Quizá de toda Austria —le ofreció papá.

Inge tomó un bombón y lo depositó en una servilleta.

—¿Y usted? ¿Estudia usted filosofía?

Cruzó las piernas. Siempre me han admirado las mujeres capaces de caminar con esos tacones de aguja que ella llevaba.

Eleonore respondió por mí.

—Marek es brillante. Todos hemos leído lo que ha escrito sobre Schopenhauer.

—Sobre Hegel —intervine—. Un resumen de un resumen de su «*Introducción*» a *la Fenomenología del espíritu*, nada especial.

En algún lugar de la casa se oyó un reloj que daba la hora.

Papá se inclinó hacia delante y cogió su tacita de café de la mesa del salón.

—Eleonore también escribe —comentó papá con una mueca, como si le doliera. Aunque es probable que todas las otras afirmaciones le dolieran todavía más.

Me concentré en los tacones de aguja de Inge, y de repente la imaginé trajinando con las tijeras de podar que papá me había regalado. Podaba los rosales, y mientras lo hacía cantaba una canción.

—¿Suele usted cantar? —pregunté de sopetón.

Inge soltó una risita.

Papá carraspeó.

—Sólo en la iglesia —contestó Inge—. Pero no muy a menudo.

—Nosotros tampoco cantamos muy a menudo —dijo Eleonore.

—Ni vamos a la iglesia muy a menudo —añadió papá.

Papá era un acérrimo enemigo de la Iglesia.

Inge se inclinó hacia delante. Me miró. Me sentí examinado.

Entonces me imaginé caminando con ella por la calle: ella tropezaba, se agarraba

a mí y me arrastraba en su caída hasta acabar los dos en el suelo en un barrio a las afueras de Viena. Un barrio que yo no conocía. Y ella se echaba a reír con esa risita tonta que había soltado cuando le pregunté si cantaba. Apretaba su boca contra la mía y yo me ahogaba.

—¿Marek se parece más a su madre o a usted? —preguntó Inge.

Todos me miraron fijamente.

Buscaban un parecido entre yo y mis padres, pero mi padre y mi madrastra permanecieron en silencio. Eleonore se quedó mirándome con una intensidad poco frecuente en ella.

—Marek —dijo de repente—, no te recortarás las cejas, ¿no?

¿Hasta dónde tiene uno que bajar la cabeza para volverse invisible?

—¿Marek? —insistió.

—Un poquito —susurré.

—Pero ¿no sabes que luego te crecerán más rápido, que al recortarlas salen con más fuerza?

Estoy seguro de que todo el mundo pensaba en las cejas, y más concretamente en mis cejas, durante el silencio que se produjo y que duró al menos un minuto.

—Yo diría que se parece más a su esposa —comentó Inge—. Aunque no la he conocido, claro está. Ella tenía el pelo igual de bonito.

Vi que Inge miraba a papá, y en su mirada leí que papá le gustaba mucho más que yo. No era la primera vez que las chicas que papá traía a casa se interesaban más por él que por mí. Probablemente se sentían atraídas por un mundo en el que no existe ningún sustitutivo del éxito. Un mundo así emana erotismo.

—Padezco insomnio —confesó Inge. Y tras una breve pausa añadió—: Quizá debería irme.

Pero no se marchó. Sólo cambió de postura. Y los miembros restantes de la familia Van der Jagt se quedaron mirándola fijamente, perplejos ante esa repentina confidencia enunciada entre el tercer y cuarto bombón.

Inge no sólo padecía insomnio: también padecía una enfermedad que le impedía estarse quieta.

Eleonore miraba a su alrededor y, como el silencio parecía pesar sobre todos nosotros, yo decidí intervenir.

—Bonitos zapatos, Inge.

Otro movimiento de piernas.

—Los estreno hoy —reconoció ella.

Inge echó los hombros hacia atrás, sacando pecho, y de pronto me recordó a una de esas estatuas, llenas de musgo y excrementos de pájaros, en un jardín abandonado.

—De modo que usted escribe... —prosiguió Inge. Por un instante creí que me hablaba a mí.

Eleonore se animó.

—Por supuesto.

—¿Puedo preguntar qué escribe?

—*De cómo una mujer madura puede hacerse rica*. Te daré un ejemplar. Llévatelo si quieres, a tus padres les hará gracia. Fer, te parece bien que se lo ofrezca, ¿verdad?

—Puedes hacer todo lo que tú quieras, Eleonore —contestó papá.

Eleonore salió resuelta de la habitación sin responder a papá.

—Mis padres no leen mucho —dijo Inge.

—¿No? —se interesó papá.

—Mi madre padece migraña.

—Mucha tranquilidad —añadió papá—, y habitaciones oscuras.

—¿Sabe usted qué es la migraña?

Papá se echó a reír. O a toser. O a ambas cosas a la vez. Hizo un gesto de rechazo con las manos que podía indicar: «No me des palmadas en la espalda», pero también: «No me hagas hablar, de migrañas lo sé todo».

Si existiera la reencarnación, papá se reencarnaría en un sordomudo.

Eleonore volvió con un ejemplar de su libro *De cómo una mujer madura puede hacerse rica*.

—Toma —le dijo a Inge—, regálaselo a tus padres, ya lo he firmado.

Por primera vez, advertí en el rostro de Eleonore un gesto de determinación. Vi que era una persona rica y madura que no estaba dispuesta a dejarse arrebatar ni el dinero ni la vida. Por primera vez, vi al hombre que había en Eleonore. No era un hombre agradable.

Inge hojeó el libro. Eleonore esperaba, papá miraba fijamente a Inge y en la puerta apareció la criada con otra bandeja de bombones.

Cuando papá la vio, le hizo un gesto con la mano y ella desapareció discretamente para regresar al instante con el abrigo de Inge.

Todos nos pusimos de pie.

Volví a pensar en la maleta con la ropa planchada de mamá, y en Mica, y en la doble cita que había concertado contra mi costumbre. Tendría que cancelar mi cita con Mica, pero no sabía de qué modo. ¿Cómo ponerme en contacto con ella?

De repente vi a Inge delante de mí tendiéndome la mano.

—Adiós, Marek —se despidió—. Ha sido un verdadero placer conocerle, espero que volvamos a vernos pronto. En lo que a zapatos se refiere, tenemos el mismo gusto.

Bajé la mirada automáticamente. Estaban cerca, sus zapatos.

—En este mundo, hay más cosas además de zapatos —murmuró papá. Luego tosió tres veces y la criada supo que debía acompañar de inmediato a Inge hasta la puerta.

Un hombre interesante

La madre de Max me abrió la puerta.

Llegaba con cinco minutos de antelación, como siempre. Me llevó a la cocina y preparó un té.

—Hoy tendré que irme un poco antes —anuncié.

A la señora se le ensombreció la cara.

—Si quiere, la próxima semana vengo un día más.

Abrió con brusquedad un armario. Un olor a canela invadió la cocina.

—Sin cobrar, por supuesto —y sonreí.

—El chico no anda muy bien últimamente —me advirtió la madre de Max, que no permitía que la llamara señora Blumenthal, a pesar de que se llamaba así.

Insistía en que la llamara Trude.

Pero yo no la llamaba Trude.

—Pues yo creo —contesté, pensativo— que estamos haciendo grandes progresos.

Miré por la ventana y me fijé en un árbol sin hojas.

He conocido muchas cocinas deprimentes, pero ninguna tan deprimente como la de la madre de Max. Cuando no olía a canela, olía a salchichas de Frankfurt.

—No sé —siguió ella—, no sé... De un tiempo a esta parte, no anda muy bien.

Aquel día, la madre de Max llevaba el pelo suelto.

Cuando la señora Blumenthal tenía un mal día, su cabello olía también a salchichas de Frankfurt.

Pero aquél no era un mal día.

Era jueves, y la madre de Max iba a la peluquería los miércoles. Por eso el jueves no era nunca un mal día. El mal día era el martes.

—Compruébalo tú mismo —sentenció.

Conocí a la señora Blumenthal por un anuncio en la facultad.

En el tablón colgaba una nota que decía:

SE BUSCA PROFESOR PARTICULAR PACIENTE Y CARIÑOSO
PARA UN JOVEN DIFÍCIL PERO INTELIGENTE

«Paciente y cariñoso», así quería ser yo. Además, ya iba siendo hora de ganar algún dinerillo, aunque sólo fuera para saberme capaz de ganarme la vida. Puede que el dinero no sólo genere vergüenza, sino también autoestima. Primero autoestima, luego vergüenza, probablemente en ese orden.

Según me contó la señora Blumenthal, se habían presentado más de veinte personas para el trabajo, pero ella supo enseguida que yo era el indicado. Por mis ojos.

Según me contaron los otros estudiantes que se presentaron, lo que ocurrió fue que éstos se lo pensaron mejor y se echaron atrás.

El marido de la señora Blumenthal trabajaba de portero en un hotel. Lo vi una sola vez, enfundado en su uniforme de portero.

El hombre me miró con ojos apagados, y su mujer tuvo que presentarme tres veces: «Éste es Marek van der Jagt, el profesor particular».

Luego el marido, sin verme, con la mirada perdida, me estrechó la mano.

—Esta noche ha vuelto a gritar —me informó la madre de Max.

Me sirvió un té.

—Eso lo hacemos todos a veces —intenté consolarla, y le puse una mano sobre el hombro.

Había conocido a toda clase de víctimas, pero nunca antes a una víctima de un accidente de tráfico.

Su madre me había advertido que el chico tenía un problema, y yo imaginé que se trataba de una depresión relacionada con una pubertad precoz.

Tras nuestra segunda entrevista, la señora Blumenthal me propuso lo siguiente:

—Intentémoslo durante un par de meses. —Y añadió—: Ha llegado el momento de presentarte a Max.

Porque hasta ese momento no me había permitido conocer a mi alumno.

Nos dirigimos a la habitación de Max. Ella delante, yo detrás.

La señora a quien debía llamar Trude tenía unas pantorrillas gruesas.

La habitación estaba a oscuras.

Delante de un escritorio había un muchacho sentado en una silla de ruedas. El chico miraba fijamente una pared de donde colgaba uno de esos calendarios donde se anotan los cumpleaños. A su izquierda tenía un ordenador en cuya pantalla nadaban unos peces.

—Max —dijo su madre—, aquí está el chico que te dará clases particulares.

Max tenía el pelo rubio dorado y llevaba un jersey verde.

Ni el chico ni la silla de ruedas se movieron.

Me concentré en los peces que nadaban en la pantalla.

—Max —repitió la madre—, éste es Marek van der Jagt, el profesor del que te he hablado.

En cierta ocasión le oí decir a alguien: «El silencio de Dios puede ser una respuesta». Pero aquel silencio no me pareció una respuesta, sino más bien una pregunta.

—¡Max! —insistió la señora Blumenthal.

Intenté recordar mi pubertad. En rápida sucesión, cruzaron por mi mente toda una serie de eyaculaciones y de poemas, y mi madre echando la buenaventura, su cigarrillo en una boquilla negra, para variar.

Mamá disfrazándose de gitana.

Mamá poniéndome un par de sombreros.

Y, finalmente, mamá disparando a la lámpara de araña.

Ahora que mi pubertad pertenecía a un pasado prudentemente acotado, comprendía que había sobrestimado la belleza de mis poemas y subestimado la belleza de mis eyaculaciones. Los poemas habían mejorado, aun siendo perfectibles, y las eyaculaciones habían disminuido.

En aquella época confundía el semen con las emociones, lo cual me aportó belleza alguna vez, e incluso algún instante de felicidad. La mayoría de las veces, dolor.

—¡Max! ¡Te llamo por última vez!

Quién llamará a quién, me pregunté. ¿Y qué quería decir con eso de «por última vez»?

—¡Max! —chilló la mujer a quien debía llamar Trude.

La silla de ruedas se puso lentamente en movimiento.

Era una silla de ruedas con motor eléctrico.

Giró ciento ochenta grados. Escuché, tenso, el zumbido del motor con la mirada clavada en mis zapatos y en el suelo de linóleo, hasta que oí a la madre gritar:

—¡Max! ¡Apaga el motor! ¡Para ya!

Alcé la mirada.

La cara de Max daba la impresión de haber sido desgarrada y luego reconstruida por un oligofrénico que hubiera visto la ocasión de fabricar una criatura a su imagen y semejanza.

—Preséntate —ordenó la madre.

Consideré oportuno tomar la iniciativa.

Me acerqué a mi alumno.

Cuando llegué frente a él, su brazo izquierdo se movió lentamente en mi dirección.

La mano no se abría del todo, como suele pasarles a los ancianos.

El otro brazo yacía inerte sobre una tablilla de madera.

Deslicé con dificultad tres dedos en la mano izquierda de Max. Él los agarró.

Por temor a que mis ojos delataran algo, miedo o asco por ejemplo, en cualquier caso algo que no quería ver ni yo mismo y que para mi alumno debía permanecer invisible, clavé mi mirada por encima de él, en el calendario.

Saqué mis tres dedos de su puño y regresé a la puerta.

—Hola, Max, encantado de conocerte. Creo que nos vamos a llevar bien —afirmé.

No hubo más respuesta que otro medio giro de la silla de ruedas.

Entonces Max se quedó en la misma posición en que lo habíamos encontrado hacía un momento, con la vista clavada en el calendario, aunque puede que no viera el calendario, puede que viera cosas muy distintas, como me pasaba a mí durante la pubertad, cuando veía cosas inexistentes, o como mamá, que se pasó toda la vida viendo cosas que no existían.

—Bien —dijo la madre de Max—. Basta por hoy.

Cuando, ya en la puerta, volví de nuevo la cabeza, sentí como si no hubiera ni rastro de vida en aquella habitación. Bueno, prescindiendo de los peces en la pantalla del ordenador, que, con un poco de buena voluntad, podrían considerarse vivos.

Trude cerró la puerta con cuidado.

—Está un poco tocado psíquicamente —susurró.

—Sí, es natural —contesté.

—¿Te apetece tomar algo?

—Claro, muchas gracias.

Trude sacó de la nevera una botella de vino blanco.

—Niebla en la montaña —masculló la mujer mientras descorchaba la botella—. En un viaje en coche con los padres de un amigo. Sin cinturón de seguridad. Los demás salieron peor parados.

Descorchó la botella.

«Peor parados». ¿Cómo había que imaginarse aquello? La nada. Quizás algo semejante a una lombriz genéticamente manipulada y diez mil veces ampliada.

Trude llenó dos copas.

—Necesitaría una intervención de cirugía plástica, evidentemente, pero no nos lo planteamos como prioridad. Vayamos al salón.

Una vez en el salón, la madre de Max sonrió y brindó:

—Salud.

—Salud —contesté—. Las cuestiones estéticas suelen carecer de importancia vital.

Trude se arrimó a mí, noté su aliento.

—Nuestro seguro nos pone trabas con lo de la cirugía plástica. Se niegan a cubrir la totalidad de los gastos. Dicen que el aspecto del chico no es tan terrible, que en otros tiempos los hombres se enorgullecían de sus cicatrices —me susurró al oído.

La madre de Max chocó su copa contra la mía; su aliento olía a vino rancio.

—Sentémonos —propuso—. Tengo pocas ocasiones para conocer a gente interesante, sobre todo desde lo del accidente.

Nos sentamos.

Por lo visto, yo era un hombre interesante.

El salón estaba repleto de plantas. La mujer a quien debía llamar Trude me vio mirarlas.

—Tengo buena mano para las plantas —comentó.

El silencio que siguió fue breve, porque de la habitación de Max salió un grito

que no contenía palabras, sólo sonidos.

Ambos escuchamos, tensos.

Fue un berrido prolongado, como el de un bebé, que duró a lo sumo medio minuto, tal vez menos. Pero, como no contenía palabras, se hizo más largo.

Cuando volvió a hacerse el silencio, reanudamos nuestra conversación.

—El médico me aconseja que lo deje chillar, que ya se le pasará. Forma parte del proceso de curación.

—Sí, claro —respondí. Y a continuación pronuncié la frase que repetiría muchas veces en aquella casa—: A todos nos pasan estas cosas.

—¿Cuándo quieres empezar?

—Señora Blumenthal... —dije, y tragué saliva.

No estaba muy convencido de querer empezar, más bien pensaba que no.

En algunas cosas conviene no meterse, ni aunque te paguen.

La mujer se puso de pie.

—¡Trude, Trude, Trude, Trude, Trude, Trude! —gritó, y dio una patada contra el suelo con el pie derecho, como una niña que no se sale con la suya—. ¡Cuántas veces te lo tengo que repetir!

Aquella familia manifestaba sus emociones de una manera singular, sí, diría que de forma excéntrica.

El hijo daba alaridos, la madre daba patadas contra el suelo y el padre era portero.

El padre prefería trabajar de noche.

La señora se sentó de nuevo en el sofá.

—¿Cuándo quieres empezar?

Quise contestarle con una pregunta retórica: «¿Podré con todo esto?».

Pero, en lugar de eso, dije:

—La semana que viene.

Si me hubieran preguntado por qué me metí en aquello cuando de hecho no quería, habría contestado: «Porque la mujer daba patadas contra el suelo».

La señora Blumenthal me acompañó a la puerta.

—Que Dios te bendiga —dijo, y su boca volvió a despedir un olor a vino rancio.

Desde aquel día, asocié para siempre a Dios con el aliento de la señora Blumenthal.

Ya llevaba diez meses ejerciendo de profesor particular de Max.

Acudía a su casa dos veces por semana, a veces hasta tres. Teniendo en cuenta su estado, se le podía considerar un alumno aplicado.

Era capaz de hablar, pero no solía hacerlo.

Una tarde le oí decir: «Quisiera tomarme todas las pastillas del botiquín».

Yo apuntaba las cosas que decía Max en el mismo cuaderno en el que anotaba sus progresos.

La madre, en cambio, hablaba cada vez más.

El vino le soltaba la lengua.

Aquel día, después de tres meses trabajando *en y con* Max, me senté con su madre en el sofá, entre las plantas. Como hacíamos en otras ocasiones después de la clase.

La señora me entregaba mi paga cada catorce días, y me hacía firmar siempre un recibo en que anotaba minuciosamente: «Recibido de Trude Blumenthal en concepto de honorarios por seis clases particulares impartidas a Max».

Me entregaba el dinero en un sobre, como si fuera algo de lo que ambosuviéramos que avergonzarnos.

Acababa de firmarle el recibo. Ya le había dicho un par de veces que, por mí, no era necesario ningún recibo.

Imposible convencerla, ella trabajaba con recibos y no había vuelta de hoja.

La señora tomó el recibo entre sus manos.

—No tengo vida —anunció.

Y entonces, sin esperar una respuesta, puso la cabeza en mi regazo.

Según dicen, cuando en un avión la gente cree que el aparato está a punto de estrellarse, los pasajeros se agarran los unos a los otros de la forma más extraña.

Le di a la señora Blumenthal un casto beso en el pelo.

Fue entonces cuando noté por primera vez que su pelo también olía a salchichas de Frankfurt.

Si la vida de aquella mujer era un maldito avión que se caía, desde luego tardaba mucho tiempo en estrellarse.

La madre de Max lloraba en mi regazo, y ahí estaba yo, con un sobre de dinero en la mano, intentando consolarla.

—Todo se arreglará. Todo se arreglará. A todos nos pasan estas cosas.

Uno de mis puntos fuertes es hacer promesas falsas. Conste que no lo hago con mala intención.

De la misma manera que hay gente a la que no le gusta el pollo al curry, a mí no me gustan las emociones. Recuerdo que al ver el cuerpo totalmente frío de mamá, no dejé de repetirme a mí mismo: «Todo se arreglará. Todo se arreglará».

Las manos de la señora Blumenthal tenían un tacto curioso, como si llevaran veinte años sumergidas en agua de fregar los platos. Eran grandes y ásperas, y sin embargo femeninas. Sentí que me adormilaba mientras sus manos me acariciaban los brazos.

—Me gustan sus manos —advertí.

La señora Blumenthal me miró con expectación, el rostro apenado.

—Hice un curso de fisioterapia, pero no lo terminé —explicó.

Entonces Max empezó a dar alaridos y su madre recordó que era su madre.

Se puso de pie, se arregló el pelo con torpeza, pues no tenía un espejo a mano, y guardó el recibo firmado.

Me acompañó a la puerta.

Soplaba un viento cálido. Yo iba demasiado abrigado.

—Perdóname, me he dejado llevar —se disculpó.

En la época en que trabajaba en mi poemario *Lenguas muertas*, creía que el amor no tenía nada que ver con la compasión. Fui un inventor, en efecto, pero lo único que inventé fue un amor que no funcionaba, tal como otros inventores idean aviones que no vuelan o insecticidas que no exterminan.

Bonito, sí, pero no muy práctico.

—No importa —contesté—. Yo también me dejo llevar a veces.

Algunas personas interpretaban mis torpes respuestas como una muestra de sabiduría, aunque en realidad no fueran sino producto de mi timidez. Más que timidez, torpeza en el trato social, y más que torpeza, impotencia.

Desde aquel día, el día del viento cálido —el día en que ella dijo: «Perdóname, me he dejado llevar»—, la madre de Max se dejó llevar con más frecuencia. Después de la clase, al menos una vez por semana, encajaba la cabeza en mi regazo, un gesto casi siempre precedido por la declaración: «No tengo vida». Más adelante, prescindió también de esa declaración. Descubrió que no necesitaba aquella excusa para que yo le permitiera reposar la cabeza en mi regazo.

—¿En qué es bueno mi hijo? —preguntaba a veces.

Su hijo no era bueno en nada, o al menos había dejado de serlo. Pero me daba apuro decírselo.

—En matemáticas, en matemáticas es muy bueno. —Ésa era mi respuesta.

Al principio mantuve a la madre de Max al corriente de los escasos progresos del muchacho, pero al cabo de un tiempo intuí que no era eso lo que realmente le importaba.

Para contentar a la señora Blumenthal bastaba con darle un beso en el pelo o dejarle reposar la cabeza en mi regazo.

En cierta ocasión, Max me preguntó:

—¿Qué opinas de mi madre?

Le costó un buen rato formular esa sencilla pregunta, unos dos minutos, y yo ya estaba lo suficientemente entrenado como para interpretar lo que quería decir. Con todo, la pregunta me sorprendió.

Tomé un sacapuntas. Y a continuación una goma.

—Tu madre te quiere mucho —contesté.

Sonreí.

Esa frase debía ir acompañada por fuerza de una sonrisa.

El ruido del motor eléctrico de la silla de ruedas llenaba la habitación.

Max se desplazó hacia su ropero.

Tiró de un cajón.

—¿Qué buscas, Max? —pregunté.

Esperé en vano una respuesta, tal como tiempo atrás esperé en vano una llamada de mamá. Ella se había ido de viaje a una isla en compañía de un hombre, un artista.

He olvidado qué isla, yo era aún un crío. Creta, Sicilia, Malta, Rodas, Cerdeña, una de esas islas.

En casa, todos esperábamos que mamá regresara, pero ella no volvía porque era feliz.

Gracias a Dios que la felicidad de mamá nunca duró mucho, ni siquiera en las islas más románticas. Durante la cena, papá solía repartirnos en silencio las postales que nos enviaba.

Cayó un cajón al suelo.

La madre de Max irrumpió en la habitación.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó; por el tono, parecía que me hubiera lanzado sobre su hijo como si fuera un pedófilo.

El chico busca algo, quise decirle. Pero ya no fue necesario.

La madre recogió los jerséis de Max, que la miraba como uno mira a los delfines en un acuario. Con asombro y cierto recelo, como sabiéndose engañado.

—Bien, Max —me repuse del susto—. Continuemos.

El chico movió la cabeza.

Me acerqué a él, le arranqué con cuidado un pellejito de la mejilla. Tenía la piel bastante seca.

Al principio le pedía permiso para quitarle los pellejitos medio sueltos. Más tarde, ya se los quitaba sin preguntárselo.

—Tenemos que ponerte crema otra vez —observó la madre.

Empleaba la primera persona del plural para referirse a sí misma.

De vez en cuando había que untar a Max de pies a cabeza con crema hidratante, una operación que a veces se realizaba en mi presencia. Si entornaba los ojos, veía al muchacho convertido en una porción de masa manoseada por la señora Blumenthal.

Un instante más y a Max se le introduciría en el horno, y por fin nos quedaríamos solos su madre y yo.

Una tarde, la clase se prolongó un poco más de la cuenta.

—He hecho un pastel. ¿Te apetece un trocito? —me ofreció la madre de Max.

Habían pasado unas cuatro semanas desde que puso por primera vez su cabeza en mi regazo.

Es más fácil rechazar un pastel hecho en la pastelería de la esquina que un pastel casero.

La señora Blumenthal había preparado un pastel de pera.

Estaba aún caliente.

Cortó un buen trozo para mí y le echó nata por encima.

Me comí el pastel de pie, en la cocina.

La señora Blumenthal se puso crema en las manos para suavizarlas. Aunque no le servía de mucho, lo hacía dos veces al día.

—Marek —dijo mientras repartía la crema uniformemente por manos y muñecas.

Me llegó el olor de su aliento, el olor a crema de manos, y no abrí la boca, en espera de lo que ella trataba de decirme.

—Marek —repitió—, ¿sabes que el primer beso es el mejor?

Depositó el platito en el fregadero.

—¿Hablas en general?

—No —replicó ella—. Hablo de mi primer beso.

Tomó de nuevo el bote. No había acabado todavía de aplicarse la crema.

—Eso es curioso —repuse—. Mucha gente afirma lo contrario, que el primer beso es desagradable y decepcionante.

La señora Blumenthal examinó sus manos, surcadas de profundas arrugas.

—Desagradable, no. Mi primer beso fue el mejor.

Aunque no tengo por costumbre fregar ningún cacharro, ni siquiera llevarlo a la cocina, puse mi plato bajo el grifo.

—Yo tenía catorce años —siguió la señora Blumenthal.

Depositó el plato en el escurrerplatos.

—El primero y el mejor.

—Ah —contesté en el tono más indiferente que pude.

Intenté imaginarme a la señora Blumenthal con catorce años dándole a alguien un beso de tornillo, pero me fue imposible.

—Los que vinieron después no estuvieron mal, pero nunca volvió a ser tan intenso.

—Ah —repetí mientras me secaba las manos.

Ella me quitó el trapo de las manos y lo dobló con cuidado.

—¿Te gustaría besarme, Marek?

Me quedé mirando a la señora Blumenthal. Hasta ese momento no se me había ocurrido besarla, pero al oír su proposición se me abrió un mundo.

—¿Yo a usted? ¿Yo a ti? —pregunté, y negué con la cabeza.

—¿No intentaste besarme hace un momento? Sé sincero, Marek —respondió ella en un tono de complaciente ironía.

La señora Blumenthal avanzó hacia mí como una gigantesca máquina de guerra. Su boca iba aumentando de tamaño.

—Yo vengo aquí por Max —logré decir—. Lo sabes. Y por el dinero, claro.

Me concentré en los tirantes de su sujetador, que se transparentaban bajo su camiseta. En ese momento me di cuenta de que vestía como una adolescente.

Carraspeé.

—No es bueno exteriorizar los deseos carnales, es una cuestión de higiene mental —articulé.

En mi primer curso de facultad, un profesor nos había hablado de la higiene mental. En realidad, aquel hombre nunca habló de otra cosa.

La higiene corporal ya me había parecido un invento fantástico, pero la higiene mental era aún mejor. Aunque nadie había logrado nunca explicarme en qué consistía.

La señora Blumenthal estaba muy cerca de mí. Bajé los ojos.

—Eres muy especial —continuó—. Otros lo descubrirán más adelante.

Sí, más adelante, después de mi muerte, menudo consuelo.

En la época en que me consagré al estudio del *amour fou* como si no existiera otro objeto de investigación posible, leí en un libro que algunos casos de *amour fou* acababan en muerte. El profesor Hirschfeld movió la cabeza cuando se lo conté. Un día, mientras me acompañaba a la puerta, anunció: «Renuncio a mi búsqueda del conocimiento. De ahora en adelante, quiero dormir por la mañana hasta tarde y apoltronarme delante de la tele por la noche».

—Créeme, eres especial —me dijo la madre de Max.

—Tú también —me oí responder.

A lo lejos zumbaba el motor de la silla de ruedas.

—Te acompaño a la puerta —dijo la señora Blumenthal.

Pasamos por delante de Max. La pellizqué en el hombro.

—Adiós, Trude —me despedí—. Gracias por todo.

—Gracias a ti. Gracias a ti.

¿Cuántos días pasaron entre la confesión de Trude Blumenthal de que el primer beso era el mejor y el momento en que presionó su boca contra la mía al despedirnos? Un solo día. Veinticuatro horas, para ser exactos.

Ni siquiera soltó aquello de «No tengo vida». No dijo nada. Me besó como quien es presa de un pánico mortal. Y luego se apartó de mí.

—No lo soporto más —se lamentó—, ojalá pudiera ingresarlo en un hospital o en una residencia...

Y antes de que yo pudiera responder, volvió a presionar su boca contra la mía.

Los movimientos de su lengua eran más intensos que las palabras, y parecían demostrar todo lo que acababa de confesar.

—Quédate —me pidió tras apartar de nuevo su boca de la mía.

—Mañana tengo un examen —contesté.

—Quédate —insistió—. Te lo suplico.

Me tomó de la mano. Me dejó llevar a la cocina, de donde habíamos salido hacía escasos minutos, después de firmarle un recibo de pie, junto a la inestable mesa. Me senté a esa misma mesa. Y la madre de Max me sirvió licor de pera.

—Lo guardo para ocasiones muy especiales —comentó.

Ella bebía con rapidez. El licor de pera me ardía en la boca, pero la señora Blumenthal había apurado la copa antes de que me diera cuenta, y acto seguido introdujo otra vez su lengua en mi boca, con lo que aumentó la sensación de ardor.

Entonces salió de la cocina y yo la seguí como un niño, medio a desgana, medio curioso.

La puerta de la habitación de Max estaba entornada; la dejamos a nuestra izquierda.

El dormitorio olía a ropa húmeda. En el armario colgaba un uniforme de portero.

—¿Dónde está tu marido? —preguté.

—Esta semana le toca el turno de día —fue su respuesta.

De repente, a la señora Blumenthal le entraron las prisas. Se desabrochó la blusa mientras yo tomaba entre mis manos la tela del uniforme de portero.

—Qué bonito —dije.

Ella sollozó y se quitó los zapatos.

—¡Lo ingresaré en una residencia! —exclamó.

—¿A quién?

—A mi hijo, a mi marido.

—A todos nos pasan estas cosas —respondí en un tono de cura corrupto, que tal vez es el mismo tono que el de un profesor particular que no aspira más que al aprobado—. Las residencias son para los animales —añadí—. Max no es ningún animal, Trude. Max es un ser humano. Y hace sus progresos.

Entonces la señora Blumenthal se abalanzó sobre mí. No sabría describirlo de otra manera. Su avidez la tornó mucho más bella de lo que me había parecido hasta entonces.

Me quedé en calzoncillos.

—Soy el profesor particular de tu hijo, no sé si es muy sensato lo que estamos haciendo, deberíamos pensar en Max. Y en tu marido —me excusé.

—En estos últimos años no he hecho otra cosa que pensar en Max —respondió—, sólo en Max. No puedo más.

Y me quitó la última prenda, como un cazador furtivo que desuella un conejito. No hizo ningún comentario sobre mi cuerpo. Sólo lanzó una mirada fugaz a mi entrepierna y suspiró.

El placer me llegó en forma de señora Blumenthal, a quien debía llamar Trude. El placer olía a ropa húmeda, y quizá también un poco a naftalina. Mentiría si dijera que fui sordo y ciego a ese placer, aunque, eso sí, me lo había imaginado acompañado de otro olor. Y, la verdad, el decorado también dejaba mucho que desear. Sin embargo, sólo pude arrodillarme y aceptar con humildad la limosna que me deparaba la vida.

El sexo de la madre de Max sabía a licor de peras. ¿O es que de ahora en adelante

todo olería a licor de peras?

La señora Blumenthal me levantó tirándome del pelo.

—Habla —me pidió.

Tragué saliva.

—Háblame —insistió.

Era una orden. Pero no supe qué decir.

—¿Su marido no le habla?

—Ése se pasa el día entero charlando con los clientes del hotel. Cuando llega a casa ya no tiene nada que decir.

La señora Blumenthal se pegó a mí. Comparado con el suyo, mi cuerpo estaba frío.

—Háblame como si fuera una puta —me ordenó.

Me rasqué la barba de dos días. Barba sería mucho decir; más bien, era vello. Sobre la cama yacía la blusa de la señora Blumenthal hecha un ovillo.

—Señora Blumenthal...

—Háblame como si fuera una puta.

—Trude —reaccioné—, soy el profesor particular de tu hijo, deberíamos pensar en Max.

Intenté liberarme.

—Háblame como si fuera una furcia, te lo suplico.

—¿No podría hacerlo su marido? —pregunté en voz baja.

Ella se echó a llorar.

—Mi marido sólo piensa en el hotel.

—No sé cómo se les habla a las furcias —reconocí.

La señora Blumenthal se puso a llorar con más pena aún, y, pese a los tirones que yo daba para soltarme, no me dejó ir.

—Procuro inspirar mi vida en elevados principios éticos, ¿cómo quieres que te hable como si fueras una furcia?

La señora Blumenthal me miró. El comentario sobre mi vida inspirada en elevados principios éticos le había sentado como un tiro. Parecía estar a punto de arrojarse sobre mí. No a la manera en que una mujer se arroja sobre un hombre, sino como un prisionero se arroja sobre el celador cuyas torturas lleva años soportando.

—Los filósofos —afirmé— son servidores de la verdad. Tú eres la madre de Max, yo trabajo para ti, y tú no eres una puta, de modo que me niego a hablarte como tal.

—¿Y tú qué sabes de mí? —gritó.

—Nada —susurré—. Apenas nada.

—Dime qué quieres que haga —me suplicó la madre de Max.

—No lo sé —contesté—. Soy el profesor particular de tu hijo.

Yo no quería aquella limosna, la despreciaba, no quería limosnas con olor a ropa húmeda.

—Tal vez —proseguí— deberías buscar otro profesor particular, tal vez lo nuestro no funciona.

El grito que salió de su boca no tenía nada de humano.

Me cogió del jersey y me zarandeó.

—Eres todo lo que tengo —dijo—. Gracias a ti, aún me siento mujer.

Logré soltarme. Vi la ropa desgarrada.

—No quiero saberlo —respondí—. No me interesa. Ni me importa. Me da lo mismo.

—¡Marek, habla! —ordenó la señora Blumenthal—. Habla. Dime cómo quieres que me tumbe en la cama, dime lo que tengo que hacer.

Miré sus ojos arrasados en lágrimas, y sin embargo llenos de esperanza, miré mis piernas, luego la puerta y, por último, el uniforme de portero.

—Bésame los pies —improvisé.

Fue una ocurrencia.

La madre de Max me besó los pies con una entrega que jamás me habría esperado de ella, y me acordé de la primera vez que entré en su casa, con un *curriculum vitae* en la mano sudorosa, y la boca seca.

La señora Blumenthal me besó y me lamió la espinilla, y en aquel momento Max empezó a chillar. Chillaba como siempre, pero esta vez parecía como si de verdad lo torturaran con barras ardientes.

—Las paredes son finas —dijo la madre de Max, e hizo unos movimientos con la lengua que me recordaron una lagartija—, son viejas viviendas de protección oficial. ¿Sabes algo del mercado inmobiliario en Viena?

—No, nada —respondí—. Sigue.

—Todo va a parar a los solicitantes de asilo, para nosotros no queda nada.

Me tapé los oídos para no tener que oír a Max, para no oírla a ella y, sobre todo, para no tener que oírme a mí mismo, pero no sirvió de nada.

Me vestí a toda prisa. La madre de Max estaba sentada en el suelo.

—No te olvides de esto —advirtió.

Me entregó el sobre con el dinero. Se me había caído del bolsillo al echárseme ella encima como si el mañana no existiera.

—Hasta la vista —dije—. Nos veremos la próxima vez.

Me tomó de la mano y me tiró hacia abajo.

—Repetiremos esto, ¿verdad? Lo repetiremos, ¿eh?

—Tantas veces como quieras —respondí—. Tantas veces como quieras.

Aquellas palabras no sonaban como aquello de: «A todos nos pasan estas cosas», pero, en el fondo, significaban lo mismo.

—Esto ha sido casi tan bonito como mi primer beso —susurró la madre de Max.

Me solté; luego cerré con cuidado la puerta del dormitorio.

Max seguía dando alaridos.

Salí huyendo, como si los edificios me persiguieran. Llovía, una llovizna cálida, casi agradable.

Me detuve delante del escaparate de una perfumería y me miré en un espejo.

No vi nada, nada distinto de lo que veía siempre.

Mi primer beso fue, a diferencia del de Trude Blumenthal, una pesadilla, una pesadilla que en cierto modo perdura hasta hoy. Hay pesadillas a las que uno se habitúa, y son las más peligrosas porque crean adicción. Llega un momento en que te resulta imposible prescindir de ellas, y empiezas a creer que la vida sin esas pesadillas carece de sentido.

Mientras caminaba bajo la cálida lluvia hacia la coctelería Las Cuatro Rosas, con la maleta vacía de Mica en la mano derecha, no pensaba en Mica, ni en el vestuario de mamá, ni en la señora Blumenthal, ni en mi vida inspirada en elevados principios éticos. En realidad pensaba en mi pesadilla particular, como tantas otras veces. La tragedia de Austria procedía de Braunau am Inn, la ciudad natal de Hitler, las pesadillas de mi padre procedían del vientre de mi madre, y mi pesadilla procedía de la ciudad de Luxemburgo.

A los catorce años cayó en mis manos un artículo sobre el *amour fou*.

Un par de semanas después, llegué a una firme conclusión: la humanidad aspiraba al *amour fou*.

Ignoraba en qué consistía exactamente el *amour fou*, pues se presentaba sin manual de instrucciones.

Intenté recabar información entre aquellos adultos a quienes suponía en posesión de cierta sabiduría y cierta experiencia de la vida. Me interesaba sobre todo la vertiente práctica del asunto. Pero mis indagaciones no me llevaron muy lejos. Una de las personas consultadas me contestó: «Lo que hace tu madre, eso es el *amour fou*».

Yo no estaba en absoluto de acuerdo con esa afirmación.

Lo que hacía mamá puede que fuera una locura, sí, pero, a mis ojos, nada tenía que ver con el amor.

Devoré todo lo que encontré acerca del *amour fou*. Ya fueran textos traducidos o en francés, que leía con la ayuda de diccionarios. Gran parte de lo escrito sobre el tema me resultó aburrido y engorroso, algo para mí inconcebible.

Cuatro meses después de llegar a aquella conclusión de que la humanidad aspiraba al *amour fou*, cuando aún no había ocurrido nada radical en mi vida, resolví seducir a la criada.

Escaparme una mañana de casa con ella y tomar juntos un autobús hacia un paradero desconocido me parecía una acción bastante propia del *amour fou*.

No es que sintiera una especial atracción por aquella mujer extremadamente alta, huesuda y con dos verrugas en la rodilla derecha, pero, tratándose de una cuestión sagrada como la que me ocupaba, debía prescindir de algo tan banal como la atracción física.

Me pareció que una *mésalliance* constituiría una base más sólida sobre la que sustentar mi *amour fou*.

Una noche, en la cocina, intenté por vez primera besar apasionadamente a la criada cuando ésta estaba a punto de servir el postre.

Cuatro mitades de melocotón cayeron al suelo, y la mujer me propinó un cachete. Más adelante me aclararía que el cachete había sido por el melocotón, no por el beso.

—Puedo comprender tu comportamiento —me dijo—, pero prométeme que nunca más volverás a hacer algo así.

La miré perplejo. Me resultaba imposible hacer semejante promesa sin traicionarme a mí mismo y a mis principios. ¿No acababa yo de leer en algún lado que un hombre no traiciona sus principios?

—No les diré nada a tus padres —añadió la criada—. Ya se te pasará.

—Todo pasa. La vida entera pasa —repliqué hecho una furia.

Después cerré la puerta de la cocina de un portazo y me dirigí al comedor.

Aquél fue el primer día de mi nueva vida.

Toda mi familia, que estaba sentada a la mesa en silencio, me miró.

—Puede que Bettina no sepa cocinar —anuncié—, pero besa de maravilla.

Mis hermanos pusieron cara de fastidio, como queriendo decir: «Otra vez Marek con sus historias», mamá prorrumpió en una carcajada y papá se levantó de la silla de un salto, como si le hubiera picado un insecto mortífero, y echó a correr tras de mí hacia mi habitación.

Después de recibir un par de cachetes más, me encerré en mi cuarto y me eché a llorar apasionadamente.

No sabía besar apasionadamente, ni hacer el amor apasionadamente, ni hacer deporte apasionadamente, ni hablar en público apasionadamente, pero sí sabía llorar apasionadamente.

El *amour fou* se convirtió en una obsesión.

Me calé un sombrero con una pluma, pero en el Colegio Internacional no les pareció correcto y me rogaron amablemente que sólo me lo pusiera en mi tiempo libre.

La junta directiva del Colegio Internacional empezó a considerarme un chico conflictivo. «Con lo bien que iban tus hermanos», se quejaban. Y yo me preguntaba: ¿habrán leído mis hermanos algo sobre el *amour fou*? ¿Habrán comprendido ellos a

qué aspira la humanidad?

Cumplí los quince años, y seguía sin producirse progreso alguno en mi situación.

Llegué a la conclusión de que, con una mujer austriaca, me sería imposible hallar lo que yo buscaba, así que me lancé a recorrer Viena en busca de extranjeras.

En los parques y en los jardines solía echarme a llorar, también apasionadamente, hasta que comprendí que los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas no me ayudaban demasiado en mi propósito de conocer a extranjeras.

Recorría la ciudad con las manos a la espalda como un patinador, convencido de que los iniciados me reconocerían de inmediato como un servidor del *amour fou*.

Después de recorrer la ciudad durante semanas sin ningún resultado, una tarde conocí al fin a unas chicas en una heladería.

Dos muchachas me pidieron que les hiciera una foto. Sin lugar a dudas, eran turistas extranjeras.

Me invadió el pánico, porque sabía que había llegado el momento. Era ahora o nunca.

Yo tenía en la mano un cucurucho con una bola de helado de limón.

—Espera —dijo una de ellas—. Te lo sujeto un momento.

Hablaban un alemán peculiar.

Les hice la foto.

Lástima que el helado se derrita, pues de lo contrario me lo habría llevado a casa como reliquia, para guardarlo en una cajita de madera.

Claro que el cucurucho sí podía guardarlo en una cajita de madera.

—Soy Marek van der Jagt —me presenté en tono solemne.

Ellas se llamaban Milena y Andrea.

—Hola, Marek van der Jagt —contestaron las dos al unísono.

Andrea, la que sujetaba el helado, era la más guapa.

—Hace mucho frío para tomarse un helado —advirtió.

Aquí empieza la pesadilla de mi primer beso, una pesadilla que ha sobrevivido a innumerables eyaculaciones, cópulas, cartas, regalos, vacaciones de invierno y, en último extremo, a mi calva.

Es posible que, en cierto momento, empezase a pensar que mi vida estaba destinada a ser una pesadilla y que, para encontrar la paz, tenía que resignarme a mi destino. ¿No me habían contado que la felicidad consistía en aceptarse uno mismo? Puede que consistiera también en ceder a la pesadilla que otros habían diseñado para mí.

Milena y Andrea eran de Luxemburgo.

Yo no conocía a nadie de Luxemburgo.

Ni siquiera sabía que allí hablaran alemán, aunque era un alemán muy raro. A veces saltaban a un dialecto que me resultaba incomprensible.

¿Qué hacían unas luxemburguesas en Viena?

—De vacaciones —aclaró Andrea—. Hemos trabajado mucho.

—Siempre he querido visitar Luxemburgo —se me ocurrió decir.

Era una mentira obvia, porque ¿quién quiere ir a Luxemburgo?

—¿Por qué? ¿Se te ha perdido algo allí? —contestó Andrea, no sin cierta agresividad.

En la aleta de la nariz lucía un diamante.

—Luxemburgo está muerto —sentenció Milena.

Y entonces las dos se pusieron a escribir unas postales.

Tenían diecisiete años, me dijeron. Dos años más que yo. Pero yo daba la impresión de ser mayor que ellas porque hablaba poco. Hasta mi maestra de párvulos interpretó en su día mi timidez como un signo de sabiduría. Por eso pensé que las chicas me creerían si les decía que yo también tenía diecisiete años.

Mi helado goteaba. Lo tiré pero me guardé el cucurucho, para mi cajita de madera.

—¿Os apetece que os enseñe la ciudad? —pregunté.

—Volvemos a casa el miércoles, en el tren nocturno —explicó Andrea.

Era sábado.

En cuatro días y medio podía pasar de todo.

—¿Qué queréis ver? —me interesé.

Andrea alzó los ojos de su postal.

—No queremos ver nada ahora mismo —repuso—. Lo que queremos es comer algo.

—Hemos visto ya tantas cosas... —intervino Milena.

—Y apenas hemos comido —añadió Andrea—. Estamos muertas de hambre.

Comer. Aquello tenía solución.

—¿Os apetece algo típicamente vienés? —pregunté.

—Oye —dijo Andrea—, llevamos ya un tiempo sin comer nada decente. Nos da igual el tipo de comida, por mí podemos ir a un chino, ¿entiendes?

Sí, lo entendí. Yo comía algo decente a diario, y, más de una vez, en los momentos más inesperados, me han dicho: «Qué persona tan decente eres». Como si llevara la decencia, o mejor dicho la apariencia de la misma, grabada en la piel. Hasta cuando me manchaba de barro, la gente me veía decente.

—¡Esperad aquí! —exclamé—. Esperad aquí, vuelvo enseguida. Esperadme. No os marchéis. Vuelvo enseguida. Vamos a comer algo decente. Sí, vamos a comer algo decente.

Entonces eché a correr hacia casa a toda velocidad, como nunca en mi vida. Con el cucurucho en la mano.

Si dentro de veinte años nadie sabe ya nada de este *amour fou*, todo habrá sido en vano. Los biógrafos, al entrar con guantes en mi habitación para investigar, dirán: «Aquí vivió Marek van der Jagt, no toquen nada, en cualquier rincón puede haber un rastro de su *amour fou*».

—¡Mamá! —grité mientras subía la escalera corriendo—. ¡Mamá, mamá, mamá!

Abrí de un portazo la puerta del dormitorio.

En la mecedora frente al balcón, encontré a un hombre al que no conocía. Llevaba puesto un batín.

Y leía el periódico.

—¡Mamá! —grité.

—Tu madre ha salido un momento a hacer un recado —explicó el señor en la mecedora—. ¿Eres tú el menor?

Y a él qué narices le importaba quién era yo, si el menor, el mayor, el mediano, eso no era asunto suyo. ¿Acaso le había preguntado yo quién era él? Quienquiera que fuese, no era un hombre mayor. Para variar, aquel ejemplar iba bien afeitado. La época de los artistas miserables había quedado atrás.

En la mesilla de noche vi uno de los bolsos de mamá.

Mi madre tenía al menos treinta bolsos.

Pero dentro del bolso no encontré ningún monedero.

—¿Qué buscas, chico? —inquirió el invitado.

Fingí no oírle.

Abrí el aparador y miré en la bolsa de plástico donde mi madre guardaba todos los regalos que no le gustaban o que consideraba vulgares. O aquellas cosas que le habían regalado los hombres a quienes, con el tiempo, había cogido manía.

Saqué dos broches y un collar.

Volví a meter el resto de regalos en la bolsa de plástico.

—Saluda a mi madre de mi parte —me despedí, y salí a toda prisa.

Me fui a mi habitación y deposité sobre mi escritorio el cucurucho que llevaba en la mano.

—Adiós, cucurucho —anuncié—. Aquí te quedas bien guardadito. No quiero que nadie te coma ni que te llenes de polvo. Tú has traído a mi vida el *amour fou*, debo conservarte para siempre.

Con los dos broches y el collar, corrí hacia la heladería.

Milena y Andrea seguían allí. Y seguían escribiendo postales.

—No os mováis —pedí—. Vuelvo enseguida.

Se miraron la una a la otra. No entendían nada, era evidente, pues yo aún no les había dado ninguna explicación. Más adelante lo entenderían todo.

—Dadme veinte minutos más —les rogué.

Milena consultó su reloj.

—Veinte minutos, pero ni uno más.

—Nos encontrarás aquí, si tienes suerte —añadió Andrea.

Esta vez corrí aún más rápido. Quería tener suerte.

Me detuve delante de la puerta de una joyería en la que había entrado más de una vez con mamá.

Había que pulsar el timbre para entrar. Lo pulsé con fuerza e insistí al ver que no me abrían.

Abrió la puerta una señorita a la que no había visto nunca antes.

La tienda estaba llena de gente. Dos japoneses, un matrimonio, un hombre y una mujer con una cestita.

Me dirigí hacia el mostrador abriéndome paso entre la gente.

El propietario de la joyería era el señor Hobmeier, un hombre gordo con bigote y una risa inquietante.

No vi al señor Hobmeier por ninguna parte, pero sí a su hijo.

El hijo del señor Hobmeier era el vivo retrato de su padre, aunque sin bigote. Y sin risa inquietante.

Ambos se comportaban con mi madre de un modo tan servil que daba asco.

En cuanto vi al hijo del señor Hobmeier, empecé a agitar los brazos como si estuviera a punto de desmayarme.

—¡Una emergencia! ¡Una emergencia! —grité.

Habrían pasado unos seis minutos desde que me fui de la heladería, de modo que me quedaban catorce.

Para mayor seguridad volví a gritar, pero esta vez a viva voz:

—¡Una emergencia! ¡Esto es una emergencia!

Al fin apareció el señor Hobmeier sénior. Con una lupa en la mano.

Desde que había dejado de fumar andaba siempre con una lupa en la mano.

Me arrojé a sus brazos.

—¡Señor Hobmeier! —exclamé—. ¡Señor Hobmeier! ¡Una emergencia!

Las transacciones y las conversaciones que tenían lugar en la joyería se detuvieron en seco. Todo el mundo me miraba, a mí y a mi emergencia.

—Ah, el joven Van der Jagt —me saludó el señor Hobmeier pasándome la mano por el pelo.

Mamá me había contado una vez que al señor Hobmeier le gustaban los chicos jóvenes y, aunque por aquel entonces aún no había cultivado mi talento para el cinismo, resolví que había llegado el momento de aprovecharme de su debilidad.

«El talento es una cuestión de voluntad», había sentenciado papá en cierta ocasión. Nunca creí que eso fuera cierto, pero en aquel momento deseé que lo fuera, porque mi voluntad era firme, mi voluntad no había sido nunca tan férrea como entonces.

—Señor Hobmeier —dije, y deslicé los dos broches y el collar en su mano grande y caliente—, quiero vender esto, me corre mucha prisa. Está en juego mi vida.

El señor Hobmeier echó un rápido vistazo a las joyas y soltó un profundo suspiro.

—Naja, acompáñame a la trastienda —ordenó.

La señora Hobmeier aún existía.

Estaba hecha un fideo. Nunca salía al mostrador para atender a los clientes, los detestaba.

La señora Hobmeier abría el correo.

La mayoría de las cartas las rompía.

La saludé con un gesto de la cabeza, pero no me vio o no quiso verme.

—Estos dos —dijo el señor Hobmeier mostrándome los dos broches— no valen casi nada. Y éste —sostuvo el collar en alto delante de mis ojos— no tiene ningún valor.

—Canallas —mascullé.

—¿Cómo? —preguntó el señor Hobmeier.

—Nada —contesté.

Le habían regalado a mi madre unos objetos sin valor. ¡Me las pagarían esos desgraciados! Sí, a costa de mi madre se daban la gran vida en Cerdeña, Creta o Malta, pero luego no servían ni para comprarle un collar decente.

—Hansi —dijo el señor Hobmeier—, mira quién nos honra con una visita, el joven Van der Jagt.

Hansi era la señora Hobmeier para los iniciados.

Pero ella no se inmutó. Rompió un sobre grande en cuatro partes iguales. Quizá sabía que a su marido le gustaban los chicos jóvenes.

—Tengo prisa —insistí—. ¿Cuánto me da por esto?

El señor Hobmeier se arrimó a la pared. Parecía desesperado.

—No puedo —explicó—, esto es invendible. No me lo podré quitar de encima.

—Se lo vuelvo a comprar yo mismo dentro de seis meses —intenté convencerle.

El joyero soltó un suspiro aún más profundo que el primero.

—Dos mil —susurró.

Me pareció que se quedaba corto.

Me arrimé a él cuanto pude. Carezco de talento para la venta, y menos aún para venderme a mí mismo, pero aquello era una emergencia.

Pegué la parte inferior de mi cuerpo a la parte inferior de su cuerpo. Debido a nuestra diferencia de altura, la parte inferior de mi cuerpo chocó contra su fuerte muslo.

Así nos quedamos los dos, inmóviles.

—¡Hansi! Mira quién nos honra con una visita —gritó el señor Hobmeier, y se le escapó un gallo.

De repente, se apartó de la pared y dio dos pasos en dirección a la puerta de cristal que separaba la tienda de la oficina. El cristal estaba pintado, para impedir que se viera el interior.

A la señora Hobmeier no le gustaban los fisgones.

El señor Hobmeier se echó a reír con su inquietante risa. Pero debo reconocer que esta vez su risa sonó más desesperada que inquietante.

Hansi no se inmutó.

El señor Hobmeier sudaba.

Regresó a la pared.

—Cuatro mil, más no puedo darte, en serio. Te lo doy de mi bolsillo —susurró.

¿No salía en la joyería todo de su bolsillo?

El señor Hobmeier sacó del bolsillo interior de su chaqueta cuatro billetes de mil chelines, y los deslizó con discreción en mi mano, como si yo fuera el portero de un club nocturno y él quisiera acceder de ese modo al espectáculo.

Sostuvo mi mano un par de segundos más de lo necesario.

Vi gotas de sudor resbalando por su frente y migas de pan en su bigote.

—Dale recuerdos a tu mamá —me pidió—, mi mejor clienta. La mejor de todas.

En aquel momento la señora Hobmeier reaccionó por primera vez.

—No te olvides del húngaro —advirtió.

La voz de la señora Hobmeier pareció cortar el aire: sonó como un cuchillo que necesitara ser afilado.

—No, no —dijo el señor Hobmeier en voz baja—. El húngaro también es un buen cliente, pero diferente, muy diferente de la señora Van der Jagt.

Me dirigí a la puerta.

—Señora Hobmeier —me despedí—, señor Hobmeier. *Adieu*.

En aquella época recurría con frecuencia a palabras francesas, viniera o no a cuento.

Luego hice una ligera reverencia, tal como mamá me había enseñado de niño.

Por aquel entonces, ella aún acariciaba la ilusión de que yo llegara a ser bailarín. Quería que embelesara al mundo con mis pasos de baile.

—No se puede comparar al húngaro con tu madre —oí murmurar al señor Hobmeier—. Dile que venga a vernos pronto.

En la tienda, me despedí rápidamente del joven señor Hobmeier y al instante me encontré en la calle.

Tenía cuatro mil chelines en el bolsillo, me quedaban aún siete minutos de tiempo, y no recuerdo haberme sentido nunca tan feliz.

Mozart entre los floristas

El florista de mamá se llamaba Rolf Szlapka. Amaba a las mujeres y a las flores, de modo que pensó que la mejor manera de combinar esas dos aficiones era abrir una floristería. Para disgusto de su padre, que hubiera deseado traspasarle su concesionario de BMW.

Pero, en aquella familia, la afición por los automóviles se saltó una generación, y Rolf Szlapka se hizo florista.

A mamá le gustaban tanto los BMW como las flores, sobre todo las rosas blancas, y un día, cuando quiso cambiar su viejo BMW por uno nuevo, el señor Szlapka sénior le dijo:

—Señora Van der Jagt, mi hijo Rolf ha abierto una pequeña floristería, tal vez podría hacerle una visita. ¿Le interesaría asistir a la inauguración?

—A lo mejor sí —contestó mamá.

La inauguración de la floristería de Rolf Szlapka fue para mamá una verdadera fiesta porque aquella tarde pescó nada menos que dos amantes. Uno de ellos, el propio Rolf Szlapka.

Llegaron a un pacto que beneficiaba a todas las partes implicadas. Mamá consiguió un descuento en la tienda de Rolf Szlapka júnior a cambio de besos robados y, si no me equivoco, incluso una vez hicieron el amor en la trastienda de la floristería, donde se confeccionaban las coronas mortuorias y los ramos de novia.

El viejo Szlapka empezó entonces a ofrecerle a mamá importantes descuentos en sus coches, y ella animó a todos sus conocidos a comprarse un BMW en el mejor concesionario de BMW de Austria, el de Szlapka sénior.

Con el tiempo, el pacto empezó a mostrar algunos aspectos dolorosos, aunque sólo para Rolf.

El barco de mamá —así era como ella llamaba al amor— había recalado en su tienda y se negaba a salir de allí.

Rolf Szlapka no podía comprender cómo era posible que unas veces mamá lo amara y se le echara en los brazos, y otras veces amara a otro y se olvidara por completo de su existencia.

Puede que nadie lo comprenda, puede que no sea humano comprenderlo.

Y, cuando él la llamaba por teléfono, mamá contestaba:

—No vuelvas a llamarme a casa, ya sé dónde encontrarte.

Cada vez que aquel hombre, con mucho esfuerzo y dolor, decidía olvidarse de

mamá, ella entraba en su tienda con los ojos radiantes y un regalito en la mano.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? ¿Por qué no has dado señales de vida? Has pasado de mí. Qué rosas más hermosas. Anda, ponme cuarenta.

Rolf Szlapka no se atrevía a decir: «¿No me dijiste que no te llamara? ¿Y tú? ¿Dónde te has metido tú?».

El florista aceptaba agradecido los besos de mi madre. Mamá repartía limosnas de oro y seda, e iba por la vida como si ésta fuera una obra de teatro que deslucía sus dotes interpretativas.

Frente a la joyería, con los cuatro mil chelines del señor Hobmeier en la mano, en el instante hasta entonces más feliz de mi vida, decidí pasar por la floristería de Szlapka. Disponía de poco menos de siete minutos, el tiempo justo.

Albergaba mis dudas sobre si las flores casaban bien con el *amour fou*, pero había que partir de cero. Además, presentarse ante las dos luxemburguesas con un ramo de flores no podía hacer ningún daño, pensé. «Las flores siempre funcionan», solía decir papá cuando mamá preguntaba: «¿Qué podríamos regalar?».

Me apresuré hasta llegar a la floristería de Rolf Szlapka y, puesto que la suerte parecía sonreírme, corrí cada vez más rápido y no me cansé, ni sentí punzadas en el costado, ni me pregunté qué había pensado la gente en la joyería, ni qué pensarían ahora de mí, ni qué pensaría luego Rolf Szlapka cuando irrumpiera en su tienda.

La tienda estaba vacía.

—¡Señor Szlapka! ¡Señor Szlapka!

Corrí hacia la trastienda. Había estado allí tantas veces con mamá que conocía bien el camino.

También mamá se dirigía siempre directamente a la trastienda. Aunque los clientes atestaran la tienda y el señor Szlapka estuviera atendiéndolos.

Rolf ultimaba una corona mortuoria. Se detuvo nada más verme.

Se acercó a mí y me dio unas palmaditas en el hombro. Su padre solía hacer lo mismo.

—Marek —me saludó—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien —contesté—. Bien, supongo. Necesito dos ramos de rosas ahora mismo. De tallo largo.

Eso es lo que mamá decía siempre: «De tallo largo, Rolf, los tallos no son nunca lo suficientemente largos para mí».

Los días en que mamá se veía con Rolf Szlapka llegaba a casa con rosas blancas de tallo largo.

—Póngame dos de ocho.

No sé por qué pedí ocho, me pareció un número bonito.

El florista entró en la tienda y empezó a seleccionar con calma las rosas más bonitas. Tanta era su calma que me crispó los nervios.

—Tengo prisa —dije—. Por favor.

Entonces empezó a sacar las rosas del cubo más deprisa, cada vez más deprisa, y ya me veía a mí mismo irrumpiendo en la heladería con las flores de Rolf Szlapka. «Rolf Szlapka es Mozart entre los floristas», afirmó mamá en cierta ocasión. Quizá lo dijo para buscarle las cosquillas a papá, lo que en efecto consiguió, porque él repuso en el acto: «¿Cómo puedes comparar a un florista con Mozart?».

—Hace tanto tiempo que no veo a tu madre... —se lamentó Szlapka júnior—. Dime, ¿cómo está? —Y añadió en un susurro—: Le tengo guardadas unas rosas blancas maravillosas, díselo de mi parte.

Cualquiera que no conociera a mi madre podría pensar que el objetivo de su vida era la promiscuidad. Sin embargo, no era una mujer esclava de sus pasiones, y nunca actuaba por intereses económicos.

Sencillamente, buscaba algo imposible de encontrar en la Tierra.

A fin de cuentas, para ella todo el mundo era un extraño; y quizá por eso no podía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar y tenía que seguir siempre su camino.

Otros debieron de ver en ella un proyectil no dirigido que flotaba sobre Viena, imprevisible y peligroso para todo aquel que se le acercara, porque los proyectiles no dirigidos, claro está, son imprevisibles. Y peligrosos. Pero ¿quién no quiere ser alcanzado una vez en la vida por semejante proyectil? ¿Quién no quiere triunfar en lo que otros fracasan? ¿Quién no quiere vencer en lo que otros han sido derrotados para siempre?

Rolf Szlapka me preparó dos ramos de ocho rosas de tallo largo.

—Lo pondré en la cuenta —propuso.

Szlapka se imaginaba que ganándose mi favor conquistaría a mi madre. Ojalá todo el mundo pensara lo mismo.

Me abrió la puerta.

—Le diré a mamá que le guarda usted rosas blancas —dije—. Eso si la veo, porque últimamente no está nunca en casa.

Al florista se le ensombreció la cara. Seguro que ahora me tomaba por un joven malicioso, cuando yo sólo había pretendido ser sincero.

Me quedaban tres minutos.

Con mis botines negros y cargado con dos ramos de rosas, corrí hacia la heladería donde, si todo iba bien, me esperaban —a mí o, cuando menos, a un plato de comida caliente— dos señoritas luxemburguesas.

Dos veces se me cayeron los ramos, pero no me importó porque yo corría al encuentro de mi suerte.

Y, mientras recorría Viena con las flores de Szlapka, pensé: ojalá me viera mamá. Reconocería al bailarín que quería hacer de mí. Y, si yo me convertía en un bailarín, aquello era un ballet, un ballet para mamá.

Las chicas seguían sentadas frente a la ventana, en dos taburetes, y a su lado había un hombre mayor.

Andrea conversaba con el hombre mayor.

Milena miraba por la ventana, un tanto aburrida.

—Aquí estoy —anuncié soltando un gallo.

Milena consultó su reloj.

Andrea miraba al hombre mayor directamente a los ojos. En aquel momento no podía dedicarme ni un segundo de su tiempo.

Me senté.

El hombre mayor olía a alcohol y llevaba la camisa llena de manchas. Le brillaba la cara de sudor. Lo reconocí, lo había visto en la calle en más de una ocasión.

—Clac, clac, clac hacen los caballos —oí que decía el hombre—, y si oyes este sonido, clac, clac, clac, sabes que sigues vivo.

Andrea se echó a reír.

Le estreché la mano al hombre y me presenté:

—Marek van der Jagt, encantado de conocerle.

Él retuvo mi mano durante un segundo, mucha más atención no fue capaz de concederme.

—Clac, clac, clac hacen los caballos —continuó—. Espera, voy a dibujar tu alma.

—Quiere dibujarle el alma —le dije a Milena.

Milena permaneció en silencio.

Había dejado las flores sobre la mesa, como si las llevara conmigo por casualidad, como si fuera un recado para mi madre.

—¿Suele dejarse pintar el alma a menudo? —le pregunté a Milena.

Milena lucía una larga y morena cabellera, y tenía los ojos castaños y una boca firme. A primera vista, su mirada parecía desdeñosa pero, cuando la conocías mejor, se confirmaba tu sospecha: el mundo no merecía su aprobación.

Más adelante me contó que su madre era argelina y su padre noruego, y que habían ido a parar a Luxemburgo por casualidad.

Milena miró las flores y luego lanzó una mirada a Andrea, que seguía los movimientos del hombre mayor. Éste dibujaba en un bloc arrugado.

—Andrea es muy abierta —observó Milena.

Por la manera en que lo dijo, deduje que a Milena también le habría gustado ser tan abierta, que tal vez esperaba que alguien la abriera, como una lata de sardinas. ¿No es eso lo que quiere todo el mundo? Todos esperamos ser abiertos y comidos, porque así habremos sido útiles. A juicio de papá, una vida útil es una vida feliz. Y, aunque mamá nunca lo formularía así y la palabra «útil» le sugería asociaciones muy diferentes, en el fondo, ¿no pensaba ella exactamente lo mismo?

El concepto «útil» resumía todo aquello que yo no quería ser.

Un joven limpió nuestra mesa con un trapo húmedo. Vació los ceniceros. Llevaba

un sombrerito de papel. Según me habían contado, era un sombrero higiénico que evitaba que la suciedad del pelo cayera sobre los helados de los clientes.

Papá solía decir: «El pelo suelta mucha porquería, por eso no debes tocártelo mientras comes».

Yo no creía que el pelo de Andrea pudiera soltar porquería. Tampoco el de Milena, a mi juicio.

—Vayamos a comer algo decente —propuse—. ¿No teníais tanta hambre?

Nadie reaccionó.

Temí que el borracho se viniera con nosotros, que no parara de imitar las coces de los caballos, y ya me veía acabando la noche a solas con él.

Seguro que a mamá le habría encantado todo aquello, y más aún si me llevaba al hombre a casa.

Acabó su dibujo.

Admiramos el alma de Andrea, que, según decía el borracho, guardaba un gran parecido con Jesús en la cruz.

—Oye, perdona que no hable contigo, pero es que, ya ves, estoy ocupada —se disculpó Andrea.

—No importa —respondí—. ¿Hace mucho que conoces a este tipo?

—Se sentó a nuestro lado y empezó a hablar.

Así de sencilla era la vida. Te sientas al lado de alguien y te pones a hablar. ¿Era eso lo que hacía mamá? No, mamá no se sentaba, mamá permanecía de pie, y la mayoría de las veces dejaba hablar a los demás y luego los interrumpía diciendo: «Necesito una cosa de la papelería. ¿Salimos un momento a comprar?».

Ésa era su forma de sugerir que salieras tú a comprar.

Aparté las flores que Rolf Szlapka había envuelto con cuidado. ¿Acaso las había envuelto con tanto cariño porque creía que eran para mamá? Acariciaba el papel mientras lo hacía, al menos esa impresión me dio, mientras yo me moría de impaciencia.

—Me gustaría casarme contigo —oí decir al borracho—. En mi imaginación, claro, no de verdad. ¿Quieres mi apartado de correos?

Andrea se echó a reír.

Me pareció una perversidad que Andrea se riera tan amablemente de semejantes proposiciones. Yo sabía que la perversidad y el *amour fou* no se excluían, pero, por otra parte, el *amour fou* no podía ser algo al estilo de: «Si el camarada Stalin ha dicho que es bueno, será bueno». No, el *amour fou* no era una forma de estalinismo.

La barba rala del borracho era en algunas zonas blanca, y en otras gris.

—¿Cuántas botellas de vino te has bebido ya? —preguntó Andrea con voz fuerte y animada, como si la pregunta fuera el inicio de un buen chiste.

El hombre se quedó un instante pensativo.

—¿Desde cuándo quieres que empiece a contar? —soltó a modo de respuesta.

Su mano rozó el pelo de Andrea.

—Empiece usted a contar desde esta mañana.

Eso fue lo que dije, porque quería participar en la conversación, y quería que Andrea me mirara y entendiera que debía ocuparse del *amour fou*, y no de charlar en una heladería y luego irse a cenar a un chino.

Pero mi propia voz me sonó desagradable al oído, y enseguida comprendí que no deben hacerse ese tipo de comentarios a personas en estado de embriaguez.

—Empezaré a contar desde principios de mes —accedió el borracho—. ¿Qué día es hoy?

Se hizo un silencio.

—Sábado —respondí.

El hombre se puso a contar.

Su mano jugaba, como quien no quiere la cosa, con el cabello de Andrea.

Su mano tenía el color del cemento.

Andrea lo miraba como si acabara de encontrar a su salvador personal.

Por los altavoces sonó una canción italiana que estaba de moda. La heladería la regentaban unos italianos de Trieste que residían en Austria desde hacía más de veinte años.

Mamá también visitó Trieste en cierta ocasión, con uno de sus amantes, no recuerdo con cuál. No le entusiasmó la ciudad, le pareció que estaba demasiado cerca. «Igual que Austria», fue su comentario.

Las flores de Szlapka seguían encima de la mesa, como los restos de una recepción que termina media hora antes de lo previsto.

Mamá quería que yo embelesara al mundo con mis pasos de baile, pero de pronto comprendí que no sólo no embelesaría al mundo con mis pasos de baile, sino que tampoco con mi *amour fou* ni con mis tostadas de salmón. Comprendí que yo, Marek van der Jagt, dejaría al mundo sin embelesar.

Tenía que rebelarme. No había otra salida; si no lo hacía, acabaría en la compañía de seguros de papá.

Me rebelé a partir de las dos de aquella misma tarde. No iba a renunciar tan fácilmente a embelesar al mundo.

Di un fuerte puñetazo sobre la mesa y me lastimé la mano.

El hombre no levantó la vista, ni Andrea se dignó dirigirme una mirada.

Milena encendió un cigarrillo.

—Mi padre era vikingo —contó.

—Os he traído unas flores —intervine.

—Dos días antes de nacer yo, puso pies en polvorosa —prosiguió Milena— y ya no le vimos más el pelo.

Rompí el papel que envolvía las flores y empecé a repartir las rosas.

—Toma, son para ti —dije, y deslicé unas cuantas en la mano de Milena—, y éstas, para ti. —Depositó unas rosas en el regazo del borracho y el resto las apreté contra el pecho de Andrea—. Tíralas si no las quieres —añadí—. Sólo era un detalle.

Las luxemburguesas se quedaron mirándome; sólo el borracho rechazó mis flores.
El hombre se puso a contar.

Pero, cuando al fin abrió la boca, no pronunció un número, ni siquiera un cálculo aproximado.

—Clac, clac, clac —insistió de nuevo—. Así cocean los caballos y, si oyes este sonido, sabes que sigues vivo. —Y añadió con el pelo de Andrea aún entre las manos —: ¿Quieres mi dirección? Así podremos escribirnos.

Di con un restaurante chino en la guía telefónica y reservé por teléfono una mesa para tres.

—En Luxemburgo no te encuentras con personajes de este tipo —observó Andrea cuando al fin salimos de la heladería.

—Bueno, personajes de este tipo los encuentras en todas las ciudades grandes —contesté.

—Luxemburgo no es una ciudad grande —continuó Andrea, y Milena se encogió de hombros.

—Dime una cosa —preguntó Andrea, una vez sentados en un taxi—, ¿qué se siente siendo austriaco?

El restaurante no estaba lejos, podríamos haber ido a pie, pero no quería correr riesgos. Si vamos a pie, pensé, se entretendrán mirando escaparates y querrán entrar en las tiendas para probarse una camiseta o comprar un collar de plástico, y, a las primeras de cambio, se esfumarán entre el bullicio.

—Se siente uno bien —contesté—. ¿Qué se siente siendo luxemburguesa?

Milena llevaba en el regazo los restos de las rosas de Rolf Szlapka.

Para ser un *amour fou*, la situación no era muy excitante, aunque quizá fuera siempre así al principio. Empezaba siendo poco excitante y luego, de repente, todo estallaba.

Miré el diamante que Andrea tenía en la nariz.

—Me encanta tu diamante —afirmé.

—Ah, éste —respondió—, lo llevo desde los catorce años.

—No es el único diamante que lleva en el cuerpo —añadió Milena, y bajó el cristal de la ventanilla.

En el restaurante nadie había oído el nombre de Marek van der Jagt, y nadie sabía nada de una reserva.

—He hecho una reserva para tres personas —insistí por enésima vez—. Estoy seguro.

El restaurante, la verdad, muy lleno no estaba.

Había ocho personas sentadas a una mesa larga. Celebraban algo, al parecer un aniversario de boda.

Las mesas estaban cubiertas con manteles rojos.

Buscaron mi nombre en un libro grueso.

Mi nombre no aparecía por ninguna parte.

—Podemos sentarnos igualmente, ¿no? —propuso Andrea.

Nos dieron una mesa junto a la ventana. No me hizo mucha gracia. Temía que pasara por allí papá, con su sombrero y su cartera, se detuviera delante de la ventana, mirara hacia dentro y me viera.

Fingiría no conocerme. Me miraría durante un par de segundos, como esperando que fuera a suceder algo más. Como esperando que yo saliera corriendo a la calle para saludarlo y proponerle: «Papá, ¿te apetece comer con nosotros?». Y, si eso no sucedía, él seguiría su camino en silencio.

Andrea y Milena se sentaron juntas a un lado de la mesa, yo enfrente de ellas. Yo tenía vistas a la calle, ellas al restaurante.

Las chicas examinaron la carta.

La felicidad empezaba a evaporarse un poco, pero los cuatro mil chelines seguían en mi bolsillo y aún era temprano. Todavía podía suceder de todo. Quizás existían códigos secretos que yo no conocía o no sabía interpretar.

Andrea tenía una nariz menuda y llevaba una camiseta que, al parecer, había lavado con demasiada frecuencia a una temperatura demasiado alta. Aunque podría tratarse de una moda.

Comoquiera que fuera, la camiseta le favorecía.

—Marek, ¿tú a qué te dedicas? —preguntó. Y cerró el menú, en cuya cubierta figuraba un dibujo muy desafortunado de un dragón amarillo.

—Todavía voy al instituto —dije—. ¿Y vosotras?

—Estamos a punto de acabar —respondió Andrea—. Por eso estamos aquí.

—Para celebrar lo mucho que hemos trabajado —añadió Milena.

Trajeron el vino blanco que había pedido.

—¿Es chino? —preguntó Andrea. Al parecer, le hizo mucha gracia su propia pregunta porque prorrumpió en una carcajada, y yo, por si acaso, también me eché a reír.

Por su actitud, me dio la impresión de que las dos chicas eran capaces de largarse en cualquier momento sin decir ni adiós.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Andrea al camarero.

El camarero masculló un nombre ininteligible.

A continuación masculló otro nombre ininteligible, y después otro, y entonces comprendimos que estaba enumerando los platos del día.

Nadie quería el plato del día.

—Encantada de conocerte —le dijo Andrea al camarero—. Tienes unos ojos preciosos.

En el rostro del camarero se dibujó una sonrisa cansina. Una sonrisa que casi parecía hacerle daño.

Apuntó el pedido y se fue. Habíamos pedido pato. Nos partiríamos un pato pequinés entre los tres.

—Qué festivo —advertí—. Un pato pequinés.

Papá califica siempre la comida de festiva: un salmón festivo, un solomillo festivo, un *foie-gras* festivo. Y ahora yo hacía lo mismo.

El *amour fou* y el pato pequinés, extraña combinación, aunque no necesariamente reñida con el éxito.

—Es la primera vez que comemos pato pequinés —comentó Milena.

—Pues sí —ratificó Andrea—. Hemos tenido que viajar a Viena para descubrir el pato pequinés. —Y entonces se hurgó en la nariz, se extrajo una pelotilla y continuó —: Lo siento, tenía algo en la nariz que me molestaba. No te sabe mal, ¿verdad? Normalmente no hago estas cosas en público, pero tú eres tan amable...

Respondí con un gesto de la cabeza. Un gesto que podía significar cualquier cosa: que no me sabía mal, que sí me sabía mal, que yo también tenía en la nariz pelotillas que necesitaban ser extraídas...

Las chicas no me habían dado las gracias por las flores. Claro que eso de dar las gracias por unas flores era una fórmula de cortesía muy tradicional, quizá demasiado tradicional, por mucho que se tratara de las rosas de tallo largo de Rolf Szlapka.

El *amour fou* no se manifestaba con fórmulas de cortesía.

—¿Acaso te avergüenzas de nosotras? —preguntó Andrea.

Volví a responder con un gesto de la cabeza.

Cómo iba yo a avergonzarme de ellas. Si de algo me avergonzaba era de mí mismo, y de haber dicho aquello de «festivo», según la costumbre de papá.

Andrea era delgada, y sin embargo se comió la mitad del plato de Milena y al menos tres cuartas partes del mío. El pato pequinés es bastante graso, al menos ése era extremadamente graso.

A Andrea le entró frío y le ofrecí mi chaqueta.

Se miró en un espejo con mi chaqueta puesta.

Mamá era quien elegía mis chaquetas.

—¿Dónde os alojáis? —pregunté.

La conversación estaba salpicada de silencios aciagos.

Andrea ya me había dicho un par de veces:

—Si no sabes de qué hablar, podrías cantarnos algo.

Les conté que yo no sabía cantar, que mamá de joven había sido cantante, pero que lo dejó cuando tuvo su primer hijo.

—¿Y ahora qué hace tu madre? —se interesó Milena.

Le quité la piel al trocito de pato que me quedaba en el plato y lo partí. Andrea encendió un cigarrillo.

¿Querían saber qué hacía mi madre? ¿Qué hacía mi madre ahora? Romper corazones, debería contestar. Pero ¿puede uno hablar así de su propia madre?

Papá no le ponía el menor impedimento, toleraba a sus amantes siempre que éstos

no transgredieran determinadas leyes tácitas.

A veces me daba la sensación de que mi madre le echaba en cara esa actitud. Que en el fondo le echaba en cara a mi padre que no le diera un buen tirón de orejas y le espetara: «Se acabaron los amantes, de ahora en adelante vas a comportarte».

Aunque nunca se lo confesaría a mi padre, como es natural. Tampoco es que mi madre le dirigiera mucho la palabra, pero había días en que ella parecía provocarle para que él le dijera: «¿Adónde vas a estas horas?». O bien: «Así no sales a la calle, cámbiate de ropa». Pero papá nunca decía nada. Papá callaba.

—Mi madre lleva una vida social muy intensa —aseguré.

—¿Y tú? —preguntó Milena.

—Yo soy un rebelde —declaré.

—¿Hay que dedicarle mucho tiempo a eso? —inquirió Milena.

—¿Hace mucho que lo eres? —insistió Andrea.

—Desde esta tarde —dije.

Andrea entornó los ojos como quien mira directamente al sol.

—Cuando te conocimos y te ofreciste a enseñarnos la ciudad, creímos que eras un violador —reconoció.

—Sí —añadió Milena—, ya nos hemos topado con tres violadores en Viena.

—¿Os han violado?

—No, eso todavía no —contestó Andrea con manifiesto desprecio.

—Entonces, ¿cómo sabéis que eran violadores?

—Esas cosas se huelen —soltó Milena.

A Andrea se le cayó un poco de ceniza sobre mi chaqueta.

No supe si lo había hecho sin querer o con toda la intención.

«No me hagas un agujero en la chaqueta», estuve a punto de decirle, pero afortunadamente, antes de abrir la boca, me di cuenta de lo cursi que podía sonar eso. Además, los agujeros no le iban nada mal al *amour fou*.

Andrea seguía con frío. Parecía tener cada vez más frío.

—¿Queréis que nos vayamos? —pregunté.

—Queremos un café —respondió Andrea—, si no, nos dormiremos. No hemos dormido mucho esta noche.

—Y la noche anterior tampoco —intervino Milena.

Eso de no dormir me pareció una buena señal. Por lo que yo sabía, el asunto que me ocupaba solía ir acompañado de poco sueño.

La gente que había estado celebrando el aniversario de boda empezó a levantarse lentamente de la mesa.

La comida había sido pesada. O bien el aniversario de boda.

Llegó el café. Milena se puso de pie y se fue al lavabo. Comparado con Andrea, ella no tenía nada de delgada.

—¿Te ha contado que su padre era noruego, un vikingo? —preguntó Andrea.

—Sí —contesté.

—No creas todo lo que te diga. Su padre es un danés normal y corriente.

—Un danés —repetí yo.

—No le digas que te lo he dicho.

—No, claro que no.

Andrea miró las rosas, ya medio mustias.

Lanzó un suspiro.

—No me gustan demasiado las rosas —dijo—. Las rojas, aún menos.

—A mí tampoco —tercié—. ¿Las tiramos?

Milena regresó del lavabo.

—Nos hemos instalado en casa de un amigo de mi hermanastro. ¿No era eso lo que querías saber? —me informó antes de sentarse.

Le había formulado esa misma pregunta una media hora antes.

—Sí —contesté—, quería saberlo. ¿Es una casa bonita?

Las dos se encogieron de hombros al mismo tiempo.

—Es una casa —dijo Andrea.

—Una casa bastante fría —susurró Milena.

Aún llegaron unos postres chinos, que a Andrea le hicieron tan poca gracia como las rosas.

Con discreción, el camarero dejó la nota sobre la mesa. Se alejó deprisa, sin duda temeroso de que volvieran a lanzarle un piropo.

—Nos gustan más los hombres que las flores —observó Milena.

Cogí la nota de un platito con unos caramelos de menta envueltos en papel y la examiné hasta que caí en la cuenta de que ese gesto era demasiado tradicional.

Comprobé el total de la nota. En el futuro, no miraría sino el resultado final.

—Ándate con cuidado —me advirtió Andrea—, es muy apasionada; su madre es argelina.

—Y mi padre vikingo —agregó Milena.

—Una judía argelina —prosiguió Andrea— terriblemente apasionada.

—Las judías argelinas son extremadamente apasionadas —insistió Milena—, y muy gordas. Por suerte, por mis venas corre también sangre normanda.

—¿Os apetece una última copa? —propuse.

—¿Qué hora es? —quiso saber Andrea. Y, sin esperar respuesta, añadió—: Tenemos que hacer una llamada, el amigo de su hermanastro nos está esperando. ¿Llevas monedas?

Busqué en el bolsillo de mi pantalón y deslicé un puñado de monedas en la mano pequeña y elegante de Andrea.

Transcurrieron unos minutos. Si aquello hubiese sido el ballet de mamá, ella habría movido la cabeza, descontenta e impaciente. Porque mamá era impaciente: para su gusto, casi todo iba demasiado lento y duraba demasiado.

Adopté la postura de quien está pensando. El camarero trajo el cambio y yo seguí fingiendo estar sumido en mis pensamientos.

Milena mascaba chicle.

—¿Tengo pinta de argelina? —inquirió.

Observé atentamente su rostro.

—No —contesté—. Tienes una pinta exótica, eso sí.

Me arrepentí al instante de mi respuesta.

—Es una charlatana —dijo Milena—. Eso es porque es muy insegura.

Metió su chicle en una cajetilla de cigarrillos vacía.

—Por las mañanas, se sienta en la bañera con el amigo de mi hermanastro y no para de hablar.

—¿En la bañera?

—Sí, ¿dónde si no? Se pasa horas en el baño hablando con él, me vuelve loca.

—Ajá —asentí—. ¿Así que se sientan los dos en la bañera a hablar? ¿El amigo de tu hermanastro es también vikingo?

—No, es argelino. A medias, como yo.

Andrea regresó, pero no volvió a sentarse.

—Todo organizado —dijo—. Nos vamos.

La puerta del restaurante chino ya estaba cerrada con llave.

El camarero de los ojos preciosos nos despidió con una inclinación de la cabeza. Andrea llevaba en la mano las rosas que yo había querido tirar porque no le gustaban.

Andrea se percató de mi mirada.

—Es una pena, ¿no?

Pronunció ese «¿no?» con una prolongada interrogación.

No sabía adónde ir con las chicas. Andrea llevaba puesta mi chaqueta, yo tenía frío, pero había jurado por Dios y por mamá que no me pondría a tiritar. Además, el pato pequinés había resultado un duro golpe económico. Y yo que creía que la comida china era barata...

—Me da igual lo que hagamos —aseguró Andrea—. Lo que no quiero es quedarme aquí de pie.

No parece que te excitemos mucho

Delante del Museo Judío había un bar americano que no había pisado en mi vida, pero entré en él como si lo frecuentara a diario.

Un bar americano en un sótano, interesante lugar para dos luxemburguesas, pensé.

Había cuatro taburetes. Y unas mesitas iluminadas con unas lamparitas con velas. Unos troncos junto a las mesas hacían las veces de sillas.

Andrea miró el local.

—No pienso sentarme en un tronco de árbol.

—No —dijo Milena—. En mi país, también tenemos troncos como éstos.

El barman tampoco era americano, era tirolés.

—Es mi primera noche —dijo el hombre—. Así que tendréis que echarme una mano si queréis una bebida complicada.

—No queremos ninguna bebida complicada —repuso Andrea.

—Queremos algo normal y corriente, preparáanos lo que sepas hacer.

—A mí, en realidad, me apetece un café —intervine—. ¿Tenéis café?

El tirolés miró a su alrededor.

—Pues creo que sí —afirmó.

Ahora me tocaba a mí prepararme para una noche en vela.

—¿No tienes amigos? —me preguntó Andrea mientras jugaba con la cera de la vela.

—Tengo dos hermanos —contesté.

—¡Ah! —comentó Milena—. Ahora se descubre el pastel.

Y soltó una risita tonta.

¿Cómo empiezan las pesadillas? Me lo he preguntado más de una vez. Las historias empiezan, las vidas empiezan, el mar empieza en un sitio y acaba en otro, pero las pesadillas no empiezan. En una pesadilla te pierdes y no descubres que es una pesadilla hasta verte plenamente inmerso en ella, y entonces te preguntas: ¿cómo no me he dado cuenta antes? ¿Por qué nadie me advirtió de nada? ¿Cómo pude estar tan ciego?

Llegó el café. Estaba tibio. No me atreví a quejarme. Qué importaba que el café estuviera tibio, por mí hasta podían lavarse las manos en el café.

—¿Y si quedamos con tus hermanos? —propuso Andrea—. ¿O vamos a cargar contigo toda la noche? Oye, perdona, no quiero ofenderte, pero nosotras somos dos y

tú estás solo.

Miré hacia el techo. También parecía hecho de troncos.

—Mis hermanos son mayores que yo y están bastante ocupados —aclaré.

—Ya nos imaginábamos que eras el menor —dijo Milena.

—¿Ah, sí?

—Esas cosas se intuyen —intervino Andrea—. Yo también soy la menor.

—Pero al principio creímos que eras un violador, cuando te ofreciste a enseñarnos la ciudad sin conocernos de nada. Cruzamos una mirada y pensamos: toma, otro violador.

Me pasé la mano por el pantalón. La tenía húmeda, con esa humedad de los bosques en otoño.

—No soy un violador —me disculpé—. Sólo pensé que os gustaría ver la ciudad.

—Lo hemos visto ya casi todo —afirmó Andrea—. Tal vez visitemos mañana un buen museo.

El barman tirolés se acercó a un señor que acababa de entrar en el local y le dijo lo mismo que nos había dicho a nosotros:

—Es mi primer día, si quiere usted una bebida complicada tendrá que echarme una mano.

—No estaría mal visitar un palacio —dijo Milena—. Un palacio antiguo.

A mamá le encantaban los palacios; eso me hizo pensar en su ropa, y recordé que una noche, no hacía mucho, se había puesto unos mini *shorts*. De cuero rojo. Papá, al verla, meneó la cabeza pero ni siquiera los mini *shorts* lograron hacerle renunciar a su silencio. Mamá ofrecía una imagen de lo más juvenil, sólo en sus ojos se le veía la edad y los golpes que le había dado la vida. Mamá quería brillar y ser deseada. Rechazaba todo lo que iba más allá del deseo. Podía perjudicar su brillo y destruirlo. Mamá sufría cuando no brillaba, la menor imperfección la torturaba, y acabó por desesperar a incontables peluqueros. Quien sólo quiere brillar no existe sin la mirada del otro.

—Llama a tus hermanos —sugirió Andrea—. A lo mejor les apetece ir a un bar americano.

Busqué monedas en mis bolsillos.

—¿Dónde hay un teléfono por aquí? —pregunté.

—En el servicio —me indicó el barman.

—No creo que quieran venir, pero lo intentaré —le advertí a Andrea.

El diamante de su nariz brillaba a la luz de la vela.

—Inténtalo —pidió—. Seguro que sabes convencerlos.

La criada contestó al teléfono.

—Marek —dijo—, ¿dónde estás? No te has presentado a cenar.

—No. No he podido.

Le pedí que me pasara con Pavel. Oí cómo le llamaba y pensé en Milena y en Andrea y en la carrera artística de Pavel, que éste se tomaba muy en serio desde los nueve años.

—¿Qué pasa?

Su voz sonaba siempre como si estuviera batallando con un catarro. Se untaba las manos varias veces al día con una crema muy cara, porque tenía unas manos muy valiosas con las que en el futuro tocaría valiosos instrumentos en los escenarios internacionales. Sin embargo, al cabo de un par de años, mi hermano descubrió la economía, y de la noche a la mañana decidió convertirse en un gran economista. Creo que le importaba bastante poco lo que haría en la vida, siempre que fuese reconocido como un genio.

Hasta donde alcanza mi memoria, mi hermano siempre esperó el aplauso del mundo. Será un mal familiar.

Algunas personas se pasan toda la vida esperando el aplauso del mundo, y no descubren hasta poco antes de morir que han actuado ante una sala vacía.

Puede que eso sea el fracaso, el fracaso que mis hermanos y yo habíamos aprendido a combatir con el éxito y el reconocimiento. Todo depende de la definición de fracaso que uno maneje. La gente cree que soy, ya de entrada, un fracasado, porque existen pocos filósofos que gocen del aplauso del mundo. Además, yo no quiero ser filósofo, mis estudios son una excusa, un castigo alternativo.

Le expliqué a Pavel dónde estaba y con quién.

Naturalmente, no le hice ningún comentario acerca del *amour fou*, ni del señor Hobmeier, ni de las joyas que mamá había recibido de sus amantes y cuyo valor había resultado ser muy inferior al que nos habíamos imaginado. Pavel y yo nunca hablábamos de cosas importantes; en realidad nunca hablábamos de nuestros padres. A lo sumo, decíamos cosas como: «Típico de mamá». O bien: «Papá se ha ido dos días a Frankfurt».

Pavel se mostró animado. Cosa rara en él.

Me dijo que conocía el bar y que pasaría por allí un momento; por el tono de su voz, comprendí que actuaría en calidad de hermano mayor, el hermano mayor de gran talento que había acariciado y tocado valiosos instrumentos y que se ponía en las manos una crema muy cara varias veces al día.

Sonreí al pensarlo, porque intuí que mi hermano no lograría impresionar a Andrea y a Milena con sus historias.

—Voy para allá ahora mismo —aseguró Pavel—. Pero no creo que me quede mucho rato. Tengo curiosidad por ver a esas dos pavitas.

—Bueno, pavitas... —dije—. Chicas luxemburguesas.

—Conociéndote, seguro que son unas pavitas.

Algunas mujeres nunca dejan de ser unas pavitas. Mantienen un tono de voz un poco demasiado agudo, agitan sus bolsos con ademanes un poco demasiado exagerados, se echan a reír como tontas en los momentos más inoportunos, y, cuando

ya no queda en ellas nada de coqueto, siguen haciendo unos gestos con la cabeza y las manos que antes, en un pasado lejano, pasaban por coquetos. Y creo que a Pavel le gustaba esa clase de mujeres, porque se ha casado con una que es una pavita y lo será hasta el fin de sus días. Yo no le caigo bien a su mujer. Creo que se da cuenta de que la atravieso con la mirada y la veo desnuda, en su estado, nunca superado, de pavita.

Regresé a donde estaban las chicas.

—Viene Pavel —informé—. Os caerá bien.

—¿Se parece a ti? —preguntó Andrea.

Pavel no se parecía a mí, no se parecía a nadie de mi familia; quizás un poquito a papá, en la altura.

—Es más alto que yo —respondí. Y quise decir más cosas, pero me pareció mejor que lo descubrieran por su cuenta. Junto a Andrea había un par de rosas mustias envueltas en un papel arrugado.

A veces mamá olvidaba el nombre de sus amantes.

—Ese señor, ese que está ahí, junto al piano, lo conozco, pero ¿cómo se llama? —me preguntaba entonces.

A algunos de esos hombres no les importaba refrescarle la memoria a mamá, aunque se tratara de algo en apariencia tan sencillo como un nombre. Otros, en cambio, se ofendían y le decían: «Si no eres capaz de recordar mi nombre, tal vez deberíamos dejar de vernos».

—Hay que ver lo exigentes que llegan a ser algunos individuos —me decía entonces mamá mirándome a los ojos.

El amor de mamá no necesitaba nombres. Ella solía decir: «Yo me acuerdo de las cosas realmente importantes. Un nombre no es importante, y una dirección, por cierto, tampoco».

Si un nombre y una dirección no eran importantes, no sé qué cosas serían importantes para ella. Nunca llegué a preguntárselo.

También Andrea había pedido café, como si quisiera prepararse para la enésima noche en vela.

—No pareces muy excitado —soltó Milena de sopetón mientras clavaba su mirada en mi entrepierna.

Andrea también miró.

—No —corroboró ella—. No parece que te excitemos mucho.

—Acabo de comer —contesté.

—Ah —repuso Andrea—, así que después de comer no te excitas. Pues, yo, en tu lugar, comería menos.

—¿Qué dices? ¿Que acabas de comer? ¡Si hace ya dos horas que hemos comido!
—se alarmó Milena.

Comprendí que tenía que hacer algo, pero no sabía qué.

Me quedé paralizado. Cuando mamá murió me pasó lo mismo, también me quedé paralizado, congelado más bien. Todo el mundo me hablaba y me consolaba, y yo sólo pensaba en si me quedaba a vivir con papá o si me iba de casa. Era como si me cruzasen por la mente unos pensamientos que no me pertenecían y que, sin embargo, tampoco era capaz de quitarme de la cabeza.

Más tarde pensé: ojalá le pongan a mamá un vestido bonito, y no un trapo cualquiera sólo porque lamenten enterrarla en un Emmanuel Ungaro.

A mamá le encantaba Emmanuel Ungaro. Incluso afirmaba que tiempo atrás había conocido personalmente al diseñador. Si la vida fuera una habitación, mamá la llenaría de guirnaldas, y las guirnaldas nunca son mentira. Sólo que los demás las arrancaban, las guirnaldas, del techo y de las paredes.

Puede que las guirnaldas de mamá no fueran muy bonitas, o que las colgara en los sitios equivocados o en los momentos inoportunos.

De modo que llegó el día en que mi madre se hartó de subirse a la escalerita para colgar sus guirnaldas, y entonces resolvió continuar su vida en una habitación vacía.

—Tengo una digestión bastante lenta —aduje.

Andrea me acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Qué quieres de nosotras, además de sexo?

Hice lo posible por mantener una mirada neutra.

Y también hice lo posible por sonreír.

Abrir y cerrar la boca para respirar era más propio de los peces que de las personas.

En aquel momento supe cómo empezaba el *amour fou*.

Sentí arder la mejilla que Andrea me había acariciado, como si hubiera apagado en ella dos puros.

Papá, que fumaba puros, ya había estropeado sin querer dos vestidos de mamá con la ceniza del puro. Y, ¡hala!, otro agujero en el vestido.

Mamá solía decir: «Tu padre es el hombre más torpe que me he echado a la cara, debí de estar ciega cuando lo conocí». Y papá contestaba: «Pues que no se compre esos vestidos que se desintegran en cuanto se los pone».

—Quería enseñaros la ciudad, ya os lo dije.

Las dos chicas se echaron a reír con tanto entusiasmo que hasta parecían contentas.

Al poco, llegó Pavel. Se había vestido para la ocasión. Llevaba su mejor traje y el pelo reluciente de brillantina. Quizá se ponía en el pelo la misma crema que usaba para las manos.

—Éste es Pavel, mi hermano. Pavel, te presento a Andrea y a Milena.

Miré las manos de mi hermano. Tiene unas manos muy pequeñas. Algunas personas se enamoran de sus manos, por su extrema elegancia y lo bien cuidadas que las lleva.

Mi hermano posó sus manos sobre la barra del bar. Todo el mundo tiene alguna parte del cuerpo de la que poder presumir.

—Te hemos echado de menos durante la cena, pero entiendo que las señoritas tuvieran preferencia —me dijo Pavel.

A Pavel le gustaba emplear palabras y expresiones que le hicieran parecer mayor. Ahora que es adulto, las sigue empleando, pero el efecto no es el mismo.

Andrea lanzó un profundo suspiro.

—Oye, Pavel —pidió Andrea—, explícanos qué se siente siendo austriaco.

Estábamos orinando en los servicios, el uno al lado del otro.

Me resultaba difícil orinar con alguien al lado; Pavel tenía menos problemas con eso.

Mientras yo aún exprimía el líquido de mi vejiga, Pavel se miró al espejo. Se extrajo algo de entre los dientes y lo tiró al suelo. Pavel era extremadamente sensible a las pequeñas imperfecciones. Fue el primero de la familia en recortarse las cejas. En lo que más nos parecemos es en las cejas.

A Pavel no le gustaban las peleas y, sin embargo, solía decir: «Si la cosa se pone fea, intenta alcanzar los ojos del otro y dale fuerte».

—¿No has acabado todavía? —me preguntó Pavel.

Pavel había hecho reír a Andrea a carcajada limpia al contarle la historia de cuando intenté besar a la criada en la cocina y los melocotones cayeron al suelo. Curioso, porque normalmente Pavel no hacía reír a nadie. Sin embargo, aquella noche Andrea se reía mucho.

Me subí la cremallera del pantalón y puse las manos dos segundos bajo el grifo.

—Sí —afirmé.

—¿Sí, qué?

—Sí, podemos irnos —añadí.

Cuando todo indicaba que mi destino no iba a ser el de bailarín, mamá depositó sus esperanzas en Pavel y en sus valiosos instrumentos.

Las noches eran todavía frescas, a pesar de ser primavera, y al subir las escaleras y regresar a la mesa vimos que Andrea y Milena se habían quedado ateridas. Pavel se quitó la chaqueta y se la echó a Milena sobre los hombros. Aunque ella le había dicho que no era necesario, se le veía de lejos la carne de gallina de los brazos.

Tenía que aprender a olvidarme de todo lo que había aprendido. Ahí, pensé, residía la esencia del *amour fou*, al menos al principio.

Puede que sea un ejercicio que te ocupe el resto de tu vida, olvidarse de lo que

has aprendido, reprimir las voces que te dicen que no existe ningún sustitutivo del éxito. Y que nunca triunfarás con una chaqueta llena de manchas.

A mamá no le importaban las manchas. «Compraremos una chaqueta nueva», decía.

Pero mamá había delegado la educación de sus hijos en otras personas.

En el Colegio Internacional me preguntaron en una ocasión: «¿Quién educa en vuestra casa?».

Curiosa pregunta, como si educar fuera lo mismo que fregar los platos. Los platos los fregaba la criada, y la educación la habíamos dejado completamente de lado.

Miré al tutor que me había formulado aquella pregunta.

—Creo que mi padre, porque mamá suele estar ausente.

—¿Tiene mucho trabajo? —preguntó el tutor, interesado—. Se dedica de pleno a las obras de caridad, ¿no es cierto?

—Así es —contesté, más bien hosco. La pregunta sobre quién educaba en casa seguía preocupándome.

El tutor me tomó de la mano.

—Gracias a mujeres como tu madre, aún existe este mundo —sentenció.

Yo sonreí.

Pavel pagó la nota de todos. El tirolés nos dio las gracias, y vi que dirigía una mirada a Andrea y a Milena, un tipo de mirada que más adelante vería a menudo. Pavel fue el primero en salir, agitando sus valiosas manos en el aire, y los demás lo seguimos.

Se puso a llover.

—Llevo mucho tiempo sin ducharme —anunció Milena.

—Su padre es un vikingo —le expliqué a Pavel.

Me estaba arrepintiendo de haberle llamado. Debería haberles dicho a las chicas que no tenía ni hermanos ni amigos, y que esa noche tendrían que arreglárselas conmigo a solas y que, si no les hacía gracia, volvieran con el amigo del hermanastro.

Pavel quería parar un taxi, pero no había ninguno libre debido a la lluvia.

Eché un brazo por la espalda de Milena. Pavel hizo lo propio con Andrea. Las posibilidades de elección eran limitadas.

—Vámonos a casa —propuso Pavel—. Todos duermen a esta hora, y mamá tiene otras cosas de qué preocuparse.

Eso último era cierto, pero no significaba que no fuera a preocuparse por quién traíamos a casa.

—Sólo queremos un poco de café —aclaró Andrea—. Nada más.

—Yo quiero un té —dijo Milena.

En aquel momento, Pavel consiguió parar un taxi.

Él se sentó delante y yo en el asiento de atrás, entre Milena y Andrea.

Las chicas permanecieron en silencio. Le pregunté a Milena por qué llevaba tanto tiempo sin ducharse.

—Porque la niña esta se instala cada mañana dos horas en la bañera —fue su respuesta.

Mi padre es un vikingo

—Quitaos los zapatos —dijo Pavel cuando enfilamos el pasillo—. Nuestro padre tiene el sueño ligero y está siempre preparado para enfrentarse a los ladrones.

Papá guardaba un arma en su mesilla de noche. Poco tiempo después habría también un arma en la mesilla de noche de mamá.

Papá dormía algunas noches con tapones en los oídos, porque le volvían loco los ruidos que hacía mamá por la noche cuando rastreaba por toda la casa en busca de algún objeto perdido. Pero ¿cómo estar preparado para enfrentarse a los ladrones con tapones en los oídos?

Andrea y Milena se descalzaron.

Subimos al dormitorio de Pavel, donde estaban sus valiosos instrumentos, en el suelo o colgados de la pared.

Pavel tocaba el piano y el violín. Según decían, tocaba mejor el piano, pero yo no notaba la diferencia.

—Voy a preparar un té —se ofreció mi hermano, y bajó las escaleras corriendo.

Aquella actitud tan servicial no era muy frecuente en él.

Milena y Andrea recorrieron el dormitorio contemplando los instrumentos y un enorme cartel de una ópera de Alban Berg que Pavel había colgado en la pared, con la esperanza de llegar algún día a su nivel.

—Bonita casa —comentó Milena.

—¿Sois ricos? —preguntó Andrea.

—Bueno, tanto como ricos... —respondí.

Corrí las cortinas. Era imposible que alguien pudiera mirar adentro, pero la sola idea me incomodaba.

Todo el mundo se ha sentido alguna vez la criatura más solitaria del mundo. Hubo una época en que experimentaba este sentimiento con frecuencia, cada hora aproximadamente. Con el tiempo, conoces a gente y un día te topas con alguien más solitario que tú. Y piensas que con esa persona compartes cierto sarcasmo, o la afición por las excursiones en el bosque, por un libro o por las uvas pequeñas sin pepitas; piensas que debe de haber una razón por la que compartes tu tiempo con esa persona y no con otra muy distinta, hasta que descubres que lo que une y separa a la gente no es sino la soledad.

—¿Tu hermano es músico? —preguntó Andrea.

—Algo así —contesté.

Me senté en su silla de despacho.

Casi nunca me sentaba en aquella silla. Apenas pisaba el dormitorio de mi hermano. A decir verdad, no me estaba permitido entrar en la habitación de Pavel, so pena de recibir un bofetón.

—¿Es famoso tu hermano? —siguió Andrea.

Ahora quien se reía era yo.

—No —repuse—, todavía no, pero seguro que lo será.

Arriba, en mi dormitorio, estaba el cucurucho del helado, y de pronto me vino a la memoria Rolf Szlapka hijo. «No consigo olvidarte», había oído que Rolf le decía a mamá. «No dejo de intentarlo, pero no puedo». Y ella replicó: «Ay, pobrecito mío, vuelve a intentarlo».

Oí unos pasos y pensé que sería Pavel con el té, y quizá con una bolsa de patatas que habría cogido de la despensa.

Pero era mamá. Se presentó en salto de cama, aunque no se había olvidado de pintarse los labios y de recogerse el pelo. Llevaba también unas zapatillas a juego con el salto de cama. Unas zapatillas de color rosa.

Se produjo un silencio.

Ahí estaba mamá mirándonos como si acabara de levantarse el telón y se preguntara si la función de aquella noche valdría la pena.

—Es mi madre —dije, e hice amago de presentarle a Milena y a Andrea, pero mamá no apreció mi gesto.

Con paso resuelto, se acercó a las chicas, pero pasó de largo y se detuvo delante de las cortinas, que descorrió de un tirón.

—Aquí huele a cerrado —se quejó—. Y qué ambiente tan poco acogedor. Así no se reciben visitas, Marek. ¿Qué queréis comer?

—Te presento a Andrea y a Milena, mamá. Acaban de cenar.

Mamá me miró como diciendo: ¿te he preguntado yo algo?

—Bueno, algo ligerito sí que nos apetecería, señora —respondió Andrea.

Mamá nos llevó al salón y nos ofreció unas galletas. Fue un verdadero milagro que las encontrara en su sitio.

Sin hacer preguntas, se quedó mirando cómo Andrea y Milena comían las galletas.

Apareció Pavel con el té y el café. Ahora le tocaba compartir escenario con mamá.

—¿Os lo habéis pasado bien esta noche? —preguntó mamá, mientras Pavel le servía el té a Milena.

—Sí, muy bien —respondió Andrea—. Hemos comido pato pequinés. Su hijo ha sido muy bueno con nosotras.

Mamá movió la cabeza en señal de aprobación, y por mi mente pasó un desfile de

marionetas, de tambores y de gente que sujetaba en alto una pancarta en la que se anunciaba y se celebraba el *amour fou*.

«Su hijo ha sido muy bueno con nosotras». Aquello significaba algo, no era una afirmación cualquiera. Podía significar: «Su hijo ha sido muy bueno conmigo», lo que, a su vez, quería decir «su hijo me cae bien», y de ahí a «amo a su hijo» sólo había un salto triple. El objetivo se aproximaba, estaba a punto de materializarse. Tan cerca lo tenía que podía olerlo.

Más adelante aprendí que somos nosotros quienes atribuimos un significado a las palabras, y no a la inversa; los sonidos en sí son inocentes. Una lengua que no se entiende, raras veces duele; quizá por eso la gente cree en la falacia de que las lenguas extranjeras se aprenden en la cama. Somos capaces de atribuir más significado a un carraspeo que a un soneto de Shakespeare. Eso fue lo que aprendí, y que luego enseñaría a mis alumnos, a todos esos estudiantes de primer curso sin interés por el significado, y no sin razón.

Ahora pienso que tal vez dirigía mis esfuerzos precisamente a eso, a que alguien atribuyera un significado a mis carraspeos y descubriera algo que yo mismo, y a pesar de todos mis esfuerzos, había sido incapaz de ver.

Se produjo otro silencio.

El tintineo de las cucharillas removiendo el té y el café.

—Eres una chica guapa —dijo mamá, y posó su mirada en Milena—. ¿A qué se dedica tu padre?

Me puse de pie.

La silla se deslizó sobre el parquet, y éste crujió.

—¡Mamá! —exclamé—. ¡Qué importa lo que haga su padre!

Pero Milena respondió con toda la calma del mundo.

—Mi padre es un vikingo que se largó de casa dos días antes de que yo naciera porque sufría una crisis de ansiedad.

Mamá se inclinó hacia delante. Su salto de cama se abrió un poco, aunque de forma involuntaria.

—¿Un vikingo? —inquirió.

—Sí —contestó Milena.

Y mamá repitió «un vikingo» en un tono como si estuviera pidiendo una *crêpe* con caviar y nata agria.

Yo seguía de pie, y Pavel tomaba el café como si tal cosa. Mi hermano se hacía el maduro mostrándose impertérrito.

—Un noruego —explicó Milena— muy grande y rubio, lo opuesto a mi madre.

—¿Y se largó de casa? —preguntó mamá.

Algo del vikingo parecía interesarle.

—Sí, tuvo una crisis de ansiedad —añadió Milena—. Se fue de casa y ya no volvimos a verlo.

Mamá se inclinó hacia atrás y empezó a toquetearse el salto de cama. Puede que

estuviera considerando la posibilidad de largarse de casa en ese mismo instante, presa de una crisis de ansiedad. Eso le encantaba. Ella siempre se iba de casa en un estado normal, y creo que largarse de esa forma le parecía soso. Sí, muy soso. La mayor objeción que mi madre le ponía a la vida era precisamente eso, que fuera sosa, que no fuera lo bastante sangrienta. Quizá por ello le gustaba la ópera, en especial las óperas sangrientas.

Se oía el tictac del reloj.

Todos seguíamos callados.

Lo más trágico era que no parecía dispuesta a marcharse. Eran la una y cuarto de la madrugada, pero mamá estaba a gusto.

—Casi nunca trae chicas a casa —comentó mi madre de repente, y se quedó mirándome—. Y él tampoco —añadió moviendo la cabeza en dirección a Pavel—. Pero ésa es otra historia, él está muy ocupado con la música.

Su voz sonó ronca debido al tabaco o a la bebida.

Mi madre había empezado a fumar después de dar a luz a su primer hijo. Alguna vez decía: «Antes de tener hijos no fumaba, pero una vez que tienes hijos es imposible vivir sin cigarrillos».

—¿Ah, no? —preguntó Andrea—. ¿No han traído nunca a nadie a casa?

La desfachatez de Andrea no era fingida ni falsa; ella no imitaba un comportamiento percibido en otras personas. No, su desfachatez era absolutamente natural. Jamás he vuelto a ver una desfachatez tan bella como la suya.

Mamá asintió, ausente. Estaba ya con la cabeza en otra parte.

—¿Más té? —preguntó Pavel.

Milena negó con la cabeza.

Si en aquel momento las chicas se levantaran de la mesa y dijeran: «Bueno, tenemos que irnos», estaría todo perdido. Todo habría sido inútil, mi visita al señor Hobmeier, el restaurante chino, las flores, el bar americano, todo inútil porque no me habría conducido al *amour fou*.

—Mamá —dije—, subiremos un rato al cuarto de Pavel a jugar.

Mi madre se levantó de la silla de un salto.

Las personas se levantan, ella saltaba.

—Un juego. ¿Qué clase de juego?

—El Monopoly —contesté. Fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Es eso un juego? —se extrañó mamá.

Vi un cruce de miradas entre Milena y Andrea y la sonrisa burlona de Pavel.

Mamá volvió a sentarse.

—¿No deberías volver a la cama? —pregunté con prudencia.

A mamá no le gustaba que la gente le dijera lo que tenía que hacer, ni siquiera si se formulaba como pregunta.

Movió la cabeza, como si le molestara una mosca.

—¿Y tú? —se dirigió a Andrea—. ¿A qué se dedica tu padre?

Volví a arrastrar la silla por el parquet.

Todos miraron en dirección a mí, excepto mamá.

Qué más daba lo que hiciera el padre de Andrea, por mí podía estar en la cárcel condenado a cadena perpetua por haber estrangulado con sus propias manos a dos mujeres en el bosque; nada mermaría mi deseo de echarme a los pies de Andrea y suplicarle: «Llévame contigo, no dejes que esto se prolongue por más tiempo».

Pero yo no me echaba a los pies de nadie. Entre mis actos y mis deseos mediaba un desierto sembrado de los cadáveres de la gente que no había sobrevivido a la expedición, muerta por deshidratación o enloquecida por el sol.

—Mamá —supliqué—, deja de hacer tantas preguntas. Pavel, di algo.

Pero Pavel mantenía la boca cerrada.

—Mi padre no se largó de casa, mi padre es un buenazo —explicó Andrea.

Al pronunciar la palabra «buenazo» se dibujó una sonrisa en el rostro de Andrea, y también en el de mamá. En su cabeza sonaba ahora una música, a saber qué tipo de música.

—Un buenazo —repitió mamá—. La mayoría de los hombres son unos buenazos.

—Hoy he visto a Rolf Szlapka —intervine para desviar la atención—. Me ha dicho que volvía a tener rosas blancas, y que las guardaba para ti.

Pero mamá seguía sonriendo. Se le cruzaban unas ideas por la cabeza que mejor que no se le hubieran cruzado.

Se le veía en sus ojos, en cómo apagaba su cigarrillo, en cómo miraba a su alrededor.

Se puso de pie.

Con otras personas, sabes más o menos hacia dónde van, pero con mamá eso nunca sucedía, quizá porque ni ella misma lo sabía, pues a veces se perdía hasta en su propia casa. En cierta ocasión me dijo: «Marek, cuando te encuentres en un rincón oscuro de una habitación, no quieras dibujar un plano de la ciudad». No sé si aquello tenía que ver con ella o conmigo, ni quién tenía la intención de dibujar un plano de la ciudad. ¿Y quién se encontraba en el rincón oscuro de la habitación?

Otras madres, cuando se levantan de una silla del salón a la una de la madrugada, se van a la cama o al cuarto de baño a quitarse el carmín de los labios. A mamá, en cambio, cuando se levantaba de una silla le podía suceder que saliera de casa presa de una crisis de ansiedad, o que se quedara en casa presa de esa misma crisis de ansiedad. Con mamá nunca se sabía.

Mamá se acercó a mí.

Yo miraba sus zapatillas de color rosa.

¿Qué madre se pasea por la casa a medianoche con zapatillas de color rosa?

Pensé que debía seguir hablando para despistar. Me dirigí a Milena y a Andrea en

un tono de consumado conferenciante.

—El florista de mamá se llama Rolf Szlapka. Siempre le guarda a mi madre rosas blancas, su padre tiene un concesionario de BMW muy famoso, al menos en Viena. Las personas importantes se compran el BMW en el concesionario de Szlapka padre. A mi madre le encantan los BMW y las rosas blancas, por eso conoce tan bien a la familia Szlapka.

Pavel se echó a reír, un poco al estilo de papá.

—Sobre todo a un determinado miembro de la familia Szlapka —aclaró mi hermano, con parsimonia.

Toda Viena sabía de los amantes de mi madre, sus devaneos eran de dominio público, pero a ella le daba igual, siempre que no acabara ella misma en la vía pública, siempre que pudiera flotar a gran altura por encima de la ciudad y sorber el seso de la población masculina vienesa.

Yo vigilaba a mi madre con el rabillo del ojo; Milena y Andrea no reaccionaron a mi discurso. Milena se había levantado de la silla, como si también ella quisiera largarse de casa presa de una crisis de ansiedad.

Mamá se puso detrás de mí y me rodeó con los brazos, como hacen los enamorados en las películas antiguas.

Dejé de hablar. Para lo que me servía... No había manera de desviar la atención de mamá.

Cuando se le metía algo en la cabeza era como un tigre salvaje corriendo por la selva. Necesitaba saltar, aunque se arrojara en brazos de la muerte. Le daba igual: en algún lugar de su cabeza había oído una voz que le ordenaba: «¡Salta!».

—Necesita mucho amor —dijo mamá.

Me solté de su abrazo.

—¡Mamá! —grité—, ¡haz el favor de no seguir por ahí!

Ya no me importaba despertar a papá. A lo mejor dormía aquella noche con tapones en los oídos; bastante tenía él con sus propias crisis de ansiedad y las de su empresa de seguros, pues allí también se producían a veces. En el fondo, el aumento de beneficios no era sino una profunda crisis de ansiedad, y, según papá, los accionistas que exigían beneficios eran peores que cien madres juntas.

—Pavel, anda, tócanos algo al violín —propuso mamá, y acto seguido se dirigió a Milena—: Tu postura no es correcta, andas encorvada como un hombre de sesenta años; como no lo remedies, dentro de diez años sufrirás de la espalda.

—Bueno, ¿y qué? —grité—. Pues que sufra de la espalda dentro de diez años. ¿Y qué? ¿Crees que le preocupa? ¿Crees que le importa? ¿Crees que le quita un segundo de sueño pensar que dentro de diez años a lo mejor sufre de la espalda?

Andrea soltó una risita, y Milena se quedó mirándome como si fuera yo el animal salvaje.

Entonces tomé en mis manos el primer objeto que vi.

Era un jarrón.

Un regalo de un amante, uno de los pocos que mamá toleraba en el salón.

Alcé el jarrón sobre mi cabeza. Miré a mamá, a Andrea y a Milena; a Pavel no lo vi por ningún lado.

Con cuidado, volví a depositar el jarrón sobre la mesa.

—Es un regalo —explicó mamá—. Un regalo de Rolf Szlapka.

Con eso no siente una mujer nada

Pavel tocaba el violín. Se hacía cada vez más tarde.

Andrea y Milena se habían repantigado en el sofá. Quizá dormían con los ojos abiertos, hay quien duerme así.

Mamá estaba sentada sobre el extremo de su silla. Temblaba. Sus temblores poco tenían que ver con la temperatura. A veces se ponía a temblar cuando fuera hacía 35 grados, y en pleno invierno solía decir: «Yo no tengo nada de frío. ¿Qué le pasa a la gente?».

Cuando al fin Pavel dio por terminada su actuación, todos le aplaudimos. Mamá fue quien aplaudió con mayor entusiasmo.

Se despidió de Pavel y de mí con un beso de buenas noches, y a Milena y a Andrea les dio la mano. Se detuvo al lado de Milena.

—¿De modo que tu padre es un vikingo? —preguntó de nuevo.

Milena asintió con la cabeza.

—Interesante —dijo mamá—. Interesante. Pero no encorves tanto la espalda.

Y se fue a su dormitorio.

Nos quedamos en el salón como quien ha acudido a una fiesta y descubre que ésta ha terminado y hasta el anfitrión se ha ido a dormir.

—¿Subimos un ratito al dormitorio? —propuse.

Cuando hay que ganar tiempo, lo importante es el tiempo en sí y no el modo en que se gana. En aquella circunstancia, cada minuto era de importancia vital. Pues en el *amour fou* no existen minutos más o menos importantes, todos son cruciales, todos los minutos han de ser igual de intensos.

Pavel guardó su violín. Sus elegantes manos volvieron a agitarse en el aire como si dirigiera una orquesta.

—Sólo un ratito —concedió Andrea—. De todos modos, ya no deben de circular los tranvías.

—En efecto —intervino Pavel—. Hace rato que no circulan los tranvías, pero si esperáis un poco volverán a circular.

—Tocas muy bien —dijo Milena.

—Sí —la secundó su amiga—, tocas muy bien. ¿Eres un genio o algo así?

Pavel cerró el estuche del violín.

Sus manos, pensé. Si pudiera cortarle una mano de un hachazo sería feliz. En algún lugar había leído que el *amour fou* no se arredra ante una gotita de sangre.

—Hombre, un genio... A tanto no llego, aún me falta un poco.

—Además, uno no puede decir de sí mismo que es un genio —intervine.

Pero mi comentario fue ignorado, se perdió como si no lo hubiera oído nadie más que yo.

Subimos las escaleras, esta vez con un poco menos de cuidado, un poco menos temerosos de hacer ruido.

Si papá no se había despertado aún, ya no se despertaría.

Y una vez arriba —yo de nuevo sentado ante el escritorio de Pavel donde normalmente no me sentaba nunca, so pena de recibir un bofetón y una sarta de insultos—, me dio la impresión de que el rato que habíamos pasado en el salón no había existido. Mamá no había abierto jamás la puerta de Pavel para preguntar: «¿Qué queréis comer?».

—El café me ha dejado mal sabor de boca —se quejó Andrea—. ¿No tenéis algo dulce y fuerte?

Algo dulce y fuerte. Seguro que sí. Nosotros teníamos de todo.

Pavel y Andrea bajaron en busca de algo dulce y fuerte, y yo me quedé en el dormitorio con Milena.

—No quiero que me toques —dijo Milena.

Alcé la vista.

Milena estaba apoyada contra el cartel de Alban Berg.

Intenté descubrir en su rostro y en su cuerpo al vikingo que dos días antes de nacer ella había puesto pies en polvorosa, pero no lo encontré por ningún lado.

—No tenía ninguna intención de tocarte.

Una carcajada ultrajante fue la respuesta.

—¿Puedo fumar aquí? —preguntó.

—Pavel prefiere que no —contesté.

En un par de horas amanecería.

—Tardan mucho —añadí.

—Puede que no vuelvan.

Milena se frotó un ojo.

A juicio de Camus, la única pregunta filosófica relevante es si merece la pena vivir o no. Ésta es la razón por la que, entre otras cosas —una ingenuidad, naturalmente—, decidí más adelante consagrarme al estudio de la filosofía. Podría haberme decidido por la química para intentar hallar una respuesta a semejante pregunta. Atracar un horno de pan tampoco habría estado mal.

—Me duele la cabeza —dijo Milena—. ¿Tienes una aspirina?

—No —contesté—. Aquí no.

Milena debió de conformarse con mi respuesta, porque no insistió.

Muy a lo lejos oí unas risitas, aunque quizá fueran imaginaciones mías.

—¿Así que tu padre regresó a Escandinavia? —pregunté, y me fijé en una oreja de Alban Berg que asomaba por detrás de la espalda de Milena.

—Se fue a Groenlandia —respondió—. Allí encontró trabajo.

—Qué frío —observé—. ¿Y mantienes contacto con él?

—No. Pero en el Polo Sur hace aún más frío, ¿lo sabías?

—No soy un gran experto en geografía, no es que me entusiasme.

—A mí tampoco —replicó Milena—, pero lo del Polo Sur lo sabe todo el mundo.

Las risitas no habían sido imaginaciones mías. Las risitas subieron por las escaleras y se detuvieron delante del dormitorio de Pavel.

—Ahí están —dijo Milena como si acabara de llegar el metro que los dos habíamos estado esperando.

—Sí, ahí están —repetí.

La puerta se abrió. Andrea y mi hermano entraron. Parecían felices.

Traían una botella de licor de nueces.

Debía de ser otro de los muchos regalos que mamá recibía. A mamá le regalaban tantas cosas que no sabía qué hacer con ellas.

Se sentaron encima de la cama. La cama crujió.

Milena cerró la puerta.

Pensé que debía acordarme de todo lo que estaba viendo, porque si me acordaba de todo lo que estaba viendo sabría qué era el *amour fou* y, si lo sabía, más adelante podría ponerlo en práctica yo mismo. Es como conducir un coche: han de transcurrir un par de semanas entre el examen teórico y el práctico; es lo más conveniente para la seguridad vial.

Pavel abrazaba a Andrea, y Milena seguía de pie junto a la puerta.

—No tengo cultura —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que vosotros sí tenéis cultura. —Y señaló los instrumentos de Pavel.

Miré los instrumentos y miré a Pavel, quien raras veces era feliz, porque el miedo a no ser el mejor le privaba de cualquier forma de felicidad.

¿Era eso la cultura?

—Bueno, no lo sé —confesé.

Pensé que tendría que preguntárselo a mamá, aunque ella probablemente no sabría qué responder. La definición de aquella palabra era, en su opinión, lo mismo que una dirección que no necesitas.

—¿Qué tienes tú entonces? —pregunté, contento de que saliera algún tema de conversación, aunque fuese la cultura.

—No tengo cultura —insistió Milena.

—¡Marek! —exclamó Pavel—. ¡Déjate de sandeces!

Y, cuando me di la vuelta, vi la boca de mi hermano pegada a la boca de Andrea. O al revés. Todo transcurría a tal velocidad que se me escapaban los detalles.

—¿Qué es la cultura? —pregunté entonces.

De nuevo dirigí mi mirada a la cama, para saber cómo continuaba el asunto entre Andrea y Pavel, y vi que uno de los pechos de Andrea empezaba a asomar entre la ropa. Una vez que la cosa se pone en marcha, todo transcurre como en una montaña rusa. Yo lo había imaginado más lento, más meditado, un proceso gradual, con largas pausas en las que uno baja a tomarse un café y a comentar con los colegas la calidad del espectáculo.

Descubrí, por otra parte, que el pecho medio descubierto de Andrea me aterrorizaba menos de lo que en un principio había supuesto, si bien debo recordar que entre mi persona y el pecho de Andrea mediaba una distancia de un par de metros. Sobre las venas y el color del pezón, no tengo nada juicioso que declarar. Este tipo de declaraciones son más propias de los médicos y las enfermeras, sobre todo cuando le informan a uno con cara de circunstancias del resultado de un análisis y concluyen con las palabras: «Con un poco de suerte le quedan diez años de vida por delante».

—¿Cuál es tu definición de la cultura? —insistí. El silencio era ya insoportable.

—¿Tenemos que hablar de eso? —se quejó Milena, de pie junto a la puerta en jarras, como una madre que recibe a un hijo que llega tarde a casa. Daba la impresión de estar a punto de batir palmas; no me habría sorprendido nada, pero no lo hizo.

Me acerqué a ella y me quedé de pie a su lado.

Una sola cosa me pasaba por la mente: «Estoy al lado de la hija de un vikingo».

Andrea estaba medio desnuda.

—Se están desnudando el uno al otro —dije, y me sentí como un comentarista de una partida de billar. Pensé con temor que, en adelante, siempre que desnudara a alguien o que alguien me desnudara a mí sospecharía que, en algún rincón de la habitación, habría un cronista susurrando sus comentarios sobre el aspecto de las venas y el color de los pezones.

—Sí —constató Milena—, se están desnudando el uno al otro. Estas cosas pasan.

—Ah —contesté—. Entonces no hay ningún problema.

Acaricié la mejilla de Milena con el dorso de mi mano, como si fuera un cocodrilo que, por tener los dientes podridos, no parece peligroso.

Milena me apartó la mano.

—Puedes follarme —me dijo—. Pero sin tocarme.

Comprendí que el *amour fou* también tiene algo de purgatorio en el que uno debe arder en llamas para salir purificado y mejor preparado para afrontar el futuro.

—Bien —respondí, y pensé en las manos de Pavel, en el padre de Milena, el

vikingo, y en una película que había visto donde una mujer, que escondía a su novio perseguido por la policía, echaba a correr tras el furgón cuando se llevaban a su hombre. Si la policía detenía a papá, mamá ni se enteraría. Seguramente hasta se mostraría amable y colaboradora con los agentes durante el arresto.

—Todavía no te has quitado los zapatos —dijo Andrea.

—¿No puedo dejármelos puestos? —preguntó Pavel.

—No —replicó Andrea—, prefiero que te los quites.

Pavel llevaba siempre unos zapatos con cordones largos hasta el infinito. No le gustaban las botas con cremallera.

Observamos durante un rato cómo Pavel se peleaba con sus zapatos y cómo Andrea le ayudaba tirando como una posesa de los cordones. Nosotros no le ayudamos. Además habría estado fuera de lugar. Lo de quitarse o no los zapatos era asunto suyo.

—Tienes un nudo en el cordón —intervine cuando la cosa se puso realmente embarazosa.

Me dirigí al escritorio de Pavel, le tendí unas tijeras y cortó el cordón con ellas. Entonces me acerqué de nuevo a Milena y empecé a desabrocharme la camisa. Tocar estaría prohibido, pero desnudarse empezaba a ser un requisito indispensable.

A veces llamaban a casa amantes de mamá que decían: «Sólo quería oír un momento tu voz».

A lo que mamá contestaba: «Estás oyendo mi voz ahora, ¿no?».

Me pregunté si alguna vez mamá había deseado oír la voz de alguien. ¿Qué tipo de voz sería? ¿Qué le diría?

Cuando deseas con toda tu alma oír la voz de alguien, ¿importa realmente lo que esa voz diga? O vale también lo de: «Estás oyendo mi voz ahora, ¿no? ¿Puedo hacer algo más por ti?». A veces, durante la cena, mamá nos hablaba de los hombres que querían oír su voz. Y lo contaba en un tono ligeramente compasivo, como si fuera una estupidez. A papá no le hacía ninguna gracia.

—Vuestra madre ejerce un gran poder de atracción sobre los hombres pobres. Es como el socialismo.

Arrojé mi camisa al suelo.

Aún no tenía vello en el pecho; a mí el vello me salió tarde.

Milena me miró.

Entonces se quitó la blusa por la cabeza. De un tirón. Lo hizo con tal desenvoltura que por un instante me pareció que no se había quitado nada.

Yo la miraba como cuando de pequeño miraba a otros niños medio desnudos en la sala de espera del pediatra. O cuando jugaba en el parque infantil con la arena y la niñera me decía: «Juega, Marek, juega con otros niños». Yo no sabía cómo jugar con otros niños, me sentaba al lado de la niñera y los miraba. Poco después despidieron a

la niñera. La muchacha creía en Dios, y eso a papá le parecía malo para nuestra educación.

Milena se quitó el sujetador. Era un sujetador blanco. Con adornos de encaje.

—¿Qué es exactamente la cultura? —pregunté.

—Ahora no —repuso Milena.

Habría podido contarle todo sobre los pechos de Andrea, no se me habría escapado ni un detalle, siempre que hubiera mirado, claro está.

Las bragas de Andrea tenían dibujitos de animales. No logré distinguir qué clase de animales. Monos, burros, tal vez caballos, podían ser cualquier cosa.

Ahí estábamos Milena y yo apoyados contra la pared, desnudos de cintura para arriba, contemplando el espectáculo que nos ofrecían Pavel y Andrea.

Yo nunca había visto la pasión en vivo.

Vi unas manos que se deslizaban sobre espaldas y nalgas, debajo de la ropa interior. Me pregunté si sería una sensación agradable.

Milena llevaba en los pies algo parecido a unas chanclas, y jugaba con ellas.

—El pato pequinés estaba delicioso —comenté.

Ella suspiró.

—Los argelinos no tienen cultura —respondió—. ¿Acaso has oído hablar alguna vez de un argelino famoso? Por cierto, los judíos tampoco.

Por más que pensé, no se me ocurrió ningún argelino famoso.

—No conozco a muchos argelinos —reconocí en voz baja—. Y además no he estado nunca en Argelia.

—¿Lo ves? —dijo Milena.

—Creo que mi madre sí ha estado. Ha recorrido todo el mar Mediterráneo.

En aquel instante salieron despedidas las bragas de Andrea. Cayeron al suelo. Los animales estampados en ellas eran osos, entonces lo vi con claridad, y empecé a sentir náuseas.

El pato pequinés que acababa de elogiar subió por mi esófago unos veinte centímetros.

No es que me asustara la desnudez de Andrea —había visto a mamá desnuda alguna vez y también había podido contemplar en más de una ocasión fotografías de desnudos—, ni tampoco que la desnudez de Andrea fuera chocante. Su cuerpo era hermoso y joven, y llevaba en el ombligo un diamante idéntico al de la nariz. Aunque debo añadir que a mí su cuerpo me resultaba más general que particular.

Y, sin embargo, al parecer sí existía un tipo de desnudez capaz de hacer daño, capaz de hacer que un pato pequinés suba unos veinte centímetros por el esófago. Una desnudez que se manifestaba en una determinada forma de reír, en la manera en que una mujer se quitaba unas bragas con osos, en cómo unas manos agarraban una pierna; una desnudez que ves a diario por la calle cuando te diriges al quiosco a

comprar el periódico. Y más adelante te vuelves a topar con ella —con esa desnudez que creías haber olvidado hace tiempo— mientras impartes clase a los estudiantes de primer curso, a los que mandas hacer una redacción sobre un tema estúpido; y eso que ellos no tienen la culpa de nada. La ves en la mirada de una mujer que crees que te pertenece, una mirada de esas que pillas al vuelo, en una fiesta que acaba siendo un chasco, sin ni siquiera saber a quién va destinada. Tampoco sabes quién ha visto esa mirada, así que acabas por no entender qué sucede, porque no quieres saberlo. Y encuentras esa misma desnudez al cabo de un par de días cuando te paseas por un vagón de tren vacío durante el trayecto Linz-Viena. Entonces te preguntas: «¿Y con quién más?». Pero no existe ninguna respuesta a esa pregunta, al menos no una respuesta satisfactoria.

Y piensas en mamá, que recorre el mar Mediterráneo y envía postales con dibujos hechos por hombres de cuyos nombres y direcciones ella no es capaz de acordarse, porque un nombre y una dirección carecen de importancia. Y, al final, acabas viendo esa desnudez dolorosa por todas partes. En cada tienda, en cada montaña, en cada estación.

—Un argelino famoso... —comenté—. Pues, la verdad, no sabría qué decirte.

Entonces Andrea y Pavel se metieron debajo de la manta, y la mayor parte del espectáculo se tornó invisible.

El *amour fou* no era todo placer.

El señor Georgi, mi profesor de francés, sentenció en cierta ocasión: «La literatura, *mes amis*, rebosa de verdades desagradables».

—Haz algo —dijo Milena.

Su voz sonó aguda.

Parecía imposible seguir conversando; había que pasar a la acción.

Me quité los botines y me pregunté si las bragas de Milena tendrían también dibujos de animalitos, y qué clase de animalitos serían.

Mis calzoncillos no tenían dibujos. Eran de color verde oliva, y nada más. Milena seguía jugando con sus chanclas.

Decidí quitarme los calcetines.

Los jadeos invadieron el dormitorio. Era un sonido parecido al que emitía la radio de antes de la guerra de papá.

La situación tenía un aire de antes de la guerra, de amor físico, un algo prehistórico. Milena se quitó la falda.

Recordé que no podía tocarla, todo lo demás sí, pero tocarla no.

A papá tampoco le gustaba mucho tocar a la gente. Pero sí arrearnos una tunda de vez en cuando. Pegar era también una forma de tocar, e incluso podía contener cierta ternura, aunque eso lo comprendí más tarde. Demasiado tarde, en realidad.

Las bragas de Milena eran negras como la boca del lobo. Por suerte, sin animales.

Por un instante, temí que al quitarle las bragas los animales se pusieran a bailar ante mis ojos.

El empapelado de mi dormitorio infantil también tenía animales dibujados.

Mamá no se quitaba casi nunca las bragas, se las hacía quitar, según me habían contado. Así aprendí que quitarle las bragas a una mujer era una tarea auténticamente masculina.

—Sí —afirmé.

Y entonces Pavel empezó a jadear con más fuerza y el pato pequinés, que ya me había llegado a la garganta, subió un poco más. Pensé que el pato pequinés era como una película proyectada al revés.

Luego apreté mi boca sobre la boca de Milena y la besé.

La besé tal como ella lloraba: un buen rato, con una profunda tristeza y largos chupetones.

Milena se apartó de mí.

—Quítate esto —me ordenó.

Señaló mis calzoncillos verde oliva.

La criada era quien nos compraba los calzoncillos, y a ella le gustaban los colores animados.

—¿Te has corrido? —oí que decía Andrea.

Como cuando la criada preguntaba: «¿Habéis acabado de comer? ¿Puedo recoger la mesa?».

Pavel no contestó a esa pregunta. O al menos yo no lo oí.

Me quité los calzoncillos. Y sonreí.

Sonreír no haría ningún daño.

En el Colegio Internacional yo solía sonreír mucho, incluso cuando me paseaba por allí con un sombrero verde con una pluma, porque el traje regional del *amour fou* era aún un campo para mí sin explorar.

Milena también se quitó las bragas, pero sin sonreír.

Entonces nos apoyamos de nuevo contra la pared, los dos mirando la manta debajo de la cual había regresado la calma.

Me pregunté qué método anticonceptivo habría empleado Pavel, si es que había empleado alguno.

Milena tenía los ojos clavados en mi entrepierna.

Mi sonrisa era cada vez más ancha.

Me sentí como si acabaran de regalarme algo que no me hacía ninguna ilusión pero quisiera mostrarme muy agradecido.

Me entraron ganas de estornudar. Estornudé tres veces.

—Disculpa —dije.

—Salud —contestó Andrea desde debajo de la manta. Y luego a Pavel—: Eres

una estrella.

—Lo seré, seré una estrella. Me he concedido a mí mismo dos años —alardeó Pavel.

—Ya lo eres —afirmó Andrea.

—Dame dos años —insistió él.

Sobre el escritorio de Pavel había una caja con los pañuelos de papel que utilizaba para limpiarse la crema sobrante de las manos.

Pavel y sus manos. Se ponía crema antes y después de la cena, al levantarse por la mañana y cuando se acostaba. Creía que cualquier espinita que se le clavaba en el dedo anular podría impedirle realizar su proyecto de dos años.

Me soné la nariz y volví a colocarme al lado de la puerta.

—¿Has visto alguna vez a una bailarina del vientre? —pregunté.

—Oye, no he querido decirte nada hasta ahora, pero... ¿estás enfermo? —soltó Milena.

Nadie me había hecho nunca una pregunta como ésa.

Mi aspecto era saludable. Que yo supiera. Tal vez un poco paliducho, pero eso no significaba que estuviera enfermo.

Milena tenía unos hermosos ojos castaños. Cuando me preguntó si estaba enfermo, sus ojos se volvieron aún más hermosos, y yo pensé más que nunca en la cultura argelina.

—No, no estoy enfermo —respondí—. Que yo sepa, no. ¿Por qué lo dices?

En cierta ocasión leí que una pasión amorosa muy intensa podía considerarse una enfermedad. Pero todavía era muy pronto para hablar de eso.

—¿Estás excitado? —preguntó Milena.

—Sí, mucho —contesté.

Y seguí trabajando mi sonrisa. Como si aquella sonrisa tuviera que convertirse en mi obra maestra, como si al final todo desembocara en una sonrisa.

—Andrea —dijo Milena—, ven a echar un vistazo.

—No —intervine—. No es necesario.

No necesitaba espectadores. Nadie tenía por qué mirar nada.

En clase de historia nos habían explicado que algunos creyentes consideran el cuerpo como un castigo divino. Es decir, que en tu cuerpo puedes ver si Dios te ha querido castigar mucho o sólo un poco.

—¿Y si nos vestimos? —propuse.

La desnudez contribuía al éxito de la velada, pero tampoco había que propasarse.

Milena se había cruzado de brazos.

—No —replicó—. Ya es demasiado tarde para esto.

Mientras Andrea se levantaba de la cama, Pavel deslizó una mano por su espalda y sus nalgas. Andrea se acercó a mí, su desnudez no le impedía avanzar, al contrario, parecía sentarle de maravilla.

Algunas personas poseen un cuerpo tan difícil de recomponer que diez hábiles

sastres necesitarían al menos seis semanas. Es una pena. Pero quizás en eso se reconozca también la mano de Dios.

Andrea se detuvo delante de mí.

Yo la miré y sonreí, y ella se quedó mirando fijamente mi entrepierna, igual que Milena.

—La cultura egipcia es una de las culturas más antiguas del mundo y Egipto no está muy lejos de Argelia —seguí como si tal cosa.

—¿No se te pone más grande? —preguntó Andrea.

Miré hacia abajo.

—No. Más grande que esto, no. Éste es su tamaño máximo —repuse.

Tosí porque tenía la garganta seca.

—Creo yo —mascullé—. La verdad es que no me fijo mucho.

Andrea se puso en cuclillas delante de mi entrepierna.

Aquella chica parecía no tener vergüenza. Igual que mamá. Mamá no sentía vergüenza porque estaba convencida de que nunca hacía nada malo. Papá la veía más bien como una catástrofe natural. Como si mamá fuera algo que le había caído encima y que tenía que padecer con humildad hasta que la cosa amainara. Debía su capacidad para soportar aquella existencia a los seguros de vida, al hecho de que la catástrofe natural que era su mujer no tuviera acceso a su oficina.

—Tienes el pene de un enano —sentenció Andrea.

Andrea emitió esa sentencia aún en cuclillas.

Para una sentencia como aquélla no era necesario ponerse de pie.

Intenté pensar en la obra de los surrealistas franceses, pero no podía sacarme de la cabeza el comentario de Andrea.

Intenté pensar en el señor Hobmeier, y en la felicidad que sentí al salir de su tienda con los cuatro mil chelines en la mano. No quedaba nada de aquella felicidad, y cuanto más intentaba recuperarla, menos quedaba de ella y más parecía no haber existido nunca. Quizá fuera una quimera, un sueño febril con esos animales sobre el empapelado de la pared, unos animales que empiezan a dar vueltas en cuanto los miras.

—No pretendemos ofenderte —se disculpó Milena—, pero, la verdad, vaya mierda.

—Lo haces a propósito, ¿no? —dijo Andrea—. Seguro que se te pone más grande, ¿eh? ¿Lo haces a propósito?

—No, de verdad que no —contesté—. Lo siento, pero nunca la he visto más grande.

—¡Joder! —le gritó Milena a su amiga—. No puedes dejarme así, siempre lo mismo, yo siempre acabo cargando con el muerto. ¡Es la última vez!

—Tranquila —la consolé—. Tranquila, encontraremos una solución.

Puede que un enano tenga algo de surrealista, pero eso no me consolaba. En cualquier caso, no era suficiente consuelo.

—¿Has visto la picha de Pavel? —me preguntó Andrea.

—No, nunca —reconocí—. La casa es grande y cada uno tiene su propio cuarto de baño. Aquí todos vivimos un poco a nuestro aire.

Recogí mis calzoncillos del suelo.

Vivir cada uno a su aire me parecía un requisito indispensable en la vida. Es necesario mantener las distancias; más vale reservar la intimidad para el panteón familiar.

—¡Pavel! —gritó Andrea.

—Prepárate y verás —me avisó Pavel.

Mi hermano se había sentado en la cama como un pequeño pachá.

—¡Hostia! —exclamó Milena.

Y Andrea soltó una risita tonta. Ya no estaba en cuclillas.

—No hay prisa —intervine—. No tengo necesidad de ver a mi hermano desnudo, podríamos vernos cada día si quisiéramos, y dentro de nada volverán a circular los tranvías.

—De hecho, ya deben de circular —dijo Pavel.

Pavel se levantó de la cama. Sí, mi hermano el músico, el mismo que ahora dispone de un dormitorio propio en algunos aviones.

Llevaba puesto un preservativo que se arrancó de un tirón, y, por enésima vez aquella noche, pensé que debía memorizarlo todo, como si ya sólo se tratara de una cuestión de memoria. Como si todo sucediera únicamente para poder ser contado, para poder informar de ello más adelante, quizás en otra vida.

Milena seguía de pie a mi lado, apoyada contra la pared.

Y delante de mí estaba Andrea, desnuda. Como si fuera lo más normal del mundo. Como si sólo desnuda pudiera brillar y florecer.

Mi hermano se puso al lado de Andrea.

—¿Ves la diferencia? —preguntó Andrea.

—Tenemos constituciones diferentes —aclaré sin mirar.

No mires, me dije, no mires.

La sonrisa no me abandonaba. Seguía dibujada en mi boca. No me abandonaría nunca más. Quizá fuera un vestigio del *amour fou*, el único vestigio, junto con el cucurucho del helado.

Entonces me pudo la curiosidad y lancé una mirada fugaz al miembro de Pavel. Fue como comparar una enciclopedia de veinte tomos con una puntita de papel higiénico. Las dos estaban hechas de papel, sin duda, pero ahí acababa todo parecido.

—Dentro de dos años seré una estrella —afirmó mi hermano—. Dentro de dos años seré el mejor violinista del mundo.

—Con eso no siente una mujer nada —dijo Milena.

—Y eso no es lo que se pretende —añadió Andrea.

—Sí, lo comprendo —intervine—. Hay que sentir algo, claro.

Andrea también sonrió.

—Eres bueno —me consoló.

Al menos, era bueno. ¿Quién lo habría imaginado?

—Deberías consultar a un médico —me aconsejó Milena—. Tal como la tienes ahora, no mide más de un par de centímetros, ni medio meñique mío.

Menos de medio meñique; eso era, en efecto, una miseria. A mí me había parecido siempre más grande, pero podría tratarse de una ilusión óptica.

—¿Tienes algún problema de nacimiento? —preguntó Andrea interesada, casi preocupada.

—Que yo sepa, no —repuse—. No, que yo sepa.

El miembro de Pavel era una cosa gigantesca, una planta carnívora que se alzaba al cielo. Mi miembro, en cambio, era un diente de león con el capullo partido, a punto de sucumbir.

—Es una cuestión genética. Estas cosas funcionan así —sentenció Pavel.

—Seguro que los médicos pueden hacer algo —prosiguió Andrea—. Como hacen con las mujeres a las que les falta pecho. Les insertan dos bolsitas de agua bajo la piel, las cosen y, ya está, ni se nota.

—No, no —repliqué—. Sé cómo lo hacen y es una intervención relativamente sencilla.

Al decir eso, se me pasó por la cabeza la fantasía de castrarme.

Una pequeña operación con unas grandes tijeras. No tenía miedo, más bien sentía orgullo, como si tuviera los músculos más duros de lo que había imaginado. Cuando, en mi imaginación, logré al fin cortar la última fibra y el pene cayó al suelo, me sentí como un pino que talan de joven para adornar el salón en Navidad. Andrea me puso una mano sobre el hombro.

—No importa —me consoló—. Puede que sea algo temporal. A mí también me salieron las tetas muy tarde, y ahora, mira. A lo mejor te sigue creciendo.

—Cabrona —le espetó Milena.

Miré las bragas negras de Milena, y entonces vi cómo Andrea se dirigía al escritorio de Pavel y se limpiaba la entrepierna con un pañuelo. Luego se dio la vuelta.

—Es raro que me siga goteando tanto —se extrañó—. ¿No habrá fallado algo?

—No, a mí nunca me falla nada —replicó Pavel.

—Algunos hombres continúan follando incluso después de correrse, porque se avergüenzan de ser tan rápidos, pero eso entraña sus riesgos. Los hay con un semen tan agresivo que luego sientes un hormigueo dentro toda la noche —comentó Andrea. Y tomó otro pañuelo.

—Seguro que no ha fallado nada —insistió Pavel.

Andrea arrugó el pañuelo de papel en su mano.

—En casa tengo una toallita para limpiarme después de follar.

Nos despedimos en el recibidor.

Pavel iba en batín. Yo me había vuelto a vestir. A mí no me gustan demasiado los batines.

Nunca más he vuelto a ver a mi hermano tan feliz. El día en que se casó con la mujer que nunca dejó de ser una pava, me susurró antes de entrar en la iglesia:

—¿Te acuerdas de las dos luxemburguesas?

Los tranvías circulaban hacía rato, pero Pavel se había empeñado en llamar un taxi.

—Gracias por una noche tan divertida —dijo Milena.

—De nada —contesté.

—Son cosas que pasan, ya sabes —añadió.

—Sí, son cosas que pasan —repetí.

Y entonces Milena me susurró al oído:

—Es una cabrona y una egoísta, yo siempre cargo con el muerto, siempre caigo en la trampa.

Yo había envuelto de nuevo las flores de Rolf Szlapka.

—Toma —le dije a Andrea—. No olvides las flores.

Rolf Szlapka estaría durmiendo en su cama solitaria, soñando con mamá. Tal vez mi madre le había prometido que, en un plazo razonable de tiempo, abandonaría a todos sus hombres por él; que tuviera un poco de paciencia, debía de haberle dicho. Lo cierto es que llevaba dos años prometiéndole lo mismo. Aunque, bien mirado, para alguien que no valoraba los nombres ni las direcciones quizás el tiempo no era más que un concepto relativo, una promesa que sonaba a melodía, a una musiquilla de fondo, un mero ornamento del amor público que ella practicaba.

Mamá sabía hacer promesas sin pronunciarlas. Para ella, una caricia podía ser una promesa, o un gesto con la cabeza, o su modo de estrechar la mano o una mirada que se demoraba un instante más de lo conveniente.

Andrea cogió las flores.

Esperamos a que el taxi llegara. «Tardará unos diez minutos», había dicho Pavel.

—Nos lo hemos pasado muy bien —dijo Andrea—. Gracias.

Nos besamos tres veces. «Como hacen los franceses», alcanzó a decir Andrea entre risas. Parecía feliz.

Quedamos en vernos al día siguiente por la tarde.

Íbamos a hacer algo divertido. Todos juntos.

—Tienes un hermano encantador —añadió Andrea—. Bueno, tú también lo eres.

Acepté el cumplido con una sonrisa, la sonrisa que me acompañaría el resto de mi vida, ligeramente distante pero amable. Congelada. Una sonrisa discreta, de esas que

no incomodan a nadie.

—Y también tenéis una madre encantadora —prosiguió Andrea—. Ojalá mi madre fuera así.

Entonces llegó el taxi.

Pavel salió a la calle descalzo.

Yo permanecí en el vano de la puerta y les dije adiós con la mano.

Mi hermano regresó y cerró la puerta.

—¿Crees que estoy enfermo? —le pregunté.

—No —afirmó—. Enfermo, no, sencillamente minusválido.

—¡Ajá! —contesté.

Si la vida fuera un trabajo, yo querría pedir el despido. Pero no sabía adónde tenía que ir a gestionarlo.

Durante tres días consecutivos, desde la primera hora de la mañana hasta la última de la noche, me obsesionó el tamaño de mi miembro viril. También en sueños me perseguían miembros viriles.

Si me encontraba a alguien, en el lugar que fuera, no podía evitar pensar en los órganos viriles. Si eran hombres, me quedaba con la mirada clavada en su entrepierna; si se trataba de mujeres, intentaba imaginarme los distintos miembros que habrían sentido en su interior, y cuál sería para ellas el tamaño mínimo.

El profesor de física, el señor Kiepe, que jamás se había enfadado conmigo y al que en el Colegio Internacional lo consideraban la amabilidad en persona, me espetó un día en mitad de clase:

—¡No me mires de esa manera, imbécil!

Vi que le corrían gotas de sudor por la frente, y entonces comprendí que quizá temía que descubriera su secreto, que quizás él también pertenecía a la raza de los enanos.

Dije al principio que empecé a quedarme calvo cuando Mica me abordó en un café, pero tal vez mi calvicie empezara mucho tiempo antes de perder los primeros cabellos, mucho antes de que comenzara a llevar, por la fuerza, sombreros y gorras, y mucho antes de que entrara en tiendas de pelucas como si fueran burdeles donde se practicara el sexo más obsceno.

Quizá todo empezó cuando descubrí que de mi cuerpo pendía el pene de un enano, un cuerpo por lo demás de buen ver —como dije, algunos me tomaban por brasileño—. Un detalle del que no fui consciente en los años y meses anteriores, entregado como estaba a encontrar el *amour fou*. Había estado demasiado ocupado siguiendo las escapadas de mamá como para preocuparme de mi miembro viril. Como si al seguirla pudiera sentirla más cercana. Eso hasta que dos chicas luxemburguesas, amables y complacientes, me llamaron la atención sobre mi minusvalía. Puede que les diera pena.

¿Qué es una obsesión?

Uno puede escribir libros enteros sobre el tema, puede perderse en razonamientos y discusiones sobre el momento en que un interés sano se transforma en un interés malsano, y sobre el nebuloso terreno que media entre ambos extremos. ¿En qué

momento un chico agradable y educado se convierte en un monstruo obseso y cargante?

En cierta ocasión, me propuse demostrar que todo interés verdadero es malsano. No cabe duda de que, desde el día en que Milena y Andrea irrumpieron en mi vida, el tamaño de mi miembro viril se convirtió para mí en una obsesión. Y no sólo el tamaño, sino el órgano como tal, la cosa *an sich*, la cosa en sí.

Otros, a una edad temprana, reciben con un «bienvenidos, pasad» a las penas, a la melancolía, a esos otoños que empiezan en marzo o a cosas menos banales como el cáncer o una miopatía hereditaria.

Yo recibí a mi obsesión con un: «Bienvenida, pasa y quédate a cenar».

Se trataba de una obsesión cuya intensidad fue disminuyendo muy lentamente, aunque, como suele suceder con las obsesiones, nunca llegó a desaparecer del todo.

Los días posteriores a mi descubrimiento sentí como si mi miembro hubiera ido a parar a un cuerpo extraño, a un cuerpo que no le pertenecía. Como un Mercedes al que le han instalado la caja de cambios de un Dos Caballos.

Si no detestara la palabra «alienar», diría que mi cuerpo me estaba alienando, al igual que los miembros de una pareja acaban alienándose mutuamente tras dos años de matrimonio.

Mi cuerpo prometía una serie de cosas que mi pene no era capaz de cumplir.

Curiosamente, me sentía más disgustado con mi cuerpo que con mi pene.

Empecé a imaginar que yo era un enano, peor aún, un enano contrahecho, que por la noche intentaba atraer a la gente hacia un club nocturno de lo más cutre repartiendo folletos y pregonando sus números con voz quebrada.

Otra fantasía recurrente era la de que me casaría con una enanita a la que tendría que llevar en hombros por los supermercados y los grandes almacenes porque no llegaría a los estantes.

Si yo fuera un enano, me decía, mi pene dejaría de llamar la atención. Con suerte, alguna mujer se atrevería a lanzarme un piropo: «Vaya, qué grande la tienes para ser un enano».

En mis fantasías, no paraba de encogerme hasta que mi cuerpo se adaptaba armónicamente a las proporciones de mi miembro. Para mi asombro, la disminución del tamaño de mi cuerpo me resultaba más factible que el aumento de mi pene. Y mucho más deseable.

Empecé a comer menos, y, en lugar de enfrascarme en el estudio de los surrealistas franceses, preferí lecturas más sórdidas.

Descubrí que algunas personas disfrutaban con un juego erótico que consiste en arrojar enanos desnudos las unas a las otras. En algunos casos, el enano se dejaba la vida en el juego, lo cual me parecía una muerte sumamente digna. Quien entrega la vida en un juego erótico puede abandonar la carpa del circo con la cabeza bien alta.

Desde el día en que conocí a las luxemburguesas, empecé a ver a mis padres con otros ojos.

Alguno de mis antepasados debía de haber tenido un lío con un enano y, por razones oscuras, el cromosoma del enano, su material genético, se había aferrado a mi cuerpo, y no al de mis hermanos.

Aunque no creía en nada, me dio por pensar que detrás de todo aquello se ocultaba un designio perverso, un hada maligna que se había inclinado sobre mi cuna.

No lograba concentrarme en las clases de francés, una asignatura en la que normalmente me esforzaba mucho, aunque sólo fuera por el amor a los surrealistas que compartía con mi profesor.

Sólo veía el pantalón de lana gris de Wolfgang Georgi, el profesor, quien nunca perdió su acento bávaro, ni siquiera cuando hablaba en francés. No conseguía prestar atención a sus disertaciones, pues no dejaba de preguntarme si él también pertenecía a la alianza clandestina de los enanos.

Un buen día, al acabar la clase, el señor Georgi me dijo:

—Marek van der Jagt, no te levantes, espérame un momento, quiero hablar contigo.

Los demás abandonaron el aula.

El enano clandestino permaneció en el aula.

El señor Georgi se sentó a mi lado.

Sus ojos acuosos me observaron con amabilidad. Yo miraba el suelo, en espera de que él revelara mi secreto: «Sé lo que te pasa, Marek, puedo verlo, no hace falta que te desnudes, eres un enano clandestino como yo».

Pero el profesor me preguntó:

—¿Qué te sucede, hijo? Has cambiado últimamente. ¿Algún problema en casa?

—En casa todo va bien —repuse.

El señor Georgi meneó la cabeza.

—¿Y tu madre? ¿Cómo está tu madre?

Mi profesor de francés apreciaba mucho a mamá, como tantos otros.

—Estupendamente —contesté.

—Bueno —dijo en voz baja—. Serán cosas de la edad. Tú no me preocupas. —Entonces acercó la boca un poco más a mi oído y me susurró—: Tu madre es la mujer más guapa de Viena, Marek, la más guapa, más guapa que Romy Schneider.

Quise gritarle que mi madre no guardaba ningún parecido con Romy Schneider, pero en aquel momento vi el gigantesco bulto en sus pantalones, un bulto bávaro, un paisaje de esquí, una maqueta de Garmisch-Partenkirchen y sus alrededores; vi la serpiente levantándose en su entrepierna como queriendo dar un bocado a la lana del pantalón; al señor Georgi le gustaban los pantalones de lana caros.

La cabeza empezó a darme vueltas. Volví a notar el pato pequinés en la garganta, recordé la dolorosa desnudez y oí a Andrea decir con su voz ingenua, como quien habla de una lata de guisantes: «En casa tengo una toallita para limpiarme después de follar».

—Señor Georgi, mi madre no se parece en nada a Romy Schneider —le dije con

la boca seca.

El profesor de francés permaneció en silencio con la mirada perdida. En la pizarra había escrito el nombre de un suicida. El señor Georgi nos hacía leer, sobre todo, literatura de suicidas.

—Discúlpeme —añadí. Y salí de la clase sin alzar la vista.

Eché a correr hacia casa, la gente me saludaba pero yo corría y corría, no quería ver a nadie.

Me detuve delante de un semáforo. Necesito un médico, pensé.

No es que pensara acudir a un médico especialista en trastornos de la mente para que me curara lo que me permitiré llamar «alma». Pensé más bien en un especialista en cirugía plástica, de esos que realizan aumentos de pecho, de labios y penes, y que eliminan las arrugas y las tripas. Un «reparador», un carnicero estético. Eso era lo que yo necesitaba, y con urgencia.

En efecto, uno puede escribir libros enteros sobre ciertos valores espirituales y ciertas normas, incluso puede consagrar a esos temas su vida, pero, a pesar de todo, siempre andará renqueando, con muletas y calzado ortopédico, tras la apariencia física.

Al final, y aunque a desgana, me presenté a la cita con las dos luxemburguesas al día siguiente de mi primer beso. ¿Qué quedaba por decir? ¿Qué quedaba por hacer?

Al igual que algunos enfermos no son sino su propia enfermedad, que ven reflejada en todas las personas y en todas las cosas, así, durante aquellos días, yo no fui mucho más que mi minusvalía.

Pavel insistió en que le acompañara a la cita con las chicas por una cuestión de simetría.

—Dos mujeres y un hombre, eso no promete nada bueno —sentenció mi hermano.

Del descubrimiento realizado por las dos luxemburguesas no hablamos. Otras familias creían en la palabra y en la comunicación, nosotros creíamos en el silencio. El silencio era nuestro modo de vida.

Pavel había quedado con ellas en la terraza del café Landtmann.

Hacía un día espléndido, aunque quizá lo recuerde mucho más espléndido de lo que en realidad fue.

Soplaba un viento del sur. Era el 21 de mayo más caluroso de los últimos años, según habían informado en la radio.

—Vayamos a pie —propuso Pavel.

No vivíamos muy lejos del café Landtmann.

Normalmente, yo caminaba delante y Pavel detrás, más despacio, más prudente, con el aire de un músico deseoso de interpretar composiciones sublimes y para quien la realidad constituye, más que nada, una interferencia molesta.

Pavel no ha cambiado con el paso de los años. Ahora sigue viendo la realidad como una interferencia molesta para sus planes económicos, y se pone furioso cuando esa realidad no obedece al Banco Mundial. Tan furioso se pone que su matrimonio está a punto de naufragar, porque, curiosamente, tampoco la pava de su mujer obedece a las leyes del Banco Mundial.

Pero aquel día Pavel caminaba delante de mí como un triunfador, como si hubiera vencido a los turcos él solito.

Puede que se diera esos aires porque era consciente de que me había vencido para siempre, quizá porque un cierto grado de enamoramiento le había liberado por unos instantes del terror de no ser capaz de superar a Yehudi Menuhin.

Enamorarse suaviza el carácter de las personas. Te reconcilia con tus fracasos, tal

vez porque el amor, en el fondo, no es más que una forma de fracaso. Perderse en otra persona, ¿no lo dice eso todo? Papá, por ejemplo, seguramente no se ha perdido nunca en nadie, ni siquiera en sí mismo.

Yo caminaba detrás de Pavel, no como un hermano ni como un criado, pero tampoco como un vencido. No, caminaba detrás de él como un enano de incógnito.

Si alguien cree que exagero es que ignora el poder de la obsesión.

La obsesión lo expulsa todo de la mente: el mundo, la realidad, la gente. Y al final sólo queda un pequeño detalle, mil o diez mil veces ampliado, y este pequeño detalle conquista tu mente en una guerra relámpago y se extiende por la cabeza hasta convertirse en todo un mundo.

Para mí, el mundo se había reducido al pene de un enano.

Milena y Andrea se presentaron aún más guapas y animadas que la noche anterior, más despreocupadas, aparentemente no tocadas todavía por el gran devastador, aunque puede que yo lo viera así de claro porque ya había sido transformado en enano, despertado del sueño con un tierno beso del gran devastador: el sagrado, el eterno, el único.

Vestían la misma ropa, aunque Milena ya no llevaba las chanclas.

Milena besó primero a Pavel.

Parecían muy contentas de vernos, y, cuando besé a Andrea, no pude evitar pensar en unas bragas con osos y en las manos de Pavel.

—Tres veces —dijo—, como los franceses.

A lo mejor se había olvidado de que ya había hecho ese comentario con anterioridad, o tal vez siempre decía lo mismo.

—¿Qué tal? —preguntó Milena.

—Bien —contestó Pavel—. Estupendamente.

—Un poco triste —dije yo.

Andrea frunció el entrecejo.

—¿Y por qué? —se interesó—. Con el día tan bonito que hace... ¿Te gusta Abba?

—Abba. A veces, depende de mi estado de ánimo —respondí.

¿Qué más puedo contar de aquella tarde? Primero nos sentamos dos horas en la terraza del café Landtmann, y Pavel obligó a Andrea y a Milena a comerse un escalope. Después Milena se fumó un porro, y Andrea y Pavel fueron enganchándose cada vez más el uno al otro, como un chicle a la suela de un zapato.

Yo intervine poco en la conversación, hasta que Andrea observó:

—Qué callado estás, ayer hablabas por los codos.

Paseamos por la ciudad, Pavel y Andrea delante, Milena y yo detrás de ellos. Yo

caminaba arrastrando los pies, sin pensar en el calor, ni en la atmósfera sofocante, ni en las pantorrillas de Andrea; sin pensar tampoco en las manos de Pavel, que se deslizaban por los muslos de Andrea como si éstos fueran una nueva adquisición para su valiosa colección de instrumentos. En breve, Pavel tocaría a Andrea con la misma brillantez con que tocaba sus instrumentos.

Yo pensaba en centímetros, en superficies, en pesos específicos y reglas de medir, en la naturaleza infinita del número π , en toda una serie de cálculos que en el fondo venían a ser lo mismo, y en calculadoras, ordenadores y satélites que giraban alrededor de la Tierra. Ninguno de todos aquellos aparatos ocultaba que el resultado de los cálculos era siempre idéntico; me parecían remitir siempre a lo mismo, al enano clandestino que habitaba en mí. La felicidad era un problema de falta de centímetros. De hecho, la felicidad siempre es la falta de algo. Más adelante, oí a mamá formular esta idea de modo parecido, en uno de sus escasos momentos de lucidez. El médico le había preguntado: «¿Le falta algo, señora Van der Jagt?». Ella se quedó mirándolo y respondió: «La felicidad es lo que me falta, doctor, pero eso no es nada nuevo».

A Milena se le estaba poniendo cara de mala uva.

A ella también le faltaba algo.

Yo señalaba fachadas de edificios mientras explicaba cosas que había aprendido en los libros de historia, es decir, les hacía de guía. Cuando aquello dejó de funcionar, me puse a contar chistes tontos.

Nos detuvimos porque Milena quería comprar cigarrillos, y entonces vi a Andrea y a Pavel fundirse en un estrecho abrazo, formulando con toda claridad su propia definición del *amour fou*.

Me sentía cada vez más mareado —aunque esta vez no era el pato pequinés lo que subía por mi garganta, sino los restos del escalope que Milena no se había acabado y que yo me comí por hacer algo—, y empecé a pensar que el enano que había en mí había esperado el momento oportuno para manifestarse. Quizá fuera casualidad que Milena y Andrea lo hubieran despertado con un beso; en realidad, cualquiera habría podido despertarlo.

Pero, víctima como era de una antigua enfermedad humana que impele a buscar significados, la casualidad me resultaba demasiado casual.

Y entonces vi la falda de Andrea levantada hasta el extremo de que casi habría podido pronunciarme sobre las bragas que llevaba aquel día: con animalitos, con florecitas o lisas, o, quién sabe —al fin y al cabo era el 21 de mayo más caluroso del siglo—, a lo mejor ni siquiera llevaba bragas, y era toda ella pura y dolorosa desnudez.

Con el escalope aún en el esófago, asistí al espectáculo de la pasión en plena calle.

He observado la pasión a fondo, con prismáticos, con telescopio, a simple vista, a cinco centímetros de distancia, desde un doble cristal... Podría dar grandes lecciones

sobre la pasión a los hijos que nunca tendré.

Milena regresó con una cajetilla de cigarrillos, y yo les acompañé un rato más contándoles una historia aburrida sobre el reino de los Habsburgo. Mientras, el enano que había en mí gritaba.

—Andrea es guapa, ¿no te parece? —dijo Milena en la Zedlitzgasse. Y a continuación susurró—: ¿Sabes qué podrías hacer? Tómate cada mañana un huevo crudo, dicen que va bien.

No pude soportarlo más y me disculpé:

—Tengo que volver a casa, lo siento. Os veré luego.

No esperé ninguna reacción. Me fui a toda prisa, como si el diablo me pisara los talones.

Aquella noche, Pavel no se presentó a cenar. Su plato vacío me miraba con la boca abierta.

Papá siempre mandaba poner la mesa para todos los miembros de la familia, aunque alguno no se presentara.

Permanecí despierto hasta que llegó Pavel. Eran las seis de la mañana.

El solitario dios del éxito

Me pasé una semana sin hablar hasta que descubrí que el silencio me martirizaba aún más. Sólo entonces decidí informar de mi problema a mi familia. Debía contarle a mamá que había traído al mundo a un minusválido. Ciertamente se trataba de un tipo de minusvalía fácil de disimular, siempre que se abstuviera uno de mantener relaciones «sanitarias» con otras personas. Pero no por ello dejaba de ser una minusvalía.

Además, yo no quería abstenerme de mantener relaciones «sanitarias» con otras personas.

Me tomaba cada mañana un huevo crudo, un remedio que sólo me produjo dolor de estómago. Eso sí, la criada no paraba de preguntar: «¿Quién roba los huevos?».

Decidí confesar mi problema durante la cena, justo antes del postre. Aquella noche tomábamos *rote Grütze*, gelatina de frutas del bosque; a mamá le encantaba, y a papá, algo menos. También en cuestiones de comida él era quien había cedido. Así que, justo antes de que saliera la gelatina de la cocina, lo solté.

—Tengo algo que decirlos.

Se produjo un silencio. Hacía tiempo que eso no sucedía, me refiero al hecho de que alguien quisiera decir algo. Y, menos aún, sentados todos a la mesa.

Papá fue el primero en sobreponerse a la sorpresa.

—¿Qué quieres decirnos, Marek?

Pavel se masajeaba las manos.

Daniel se rascaba la barbilla.

Mamá hurgaba en su bolso; al parecer, no se había enterado de que yo tenía algo que contarles.

En la cocina se oía el ruido de platos arrojados sin miramiento al fregadero. La criada estaba de mal humor.

—Soy un minusválido —anuncié.

Pavel se echó a reír. Fue una risita breve, porque papá le lanzó una mirada recriminatoria.

Daniel seguía rascándose la barbilla.

—¿Alguien ha visto mi mechero de oro? —preguntó mamá sin despegar los ojos de su bolso. Y luego, mirando preocupada hacia la cocina, añadió—: ¿No le habrá dado por sisar...?

Papá desplazó su cucharilla de postre unos centímetros hacia la izquierda.

—Que nadie se levante de la mesa —ordenó—. Estamos esperando la gelatina y Marek quiere decirnos algo.

Al pronunciar la palabra «gelatina», mi padre miró a mamá, pero mamá había perdido todo interés en la gelatina y repitió:

—¿Alguien ha usado mi mechero de oro?

—Marek, ¿qué quieres decirnos? —preguntó papá.

Vi las bragas con osos de Andrea y las manos de Pavel, y oí una risita que nunca más volvería a oír, una risita de felicidad inmensa: la risita de Andrea.

Lo tuve claro cuando conocí a Andrea. La felicidad era una risita.

Vi caer unas cuantas pielecitas de la barbilla de Daniel.

—Soy un minusválido —repetí, y mi voz se quebró debido a los nervios; en cierto modo, mi minusvalía era como declarar la guerra a mi familia, pues no ayudaba en nada al éxito en la vida, sino todo lo contrario.

—Tu hijo sostiene que es un minusválido —le informó papá a mamá.

Al parecer, mi padre consideraba que las minusvalías y los minusválidos eran cosa de mamá.

Mamá alzó los ojos del bolso.

Se quedó mirándome un par de segundos. Entonces movió la cabeza.

La criada nos sirvió la gelatina.

—Que aproveche —dijo papá—. Es el postre preferido de vuestra madre.

Eso lo decía siempre que tomábamos gelatina. Como disculpándose por obligarnos a comer semejante postre.

Mamá apartó el postre, papá tomaba su gelatina a cucharaditas, Daniel se rascaba la barbilla, Pavel jugaba con su cuchara y yo esperaba a que algo sucediera.

Papá fue el primero en acabarse el postre, y rompió el silencio.

—Marek, ¿te duele algo? —se interesó.

Extraña pregunta. Como si a los minusválidos les doliera necesariamente algo.

—¿Alguien quiere mi gelatina? —preguntó Daniel—. Esto no hay quien se lo coma.

—La gelatina está exquisita —observó papá.

—¿Podríais dejar de hacer tanto ruido? —pidió mamá—. Estoy buscando algo.

—No, papá, no me duele nada. Sólo soy un minusválido —aclaré.

En la cocina se oía una música de vals.

El animal preferido de mamá era la mariquita. Siempre que encontraba una mariquita en la calle, se la llevaba a casa y la colocaba encima de las plantas.

Las mariquitas no aguantaban mucho tiempo en casa, pues no son animales domésticos.

A veces mamá hablaba con las mariquitas.

Había días en que ella creía que su padre, al morir, se había reencarnado en una mariquita. Nuestro abuelo se cayó de un caballo y se estampó contra un árbol. Murió en el acto.

—Venid, mirad esto —decía mi madre cuando le daba la vena—, el abuelo está en esta planta.

Entonces obligaba a sus hijos a mirar la mariquita en la que ella creía reconocer a su padre.

Papá no soportaba las ideas que mamá tenía sobre la reencarnación. Alguna vez afirmaba: «Vuestra madre vive en la Edad Media».

En todas estas cosas pensaba yo mientras decidía si debía revelar a mi familia todos los detalles de mi minusvalía en aquel momento, o esperar un poco.

A lo mejor mamá se precipitaba de nuevo hacia la planta gritando: «¡Venid a ver al abuelo!».

La criada entró en el comedor, vio que algunos no nos habíamos acabado el postre y se marchó.

—Si sigues rascándote así —advirtió papá—, dentro de poco te quedarás sin barbilla.

—Hay que ver la bronca que armáis siempre a la hora de cenar —susurró mamá—. Esto parece un cuartel.

Papá cruzó las manos como si presidiera una importante reunión y estuviera a punto de deshacer el nudo gordiano.

—Marek —dijo—, no podemos ayudarte si no nos cuentas lo que te pasa. ¿Qué es lo que te duele?

Pronunció esas últimas palabras con tanta claridad y tan alto que parecía dirigirse a un sordo.

¿Qué me dolía? Ya le había dicho que no me dolía nada.

Y si algo me dolía, era un dolor imposible de localizar, un dolor sin domicilio, igual que los amantes de mamá, que entraban y salían de su vida y cuyas direcciones ella olvidaba.

—Estamos hablando de tu hijo —le advirtió papá a mamá—. ¿No podrías atender un momento?

—Busco mi mechero —murmuró mamá—. Mi mechero de oro.

Y Daniel siguió quejándose:

—No sé qué le habrá metido al postre este pero sabe a química. A lejía. Bettina quiere envenenarnos.

Papá me miró y meneó la cabeza, supongo que para animarme; parecía contento, como si al fin cumpliera con su papel de padre. Por segunda o tercera vez en su vida.

—Explícate, Marek. Te escuchamos.

—Tengo el pene de un enano —solté.

A papá no se le endureció la expresión al oír la palabra «pene», pero sí cuando oyó la palabra «enano». Pavel se echó a reír como un histérico, como si fuera una mujer, Daniel se desmayó y mamá, ajena a todo, siguió removiéndolo en su bolso.

—Algunos castrados tienen una voz maravillosa —comentó mamá.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó papá. Y ordenó—: Pavel, recoge a

Daniel del suelo.

Entró la criada, y mi padre le espetó:

—No, todavía no.

—¡No pienso recogerlo del suelo, no pienso hacerlo! ¡Estoy harto de recoger a Daniel del suelo, que lo recoja Marek, le toca a él! —gritó Pavel.

—¡Soy un minusválido! —vociferé.

La criada, que no estaba acostumbrada a oír gritos y exabruptos, salió corriendo del comedor. Los triunfadores no deben gritar.

Me pregunté si papá sería también un enano clandestino. Era probable que los cromosomas del enano se hubieran saltado un par de generaciones, aunque no estaba seguro.

—Lo que quiero decir —continué, sorprendido de mi propia calma— es que mi pene le iría que ni pintado a un enano. Y no soy el único que sostiene esta teoría. Fuentes contrastadas han confirmado mi descubrimiento.

Pavel parecía a punto de ahogarse. Se reía, sí, pero esta vez su risa sonaba como un bramido desesperado, aunque sofocado.

Daniel seguía tirado en el suelo.

¿Sería también mi hermano un enano clandestino? ¿Cuántos enanos clandestinos habría sentados a aquella mesa?

—No quiero que hables de castrados —le dijo papá a mamá—. Se trata de tu hijo. Ya sería hora de que te preocuparas un poco de él. ¡Y que alguien recoja a Daniel del suelo!

De la garganta de mamá se escapó un chillido agudo y a continuación se quejó:

—No soporto tanto ruido.

Pavel lloraba de risa.

Al parecer, todos habían olvidado mi pene de enano. Daniel se había desmayado, pero eso nada tenía que ver conmigo. Simplemente, no podía soportar que otra persona fuera el centro de atención. También solía desmayarse justo antes de las actuaciones de Pavel, por ejemplo.

Me puse de pie.

Mi familia seguía sin mirarme.

Como si jamás hubiera pronunciado esas palabras, o como si se hubieran disuelto *ipso facto* en una niebla densa e impenetrable.

Y entonces solté a voz en grito:

—¡Me habéis dado el pene de un enano! ¡Sois unos asesinos!

La criada apareció en el comedor, asustada.

Papá se levantó de la silla, mientras de la cocina llegaba más fuerte la música de vals y mamá corría hacia el aparador para coger una fuente en la que vomitar. Y entonces papá me propinó el cachete más fuerte que jamás me ha dado. Sonó como un pistoletazo.

Luego se hizo el silencio.

Papá volvió a sentarse, yo también volví a sentarme, y sólo mamá seguía de pie al lado del aparador con una fuente en la mano, aunque era tan habitual verla de ese modo que nadie le prestaba atención.

—Bien —dijo papá—, pasemos al café. Pavel, levanta a Daniel del suelo.

La criada se llevó la gelatina de la mesa. Se detuvo junto al plato de Daniel.

—Llévatelo —ordenó papá—. Constance y Pavel, levanta a Daniel del suelo.

Mamá permanecía petrificada al lado del aparador, con la fuente en la mano.

Nadie tuvo que levantar a Daniel del suelo, pues se había incorporado él solo y se había vuelto a sentar en la silla. Con los ojos fuera de las órbitas —poseía el sentido teatral de mamá—, Daniel susurró:

—Necesito que me cambien la medicación.

—Pavel, ¿cómo va la música? ¿Cuándo será tu próxima audición? —preguntó papá.

Papá no soportaba la palabra «medicación» ni nada relacionado con los medicamentos, sólo oírlo se ponía enfermo.

La pregunta de papá quedó flotando en el aire, porque Pavel no contestó, y mamá intervino de repente:

—No vuelvas a pegarle en la cara, Ferdinand.

Entonces mamá se acercó a mí, y, sin ni siquiera limpiarse la boca —aún tenía algo pegado a los labios—, se arrodilló delante de mí.

—Perdóname, Marek, perdóname, por favor, perdóname —musitó.

Fue toda una oración la que murmuró a mis pies, y esa oración me dolió muchísimo más que mi pene de enano. Mil veces más.

—Mamá, levántate —le supliqué—. Mamá, por favor, levántate. No tienes por qué pedirme perdón. Tú no tienes la culpa.

—Pavel —insistió papá subiendo el tono de voz—, ¿cuándo será tu próxima audición?

Pavel no contestó.

Entró la criada, tomó a mamá del brazo y la acompañó a su silla. Luego empezó a pasarle por los labios una servilleta limpia.

No sucedía con mucha frecuencia, quizás unas dos veces al año, que mamá se arrodillara ante alguno de nosotros y se pusiera a musitar una oración ininteligible para cualquier persona ajena a la familia.

La pasión de mamá era como un alud en primavera, provocado por un exceso de agua de deshielo, una pasión capaz de borrar pueblos enteros de la faz de la Tierra. A lo mejor habría sido feliz de haber podido borrar el mundo entero, de haber podido reducirlo a un agujero negro. Pero, incluso para mamá, el mundo entero era un poco excesivo.

Ahora pienso que, en el fondo, lo que en aquella época interpretábamos como la pasión era algo muy distinto: era el dolor, un dolor que busca una residencia, un domicilio fijo, un hueco en la guía telefónica.

La criada acabó de limpiarle la barbilla a mamá.

—¿Traigo el café? —preguntó.

—Sí, por favor —contestó papá—. Un cafetito, qué festivo. Dime, Pavel, ¿cuándo vamos a poder disfrutar de uno de tus conciertos?

—¡Tengo el pene de un enano! —bramé. Podían ignorarme, podían ignorar el *amour fou*, podían ignorarlo todo, pero tendrían que tragarse el pene del enano.

—¿Pavel? —insistió papá.

Daniel se acariciaba la barbilla.

Mamá siempre quiso aprender a pilotar, y viajar por el mundo en su propio avión, porque no soportaba a las azafatas. Aunque volara en primera clase, las azafatas la exasperaban, y su mayor deseo era recluírse durante el vuelo en la cabina de mando en compañía del piloto.

Miré a mamá y pensé en lo mucho que había insistido en apuntarse a clases de aviación. Pero papá y los médicos se lo habían desaconsejado seriamente. Como Pavel había dejado la pregunta de papá sin responder, papá se respondió a sí mismo. Era un hombre práctico cuando se trataba de preguntas y respuestas.

—La última audición, Pavel, la de los conciertos de violoncelo de Brahms, me pareció magnífica. ¿No os gustó?

—No era Brahms —intervino Daniel—. Y necesito medicamentos más fuertes.

Hacía ya más de tres meses que Daniel se había dado con la barbilla en el suelo. La herida no acababa de curársele.

Sonó el teléfono.

Todos se quedaron de una pieza.

Pavel quiso levantarse de la mesa.

—Quédate sentado, no estamos en casa. La criada cogerá el teléfono —ordenó papá.

Papá se puso de pie, se dirigió a la puerta, pero se detuvo y gritó:

—¡Bettina, no estamos en casa, no hay nadie en casa!

Entonces se acercó al aparato de música, puso el concierto para violín número 2 de Mozart y volvió a sentarse a la cabecera de la mesa, como quien se muestra extremadamente satisfecho de haber llevado a buen puerto una reunión difícil.

De pequeño me gustaba dibujar aviones para mamá, porque sabía cuánto deseaba tener su propio avión, pero papá me advirtió que aquellos dibujos la trastornaban.

Ni el pene de un enano fue capaz de alterar nuestra vida familiar durante más de cuatro minutos. Probablemente, todos habían olvidado ya el asunto. Olvidar es un requisito indispensable para vivir tranquilo. Mi familia no sabía apreciar el *amour fou*.

La criada entró con el café.

—Delicioso —observó papá, aspirando ostensiblemente para que supiéramos que se refería al olor del café y no a otra cosa. Además, a papá le gustaba aspirar hondo, y, cuando había invitados y la conversación decaía, solía alardear de su capacidad

olfativa.

«Por favor, deja de comportarte como un proletario en presencia de los niños», le regañaba entonces mamá.

Mamá no soportaba los olisqueos de papá. Además, consideraba una grosería que la gente demostrara en público que algo le gustaba mucho. Para mamá, no había nada en este mundo que mereciera tanta efusión. A su juicio, lo bueno venía después de la muerte, o antes de nacer, pero nunca en el ínterin.

Transcurrieron las semanas.

Las luxemburguesas nos enviaron una postal desde Luxemburgo.

—Quédatala tú —me ofreció Pavel.

Las postales no suscitaban en él la menor emoción.

No decía gran cosa la postal: «Recuerdos desde Luxemburgo y gracias por todo. Dancing Queen Andrea y Dancing Queen Milena».

Quizá bastaba con eso.

Yo había intentado ajustar mis esperanzas a la realidad, como hacía papá, pero éstas eran como unos pájaros que se escapaban de la jaula, imposibles de atrapar.

Decidí colgar la postal en la pared, por si acaso. Y dejé de mirar fijamente la entrepierna del señor Kiepe. Con el señor Georgi también volví a comportarme como antes: atento, interesado en sus palabras, complaciente y amable. En apariencia, nada había sucedido.

En casa no se volvió a hablar del enano, y tampoco del cachete.

Cada tres días, durante la cena, papá se interesaba por las audiciones musicales de Pavel, y si éste no respondía, se respondía él mismo. Daniel seguía rascándose la barbilla, y a mamá le costaba concentrarse en la comida. Se olvidaba del plato que tenía delante y había que recordarle que se llevara de vez en cuando el tenedor a la boca, aunque también a eso estábamos acostumbrados.

Nadie sabía que yo había decidido asumir mi condición de enano preso en el cuerpo de un gigante de tamaño mediano.

Me consagré a mi poemario *El enano y otros poemas*. No es que me avergüence de mi obra, pero ahora me alegro de que ningún editor se atreviera a publicarla.

Para sentirme como un auténtico enano, empecé a caminar por casa en cuclillas.

—¿Por qué le ha dado por caminar en cuclillas? ¿Le pasa algo a este chico? —preguntó papá.

—Estará buscando algo —comentó mamá.

Como mamá andaba siempre buscando cosas, pensaba que los demás hacían lo mismo.

Al principio, papá me ordenaba de vez en cuando: «¡Marek, camina normal!». Pero pronto se cansó.

Y poco después me lancé a caminar en cuclillas por la calle. No distancias muy largas, porque no lo resistía. Pero ciertas calles y callejuelas de Viena ya sólo las

recorría en cuclillas. La Bankgasse, por ejemplo, y también la Schenkenstrasse.

Algunos transeúntes se quedaban mirándome. Los comerciantes que me habían visto pasar dos o tres veces se acostumbraron a mi nueva forma de caminar. Algunos hasta me dirigían palabras de ánimo: «¡Bien, chico, vas progresando!».

Conste que es una manera de caminar hartamente difícil y muy agotadora, aunque, como todo en esta vida, es cuestión de práctica.

En la fiesta de cumpleaños de Daniel, serví las bebidas y la comida desplazándome por el salón en cuclillas.

—Tiene talento para el circo —observó un señor mayor especialista en seguros funerarios.

Pero papá hizo caso omiso de ese comentario y volvió a soltar un discurso, breve pero enérgico, sobre su excepcional capacidad olfativa.

Cada vez caminaba más tiempo en cuclillas, y cuando empecé a desplazarme de ese modo en el Colegio Internacional, el señor Georgi fue, una vez más, el primero en hablarme del asunto.

Un día en que me encontraba delante de la máquina de café, el profesor se puso a mi lado.

De entrada disimuló preguntándome si tenía cambio para la máquina, pero luego fue al grano:

—Te veo con frecuencia paseando en cuclillas, últimamente también por la Wallnerstrasse. ¿Estás practicando algo?

Negué con la cabeza.

—¿Es una moda? —insistió—. ¿Una nueva costumbre entre los jóvenes?

Volví a negar con la cabeza.

—Entonces, ¿qué es?

Saqué mi café de la máquina y respondí:

—Tengo las piernas demasiado largas, señor Georgi.

El señor Georgi retrocedió un paso, examinó mis piernas como quien examina un armario que pretende comprar, y, unos segundos después, dijo:

—A mí no me parecen tan largas. Yo diría que las tienes bastante bien proporcionadas.

«Proporcionadas», ésa era la palabra que no debería haber pronunciado.

—¿Ah, sí? ¿Le parece a usted que están bien proporcionadas? —repuse en un tono lo más sarcástico que pude—. ¿Y usted qué sabe de proporciones?

El señor Georgi introdujo una moneda en la máquina.

—¿Qué te pasa, Marek? Últimamente te muestras muy agresivo. A mí no me importa que camines en cuclillas, sólo me preguntaba por qué lo haces.

Lo dejé plantado y me fui sin más.

Aquel mismo día escribí una larga carta a las luxemburguesas, una carta que ellas

nunca me contestaron.

En el Colegio Internacional, algunos se escandalizaron por mi manera de caminar. Otros —como el profesor de gimnasia, un hombre con un pasado oscuro— lo consideraron un pasatiempo inocente a la par que saludable, y unos pocos hasta trataron de imitarme. Pero nadie resistía tanto tiempo en cuclillas como yo.

Pavel empezó a salir con una señora húngara y fue perdiendo el interés en sus valiosos instrumentos. También se ponía cada vez menos crema reparadora en las manos.

Si alguna vez me encontraba por la calle a un enano, cosa poco frecuente, pensaba: «Ah, mira, un colega, y él sin saberlo».

Me enfasqué en la lectura de libros sobre gente con malformaciones.

Apenas había pasado un mes cuando, una mañana, el señor Georgi me susurró antes de empezar la clase:

—Esta tarde quisiera presentarte a un buen amigo mío.

Yo permanecí en silencio.

Al término de la clase, el señor Georgi me esperaba junto a la máquina de café.

—¿Te vienes? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Si no hay más remedio...

—No está cerca —informó el señor Georgi—, así que iremos en mi coche. ¿Cómo está tu madre?

Meneé la cabeza a modo de respuesta.

—¿Está en la ciudad? —preguntó el señor Georgi mientras me abría la puerta de su Volkswagen.

—Se ha ido unos días a Barcelona —contesté.

—¿Sola? —insistió el señor Georgi—. Quiero decir...

—Sé lo que quiere decir —le interrumpí—. No, no ha ido sola. Mi madre no es capaz de estar sola, se volvería loca.

Me senté a su lado.

El señor Georgi puso en marcha el motor.

Mi profesor confiaba en la bondad del género humano. En todo caso, siempre partía de ese principio.

Nos dirigimos al otro lado del río.

Hablamos más bien poco. En cierta ocasión le había dejado leer algunos de mis poemas y él me había animado a seguir con mi obra, pero eso no tenía ningún mérito, porque, siendo como era un hombre idealista, siempre animaba a todo el mundo. Su fe y su empuje eran tan extremos que incluso habría animado a un suicida a cortarse las venas.

Cada año, unas semanas antes de Navidad, mandaba colocar un abeto en el aula.

—Bien, chicos —nos decía entonces—. Tenemos un árbol de Navidad, y los que estén interesados pueden ayudarme a adornarlo.

La verdad es que nunca he comprendido por qué los árboles de Navidad inspiran a la gente la misma pasión que los surrealistas, por ejemplo. En más de una ocasión, el señor Georgi se vio obligado a adornar el árbol él solo. No había nadie interesado en ello.

Por fin nos detuvimos ante una casa residencial.

—Aquí vive mi amigo, el profesor Hirschfeld —anunció.

—Ah, vaya —repuse.

El señor Georgi pulsó el timbre. No me había dado ninguna explicación sobre el motivo de nuestra visita, ni yo le había preguntado nada.

El profesor Hirschfeld era un hombre prácticamente calvo, de mediana estatura y con patillas.

Nos condujo a un salón decorado a la antigua usanza: con mucha madera oscura, cuadros sombríos y un reloj de pie.

—¿Café? —ofreció el señor Hirschfeld.

—Sí, gracias, para los dos —contestó el señor Georgi.

Pensé que el profesor Hirschfeld era un editor; quizá Georgi se había interesado por mi obra *El enano y otros poemas* más de lo que parecía demostrar.

El profesor Hirschfeld respondía en todo a la imagen que yo tenía de un editor: un personaje soso, con cierto descuido del propio cuerpo, la mirada penetrante y un aire de despistado medio fingido que le daba cierta elegancia.

El profesor Hirschfeld regresó con unas tacitas de porcelana decoradas con caballos.

Luego se presentó con una cafetera y unos sobrecitos de azúcar que, al parecer, había sisado de un avión, pues en ellos ponía: «Australian Airlines». A lo mejor el profesor Hirschfeld representaba el giro en mi vida que yo tanto deseaba.

En mi imaginación, vi un periódico con el siguiente titular:

ESPLÉNDIDO DEBUT DE UN ESTUDIANTE DE QUINCE AÑOS.
EL NUEVO RIMBAUD DE VIENA

—Bien —dijo el profesor Hirschfeld—. ¿Cómo estás?

—Estupendamente —contesté—. ¿Y usted?

Ya veía a Reich-Ranicki, el conocido crítico literario alemán, agitando en la pantalla de televisión mi volumen de *El enano y otros poemas* mientras declaraba: «Es lo mejor que he leído en los últimos veinte años. Este libro ha infundido una nueva vida a la poesía en lengua alemana».

El profesor Hirschfeld se tomaba su café a sorbitos.

—Lo siento, no tengo galletas —se disculpó.

El señor Georgi carraspeó.

—No importa —dije yo.

El profesor Hirschfeld volvió a depositar su tacita en la mesa, se limpió la boca, estornudó con fuerza y continuó:

—El señor Georgi me ha hablado de tu interesante *hobby*.

No creía que mi poesía fuera un *hobby*, la verdad.

—No es un *hobby* —respondí.

—Entonces, ¿qué es? —inquirió el profesor Hirschfeld.

¿Qué era? ¿Cómo calificar mi obra sin quedar en ridículo?

—Es muy importante —afirmé. Y pensé en papá, a quien había oído decir alguna vez: «He hecho de mi *hobby* mi trabajo, por eso soy feliz».

—¿Lo haces a menudo?

Miré al señor Georgi, pero él evitó mi mirada.

—Regularmente —contesté.

—¿Y qué dicen tus padres?

—Nada.

—¿Nada? ¿No te preguntan nada?

—Su madre sale mucho de viaje —terció el señor Georgi esquivando de nuevo mi mirada.

—¿Una mujer de negocios?

—Podría calificarse así —respondí.

Fijé la mirada en los visillos. Eran grises.

A mamá no le gustaban los visillos. Mamá necesitaba aire libre.

—¿Podrías demostrarnos cómo lo haces? —pidió el profesor Hirschfeld.

—¿Ahora? ¿Aquí? —pregunté, y al instante comprendí que la conversación no se refería a *El enano y otros poemas*.

Sentí como si alguien me hubiera dado con un cazo en la cabeza, y no una, sino varias veces. Mi frente era un solomillo que habían puesto a macerar para reblandecerlo y después asarlo.

—Enséñanos cómo lo haces, sólo un momento, por favor —insistió el profesor Hirschfeld.

—Marek, ¿recuerdas cómo caminabas el día en que nos cruzamos en la Wallnerstrasse?

El señor Georgi se levantó de la silla y se puso a caminar en cuclillas por el despacho del profesor Hirschfeld.

—Caminabas así, ¿lo recuerdas? Y en el aula de química, el miércoles pasado, también caminabas de ese modo. ¿No te acuerdas?

Me invadió un terrible presentimiento.

¿Y si el señor Georgi había perdido definitivamente el juicio? ¿Acaso había vuelto a empinar el codo?

El señor Georgi vivía solo con toda una colección de peces tropicales, y ya había estado ingresado una vez en una clínica, mucho antes de empezar yo el colegio. Según la versión oficial, padecía problemas de espalda; pero en el colegio todos sabíamos que el alcohol había transformado su mundo en una continua alucinación y que hubo que internarlo en una clínica en la montaña.

El profesor Hirschfeld señaló con el dedo al señor Georgi, que seguía en cuclillas.

—¿De modo que así es como caminas por la calle? ¿Lo haces regularmente? —preguntó.

—Bueno, sólo a veces.

—No te preocupes —intentó tranquilizarme el profesor Hirschfeld—. Sólo quiero ver cómo lo haces.

El profesor Hirschfeld se levantó de la silla y empezó a pasear en cuclillas de un lado a otro del salón, junto con el señor Georgi.

—Pasea con nosotros, hombre —me propuso.

Me deslicé de la silla. Bueno, pensé, si eso es lo que quieren, les animaré un poco.

Y me puse a pasear con ellos en cuclillas.

Lo hacían fatal. Falta de práctica.

Al principio, al cabo de dos pasos ya te duelen los músculos del muslo. La técnica se adquiere con la práctica. Cada día, un par de metros más.

—No lo hacéis bien —aseguré—. Es una técnica que se adquiere con la práctica; cuando uno empieza a tocar el piano no espera interpretar a Mozart en un día.

—¿Así es como lo has logrado, con la práctica? —preguntó el señor Hirschfeld.

El hombre permanecía en cuclillas en el suelo.

—Sí —contesté—. Cuando me propongo algo, soy muy obstinado.

El profesor Hirschfeld fue el primero en incorporarse.

A continuación, lo hizo el señor Georgi.

Por último, yo también decidí levantarme y volver a sentarme.

—¿Por qué está usted tan interesado en mi forma de caminar? —pregunté.

—No lo había visto nunca antes —reconoció el profesor Hirschfeld—. Nunca.

—El profesor Hirschfeld es un científico —aclaró el señor Georgi.

La palabra «científico» quedó unos instantes flotando en el aire. Era un término importante para el señor Georgi, representaba algo que él habría deseado ser. Pero su afición a la bebida se lo impidió, y de la ciencia pasó al Colegio Internacional de Viena.

—¿Y qué clase de ciencia practica usted? —inquirí.

—Interpretación de los sueños —respondió el profesor Hirschfeld—. Llevo quince años levantándome y acostándome con los sueños de los demás.

La vida había vuelto a su viejo cuerpo. Sus ojos centelleaban.

—El profesor Hirschfeld ha analizado los sueños de muchos criminales —dijo el señor Georgi—, y ahora está escribiendo un magnífico libro sobre el tema.

El profesor Hirschfeld asintió satisfecho con la cabeza, y de nuevo me invadió la sensación de encontrarme ante dos individuos a punto de perder el juicio.

—Interesante —observé—. ¿Ha examinado usted a criminales?

El profesor Hirschfeld agitó un dedo.

—Criminales corrientes, no —contestó levantando la voz, que resonó por todo el salón como si estuviera impartiendo una clase en la facultad—. Sólo los que han

cometido delitos violentos. Exclusivamente, delitos violentos.

—Es decir, nada de rateros —dijo el señor Georgi, y se sirvió otra taza de café.

—No, los rateros y los ladronzuelos no me interesan —explicó el profesor Hirschfeld—. De esos que se ocupen otros. He examinado casi quinientos casos. Y no sólo en Europa. He estado en Japón, en Nueva Zelanda, en Chile... He comparado los sueños de los criminales con los sueños de individuos que supuestamente no han cometido ningún delito.

El profesor se movía en la silla, excitado.

Así como hay gente aficionada a Brahms o a Mozart, aquel hombre tenía afición a los criminales que habían cometido delitos violentos.

—¿Y qué quiere usted de mí? —pregunté.

Pensé en Milena y en Argelia, donde, según ella, no había cultura, y en su padre, el vikingo, y en la postal que ella y Andrea me habían enviado, y en que jamás tomaría el tren nocturno hacia Luxemburgo.

—Creo que el profesor Hirschfeld puede ayudarte —comentó el señor Georgi.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque Kurt, el profesor Hirschfeld, es amigo mío.

—¿Por qué creen que necesito ayuda?

De pronto, comprendí que lo sabían todo. Lo habían sabido todo desde el principio.

El profesor Hirschfeld se puso unas gafas de leer, examinó un bloc de notas, se quitó de nuevo las gafas y preguntó:

—¿Qué sientes exactamente cuando te paseas por Viena en cuclillas?

—Me concentro —reconocí.

—¿En qué?

—En los músculos del muslo... Pero, no comprendo, ¿qué relación guarda eso con su especialidad?

—Ninguna —contestó el profesor Hirschfeld.

Sobre un armario había una garrafa que contenía un líquido rojo oscuro, seguramente oporto.

—Quiero ayudarte —anunció el profesor Hirschfeld.

—¿Ah, sí? ¿Con qué quiere ayudarme?

Entonces aún me sabía mis poemas de memoria, y de repente sentí el extraño impulso de recitarlos.

Habría querido recitar mis poemas en cada rincón de Viena, porque no se trataba de hacerse rico con la poesía, rico se hacía uno con los seguros, se trataba de contagiar a la gente, como la hepatitis, como un virus que se propaga a toda velocidad.

Tal vez no era oporto lo que había sobre el armario, sino armagnac o licor de nueces.

—¿Te sientes distinto a los demás? —siguió el profesor Hirschfeld—. ¿Tienes la

sensación de decir cosas que los demás no comprenden, y que a su vez la gente dice cosas que tú no entiendes?

—No me lo he planteado nunca así.

Papá lo tenía muy claro, el silencio era una forma superior de comunicación, la mejor que existía. Pero ¿había algo que comprender del silencio? El silencio era como la pantalla blanca previa a una película, no había nada que comprender, ni era tampoco el sueño de un criminal que debiera ser interpretado.

—¿Por qué no lee usted mis poemas? —propuse.

—¿Escribes poesía?

El profesor Hirschfeld miró al señor Georgi, y éste tomó la palabra:

—Sí, Marek es un joven de gran talento. Tú has escrito *El gnomo*, ¿no es cierto?

—*El enano* —repliqué levantando la voz—. ¡El enano, y no el gnomo; un enano no es un gnomo, señor Georgi! Usted anima a todo el mundo a seguir trabajando, a todo el mundo. Sin embargo, sus palabras no tienen ningún valor, ni siquiera se ha tomado la molestia de leer mi obra.

Entonces me levanté de la silla y empecé a recitar mis poemas.

Agitaba los brazos. Acompañé algunas estrofas con pateos en el suelo, y, en la estrofa donde el enano ataca a un limpiacristales, lancé unos descomunales escupitajos al suelo, pues el enano de mis versos escupía. Tras recitar mi extenso poema, de cuatro páginas, me invadió una extraña calma.

—Muy interesante —dijo el profesor Hirschfeld—. Y fascinante. Creo que puedo ayudarte.

Y entonces monté en cólera por primera vez en mi vida, como si toda la cólera acumulada en quince años estallara de repente en el salón del profesor Hirschfeld. A aquel arrebato le seguirían otros muchos; más aún, mi vida se convertiría al final en un continuo arrebato de cólera que sólo un paro cardíaco o dos pulmones colapsados o la silla eléctrica podrían detener.

—¿Queréis ayudarme? —grité en el salón del profesor Hirschfeld—. ¡Pero si sois vosotros los que necesitáis ayuda! Permanecéis ciegos ante la belleza de mis palabras, porque en realidad ya habéis muerto; aún no os han enterrado por simple error, pero sobre vuestra cabeza crece ya la hierba, sólo que no la veis porque siempre miráis hacia abajo. Yo soy el enano, y no un gnomo, señor Georgi, nada de gnomos. Y miro hacia arriba y veo la hierba que os sale de las orejas, de la boca y de la nariz. Hasta ahora he callado por educación pero ¡se acabó, no pienso callar más! Sois como dos pedazos de bacalao reseco. Más muertos que la mismísima ciudad de Viena, más muertos que los seguros de vida; tan podridos ya que con sólo miraros os desintegráis, pues no queda ya nada de vosotros, nada.

Me dirigí al armario y cogí la garrafa. Le quité el tapón, me la arrimé a la boca y tomé un trago, pero lo escupí porque el líquido era demasiado fuerte para mi garganta

poco acostumbrada.

—¡No quiero vuestra ayuda! —exclamé—. Soy yo quien debe ayudaros a vosotros, quiero cortar la hierba que os crece sobre la cabeza, porque yo soy la gran segadora divina. Sí, escuchadme ahora a mí. ¡Vosotros, muertos, aquí me tenéis: soy la gran segadora divina!

A continuación recité la segunda composición de mi volumen *El enano y otros poemas*, y me sentí como si descendiera por el monte Sinaí con las Tablas de la Ley sobre la espalda.

Cuando terminé, me volví a sentar y crucé las piernas.

El profesor Hirschfeld se rascaba las patillas; el señor Georgi examinaba los visillos grises.

Del *amour fou* sólo quedaba rencor. Rencor hacia mi propio pene, hacia la gente que confundía a los enanos con los gnomos y hacia los amantes de mi madre, que intentaban engañarla con bisutería barata; rencor hacia el profesor de gimnasia del colegio, hacia la ciudad de Luxemburgo y hacia el viaje en tren que nunca llegaría a emprender; rencor hacia los surrealistas, que me habían seducido con una música que ya no sonaba en la Tierra, hacia el profesor de francés, que me había puesto en contacto con los surrealistas, y hacia los seguros de vida; rencor hacia el dinero de mi familia, hacia el bailarín y el poeta que nunca llegaría a ser; rencor hacia Rimbaud, hacia esa civilización en la que no creía, y hacia la gente que creía que en Viena se acababa toda civilización; rencor hacia el concepto de genio... Todo eso no era, en definitiva, sino un mismo rencor: el rencor hacia la vida. Suele decirse que el amor despierta la pasión, pero el rencor que predica el dios de la Venganza es mucho más fuerte que todo el amor junto.

En la calle, alguien intentaba en vano poner en marcha su coche.

El profesor Hirschfeld rompió al fin el silencio.

—Una copita nos sentaría bien a todos, ¿eh?

—No, no —replicó el señor Georgi—, que me pongo sobón.

Y se rió educadamente de su propia broma.

El profesor Hirschfeld sirvió dos aguardientes, uno para mí y el otro para él, de una botella que trajo de la cocina.

—Naturaleza pura —advirtió—. Es lo mejor que existe.

Y de pronto pensé que el profesor Hirschfeld les habría dicho eso mismo a sus criminales, y que se habría tomado una copita de aguardiente con todos antes de sumirse en el siguiente sueño.

—A propósito, ¿qué ha sido de los criminales que ha examinado? —inquirí.

Hirschfeld apuró la copa de un trago y explicó:

—La mayoría están en la cárcel, algunos reclusos en una institución, otros han muerto, uno incluso se ha reinsertado en la sociedad y ahora es profesor de

bioquímica.

—¿Nunca sintió miedo?

—No tuve tiempo para ello —contestó. Luego arrancó una hoja de su bloc de notas y apuntó un número de teléfono—. Éste es mi número. Llámame cuando quieras. No importa cuándo ni de qué quieras hablar.

Me metí el papel en el bolsillo.

—¿Sigue usted examinando a criminales?

—No. Ahora estoy analizando los resultados de mis investigaciones. No sé qué es más difícil, si interpretar los sueños o los resultados de la investigación. —Se levantó—. Disculpadme, por favor.

—Claro —respondió de inmediato el señor Georgi. También él se levantó, estrechó la mano del profesor Hirschfeld, y añadió—: Gracias, Kurt.

—De nada, hombre —dijo el profesor Hirschfeld.

A continuación me tendió la mano. En la calle, alguien seguía intentando poner en marcha su coche.

—Si quieres, ven un día con tu madre —me animó el científico.

—Si me decido a venir, lo haré solo —repliqué.

—También puedes venir a recitar tus poemas —añadió—. No entiendo mucho de poesía, pero me gusta el sonido de la voz humana, aun cuando salpique.

No contesté.

El profesor Hirschfeld permaneció de pie en el vano de la puerta, y cuando llegamos al coche del señor Georgi volví la cabeza.

El profesor Hirschfeld nos decía adiós con la mano.

Su chaleco ondeaba al viento, y pensé en todos los criminales que se habrían sentado en la misma silla que yo.

—Qué hombre tan raro —constaté.

—Sí —corroboró mi profesor de francés.

El señor Georgi me dejó cerca de casa.

—Hasta mañana —se despidió—. Y perdona que haya confundido al enano con el gnomo.

—No importa —respondí—. En serio, no importa.

Me fui a mi habitación, releí por enésima vez la postal de las luxemburguesas y abrí la ventana.

Llegó el verano.

Daniel se desmayaba cada vez más a menudo. «Esto es el final», solía decir, pero nadie le hacía caso.

Los grandes e importantes acontecimientos estaban aún por llegar.

Yo ignoraba qué clase de acontecimientos, sólo sabía que serían grandes e importantes.

Mi presentimiento no me engañaba, pero no fui capaz de interpretarlo, como el profesor Hirschfeld tampoco había logrado interpretar por el momento los resultados de sus investigaciones.

El presentimiento existía, sí, pero no supe captar su mensaje.

Mis intentos de ir por la vida como un enano disminuyeron de forma gradual.

Caminaba en cuclillas con menos frecuencia, y, cuando lo hacía, siempre era por menos tiempo. Y llegó el día en que dejé de hacerlo del todo, aunque creo que nadie se dio cuenta.

Papá, mamá y mis hermanos se habían resignado a la idea de que yo quería andar por la vida en cuclillas y, cuando cambié esa aspiración por otra, se resignaron con la misma facilidad.

Para quedar bien, el señor Georgi me preguntaba cada tres semanas por mis poemas.

—¿Me pasarás algo para leer? —preguntaba.

—Sí, claro —le contestaba—. Pronto.

Pero nunca más le pasé nada. Un individuo que no sabía ver la diferencia entre los enanos y los gnomos no merecía leer mis poemas. Un día, por cierto, se le ocurrió decirme:

—La fotografía también es una actividad creativa, ¿no crees, Marek?

Mamá empezó a padecer dolores de cabeza, papá estaba en medio de una fusión con otra empresa, Pavel le ponía música a todo y yo intentaba poner de nuevo en práctica el *amour fou*.

Estaba menos ilusionado que al principio, eso sí. Por todas partes veía candidatas: en los grandes almacenes, en los tranvías y en el metro, en los teatros, en las farmacias y en los parques. Sin embargo, era consciente de que no todas las

candidatas concebían el *amour fou* como la única y más importante aspiración de su vida; es más, puede que algunas de ellas se dijeran: «Prefiero despertarme con la gripe que con el *amour fou*».

La elegida olía a castañas asadas. Para seducirme, el dios de la Venganza escogió a una profesora de dibujo que olía a castañas asadas; así me obligó a enrolarme en su ejército definitivamente. Los inviernos en Viena son muy largos, y en muchos puntos de la ciudad se asan castañas. Así que cada año, de octubre a marzo, tengo que enfrentarme al recuerdo de haber sido seducido por el dios de la Venganza, como en su día fui tentado por el *amour fou*.

La conocí en la biblioteca, donde buscaba libros para investigar el *amour fou*.

Ella me dirigió la palabra y yo le contesté, inconsciente de todo peligro.

Era quince años mayor que yo, y me invitó a tomar el té en su casa.

Vivía con su madre, y unos años atrás había dejado los estudios de enfermería por las bellas artes. Más tarde, se dedicó a las manualidades. Impartía clases en una escuela nocturna para adultos. Como la escuela no le pagaba muy bien, se ganaba un sobresueldo dando clases particulares.

Se llamaba señorita Oertel.

Cuando llegué a su casa —subimos tres pisos porque el ascensor no funcionaba—, cerró las puertas correderas tras de sí y dijo:

—Bien, así no le damos la lata a mi madre.

—No te molestes —contesté.

—Un té con hierbas se prepara en un momento —repuso ella.

La oí hablar con su madre.

La señorita Oertel tenía el pelo muy corto y liso. Yo prefería las melenas que ondean al viento y caen sobre los ojos y la nariz, o se peinan en un recogido, pero, en fin, poco importaba lo que a mí me gustara.

Me senté en una butaca tan inmensa y profunda que acomodarse en ella resultaba una faena laboriosa.

Miré a mi alrededor. La señorita Oertel subió el tono de voz, como si en la cocina tuviera lugar una discusión.

Fue ella la que me había abordado a mí.

—¿Qué es lo que hace? —había preguntado—. Le veo con frecuencia por aquí.

Los dos guardábamos cola para devolver los libros. Mi fecha de devolución había vencido.

—Investigo el *amour fou* —le contesté—. Es el proyecto de mi vida.

Así fue como nos conocimos.

Después de devolver los libros y pagar mi multa, reanudamos la conversación.

La señorita Oertel se dirigió a la sección de Braille, y yo fui tras ella.

—¿Busca algo para usted? —inquirí.

La señorita Oertel no me había dado la impresión de ser ni ciega ni cegata.

—No —replicó—. Es para una amiga mía.

Me contó que daba clases de dibujo y que admiraba a Thomas Bernhard.

—A mí no me gusta mucho —confesé—. Thomas Bernhard le presta a Austria más atención de la que se merece.

Debo reconocer que esa frase procedía textualmente de la boca de mi profesor de lenguas germánicas. Pero ¿qué es el *amour fou* sin un sacrificio a tiempo?

Además, si uno se para a pensar, todos nos abrimos camino en la vida con opiniones prestadas que, la mayoría de las veces, ni siquiera comprendemos.

Es curioso, pero con aquella mujer no sentí ningún amago de eso que denominan atracción física, ni mucho menos sentí lo mismo que al mirar a Andrea. No vi en ella ninguna desnudez dolorosa.

Pero pensé: «Menos da una piedra. No te des por vencido».

La señorita Oertel era una mujer muy alta, aunque ése no era su único rasgo masculino.

Regresó de la cocina.

—Bien —dijo y exclamó—: ¡Ay! He olvidado el colador.

Salió a toda prisa y regresó con un colador.

La conversación fue agradable, en la medida en que eso es posible entre dos personas que no tienen mucho que decirse y cuya capacidad comunicativa es más bien limitada.

La señorita Oertel me contó una larga historia sobre la isla de Sylt, donde, al parecer, había conocido a su gran amor, un turco, casado, naturalmente. Sin embargo, aquello no era lo peor, según decía, pero yo me quedé sin saber qué era lo peor, porque de repente interrumpió su historia.

—Sí, y aún sé cómo se prepara un campo estéril.

—Perdone, señorita Oertel —intervine—, pero ¿qué es un campo estéril?

—Lo recuerdo todo —siguió—. Todo. Sé insertar un catéter en la vejiga de un hombre, sé tomar la temperatura, anestesiar, transmitir malas noticias a los familiares y poner una inyección letal. Lo recuerdo todo como si fuera ayer mismo. Y, por supuesto, también sé implantar un catéter estomacal. Saqué la mejor nota de la clase en el examen.

La mujer me sirvió un poco más de té, y luego me lanzó una mirada tan codiciosa que no me cupo la menor duda de que, si por ella fuera, me habría insertado un catéter en la vejiga allí mismo. Seguro que también estaba deseando preparar un campo estéril, pensé, y yo seguía sin saber qué era eso.

Me acordé de papá, no sé por qué.

—¿Acaso se arrepiente de haber dejado la enfermería por las bellas artes?

La señorita Oertel negó con un movimiento de la cabeza.

—En absoluto —aclaró—. Pero recibí una formación excelente y no he olvidado nada.

El señor Georgi era de la opinión de que, en nuestra ciudad, la gente vivía anclada en el pasado. Siempre pensé que lo decía porque era él quien vivía en el pasado, un pasado anterior a su paso por la clínica en la montaña, donde lo liberaron de sus alucinaciones. Probablemente, el señor Georgi se tomaba a sí mismo como medida de todas las cosas, igual que hacían otros. Pero quizá llevara razón, y Viena fuera una ciudad para individuos que preferían no pensar en el futuro.

—Llevo ya un tiempo observándote —reconoció la señorita Oertel—. Me gusta observar a la gente.

—¿Así que su amiga es ciega? —pregunté.

—Sí —contestó—, mi mejor amiga es ciega. Suelo ir a la biblioteca a buscar audiolibros para ella. Isabel Allende es la escritora que más le gusta escuchar.

Entonces se abrieron las puertas correderas y una figura imponente, enfundada en un vestido azul, se detuvo entre las puertas, como un general dominando el campo de batalla.

La señora Oertel había sido panadera, según me había contado su hija en la sección de Braille de la biblioteca.

Tenía unos brazos gruesos y blancos. Su presencia imponía.

—Mamá, éste es Mark van der Jagt —dijo la señorita Oertel.

—Marek —la corregí—. Marek, con una «e» en medio.

Tuve la impresión de que la señora Oertel estaba a punto de abalanzarse sobre mí para propinarme un cachete. Pero enseguida pensé que debía reprimir ese tipo de ideas, así que me levanté de la incómoda butaca, no sin cierto esfuerzo. La señora me sobrepasaba dos cabezas. Me dio un firme apretón de manos.

—¿Vienes a clase de dibujo? —inquirió la señora Oertel.

—No —contesté.

—¿Vienes entonces a modelar?

Miré a su hija y me pregunté qué respuesta esperaba que le diera.

—Me hace compañía —intervino la señorita Oertel, que al lado de su madre resultaba pequeña y femenina.

—Ah —repuso la señora Oertel; al parecer, no apreciaba la compañía.

—Debería irme —anuncié.

—No, quédate un rato más, aún hay té.

La señora Oertel se sentó en una butaca idéntica a la mía. Eran butacas hechas a la medida de la señora Oertel. Para las personas de tamaño medio, esas butacas imponían tanto como la propia señora Oertel.

Se hizo un silencio.

Tal vez era yo quien inducía a la gente al silencio.

Tosí un par de veces y me tapé la boca con un pañuelo.

—Ahora hará diez meses... —observó la madre de la señorita Oertel. Y encendió un cigarrillo.

Me quedé mirando el humo. ¿Dónde había leído yo que el *amour fou* podía

manifestarse en las circunstancias más extrañas y en los momentos más inesperados? ¿No era cierto que las personas mayores, los moribundos, los contrahechos y los marginados también portaban en su interior el germen del *amour fou*?

El *amour fou*, que yo perseguía desde hacía tanto tiempo, ¿iba a manifestarse en una panadera y su hija?

—Diez meses —prosiguió la señora Oertel, e inhaló el humo con tanta ansia que pareció aspirar el último resto de vida de su cigarrillo—. Sigue afectada como si fuera ayer. ¿Te ha hablado mi hija de aquello?

Miré a la señorita Oertel. De pronto, me llegó un olor a huevo frito.

—No me gusta hablar de eso —reconoció la señorita Oertel.

—Una mañana, mi marido se fue tan campante a la panadería, y esa misma tarde recibí la llamada. Adiós, fue visto y no visto. Pasó a mejor vida mientras atendía a un cliente.

—Lo lamento —empecé. El olor a huevo frito era cada vez más penetrante—. ¿Tenéis algo en el fuego?

La señorita Oertel se dirigió a la cocina con paso firme.

—Vive bien aquí —comenté.

—¿Bien? —inquirió la señora Oertel—. ¿Llamas a esto vivir bien? —Y apagó el cigarrillo con decisión—. Poco tiempo después traspasé el negocio —continuó la señora Oertel—. La niña no estaba interesada en él.

La niña, pensé, debía de ser la señorita Oertel.

Entendí perfectamente que no quisiera hacerse cargo de la panadería de sus padres, pero no dije nada, pues no hay que importunar a la gente con consejos y opiniones que no te han pedido.

—Debimos haber traspasado el negocio antes de que él muriera —añadió la señora Oertel—. El barrio estaba empeorando. La gente de hoy en día no sabe apreciar un buen pan.

—Sí —constaté.

—Mi marido padecía un problema en las rodillas. Las tenía completamente desgastadas. Caminaba con la ayuda de un bastón. El médico le recomendó unas rodillas nuevas, unas prótesis, vamos, pero le advirtió que estaría fastidiado durante un año. Y eso no le hacía ninguna gracia a mi marido. No quería que el negocio se viniera abajo por un par de rodillas nuevas. A veces he llegado a pensar que no las quería, por eso no luchó por ellas; quizá pensó: «Dejadme ir al otro barrio con mis rodillas viejas». —Luego me preguntó—: ¿Te apetece un caramelo?

La señora Oertel sacó del armario una bandeja con caramelos de fruta envueltos en papel.

—No, gracias —dije.

La señorita Oertel regresó de la cocina. Estaba cada vez más guapa, aunque puede que fuera yo quien la viera así por mi empeño en descubrir la belleza allí donde más escasea.

—Te habías dejado el fuego encendido —le dijo la señorita Oertel a su madre—. Se han quemado los huevos.

—Debería irme —insistí.

—¿Te apetece un huevo frito? —me preguntó la señora Oertel.

—Mi madre siempre prepara comida para los alumnos que vienen a casa —explicó la señorita Oertel—. Yo suelo advertir a la gente que mis clases particulares van con comida incluida.

La señora Oertel se echó a reír.

—Por Dios, mira qué delgaducho está este muchacho.

Puede que a la señora Oertel no le gustara mi compañía, pero sí parecía dispuesta a cebarme.

Me vinieron a la memoria toda suerte de cuentos infantiles y, víctima, una vez más, de mi excesiva imaginación, me vi a mí mismo desaparecer en una olla, mientras la señora Oertel removía el contenido con un cucharón y la señorita Oertel gritaba desde otra habitación: «¡Que no se te queme, mamá!».

La Razón —así lo he entendido después de consagrar casi cuatro años de mi vida al estudio de compendios de famosas obras filosóficas— es algo en lo que uno puede creer, como quien cree en Dios o en una monja pecaminosa, pero nada más que eso.

Así como las investigaciones del profesor Hirschfeld analizaban los sueños de criminales, mi estudio sobre el *amour fou* se centró en la señorita Oertel y en su madre. Y que nadie diga que el dios de la Venganza carece de sentido del humor.

En el salón de la señora Oertel, todavía pensaba que era la Razón la que me impelía a reprimir mi imaginación, al igual que los hombres civilizados reprimen la calentura cuando ésta los asalta en un momento inoportuno.

—Marek se pasa la vida en la biblioteca —observó la señorita Oertel.

La señora Oertel encendió un segundo cigarrillo y dijo:

—Acabo de contarle lo de las rodillas de papá.

—Sí, las tenía completamente desgastadas —confirmó la hija.

La señora Oertel aspiraba el humo, satisfecha.

—Fue durante la guerra. Se le quedaron incrustadas en las rodillas unas esquiras de granada, y después de la guerra no se las extrajeron como era debido. Claro, por aquel entonces los médicos tenían mejores cosas que hacer. En fin, que yo vació mejor la pulpa de un tomate con una cuchara que los médicos las esquiras de sus rodillas con un bisturí. ¿No es verdad?

—Sí, mamá.

—Vamos, te prepararé unos huevos fritos —anunció la señora Oertel—; si no, te va a dar un soponcio. Ven, vacía este cenicero.

La hija se levantó y vació el cenicero.

—Al principio —siguió la señora Oertel—, estaba muy triste aunque, la verdad

sea dicha, también fue un alivio poder mandar en casa después de cincuenta años.

—Cincuenta años es mucho tiempo —comenté.

—Llevábamos cinco años dudando qué hacer con las rodillas: que si operar, que si no operar, o que si sólo operar una. Y la niña no quería hacerse cargo del negocio. Llegamos a suplicárselo. Pero no hubo manera de convencerla. Visto ahora, mejor que fuera así, porque el negocio se habría hundido tres semanas después de ponerse ella detrás del mostrador, ¿no es cierto?

—Sí, mamá —le dio la razón la señorita Oertel—. Yo no sirvo para estar detrás de un mostrador.

Y soltó una risita aguda y breve.

La señora Oertel se fue a la cocina a freír unos huevos que esta vez no iban a quemarse, y su hija me propuso:

—Sentémonos en el sofá.

—De acuerdo —contesté.

Nos sentamos juntos en el sofá y nos quedamos mirando un pequeño cuadro de una cascada.

—Lo pintó un tío mío —dijo la señorita Oertel—. Otro talento.

—Es bonito —comenté.

El olor a huevo frito invadió el salón.

—Eres especial —aclaró la señorita Oertel—, ¿lo sabías?

Sonreí. Mi famosa sonrisa.

—Cuénteme algo más sobre la isla de Sylt. ¿Cómo acabó la historia de su gran amor?

—No muy bien. —Y se apartó un poco.

Vi que la cara de la señorita Oertel se ensombrecía.

La boca le empezó a temblar.

Eso nunca era una buena señal.

—Me entregó a su hermano —susurró acercándose de nuevo a mí.

—¿El turco?

—Sí —siguió—. Y su hermano me entregó a su primo, y éste me entregó a su mejor amigo.

Me mordí el labio.

¿Cómo reaccionar? Sonreír, morderse los labios, formular una pregunta amable, sacudirse un poco el polvo de la chaqueta... Quien desee obtener el reconocimiento de los demás debe ser previsible, ya sea como persona, como escritor o reparador de bicicletas. Y, cuando se habla de originalidad, en realidad sólo se trata de previsibilidad envuelta en papel de regalo, o en papel de regalo viejo alisado con cuidado. No conviene ir más allá de lo moderadamente imprevisible. Lo que yo más deseaba en el mundo era que alguien reconociera mi *amour fou*, aunque ese alguien

fuera la señorita Oertel.

—Qué horror —no pude evitar decir.

Me llegó entonces un olor a patatas fritas. ¿Qué estaría preparando la señora Oertel en la cocina?

La boca de la señorita Oertel tembló un poco más.

—¿La violaron?

Lo dije sin pensar.

—No —replicó ella—. Yo hacía lo que ellos me pedían. Amaba al turco, no podía evitarlo. En la isla de Sylt, fui de mano en mano.

La cascada del cuadro me impresionaba cada vez más.

—Era muy joven —prosiguió la señorita Oertel—. Ese hombre se aprovechó de una niña. Ahora me da asco.

Sin embargo, me dio la sensación de que el asco en los ojos de la señorita Oertel se mezclaba con una considerable dosis de deseo. No me pareció sensato seguir preguntando.

—¿De modo que en sus estudios de enfermería le enseñaron a dar malas noticias?

—Oh, sí. Saqué un diez en ese examen, fui la mejor, es todo un arte lograr que el receptor asuma las malas noticias.

Sentí que había cogido frío. Pero no podía irme, uno no se encuentra cada día con gente que ha ido de mano en mano en la isla de Sylt; además, me estaban friendo un huevo.

—Podríamos tutearnos —propuso la señorita Oertel.

Asentí con la cabeza y observé:

—Tu madre trajina mucho.

No hubo respuesta.

La señorita Oertel me rodeó con su brazo, y me pareció que reprimía un sollozo.

—¿Has vuelto a ir alguna vez de mano en mano?

—No. Eso sólo sucedió en la isla de Sylt.

Se oyó un grito. Era la señora Oertel, aunque podría haber sido la voz de un hombre aterrorizado.

—Creo que tu madre nos está llamando —dije.

La señorita Oertel se secó las lágrimas. Por suerte, no iba maquillada. Al menos, no aquel día.

Nos dirigimos a la cocina.

La mesita estaba puesta para tres personas.

Sobre una rebanada de pan brillaba un huevo frito junto con un trozo de salchicha incatalogable y una loncha de beicon.

Sentí náuseas.

—Come un poco —me ordenó la señora Oertel—, te sentará bien.

Me senté a la mesa.

—Son huevos de corral —me informó la señora Oertel—, los he cogido yo

misma esta mañana.

—El vecino tiene gallinas —aclaró su hija.

—Idílico —susurré.

Entonces se produjo un silencio sólo interrumpido por el goteo del grifo. Cerré los ojos y me llevé un bocado a la boca.

El *amour fou* se desvaneció en aquel instante. En su lugar, quedaron la señora Oertel, los huevos de corral del vecino y la isla de Sylt, donde uno iba de mano en mano.

Tras comerme los huevos fritos, la salchicha incatalogable y un pudin de color amarillo, con unos tropezones duros y negros que, al preguntar, me fueron descritos como pasas de Corinto, la señorita Oertel se perfumó, y volvimos a sentarnos en el sofá, frente al cuadro de la cascada.

Yo me encontraba fatal. No sabía cómo salir de allí, ni siquiera me importaba. Aguantar la comida en el estómago era mi máxima prioridad. Empezaba a parecerme a mamá, aunque en realidad ella nunca se había preocupado demasiado por aguantar la comida en el estómago.

—¿Y tú? ¿Has ido alguna vez de mano en mano? —inquirió la señorita Oertel.

Pensé en Milena, de pie junto a la puerta del dormitorio de Pavel.

—No, nunca —contesté.

El pelo de la señorita Oertel parecía más liso que antes, y de la combinación de su denso perfume con el beicon frito emanaba un olor indescriptible, que, por suerte, ya no me recordaba a castañas asadas, aunque poco más sabría decir de él.

En la cocina, la señora Oertel fregaba los platos.

—Ya me encargo yo, vosotros divertíos —nos había dicho la señora Oertel.

—¿Te ha gustado la comida? —preguntó la señorita Oertel.

Asentí con la cabeza.

Me venían arcadas. Vomitar es algo que debe hacerse en privado.

Curiosamente, cuantas más arcadas tenía, más me convencía de que lo que iba a suceder entre la señorita Oertel y yo era el auténtico *amour fou*.

¿No fue uno de esos oscuros surrealistas quien afirmó que era necesario atravesar un mar de barro y un océano de pus antes de vislumbrar un atisbo del *amour fou* definitivo?

El atisbo que yo había vislumbrado era la señorita Oertel.

—Te enseñaré unos dibujos —me propuso—. Ven conmigo.

Subimos las escaleras y entramos en una pequeña habitación donde había una cama antigua, cubierta con una colcha amarilla.

—Está hecha a mano —observó la señorita Oertel.

Tomé la colcha entre mis manos.

—La hizo mi abuela. Es bonita, ¿verdad?

—Muy bonita, sí —confirmé.

—Murió hace diez años —añadió ella.

De un armario, sacó una carpeta con dibujos.

Se sentó a mi lado y me enseñó sus obras de arte.

Yo la miraba en silencio. De vez en cuando, musitaba un cumplido ininteligible.

Un elefante de peluche descansaba junto a la almohada. Había también un pañuelo doblado. Y un pijama.

Después de que la señorita Oertel me mostrara sus dibujos, la agasajé con un aplauso. Ella movió la cabeza, agradecida, y guardó la carpeta en el armario.

—Son cuatro años de mi vida —reconoció—. Aunque el esfuerzo no ha sido en balde.

Se sentó a mi lado, encima de la cama, y me preguntó si me gustaba su habitación.

—Sí, es muy bonita —contesté.

—¿Quieres que te enseñe una cosa?

—Lo que tú quieras.

—Éste lo tengo desde los catorce años. —Y señaló el elefante.

La felicité por el elefante. Ya la había felicitado por todo, hasta por el polvo del suelo.

—Llevo tiempo observándote, ¿lo sabías?

—No —repuse.

Por mi cabeza cruzó la imagen del turco casado de la isla de Sylt. Puede que la culpa no fuera del turco; tal vez fue ella quien lo sedujo exhibiéndose con un bañador provocativo.

—Me gusta tu forma de caminar, pareces tan concentrado, tan gallardo... —reconoció la señorita Oertel.

«Gallardo». Eso no lo había oído nunca.

Recordé una discusión que una vez tuve en el Colegio Internacional sobre si una habilidad podía definirse como conocimiento; sobre si, por ejemplo, caminar implicaba por fuerza conocer dicha acción. Ése era el tipo de debates con los que los profesores nos entretenían en el Colegio Internacional, y al final acabé creyendo que la vida era una habilidad que unos pocos poseían.

—A mí también me gusta tu forma de caminar —dije yo a mi vez.

A la señorita Oertel se le alegró la cara, aunque quizá fueran imaginaciones mías.

—Pero yo no camino con esa gallardía —replicó ella. Luego tomó mi mano entre las suyas, la acarició y dijo—: Suave, como un bebé.

Entonces recordé que la señorita Oertel sabía crear un campo estéril y dar malas noticias, y presentí que estaba a punto de hacer o una cosa u otra. A buen seguro, no se limitaría al campo estéril, como tampoco su madre había frito un único huevo.

Y entonces me pregunté si el turco de la isla de Sylt también tendría la piel de un bebé.

De repente, sujetando aún mi mano, me preguntó:

—¿Qué te parece mi blusa?

Observé su blusa, en la que no me había fijado hasta ese momento. Había centrado toda mi atención en su peinado y en su boca, que a ratos temblaba.

—Es de seda. ¿Te gusta la seda?

—Sí —contesté—. Mucho.

—Lo que ocurre es que es una seda muy mala, si la miras al trasluz verás que está llena de agujeritos.

—Yo no veo agujeritos —dije.

—Me engañaron.

El labio de la señorita Oertel empezó a temblar, y yo le supliqué a ese Dios inexistente que no me expusiera tan a menudo al temblor de los labios femeninos.

—No los veo —insistí—. De verdad que no.

—Hay que mirarla al trasluz —indicó la señorita Oertel. Y empezó a desabrocharse la blusa.

No llevaba sujetador.

—Me engañaron —repitió—. Es seda china barata.

—En China también hacen cosas muy bonitas.

Más no pude decir, porque en aquel instante la señorita Oertel arrojó su blusa sobre la cama, y a continuación apretó uno de sus pechos contra mi cara con tanto ímpetu que la creí dispuesta a taparme la boca para el resto de mi vida.

Me quedé paralizado. ¿Así empezaba al fin el *amour fou*?

Permanecimos en esa postura al menos dos minutos. Seguíamos sentados en la cama.

Luego la señorita Oertel retiró su pecho de mi boca, cogió su blusa de la cama y la puso a contraluz.

—Mira, ¿los ves ahora?

Miré y tuve que reconocer que la blusa estaba llena de agujeritos.

—¿Está apolillada?

—No —repuso—. Es seda china barata.

Los pechos de la señorita Oertel sí eran «gallardos». Ni le colgaban, ni estaban surcados por venas, ni bronceados en una playa o en un centro de rayos UVA, que es algo que me produce mucha grima.

Se quedó mirándome.

—Me llamo Sabine, Bine para los íntimos.

—¿Quieres que te llame Bine?

—Sí —pidió—, llámame Bine.

Empezó a tirar de mi jersey.

—Espera un momento —susurré.

Y entonces los dos tiramos del jersey hasta lograr que saliera por la cabeza.

Con la mirada de una enfermera experta, Bine Oertel me examinó el vientre y el pecho. Luego tomó el pezón de mi tetilla izquierda entre el pulgar y el índice y empezó a restregarlo como si machacara un diente de ajo.

Mi imaginación vedó de nuevo el paso a la realidad, porque vi a la señora Oertel subir las escaleras con un cucharón en una mano y una olla inmensa en la otra.

Enseguida me sobrepuse. Al fin y al cabo, ¿qué más daba si me dolía la tetilla? Quien se niega a sufrir no merece vivir el *amour fou*.

Presioné mi boca contra la boca de Bine e intenté no pensar en nada, lo que por desgracia logré sólo en parte.

En cierto tipo de literatura, aquello podía formularse de la siguiente manera: «Nuestras ardientes lenguas se entregaron a un apasionado juego». En realidad, nuestras lenguas no se entregaron a ningún juego, les faltó tiempo para jugar, nuestras lenguas eran dos cangrejos que hervían en una olla. De repente, la señorita Oertel se apartó de mí.

Retrocedió un paso y se metió dos dedos en la boca.

Sacó un largo cabello castaño de su boca. Un cabello mío.

—Lo siento —me disculpé—. Se me cae el pelo.

—No importa. —El cabello que sujetaba en la mano parecía un gusano—. Me gusta que me mires los pechos —añadió.

—A mí también me gusta mirarlos —le devolví el piropo.

Desde abajo, se oyó la voz de la señora Oertel madre. Por extraño que parezca, su voz no rompió la magia del instante, al contrario, aumentó su belleza.

Tomé uno de los pezones de Bine Oertel entre el pulgar y el índice, e hice lo mismo que ella había hecho con el mío.

—Voy a bajar un momento, a ver qué quiere mamá.

Se puso la blusa y bajó las escaleras corriendo.

Me senté en la cama y acaricié la idea de quedarme a dormir con la señorita Oertel, siempre que su madre lo aprobara, claro.

Tuve miedo, eso sí, pero el miedo está para superarlo.

Ese miedo no era sino mi imaginación desatada.

¿Son compatibles la pasión y el autodominio?

En el caso de Bine Oertel, lo dudo.

Subió las escaleras a toda prisa, como una loca, cerró la puerta de su dormitorio de un portazo y exclamó:

—¡Mi madre se pondrá a ver la tele en un momento!

—¿Dan algo bueno en la tele? —inquirí.

—Una de detectives —respondió la señorita Oertel, y empezó a desabrocharse la

blusa de nuevo—: A mi madre le encantan los detectives.

Seguía notando una ligera irritación en mi tetilla izquierda.

Mamá solía decir que los pellizcos en la piel podían provocar cáncer. El cáncer le producía terror, más incluso que la soledad.

Me noté los labios agrietados; se me agrietaban a menudo, pero me daba pereza darme cremas. Con uno en la familia siempre liado con potingues había más que suficiente.

Bine Oertel se arrodilló delante de mí y me quitó los zapatos.

Poseía la destreza de una enfermera, madura y solícita, que sabía lo que se hacía.

Me entregué a ella como quien se pone en manos de un cirujano. A continuación, me quitó los calcetines y se introdujo el dedo gordo de mi pie en la boca. Yo reía en silencio, por timidez más que nada, porque seguro que mi dedo gordo no olía a rosas ni tenía un sabor muy exquisito.

Papá tenía un aparatito con el que se cortaba los callos de los pies todos los domingos por la mañana.

Pavel también lo usaba a veces, pero yo no, porque no tenía callos.

—¿Aún le amas? —pregunté.

La señorita Oertel se sacó el dedo de mi pie de la boca.

Cuando su saliva se enfrió sobre mi dedo, noté el frío que hacía en su dormitorio.

Oí los chisporroteos de un televisor que se encendía, y se me ocurrió pensar que las personas son como emisoras de interferencias, antenas ambulantes que tratan de boicotear otras antenas.

Sentí el deseo de amar a la señorita Oertel, de arrojarme a sus pies y contarle todo lo que pensaba y que hasta entonces había ocultado a los demás por temor a mis propios pensamientos. «Yo soy el enano», habría querido confesarle, «el enano que va a cambiarte la vida, el enano que siempre has esperado, tal vez sin saberlo».

Había demasiadas emisoras de interferencias en el aire, y mi amor por la señorita Oertel no lograba abrirse camino; acabó en zumbidos, en crujidos y suspiros, jadeos y pitidos, como si estuviéramos ingresados en una unidad coronaria.

—¿A quién? —preguntó Bine.

—Al turco. ¿Sigues amándolo?

—Lo he esperado durante seis años —contestó Bine con mi pie en su mano—. Es suficiente. ¿No crees?

—Es más que suficiente.

En el televisor de abajo sonaba una música.

Bine puso una mano sobre mi rodilla y se ocupó de mi cinturón, que en otros tiempos había pertenecido a Daniel, y él me lo había regalado porque no le gustaba.

Daniel era un esnob, como muchos en nuestra familia, pero para él el esnobismo era la aspiración de su vida, una religión con innumerables ídolos de los que se encaprichaba y luego arrojaba al vacío.

—Tienes un cuerpo maravilloso —afirmó Bine.

—¿Tú crees?

Ella asintió con la cabeza. ¿Cuándo y cómo me daría la mala noticia?

—Medio niño, medio hombre —añadió.

Me quitó el cinturón.

«Medio niño, medio hombre». Vaya piropo.

Si ésas eran las cosas que le decía al turco, no era de extrañar que el hombre decidiera volver con su mujer.

Aquel día llevaba un pantalón de pana. Bine me abrió la bragueta. Una mano se posó sobre mi vientre.

Era una mano fría.

Volví a sentirme como una antena.

Entonces ella me empujó hacia atrás, y sin que se hubiera quitado aún el pantalón ni los zapatos, se sentó sobre mi vientre y sus manos se pusieron a jugar con mi nuez de Adán.

—No me he afeitado, lo siento —me disculpé.

—Pero si no hay nada que afeitar... —rió Bine.

La señorita Oertel no tenía motivos para estrangularme, pero sólo en apariencia. Quien desea matar siempre encuentra un motivo. La lascivia no entiende de razones.

Pero Bine Oertel no me estranguló. Me acarició la mejilla y se maravilló:

—Dios, ¡qué guapo eres!

Negar la realidad no tiene sentido. Tampoco vale apelar a los huecos de mi memoria, pues, por muchos que tenga, el día en que conocí a la señorita Oertel está a salvo de esos vacíos.

«La buena memoria es esencial para un escritor», leí una vez en una entrevista a un escritor que, sin embargo, había olvidado algunos aspectos cruciales de su vida.

Pero ¿qué es una buena memoria? O mejor dicho: ¿por qué, extrañamente, la memoria conserva lo que no debe?

En fin, describiré los acontecimientos de un modo sistemático y cronológico, e intentaré contener mis emociones en la descripción de los sonidos y de las partes del cuerpo.

Ni siquiera estoy seguro de que sienta algún tipo de emoción. Según el profesor Hirschfeld, estoy congelado.

Abajo, la señora Oertel veía un episodio de la serie de detectives *Der Alte*. Supongo que se divertía porque, cuando después me la encontré en la cocina, parecía de mejor humor.

Bine Oertel me desnudó como quien cambia los pañales a un bebé.

Ella se ocupó de todo, yo no tuve que hacer nada.

La dejé hacer, porque pensé: el *amour fou* ha empezado, entrégate, sigue el baboso rastro del caracol llamado pasión.

Me lamió la tetilla magullada, luego la otra tetilla y el ombligo, y trazó sobre mi vientre y sobre mi pecho una carretera de cuatro vías de saliva.

Si el ser humano pudiera verse a sí mismo con otros ojos, se daría cuenta de que vive confinado en un rincón del universo, en un edificio derruido por terremotos, jamás reconstruido, abandonado por los arquitectos y los empresarios. Entonces menearía la cabeza y se preguntaría: «¿Cómo puede la gente vivir en semejante edificio?».

—Sabes a sal, me encanta —constató Bine Oertel.

—Sí, tú también —se me ocurrió decir.

Yo no había hecho gran cosa; lo mío aún estaba por venir.

En realidad, todo estaba aún por venir. Todo estaba aún por empezar.

¿Cuánto tiempo puedes vivir con la idea de que todo está aún por empezar?
¿Puedes morir con esa idea o acabas neurótico?

—A mi caballo solía darle terrones de sal. Le encantaba.

—¿Tenías un caballo?

—Un poney —respondió Bine Oertel, y luego me abrió la bragueta de los pantalones. Una mano hurgó en mi entrepierna.

—Estamos abandonados de la mano de Dios —constaté.

Pensé otra vez en el edificio derruido por terremotos.

La señorita Oertel me quitó los pantalones.

Levanté un poco las nalgas para ayudarla.

Me quitó los calzoncillos.

La boca que acababa de degustar mi dedo gordo del pie probaba ahora mi miembro, que, en cuanto a forma y sustancia, venía a ser lo mismo. Sólo que el dedo acababa en uña.

La señorita Oertel suspiró.

Mejor dicho, interpreté sus jadeos como suspiros.

Interpreté esos suspiros como una lamentación, como esa antigua y sempiterna lamentación que no pierde actualidad: «¿Por qué yo, Dios mío? ¿No había mejores candidatas?».

Aparté su cara de un empujón y salté de la cama.

—¿Qué te pasa? —preguntó la señorita Oertel.

—Sé sincera conmigo —le supliqué.

—Soy sincera.

—Cuéntamelo todo.

—Te lo contaré todo.

—Prefiero la verdad a las mentiras piadosas —insistí.

—Yo no digo mentiras piadosas.

—No lo aguanto más.

La señorita Oertel estaba desnuda de cintura para arriba; se levantó de la cama y se acercó a mí.

—¿Qué te pasa, Marek? He sido sincera contigo. Estuve esperando al turco más de seis años, así soy yo, casi siete años siendo fiel a ese hijo de su madre.

La boca le volvió a temblar.

Sí, pero fuiste de mano en mano en la isla de Sylt, pensé.

—Escucha —dije—. Lo que me preocupa no es el turco ni el tiempo que le esperaste. Lo que me preocupa es esto, esto de aquí abajo, y quiero que me digas la verdad.

Señalé el dedo sin uña que colgaba entre mis piernas.

La señorita Oertel me miró sorprendida.

—Pero eres guapo.

Últimamente imparto clases particulares, casi a nivel industrial, de filosofía y otras materias.

No he acabado la carrera, tal vez no la acabe jamás, pero las clases particulares me van viento en popa.

Voy a casa de la gente. A grandes casas, a casas pequeñas, casas con un magnífico escritorio o un sofá polvoriento... Los profesores particulares deben adaptarse a cualquier entorno.

Soy un profesor particular paciente que, aun teniendo sus propias opiniones, no las manifiesta. Soy un repartidor de conocimientos, y en mis conversaciones con los padres siempre digo que un alumno difícil puede aprender pero tal vez no sea capaz de aplicar sus conocimientos.

Acompaño mis palabras con una sonrisa amable destinada a transmitir confianza, como un candidato a la presidencia.

«Yo le enseñaré a su hijo a aplicar esos conocimientos», suelo añadir tras una breve pausa.

Soy un profesor particular sin ideales. En eso radica mi eficacia.

No quiero transmitir falsos entusiasmos, de hecho ni siquiera quiero que los alumnos sean capaces de aplicar sus conocimientos. Eso complicaría las cosas de forma innecesaria.

Evito cualquier contacto personal con los alumnos.

A veces salgo a tomar una cerveza con alguno de ellos, pero eso no es contacto personal. Es profesional.

Monté en cólera por segunda vez en presencia de la señorita Oertel. ¿Qué sabía yo entonces? ¿Qué conocimientos apliqué?

¿En qué creía yo? ¿Debe uno creer en la cólera?

Si en algo he creído y sigo creyendo es en la cólera y en las palabras que dan forma a la cólera y la transmiten de una antena a otra.

Mi inclinación hacia el determinismo es demasiado extrema como para pensar que alguien pueda decidir creer no en la cólera, sino en algo muy distinto, en la maternidad, por ejemplo.

La señorita Oertel sentenció:

—Eres guapo. —Y siguió—: Me gustas tal como eres.

Yo bramé:

—¡Jamás te perdonaré tus mentiras, Bine! Me mientes, me mientes como mienten todas las demás. Eres peor que las demás.

La señorita Oertel siguió desvistiéndose.

—Me gusta tu polla —añadió.

Y yo grité:

—¡Cacho de carne descerebrada!

La señorita Oertel soltó una risita.

Entonces me lancé a recitar las composiciones de mi volumen *El enano y otros poemas*, con errores y todo, porque me fallaba la memoria en algunas estrofas. Pese a mi entusiasmo, mis poemas no parecieron impresionarle, porque la señorita Oertel, desnuda y arrodillada ante mí, se introdujo en la boca mi sexo del tamaño del dedo gordo del pie.

—¡Purificaré los templos! —exclamé—. ¡Expulsaré a latigazos a los cambistas y a los falsos predicadores! ¡Expulsaré a tu madre del templo, porque su pan es pésimo, su beicon es pésimo, sus huevos están podridos; le quitaré las esquirlas de granada al cadáver de tu padre porque no tolero más mentiras!

La señorita Oertel seguía metiendo y sacando de su boca mi maldito miembro, como si mi perorata no se distinguiera en nada del telediario. Como si la oyera todos los días.

Cuando al fin se detuvo, la erección era un hecho, si bien el conjunto seguía guardando un enorme parecido con mi dedo gordo del pie.

La señorita Oertel me miró esperanzada, y yo le escupí en la cara.

Puesto que no reaccionaba a mis peroratas, y mi voluntad de purificar los templos la dejaba indiferente, tal vez reaccionaría a mi escupitajo.

Me propinó un cachete.

No me sacó los ojos.

Ni me arrojó la carpeta de dibujos a la cabeza.

En realidad, sucedió lo siguiente:

—Qué rarito eres, Marek —comentó.

Y me llevó a la cama.

Ni siquiera se tomó la molestia de limpiarse el escupitajo de la cara.

Mientras me desvirgaba, me sentí como una antena, una emisora de interferencias. Y eso a pesar de que no había otras emisoras.

La señorita Oertel, en cambio, no era una emisora de interferencias, al menos que yo supiera.

Ella se sentía mujer; es más, no descarto que experimentara placer.

En la medida en que una emisora de interferencias puede sentir placer, tampoco yo lo pasé mal.

—Menos mal que llevo tres meses tomando la píldora. Sabía que algo flotaba en el aire. Sí, lo sabía. —Y se apartó de mí.

—Escucha —empecé. Me levanté de la cama—. Se me acaba de ocurrir una cosa: las personas son como emisoras de interferencias.

La señorita Oertel me miró. Abrió la boca pero no articuló palabra. Movié la cabeza como si le hubiera dicho algo muy raro.

—¿No sientes ningún respeto hacia mí? —preguntó, y acto seguido me dio una bofetada.

Era la segunda que me caía en un par de meses.

Su boca volvió a temblar de esa manera tan curiosa.

—Lo siento —se disculpó—. Lo siento, no era mi intención.

—No importa —la tranquilicé—. Estoy acostumbrado.

—¿Qué te ha parecido?

—¿El qué?

—Lo nuestro. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, muy bien —contesté—. Pero, por favor, no malinterpretes lo que te he dicho de las emisoras de interferencias. Me pareció una idea interesante. Pensar que las personas son emisoras de interferencias explica muchas cosas.

Vi correr lágrimas, muchas lágrimas; al fin, la señorita Oertel me recriminó:

—¿De modo que lo nuestro no significa nada para ti?

—Significa mucho —contesté—. Mucho más de lo que puedo expresar.

Se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—En Sylt fui de mano en mano, pero luego pasé casi siete años de mi vida esperando, Marek. Te esperaba a ti.

—Me gusta la idea.

Llamaron a la puerta.

Nos quedamos los dos inmóviles.

—¡Niños, la tarta de manzana está casi lista! —gritó la señora Oertel.

Me escondí en el ropero de la señorita Oertel. Fue una feliz ocurrencia. De pequeño también solía esconderme en el ropero de mamá, porque me encantaba su olor.

—No entres, mamá.

Oímos un trájín. Crujidos, unos sonidos indefinibles. ¿Qué hacía la señora Oertel? ¿Por qué no nos dejaba en paz? Bine Oertel era mayor de edad. Impartía clases de manualidades a adultos en horario nocturno. Bine Oertel ya no era una niña.

—No tenía intención de entrar —gritó la señora Oertel madre—, pero ahora

quiero saber qué sucede en mi casa.

La madre de Bine Oertel abrió la puerta. No como lo hacen las personas normales. Se arrojó con todo su peso contra la puerta e irrumpió en la habitación.

Llevaba zapatillas de caballero. Lo vi claramente por las rendijas de la puerta del ropero: eran unas zapatillas grandes de caballero, azules y adornadas con borlas.

La señorita Oertel y su madre permanecieron en silencio.

Yo seguía parapetado detrás de la puerta del ropero y observaba las rodillas de Bine Oertel. Parecían llenas de un extraño líquido.

El silencio de las dos mujeres se hizo insoportable.

Debía actuar. Tenía mala conciencia. No podía quedarme encerrado para siempre en el ropero.

Además, la señora Oertel no estaba tan loca. Era obvio que sabía que yo no había salido volando por la ventana y que sólo cabían dos posibilidades: o estaba debajo de la cama o estaba en el ropero. Era de esa clase de personas que no descansarían hasta encontrarme, aunque tuvieran que remover cielo y tierra.

Sin pensármelo dos veces ni sopesar los pros y los contras de mi acción, abandoné el armario y solté otra de mis peroratas:

—Los templos han sido contaminados, señora Oertel. La gente que no pertenece al templo se arrellana en las primeras banquetas y traslada sus objetos de valor a los cobertizos; las cabras y las vacas deambulan por el templo, y el cepillo de las limosnas lleva ya tiempo cerrado; sólo se oyen desvaríos. Los templos han sido contaminados, señora Oertel, pero yo he tenido un sueño: voy a purificarlos, y lo haré a latigazos y escobazos; pasaré el aspirador por cada rincón del templo, pero no a la francesa, que si un trapito por aquí, que si una bayeta por allá. No, será una purificación a fondo, eso es lo que haré. Yo soy la emisora de interferencias y vosotras sois el silencio; yo llamo a la puerta de vuestros panteones familiares y resucito a los muertos a latigazos.

Al tiempo que hablaba con calma y serenidad, pensé lo siguiente: no está nada mal lo que estoy diciendo, he de soltar discursos como éste más a menudo. La señora y la señorita Oertel me miraban como si mi perorata les inspirara un gran interés.

Parecía un vendedor ambulante de artículos homeopáticos; ellas se interesaban y se mostraban dispuestas a adquirir mi mercancía a un módico precio.

En medio de mi monólogo, la señora Oertel retrocedió unos pasos, salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado.

Desde abajo, la oí gritar:

—¡Niños, la tarta de manzana está casi lista!

La señorita Oertel y yo nos vestimos en silencio.

En menos de diez minutos estábamos los tres sentados en el sofá frente al cuadro de la cascada, tomando café y tarta de manzana. Tarta de manzana caliente con nata.

Puede que los huevos fritos con beicon no fueran el fuerte de la señora Oertel, pero preparaba la tarta de manzana como nadie.

—El episodio de hoy ha sido muy emocionante. El episodio de *Der Alte*, muy emocionante —informó.

—Ah, estupendo, mamá.

Comía con voracidad.

Me acordé de Dancing Queen Andrea, que debía de encontrarse en algún lugar de Luxemburgo; quién sabe, quizás estuviera limpiándose en ese mismo momento con su toallita para después de follar.

Pensé que, con suerte, todo aquello me serviría para impartir cursillos sobre el *amour fou* a los presos para ayudarles a su reinserción.

El *amour fou* auténtico, el que se experimenta en vivo, el que sucede en la realidad y no en los libros, permanecería fuera de mi alcance.

Después del comentario sobre el emocionante episodio de la serie de televisión, la señora Oertel siguió comiendo en silencio. Sin embargo, luego de engullir casi por completo su porción de tarta de manzana, clavó los ojos en mí y me preguntó:

—¿De modo que quieres purificar los templos?

Me limpié la boca.

—Sí —asentí.

—Ya era hora. —Y añadió más leche a su café.

Vi que Bine Oertel me miraba con cierta inquietud, como si lo de purificar los templos fuera una idea que no acabara de convencerla.

—Madre, me gustaría que dejaras de ponerte las zapatillas de papá.

La madre depositó su plato en la mesa dando un golpe y protestó:

—Tú no tienes derecho a prohibirme nada, Bine. Sería una pena desaprovechar estas zapatillas, son nuevas, se las regalé unas tres semanas antes de su muerte.

Lo que más parecía indignar a la señora Oertel era que la muerte no hubiera tenido en cuenta las zapatillas que acababa de regalarle a su marido.

—Me recuerdan mucho a papá —se quejó Bine—. Te lo suplico, madre, no vuelvas a ponértelas, es como si viera a papá a cada momento.

A la señora Oertel se le endureció el rostro y profirió una sarta de impropiedades que salieron por su boca como si fueran eructos. Después se sobrepuso.

—Bine, como no encuentres pronto a un hombre te quedarás para vestir santos.

La boca de Bine temblaba más de lo habitual. Si mi casa era la casa del silencio, aquélla era la casa de las lágrimas.

—¿Otro trozo de pastel? —ofreció la señora Oertel.

—Ahora sí debo irme, de verdad —rehusé—. Mañana tengo que madrugar.

Le había contado al profesor Hirschfeld que mi imaginación era más poderosa que la realidad, que de hecho no veía a nadie, salvo mis propias quimeras. ¿Puede

uno echar de menos sus propias quimeras?

—¿Más café? —insistió la señora Oertel.

De repente, la señora Oertel, a pesar de su supuesto parecido con su marido y de sus ideas radicales sobre la comida, me cayó mucho mejor que la señorita Oertel.

—Media tacita —contesté—. Pero luego tengo que irme, en serio.

—Yo mañana he de dar clase —comentó Bine.

Y la señora Oertel protestó:

—Todo eso del modelado me pone de los nervios. —Y siguió, pese a la risita que soltó Bine—: Algunos de sus alumnos, además de dibujar, quieren modelar con arcilla. Pero ¿quién crees tú que luego recoge toda la porquería?

Estaba claro quién recogía toda la porquería.

Apuré de un sorbo mi media tacita de café y me puse de pie.

—Gracias por todo. Ha sido una velada muy agradable.

—Vuelve pronto —me pidió la señora Oertel—. Hace una semana que mi mejor amiga no viene porque no funciona el ascensor —explicó, y me dio un firme apretón de manos.

—A mí no me importa subir un par de pisos —aseguré.

Entonces solté su mano y me dirigí a Bine Oertel sin saber si debía darle la mano o era mejor besarla.

—Gracias por todo —agradecí—. Me lo he pasado muy bien.

—Volveré a verte en la biblioteca, ¿no?

—Oh, sí, claro —respondí.

—Te acompaño a la puerta.

—¡Que te vaya bien! —vociferó la señora Oertel.

En el rellano de la escalera seguía oliendo a beicon frito.

Ya en la calle, me despedí de Bine con un besito rápido, para que no tuviera tiempo de darme la mala noticia.

—*Adieu*, cariño mío —susurré.

Y aquellas tres palabras me emocionaron más que la propia desnudez de Bine Oertel.

—*Adieu*, cariño —contestó ella, y me apartó un mechón de la frente.

Luego entró en su casa.

Cuando llegué a mi casa, me encerré en el dormitorio a escuchar *Dancing Queen*. Tampoco Abba logró animarme.

No acudí a la biblioteca durante un par de semanas, y más adelante decidí hacerme socio de otra biblioteca, algo que nunca me he perdonado a mí mismo.

No he vuelto a ver a Bine Oertel ni a su madre.

Pero eso no significa que hayan desaparecido de mi vida.

El miembro viril posee múltiples funciones

Durante mi tercer año de *amour fou*, papá padeció un problema en una válvula cardíaca, pero los médicos le quitaron importancia y aseguraron que podría alcanzar con facilidad los ciento diez años. Mis hermanos hicieron sacrificios por papá, nuestro ídolo doméstico, y fueron ascendiendo gradualmente en su estatus social.

Mamá vivía sumida en la embriaguez de un enamoramiento que le exigía un despliegue tal de energía y de emociones que había días en que no recordaba muy bien cuántos hijos había dado a luz. Imposible saber quién era esta vez el afortunado: habíamos perdido la cuenta.

Visité París y el Museo Rimbaud en solitario. Deambulé por el museo y por París con la cabeza llena de teorías sobre el *amour fou*. Con el tiempo, me había convertido en un especialista en el tema, aunque la práctica todavía se me resistía. Y, cada seis semanas, acudía a visitar al profesor Hirschfeld.

Hablábamos de su trabajo, de sus progresos o, mejor dicho, de la falta de progresos. El profesor Hirschfeld temía menos a la muerte en sí que a la perspectiva de morir antes de concluir sus investigaciones. Un par de veces me había llevado a la planta superior de su casa, donde guardaba sus archivos. «Aquí», me dijo señalando no decenas, sino centenares de carpetas numeradas, como si estuviera preparando un juicio contra un capo de la mafia, «aquí está mi análisis comparativo de los sueños de quinientos criminales con los de quinientos no-criminales. En algún lugar se oculta la prueba, está aquí, pero aún no he sabido encontrarla».

El terror a morir antes de finalizar sus investigaciones había atenazado el ánimo del profesor Hirschfeld hasta el extremo de caer poco a poco en el alcoholismo.

Quise preguntarle si alguna vez había analizado sus propios sueños, pero no me atreví.

Era mi último año en el Colegio Internacional.

Como siempre, el señor Georgi mandó instalar un árbol de Navidad en el aula, que adornó en solitario y al que luego prendió fuego, también en solitario, la primera semana de enero.

Su bondad era un dogma que nadie cuestionaba.

¿Y yo qué hacía?

Había dejado de escribir poemas sobre enanos, aunque seguía en pie de guerra

contra la realidad y contra ese dedo gordo del pie que, sin consultarme, me había dotado de un poder supremo entre mis piernas. El miedo que me inspiraba la sangre y el dolor físico había logrado abortar mis fantasías de cercenarme ese dedo con un pelapatatas. Pero la guerra continuaba.

—*Achtung Baby* —me dijo Pavel un día en que los dos llegamos a casa al mismo tiempo—. ¿Sigues siendo un minusválido?

Y se dio unas palmadas en la entrepierna.

Si mi hermano no hubiera pronunciado las palabras *Achtung Baby*, tal vez yo no habría acudido a la consulta del doctor Ahorn, y, de haberlas pronunciado una sola vez, me habría olvidado del asunto. Pero Pavel ya no me llamaba Marek, sino *Baby*, más exactamente: *Achtung Baby*. Y, si la ocasión era propicia, acto seguido se daba unas palmaditas en la entrepierna.

Me propuse ganar esa guerra. Yo no era *Achtung Baby*, yo era Marek van der Jagt.

Al final, decidí consultar a un cirujano plástico. Ahora que había abandonado la esperanza de convertir mi caso en una fuente inagotable de energía creativa, había llegado el momento de recurrir a la cirugía plástica. No estaba dispuesto a conformarme con un acto de sublimación; arrancaría las malas hierbas de raíz y las reemplazaría por una planta con flores.

Un ex amante de mamá me puso en contacto con el doctor Ahorn, el más eminente cirujano plástico de Suiza y Austria juntas, que pasaba consulta en Viena y Ginebra. Al ex amante le dije que el interesado era un amigo de una amiga. No me preguntó nada más.

Acudí a la consulta del doctor Ahorn como si asaltara un banco por primera vez.

Para darme ánimos, en una pastelería cercana me tomé unas copitas de un licor empalagoso. No tenían otra cosa. Luego di seis vueltas a la manzana de la consulta del médico, hasta que por fin decidí cubrirme la cabeza con la capucha de mi chaqueta, me puse las gafas de sol y pulsé el timbre.

Una secretaria, tal vez una enfermera, me abrió la puerta. Aparté a la mujer de un empujón y cerré la puerta tras de mí antes de que ella pudiera reaccionar. Entonces me quité las gafas de sol y anuncié:

—Tengo hora con el doctor Ahorn. Soy Van der Jagt.

Hasta más tarde no caí en la cuenta de que la mujer debió de considerarme un maleducado, un tipo sin modales que aparta de un empujón a las afables secretarias.

Me escrutó de pies a cabeza y, con cierta altanería, me ordenó:

—Venga por aquí, le haremos la ficha.

Me senté en el sofá de piel de un despacho blanco e impoluto. En la pared colgaban fotos de mujeres que se habían sometido a un estiramiento facial. Había también una tarjeta que rezaba: «Gracias, doctor Ahorn, me ha cambiado usted la

vida». Y vi otros mensajes de admiradoras. El doctor Ahorn debía de ser un hombre feliz.

La secretaria quería enterarse de todo.

—¿No bastaría con apuntar un número y un código, como hacen en los bancos suizos? —pregunté.

—No somos un banco —contestó ella.

—Sí, lo entiendo, pero un número y un código me parece suficiente información.

—Los datos personales son absolutamente confidenciales.

—Claro, pero, aun así, prefiero que me registre con un número y un código.

La secretaria no dio su brazo a torcer.

Acabé contándoselo todo. Salvo los detalles más embarazosos.

Incluso me preguntó qué número de pie calzaba.

Luego aguardé casi una hora y media más en la sala de espera, hasta que otra secretaria, esta vez de trato un poco más amable, me acompañó al despacho del doctor Ahorn.

El doctor Ahorn era un hombre grande. Para mamá sería demasiado grande; a ella no le gustaban los señores de más de metro ochenta. Con el tiempo, empecé a ver a los hombres a través de los ojos de mamá.

Me estrechó la mano, y a continuación me habló durante veinte minutos sobre las últimas tendencias de la cirugía plástica y sobre la mucha resistencia que, al principio, tuvo que vencer como cirujano.

—Me atrevería a afirmar que la cirugía plástica ha hecho feliz a más personas que la cirugía a corazón abierto.

Se inclinó hacia atrás; yo advertí la extrema satisfacción que le producía la idea de haber ayudado a tantísima gente, algo que difícilmente se le podía reprochar. La cirugía plástica también necesitaba justificarse de vez en cuando.

—Claro que siempre se corre el riesgo de dejarse la vida en la mesa de operaciones, pero la carretera es más peligrosa —aseguró el doctor.

Sacó una elegante pluma estilográfica de su bolsillo y escribió mi nombre en un papel.

—Por aquí ha pasado gente de todas las edades —siguió.

Anotó mi fecha de nacimiento junto a mi nombre.

—Todos somos nuestra apariencia física —añadió Ahorn—. La estética no es un lujo vano.

Me quité la chaqueta que había comprado con mamá.

Jamás me había imaginado que un cirujano plástico pudiera tener el aspecto del doctor Ahorn. Aunque ¿por qué habrían de ser los cirujanos plásticos un paradigma de belleza?

—Siempre estoy dispuesto a negociar la forma de pago con los menos favorecidos, porque soy de la opinión de que cualquier ciudadano, igual que tiene derecho a un coche, tiene también derecho a la cirugía plástica.

Se echó a reír.

¿Sabría el motivo de mi consulta? No le había comentado nada por teléfono, y tampoco había sido muy explícito con su secretaria en cuanto a la causa de mi consulta.

—¿De qué zona de su rostro se trata? —me había preguntado ella.

—No es el rostro, sino el cuerpo.

—¿Y de qué parte del cuerpo se trata? —había insistido la mujer; reposaba sus uñas impecablemente pintadas sobre el teclado del ordenador. ¿A cuántos infelices habría introducido en el ordenador del doctor Ahorn?, me pregunté.

—Unas cuantas partes —le respondí a la mujer—. Demasiadas para enumerarlas ahora mismo.

Ahorn cruzó las manos. Vi su anillo de casado.

—¿Qué puedo hacer por ti, Marek?

Miré a mi alrededor. Todo estaba tan limpio y tan nuevo...

Por un momento pensé en ponerme de pie y desnudarme para que Ahorn viera con sus propios ojos qué podía hacer por mí, pero me faltó valor. Hasta en la consulta del médico me faltaba valor.

Me incomodaba verme forzado a pronunciar palabras tan banales.

Me avergonzaba, y la vergüenza no es una cuestión banal, aunque cuelgue entre las piernas.

Me incliné hacia delante.

—Soy una vergüenza —sostuve.

Por un instante, el tic del ojo izquierdo del cirujano empeoró.

Quizá temía haberse topado con un loco, o que mis palabras velaran una amenaza. Por una vez, me había propuesto no mencionar los templos ni mi intención de purificarlos. El profesor Hirschfeld me había dicho en cierta ocasión: «He conocido a gente que finge estar loca para no tener que enfrentarse a la vida. Gente que va a diario en minibús al centro para no tener que participar en su vida. Curioso comportamiento, ¿no te parece? ¿O acaso fingir es ya el síntoma de una enfermedad?». Luego me había mirado con expectación. Pero no había sabido qué responder, la respuesta permanecía encerrada en mi interior, como otras tantas permanecían en el archivo del profesor Hirschfeld. Un archivo que probablemente nadie consultaría después de su muerte. Tampoco le comenté mi propósito de acudir a la consulta del doctor Ahorn. El profesor Hirschfeld era para la cirugía plástica lo que un libro es al fuego.

El doctor Ahorn carraspeó. Volví a fijarme en su anillo de casado. Era un anillo muy grande.

¿Cómo describir la derrota que supone convertirse en objeto de observación? Sí, la mirada de los otros constituía mi derrota.

Mi hermano no era una vergüenza, mi padre tampoco; mi madre podría haberlo sido, pero le salvó su visión del mundo: para ella, la misma vida era una vergüenza.

—¿Qué quieres decir? —se interesó el doctor Ahorn.

Respiré hondo.

—Existen vergüenzas grandes y vergüenzas pequeñas, doctor. Me temo que, bajo mi ombligo, hay una de las grandes.

Ahorn se rascó la mejilla. El tic parecía empeorar.

—No estoy seguro de entenderte —reconoció el cirujano.

—Puedo enseñárselo —sugerí.

Ya no podía echarme atrás.

—No, no —repuso el doctor Ahorn—. Explícamelo primero.

Era obvio que el doctor no estaba muy familiarizado con las vergüenzas: quizá se había encontrado pocas en la vida.

Acudir a su consulta había sido un error.

El doctor Ahorn parecía más dispuesto a discutir la definición de una palabra que a practicar la cirugía plástica. ¿O acaso le daba miedo verme desnudo?

—La vergüenza empieza cuando uno se convierte en objeto de observación —aclaré.

Ahorn me miró preocupado.

—Estoy de acuerdo contigo en que complacer a los demás es una misión importante en la vida y la cirugía plástica puede ayudarnos en ese sentido. Pero no me gustaría que confundieras la vergüenza con lo que hacemos aquí.

El doctor hablaba despacio, midiendo sus palabras como si estuviera declarando en un juicio. Y cuando me escuchaba, se mordía el labio inferior. Extraña costumbre en alguien que siempre hablaba de la estética del cuerpo.

Sentí que me invadía la cólera. Cólera por su incompreensión, por su tic nervioso y por la humillación; cólera por su ropa, por su anillo de casado, por mí mismo y por estar ahí sentado.

—Seré breve. Soy un enano por abajo.

Ahorn anotó algo, pero no pude ver qué.

—Bien, sí —dijo, y repitió—: Por abajo.

Y empezó a toser.

Como si se pudiera ser un enano por arriba.

El doctor miró el papel donde su secretaria había apuntado mi nombre, mi fecha de nacimiento y unas líneas indescifrables, y luego me ordenó:

—Por favor, ve a la otra sala. Te examinaré. —Y después gritó—: ¡Y vete desnudando! —como si no se me hubiera ocurrido a mí solo.

Me fui a la otra habitación y me desnudé sin prisa.

Oí al doctor hablar con alguien; es más, oí cómo se reía.

Cuando ya estaba casi desnudo —sólo me había dejado puesto el jersey, al fin y al cabo el problema no lo tenía en el pecho—, entró el doctor.

—Quítate también el jersey, por favor —me pidió.

Se puso unos guantes.

Recordé una película en la que un inspector de policía se ponía unos guantes para extraer cocaína del ano de un sospechoso.

—¿Debo tumbarme?

—No. Quédate de pie.

El doctor dobló las rodillas.

Sentí que una mano enguantada me agarraba con suavidad el muslo.

Yo miraba al frente. En cualquier momento, la puerta se abriría y entraría una de sus tantas secretarias para avisarle: «Doctor Ahorn, es urgente».

Entonces quien entrara me vería, y tal vez lanzaría unos gritos fuertes y agudos.

La puerta no se abrió, y el cirujano plástico apretó con suavidad mis testículos.

De modo que la vida se reducía a aquello. Si alguien me hubiera dicho: «Marek van der Jagt, hazme una sinopsis sobre qué es para ti la vida», le habría hablado del doctor Ahorn y de una mano enguantada apretando mis testículos. «Lo demás es secundario», habría añadido. «Todo lo demás es un adorno, son las guirnaldas que mi madre cuelga del techo y que otros arrancan».

A Ahorn le dio otro ataque de tos. Apartó el rostro, pero permaneció arrodillado delante de mí.

—Lo siento —se disculpó, una vez superada la tos—. El aire de esta sala es un poco seco.

—Sí —repuse.

—Como en los aviones. Yo vuelo con frecuencia.

—Sí.

—He colocado un platito con agua sobre el calefactor, pero no sirve de mucho.

Yo no hacía sino mover la cabeza en señal de aprobación.

Y entonces Ahorn levantó mi miembro y lo examinó por el extremo.

Carraspeó una vez más.

Por mi cabeza desfiló una comitiva de gente: Andrea, Milena, la señorita Oertel, mamá, Pavel... Todos carraspeaban.

Ahorn se incorporó.

—Puedes vestirte —me ordenó antes de irse—. Te espero en la otra sala.

Cogí mis calzoncillos de la silla.

Mi miembro parecía más pequeño que nunca. En realidad, parecía estar en vías de extinción.

En breve se extinguiría por completo. Cuando eso ocurriese, entonces alcanzaría yo por fin la condición de hombre sin miembro.

El doctor Ahorn estaba sentado ante la mesa de su despacho. Escribía algo.

Alguien me había servido una tacita de café.

Me senté y pensé en la cicuta de Sócrates.

Ahorn alzó la vista, pero continuó escribiendo. Luego depositó la pluma sobre la

mesa y sonrió.

Tomé un sorbo de mi café.

—Marek —empezó Ahorn, y carraspeó—. ¿A ti también te molesta el aire seco?

—No —respondí.

¿Qué era aquello? ¿Acaso había acudido a la consulta por un problema de aire?

El doctor volvió a carraspear.

—Como sabes, existen miembros grandes y miembros pequeños... —Ahorn se sujetó la barbilla, como si no supiera cómo proseguir.

Se oyeron unos ladridos en algún lugar del edificio.

—Al igual que existen orejas grandes y orejas pequeñas —prosiguió—, narices grandes y narices pequeñas, y bocas grandes y bocas pequeñas, y pies grandes y pies pequeños. Hay gente que calza un treinta y siete, y otros que calzan un cuarenta y cinco. Tú tienes... —consultó una hoja en una carpeta—, tú calzas un cuarenta.

—En efecto —corroboré.

Tampoco había ido a su consulta por un problema de pies; a mis pies no les pasaba nada.

—Yo calzo un cuarenta y dos —añadió Ahorn.

—Estupendo —respondí.

—Y mi padre calzaba un cuarenta y cuatro.

—Maravilloso.

Ahorn volvió a sujetarse la barbilla.

Me miró pensativo. Un cirujano plástico que hablaba de números de calzado y del aire mientras apretaba mis testículos con suavidad... Sí, aquello era la vida, no había escapatoria, y yo no podía —ni quería— permanecer ciego ante la belleza de ese escenario. Hasta en el doctor Ahorn podía verse cierta belleza, aunque en su caso requiriera un mayor esfuerzo.

—Marek —prosiguió—, no voy a mentirte. Sin duda, tu miembro pertenece a la categoría de los miembros pequeños, pero, como cirujano plástico, debo preguntarme: ¿tan pequeño es que merece una operación? ¿Tan pequeño es que debemos plantearnos la posibilidad de una operación? ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Lo entiendo.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Ahorn.

Entró la secretaria.

—La señora Pepplau ya se va a su casa, doctor.

Ahorn asintió con la cabeza.

La puerta volvió a cerrarse.

—¿Dónde me había quedado? —preguntó.

—Hablábamos de la operación —le recordé.

—Cierto —dijo, y lanzó un suspiro—. Mira, Marek. Pongamos el caso de un

aumento de pecho, una de nuestras intervenciones más solicitadas... Aunque debo decir que últimamente he constatado un notable incremento en la demanda de reducción de pecho. En fin, que el aumento de pecho es una operación mucho más sencilla que la que requeriría tu problema. Mi obligación como médico es preguntarme si una intervención de este tipo está justificada. ¿Es tan pequeño el miembro como para necesitar una operación? En tu caso, no hay lugar a duda. Es pequeño, sí, pero no tanto como para plantearme una operación, y más teniendo en cuenta que podrías correr ciertos riesgos. Los beneficios no pueden compararse con lo que podríamos perder.

Oí otros ladridos.

«Los beneficios no pueden compararse con lo que podríamos perder». ¿A qué tipo de pérdidas se refería? Por otro lado, era evidente que mi miembro se estaba extinguiendo. Eso él no podía saberlo, pero yo sí veía el desarrollo del proceso; lo veía desde arriba y a simple vista.

—Así es, Marek —añadió el doctor—. Ésta es mi opinión como médico.

—¿No hay operación? —pregunté.

—No hay operación —contestó él.

—Y, entonces, ¿qué? ¿Pastillas?

Ahorn se echó hacia atrás. Recorrió la sala de su consulta con la mirada y sonrió, contento, como si la viera por primera vez.

No hubo respuesta.

Se echó hacia delante y luego hacia atrás, pero la respuesta se hacía esperar.

Hasta un par de minutos después no lo oí susurrar: «Vivir, seguir viviendo». Aunque quizá fueran imaginaciones mías.

—Tengo la sensación de que está desapareciendo poco a poco —reconocí—. Cada día un poco más. Hace sólo un momento ya me ha parecido más pequeño que ayer.

—¿Qué es lo que está desapareciendo? —Ahorn no parecía comprender.

—Mi miembro —susurré.

Ahorn se puso a tamborilear con los dedos sobre su mesa de despacho al tiempo que silbaba una melodía.

Tal vez reflexionara; quizá la desaparición de mi miembro le inspirara melancolía. Todo lo que desaparece tiende a inspirar melancolía, y más si se trata de un miembro viril ajeno.

Ahorn dejó de silbar.

—Todo lo humano —observó— tiene un principio y un fin, según decía el juez Falcone, que tuvo el valor de enfrentarse a la mafia y lo pagó con su vida.

¿A qué venía ahora eso de la mafia?

—Hace poco leí un libro magnífico sobre el juez Falcone, pero ésa es otra historia —comentó Ahorn, y sonrió, orgulloso de no ser un iletrado, por mucho que se dedicara a embellecer el físico de las personas.

Yo asentí con seriedad.

—Si tú desapareces —continuó el doctor—, desaparece también tu miembro, pero la posibilidad de que desaparezca tu miembro antes de que tú mismo desaparezcas es remota. Puede suceder, claro está, que el miembro empiece a funcionar mal, como quien cojea de una pierna o tiene un ojo medio ciego. El miembro viril posee múltiples funciones, para qué voy a contarte, pareces un chico espabilado. Sin embargo, deberías saber que muchos hombres tienen problemas al orinar. Sucede con mayor frecuencia que el mal que tú padeces. Pero ¿de qué estamos hablando? Tienes tiempo todavía, eres joven.

«Joven». Eso no debería haberlo dicho.

—Si supiera que existe un remedio para mi mal, daría lo que fuera por conseguirlo. Daría mi vida.

El doctor volvió a tamborilear con los dedos sobre su escritorio.

Empezaba a caerme simpático.

—Un héroe es alguien dispuesto a morir por su ideal. El juez Falcone, por ejemplo, murió por un ideal. Pero no todos los ideales merecen la pena. Sospecho que la mayoría de ellos no merecen el sacrificio de una vida. —Ahorn se puso de pie—. Que te vaya bien, Marek. —Y añadió en un susurro—: Si prefieres que no te envíen la factura a casa, mi secretaria te cobrará a la salida.

En la sala de espera había una mujer con un perrito en el regazo.

La secretaria ya tenía preparada la factura.

—¿Hay algún cajero automático por aquí cerca? —pregunté.

Regresé a casa a pie. Por el camino me entraron ganas de gritarle a la gente: «¡Dejen pasar al hombre sin miembro!».

Mi ideal no merecía sacrificar mi vida.

Ni siquiera merecía una operación.

Bueno era saberlo.

El *amour fou* era un ideal irrisorio; no se podía comparar con la libertad, el socialismo o la justicia, aunque sólo una minoría apreciara esas causas.

Mamá, papá y todos los demás tenían razón: la vida era un invento irrisorio.

Un par de semanas después de mi visita al doctor Ahorn, los médicos descubrieron que mamá tenía un pequeño tumor en la cabeza.

Según ellos, era benigno; llevaba años con él y podría continuar así por mucho tiempo.

Durante unos días, papá trató a mamá con más afecto de lo habitual, aunque eso nos incomodó a todos, pues era como si mamá ya estuviera muerta. Papá daba a entender continuamente que los muertos tenían más derecho a ser amados que los vivos.

—Deberías hacer un viaje con los niños —le aconsejó papá una noche—. Relajarte en la montaña.

A papá le gustaba relajarse en la montaña, por eso quería que los demás hicieran lo mismo.

Mamá estaba convencida de que su final era inminente. Todas las noches, a la hora de cenar, solía repetir: «Ésta será mi última cena».

Si durante mi juventud mamá fue incapaz de reconciliarse con la vida, ahora era incapaz de asumir la muerte, a la que, después de todo, empezaba a considerar más atroz que la misma vida.

Los amantes que la llamaban por teléfono eran despachados con las siguientes palabras: «Es mejor que no pases a verme. Me estoy muriendo». La mayoría renunciaba a sus propósitos de inmediato; sólo los más obstinados se empeñaban en amar a mamá moribunda.

Algunas personas sienten la necesidad de reconciliarse con los seres queridos ante la proximidad de la muerte. Mi madre no quería ni oír hablar de reconciliaciones. Estaba por encima de todo eso.

Por el contrario, estaba convencida de que iba a morir y, sin embargo, se volvió más implacable que nunca.

—En cuanto veo a vuestro padre —comentó una noche—, se me cierra el estómago.

Papá se marchaba entonces con su plato a la cocina, porque lo del tumor le preocupaba bastante y prefería tener la fiesta en paz.

Otro día mi madre observó:

—Sois mis hijos, sí, pero sois unos adefesios, qué le vamos a hacer. Es la verdad.

Eso sí, tocaba el piano de un modo desgarrador: el rostro arrasado en lágrimas,

porque mamá fue muy sensible a la música hasta el último día.

Por más que los médicos se esforzaran en persuadirla de lo contrario, mamá estaba convencida de que había llegado su hora, que era una cuestión no ya de semanas sino de días, y, alentada por semejante idea, rompió con la mayoría de sus amantes.

—No pienso morderme la lengua —nos hizo saber.

Como si alguna vez se la hubiera mordido.

—En la cama nunca fuiste gran cosa —oí que decía un día por teléfono—. Fuera de la cama, por cierto, tampoco.

Hasta el florista Szlapka se rindió, siempre tan dispuesto a soportarlo todo con tal de pasar unas horas con mamá.

—Tu madre ha cambiado —me confió un día en que me crucé con él por la calle—. No es la misma.

—Es algo transitorio —respondí, consciente de faltar a la verdad.

Rolf Szlapka me miró. Asintió con la cabeza.

Los dos amábamos a la misma mujer, aunque de forma distinta, y los dos sabíamos perfectamente que no era algo transitorio.

Mamá siempre había sentido un poco de asco por la gente, pero ahora el asco era mayúsculo.

—Sabes que soy muy maniática, y cuando toco a alguien me lavo las manos enseguida. Por eso prefiero no tocar a nadie, porque no puedo pasarme el día lavándome las manos —reconoció en una ocasión.

La criada iba tras ella todo el día limpiando con un trapo el polvo de los pomos de las puertas, y todos nos esforzábamos para que mamá no viera nada sucio.

Los amantes más tozudos le enviaban flores, o las llevaban ellos mismos a nuestra casa. En realidad, éstos no pasaban de la puerta, pues no se les permitía entrar, y las flores no solían durar más de una o dos horas.

Cuando mamá veía unas flores que no le gustaban, las arrojaba a la basura. Su agresividad ya no se limitaba a las personas y a los animales. Ahora también dirigía su ira al reino vegetal.

Conste que mamá jamás pegó ni dio una patada a ninguna persona, tampoco a ningún animal. Es más, en un par de ocasiones la vi salir en defensa de un caballo.

En Viena circulan coches de caballos para los turistas.

A veces a mamá la conmovía uno de esos caballos maltrechos forzados a tirar de un grupo de turistas por Viena. Mamá era de la opinión de que los turistas debían recorrer la ciudad a pie.

Una tarde, cuando yo tenía doce años, mi madre vio que le daban unas patadas a un caballo; con el rostro bañado en lágrimas, me ordenó:

—Marek, ve a preguntar cuánto cuesta el caballo.

Me dirigí al cochero y le pregunté el precio del caballo.

El cochero se echó a reír, pero, en cuanto vio a mamá, enseguida ofreció un

precio.

Mamá abrió su bolso y firmó un cheque.

Desengancharon al caballo del coche y nos lo llevamos a casa. Al principio el animal se resistió, como si le tuviera apego al coche. Ni mamá ni yo entendíamos de caballos, aunque al parecer ella había montado de joven.

—Ya no sabría cómo hacerlo. Y, la verdad, se me ha pasado la edad de abrir un picadero.

Atamos el caballo delante de casa, y papá se dedicó durante toda una semana a tratar de vender el animal. Se perdió dos reuniones importantísimas por culpa del caballo, y también la policía tomó cartas en el asunto.

Ya el primer día —papá aún no había llegado del trabajo— se presentaron dos agentes en casa.

—La vía pública no es una cuadra, señora Van der Jagt —advirtió uno de los agentes, que lucía una larga barba gris.

Yo estaba de pie al lado de mamá, y, por el modo en que ésta me apretó la mano, comprendí que su idea sobre lo que era la vía pública no coincidía con la de los agentes. Además, mi madre detestaba las barbas.

—Si no es una cuadra —replicó mamá—, ¿qué es entonces? Si la vía pública no es una cuadra, ¿qué es entonces, señor agente?

Mamá solía tener problemas con la ley, y, en mi opinión, no daba nunca su brazo a torcer porque esa misma ley no le interesaba lo más mínimo.

La situación se habría desmadrado si en aquel momento no hubiera pasado por allí uno de los socios de papá, el señor Kopaceck, quien envió a los agentes a sus casas con vagas promesas, además de una copa. El señor Kopaceck se dedicaba a la compra y venta de locales comerciales.

Siempre se refería a sus locales como «localitos» comerciales. «Bueno», solía decir, «me voy a seguir con mis localitos comerciales».

Sigue siendo socio de mi padre. No hace mucho me preguntó:

—Marek, ¿y si probaras con los «localitos» comerciales?

A lo que iba. Mamá nunca maltrató a los animales, e incluso en aquella ocasión compró el caballo sólo por salvarle la vida.

Cuando papá intentaba convencer a mamá casi a diario —a veces hasta dos veces al día, durante el desayuno y la cena— de que le convenía irse unos días a la montaña para aclararse las ideas, ella no pensaba en caballos. No pensaba, ni mucho menos, en animales o en personas. Sólo pensaba en que pronto dejaría de vivir, porque en aquella época no era otro su tema de conversación.

El ambiente en casa era cada vez más desolador.

De pronto, mi proceso de transformación en un hombre sin miembro se me antojó una futilidad. Pensándolo bien, ¿qué era un miembro viril? Si se tenía, estupendo, y si no se tenía, también estupendo. Al fin y al cabo, la gente no percibía la diferencia.

—Cuando me miro en el espejo, no tengo ganas de reír, sólo de llorar —se

lamentaba mamá.

—Pues tienes un aspecto magnífico —contestaba papá.

Mamá estaba guapísima esos últimos días, es cierto. Y además se miraba más que nunca en el espejo, como si morirse fuera un granito o una arruga imposible de eliminar.

Gastaba mucho dinero en donaciones a instituciones, pero también en personas que, a sus ojos, no tenían un sueldo decente.

Aquellas últimas semanas, mamá descubrió por todas partes buenas causas a las que entregarse, salvo en su propia casa.

Un par de parientes lejanos la llamaron por teléfono, y ella les espetó:

—Lleváis veinte años sin dar señales de vida, no hace falta que llaméis ahora.

Al final, papá deshizo el nudo gordiano.

—He encontrado un hotel bonito, en la alta montaña —anunció—. En Baviera. Allí podrás relajarte.

A papá le encantaba Baviera. Quizá fuera porque iba con frecuencia a la sede principal de su compañía de seguros, que estaba ubicada en Munich, o quizá porque el carácter bávaro le resultaba simpático, no lo sé. La cuestión es que a papá le gustaba ir a Baviera.

Aquella noche cenamos ciervo con peras.

A papá no sólo le gustaba Baviera, también le gustaban los asados de carne.

Le atraían las cosas masculinas, aunque él no practicaba mucho deporte. En invierno esquiba de vez en cuando, y una vez al mes les propinaba una buena paliza a sus hijos; ése era todo el deporte que hacía.

Tengo una foto suya en la que sale haciendo el pino; pero ¿quién no hace a veces cosas que no casan con su carácter?

Papá deslizó un folleto sobre la mesa en dirección al plato de mamá.

—El hotel Arabella Sheraton de los Alpes —dijo, triunfante, como si la mera pronunciación de ese nombre le colmara de felicidad—. Kopaceck ha estado allí y dice que es fantástico, con bonitas habitaciones, una vista maravillosa y un buen servicio.

Sabía que mamá daba mucha importancia al buen servicio. Muerta o no, el servicio no podía fallar.

Mamá miró el folleto sin abrirlo.

—Está a orillas de un lago —continuó papá—, en la alta montaña. Así tendrás aire libre. No está lejos de Schliersee, donde estuve una vez de joven.

Y sonrió.

A papá no le gustaba recordar su juventud. Sin embargo, Schliersee se le antojaba entrañable.

Me pregunté si sabría vender sus pólizas de seguro tan bien como el hotel Arabella Sheraton de los Alpes, pero recordé que tenía gente contratada para esa función.

—Tal vez Marek pueda acompañarte —propuso papá.

Mi padre sabía perfectamente que no sería capaz de convencer ni a Daniel ni a Pavel.

Mamá se encogió de hombros.

Se sacó un pendiente y se puso a jugar con él.

La criada recogía la mesa.

—¿Qué quieres que haga yo en la montaña? —preguntó mamá señalando el folleto. Había una foto del hotel a la orilla del lago, con montañas al fondo.

Mamá tenía un tono de voz capaz de imponer silencio a todo el mundo. Y así seguía, por mucho que ella se creyera moribunda.

Como papá no respondió, ella repitió la pregunta:

—¿Y qué quieres que haga yo allí?

—Caminar —respondió papá en voz baja—, tomar el sol...

—¡Sí, claro, en noviembre! —exclamó mamá con desdén.

—En la montaña es distinto. Allí el sol es más fuerte —contestó papá.

Yo me fijé en mamá, en su postura: tenía la espalda rectísima, el pelo impecablemente peinado y uno de sus bolsos siempre al alcance de la mano.

Mucha gente la encontraba guapa. Debo reconocer que en esa última época estaba más guapa que nunca.

—La montaña —masculló mamá—. Os queréis librar de mí, no me dejáis ni morir en casa.

A papá se le desencajó el rostro.

—¡Por mí, puedes morir donde te dé la gana! —gritó Daniel—. Pero no prolongues tanto la agonía.

El rostro de papá se desencajó más, si cabe.

La proximidad de la muerte no había desanimado a mamá, y buena prueba de ello es que adquirió un vestuario completo para la primavera. Éste incluía varios mini *shorts*, pues la muerte no había moderado su afición por esa prenda.

—Cuando elijas una mujer —me soltó de repente—, fíjate bien en sus caderas. Las caderas anchas son importantes para parir hijos.

—Sí, mamá —contesté.

—Caderas anchas —repitió Daniel. Y movió la cabeza.

Pavel soltó una carcajada. Él era siempre excesivo, incluso cuando se reía. Por suerte, dejó de reírse cuando el Banco Mundial lo contrató.

Hace poco le pregunté a Pavel si recordaba que mamá había dicho que las caderas anchas eran importantes, pero él dijo que no se acordaba. Su memoria es como un billete fuera de curso legal. Se tiene pero no se puede usar.

—Constance —advirtió papá—, quiero que vayas a la montaña. Tienes que quitarte de la cabeza esa obsesión de que te estás muriendo.

La criada abrió la puerta.

—Señora, un hombre pregunta por usted. Dice que es urgente.

Mamá se levantó de la silla sin decir nada.

Los demás nos quedamos sentados a la mesa. Yo pensaba en las caderas anchas, y en los lugares tan curiosos en que uno puede quitarse las obsesiones de la cabeza.

—¡Lárgate! —gritó mamá.

Papá hizo ademán de levantarse de la silla, pero volvió a sentarse. No era asunto suyo. Mamá solía gritarles a sus amantes. Aunque sólo cuando no le quedaba más remedio.

—¡Cerdo!

Daniel carraspeó.

Alguien subió las escaleras corriendo.

—La montaña... —prosiguió papá, y dobló la servilleta—. La montaña es algo magnífico. La montaña es...

Papá agitó las manos en el aire. Buscaba la palabra adecuada, pero nosotros no podíamos ayudarle.

Alguien bajó las escaleras corriendo.

Oímos de nuevo gritar a mamá y, acto seguido, una voz lastimera de hombre que no supe identificar.

Mamá irrumpió en el comedor. Empuñaba una pistola.

La primera reacción de papá fue permanecer callado y mirarla.

—Constance... —alcanzó a decir.

—¡Es un cerdo! —exclamó mamá.

La culata de la pistola era de marfil. Según ella me había dicho, la culata le interesaba más que la pistola en sí. Aún recuerdo todas las veces que estuve con mamá mirando el escaparate de la tienda de armas de la Dorotheer Gasse.

—Fíjate en la culata, fíjate bien, Marek. ¿La ves? —me decía.

—Sí, mamá, la veo —contestaba yo, aunque, la verdad, poca cosa veía: las armas no me apasionaban.

Mamá apuntó con el arma a la lámpara de araña y disparó.

El disparo sonó más fuerte de lo que me había imaginado.

Daniel empezó a chillar.

Papá se tapó los oídos con las manos.

La lámpara de araña no cayó al suelo. Mamá seguía empuñando el arma, como si fuera ésta una postura normal en ella, como si tuviera por costumbre disparar a las lámparas de araña cada dos semanas.

—Seguid comiendo, chicos —nos ordenó papá—. No miréis.

Yo no quería seguir comiendo. Había límites. Si mamá se ponía a dispararle a la lámpara de araña, no se podía esperar de nosotros que continuáramos comiendo. Pero papá no se inmutaba por nada, ni siquiera por unas balas.

Decidí abandonar el comedor. No quería seguir presenciando todo aquello.

En el recibidor estaba el hijo del señor Hobmeier, sombrero en mano, el rostro bañado en sudor. A primera vista no lo reconocí. Había cambiado, estaba más gordo, más fofo.

—Marek... —dijo, y me tendió ambas manos.

En aquel momento sonó otro disparo.

La puerta del salón se abrió de golpe. Papá salió con su plato en la mano. Daniel y Pavel le seguían.

Papá cerró con llave la puerta del comedor.

—Ahora dispara a los muebles. Esta mujer ha perdido el juicio —sentenció.

Fue entonces cuando papá descubrió la presencia del hijo del señor Hobmeier.

—Señor Van der Jagt —le dijo éste—, buenas noches. ¿Les molesto?

Papá acompañó en silencio a Hobmeier júnior a la puerta y se despidió de él diciendo:

—Todos perdemos a veces el control.

Mamá estuvo más de media hora encerrada en el comedor. Cuando llegó el médico, con un calmante preparado en su maletín, ella seguía empuñando la pistola sin dejar de mascullar:

—Es un cerdo, es un cerdo...

—Tranquila —intentó calmarla el médico, y le quitó el arma de la mano.

La llevamos al dormitorio, y, cuando el médico se fue, me quedé un rato sentado junto a su cama.

Apenas una semana después del incidente con la pistola, mamá y yo nos fuimos a Baviera. En el colegio me dieron permiso para ausentarme un par de días. Papá no puso ningún inconveniente, bastante contento estaba de que alguien de la familia se mostrara dispuesto a acompañar a mamá al hotel Arabella Sheraton de los Alpes.

—Me habría encantado ir con vosotros, pero no puedo marcharme. Tenemos mucho trabajo con el asunto de la fusión —se excusó mi padre.

Todos sabíamos que él prefería morir antes que viajar con mamá al hotel Arabella Sheraton de los Alpes. Pero, a juicio de papá, las mentiras piadosas no son verdaderas mentiras.

Nos llevó Edwin, el chófer.

—Si salimos temprano por la mañana, por la noche estaré de vuelta —calculó Edwin.

Mamá se compró tres pares de botas para andar por la montaña, pues el médico le había aconsejado caminar, y papá escribió en su oficina una nota a máquina con instrucciones sobre cómo comportarnos en la montaña.

«Para caminar hay que entrenarse», decía la nota. «Caminar cada día un par de kilómetros más». Y más adelante: «Al principio, no subir cuevas muy empinadas».

Puede que el amor sea una cuestión de hábito y que papá se hubiera habituado a mamá después de tantos años. O puede que temiera el silencio en casa cuando ella faltara.

Mamá llevaba un equipaje muy voluminoso.

—No puedo presentarme a la cena con el mismo vestido con el que he comido —explicó.

Siempre le había gustado cambiarse de ropa al menos tres veces al día, pero, ahora que la muerte le pisaba los talones, lo hacía más a menudo.

Al chófer de papá no le caía bien mamá, tal vez porque él era un hombre de principios, y el adulterio le merecía menos respeto que los delincuentes africanos. Me refiero al adulterio de terceras personas, claro está; lo suyo era siempre otra historia.

Durante el viaje, el chófer se mostró parco en palabras. Lo mismo que mamá.

—¿Les molesta la música? —preguntó el hombre un par de veces.

Mamá miraba por la ventanilla. En Viena llovía, pero justo antes de llegar a Kufstein se abrieron algunos claros en el cielo.

Las montañas tenían un aspecto triste.

Nunca me han gustado las montañas.

De vez en cuando mamá señalaba algo, sin que yo entendiera qué era lo que veía. También me preguntó si los pendientes que llevaba no eran demasiado grandes para sus orejas.

Le dije que no.

—No me gustan los pendientes grandes —dijo, tajante.

Estábamos atrapados en un atasco, y el chófer observó un par de veces:

—No saben conducir.

Él había hecho un curso especial para ser chófer, y la mayoría de los conductores no contaban con su beneplácito.

Mamá saboreaba un caramelo; yo pensé en lo raro que era compartir la vida con una madre de la que no sabía nada. Aunque resultaba menos raro si pensaba que ella apenas sabía nada de mí.

Nunca he sentido la necesidad de preguntar demasiado. Las preguntas pueden hacer daño o, mejor dicho, pueden suscitar una respuesta que prefieres no escuchar.

Las personas no tienen por qué saberlo todo. En realidad, todos sabemos demasiado.

Pasado Kufstein, justo antes de la frontera, el chófer propuso hacer una parada para tomar algo rápido.

Pedí un café y un trozo de tarta de queso; mamá pidió un agua mineral.

—Con limón —añadió—. Quiero el agua con limón.

Pero en aquel restaurante de carretera no habían oído hablar jamás de limones.

—Pues nos vamos —propuso el chófer, temeroso de que mamá montara un número.

Era un temor comprensible.

Papá le preguntó en cierta ocasión a mamá: «¿Por qué te empeñas en montar números en todas partes? ¿Por qué no puedes ir a ningún sitio sin llamar la atención?». Ella le miró, como a veces miraba a la gente, con esa mirada capaz de hacerte sentir muy inferior. «Montaré todos los números que me dé la gana hasta que exhale mi último suspiro. No me queda otra meta en la vida», le espetó. Papá cruzó en silencio las manos, como si supiera que ella cumpliría esa promesa, y luego subió arriba a quitarse los callos de los pies, pues eso lo hacía cada domingo, como dije antes. El domingo era el día de los callos.

—No quiero el agua sin limón —le dijo mamá al camarero—. Te la puedes llevar.

—Pero la botella ya está abierta —objetó el camarero en un tono de voz agudo.

—Llévate el agua o me pongo a gritar —amenazó ella.

—Voy un momento al lavabo —me excusé.

Me miré en el espejo del lavabo. En algún lugar se encontrarían Dancing Queen Andrea y el *amour fou*, por mucho que en mi vida habían sido desterrados a la periferia.

Arrimé la cara al espejo.

Hemingway tenía barba. También algunos surrealistas llevaban barba, aunque sus barbas no eran tan famosas como la de Hemingway.

A mí nunca me saldría barba. A lo sumo, bigote.

Yo ya no orinaba nunca en los urinarios para caballeros, siempre me encerraba en el retrete. Aunque apestara.

La mirada de otra persona me impedía evacuar libremente la orina.

El hotel Arabella Sheraton de los Alpes constaba de un edificio principal y una dependencia. Estaba a la orilla de un lago.

No había mucho más, a la orilla del lago. Un par de casas, una cafetería, una parada de autobús y una tienda de *souvenirs*.

El chófer llevó las maletas a recepción.

Mamá miró a su alrededor y pronosticó:

—No aguantaré mucho tiempo en este sitio. —Se abrochó el abrigo. Hacía sol pero calentaba poco, y soplaban un viento frío—. Ve a mirar el horario de los autobuses —me ordenó.

Me acerqué a la parada de autobús y examiné el horario.

—Hay cinco autobuses diarios —informé.

—Si fuera pintora, me gustaría pintar aquí.

—Sí —asentí.

—Pero no lo soy.

Mi madre llevaba puesto un gorro de pieles.

Daniel, que compadecía a los animales, solía decirle: «Podrías llevar pieles artificiales».

Mamá también se compadecía de los animales, pero detestaba las cosas artificiales.

—La esperan en recepción, señora Van der Jagt —avisó el chófer.

La recepcionista era una chica amable. Llevaba un uniforme de un color marrón rojizo.

—Sólo le falta firmar —dijo.

Mamá me miró.

—¿Lo ves? —observó mamá—. Todo el mundo cree que soy una inútil para todo.

—Están haciendo reformas en la sauna —informó la recepcionista.

—No me gustan las saunas —contestó ella—. Me parecen antihigiénicas.

La chica sonrió con amabilidad y continuó, impertérrita:

—La piscina sí que está abierta, hasta las diez de la noche.

Cuando la recepcionista mencionó la piscina, recordé que mi miembro estaba en vías de extinción. Ése era el motivo por el cual había renunciado a la natación. De todas formas, no es que fuera un gran nadador.

La recepcionista nos entregó dos llaves.

—Habitación 109 y habitación 110. Les deseo una feliz estancia.

—Sé que no voy a aguantar mucho tiempo en este sitio —insistió mamá.

—Si hay algo que podamos hacer para que su estancia sea más agradable, no dude en pedirlo —añadió la chica, y su voz sonó un poco menos segura que antes.

Esperamos el ascensor.

Las maletas llegaron en el ascensor de carga.

El chófer aguardó abajo a que nos instaláramos en la habitación.

—Bien. Pasen ustedes primero —dijo el hombre encargado de enseñarnos las habitaciones.

En cierta ocasión, leí que la gente masca granos de café para mantener el aliento fresco.

Desde entonces, me dio por mascar granos de café.

El café lo molíamos en casa. A papá no le gustaba que manos desconocidas molieran el café. La criada se encargaba de ello todas las mañanas.

Ahora que lo pienso, quizá sea eso lo que más echo de menos de aquella época: el ruido del molinillo de café, el aroma del café recién molido, y a papá deambulando por casa olisqueando como un perro antidroga que cree haber descubierto algo.

A mamá le parecía un vicio horrible. Eso de masticar granos de café.

A ella no le gustaba mascar y detestaba los chicles. Lo que sí hacía era aplicarse un *spray* refrescante en la boca, y, para curarse en salud, iba cada dos semanas al dentista.

En el ascensor, mamá me ordenó:

—Sácate el grano de café de la boca, Marek, que queda peor que mascar tabaco.

—Bien —siguió el hombre del hotel—. ¿Han tenido un buen viaje?

—Sácate el grano de café de la boca, Marek —repitió.

Uno de los puntos fuertes de mamá era su capacidad para no hacer caso de la gente.

Aunque a veces me he preguntado si de verdad no le importaba lo que la gente pensara, o puede que no se diera cuenta, ocupada como estaba en otras cosas, obsesionada por un detalle, un pendiente, una cajita de cerillas, un grano de café...

—Sí, hemos tenido un buen viaje —contesté.

Papá había hecho la reserva del hotel. Mamá no intervenía nunca en eso. A lo sumo, se quejaba.

Llegamos a la habitación 109.

Mamá entró y se dirigió directamente al balcón.

—Quiero más altura.

—¿Qué quiere decir, señora? —preguntó el empleado.

—Más altura, más altura —explicó mamá, y señaló hacia arriba.

—El hotel tiene cinco plantas. ¿Qué altura desea?

—Lo más alto posible.

—Puedo ofrecerle la 312 —repuso el hombre—. Pero en ese caso no dispondrán

de habitaciones contiguas.

—Siempre podemos pedirle a alguien que se mude de habitación, ¿no? —dijo mamá—. No supone tanto esfuerzo.

El hombre nos miraba con la cabeza ladeada.

—No puedo ofrecerle dos habitaciones contiguas en la tercera planta. Aunque, si lo desean, podemos probar en la segunda.

—No, eso es demasiado bajo. Necesito aire libre —pidió mamá.

A continuación, se dirigió a la cama y se sentó para comprobar la elasticidad del colchón.

—Marek —repitió por enésima vez—, sácate ese maldito grano de café de la boca. —Y, sin pausa, añadió—: Date por satisfecho si sales de aquí sin dolor de espalda.

—En el hotel, contamos con un fisioterapeuta —intervino el hombre, que tal vez no había oído el comentario de mi madre o sólo había pescado lo del «dolor de espalda».

—No, gracias. Lo que necesitamos —insistió mamá— son dos habitaciones contiguas en la planta superior. Estoy muy delicada de salud.

Aquello lo pronunció con énfasis, en un tono más bien amenazador.

El hombre retrocedió y puso cara de preocupado. Al parecer, el hotel prefería no acoger a clientes delicados de salud.

—Ah, vaya —articuló.

En ese momento recordé que el señor Georgi solía decir en el Colegio Internacional que los moribundos despiden el hedor de la muerte mucho antes de morir, y, por algún motivo, lo relacioné con el hecho de que mamá echara la buenaventura cuando yo aún iba al colegio. No recordaba muy bien qué me había predicho, sólo que llegaría a ser un famoso bailarín, que mi cuerpo consolaría a las señoras mayores y que, al verme bailar, esas señoras mayores se reconciliarían con la proximidad de la muerte.

—¿Necesita un médico? —preguntó el hombre.

—No, un médico no. Necesito tranquilidad.

—Puede instalarse hoy en la segunda planta y mañana la trasladaremos a la tercera.

Mamá se sentó sobre la cama, abrió el bolso y sacó una pulsera.

—Ayúdame, Marek.

Le abroché la pulsera.

—Esta pulsera perteneció a la abuela —me hizo saber.

El empleado se había retirado con discreción, como si cerrar una pulsera fuera un acto que prefería no presenciar.

Luego mamá se levantó, se dirigió al vestíbulo y propuso:

—Echemos un vistazo a esa otra habitación.

Hacía tiempo que mamá no viajaba con algún miembro de la familia; creo que la

última vez fue cuando yo tenía nueve años.

Desde entonces, sólo lo hacía con sus amantes. Para mi madre, la embriaguez del enamoramiento teñía de rosa todo lo insoportable.

Subimos en ascensor a la segunda planta.

En el ascensor, el empleado chasqueó la lengua. Parecía nervioso.

Por suerte, mamá estaba demasiado ocupada como para oír los chasquidos de su lengua.

El empleado abrió la puerta de la habitación de la segunda planta, y mamá entró resuelta.

Se sentó en una butaca al lado de la ventana y examinó la habitación.

El hombre del hotel Arabella Sheraton de los Alpes se frotó las manos.

—Mañana dispondrá de dos habitaciones contiguas en la tercera planta —informó.

—Quizá mañana sea demasiado tarde —respondió mamá.

El empleado examinó la habitación como quien busca algo susceptible de mejoras. Como todo estaba perfecto, recorrió un poco más las cortinas y dijo:

—La vista desde aquí es también muy bonita.

—Sí, muy bonita —reconoció mamá.

—Mañana a primera hora podrá trasladarse de habitación. Sólo es una noche, de veras.

—Quedémonos con ésta —propuse yo.

—Si lo desea, puede desayunar en la habitación —añadió el hombre.

—Yo no desayuno —replicó mamá—. Sólo tomo un poco de zumo de pomelo.

—Entonces, ¿se queda con esta habitación? —preguntó él casi en un susurro—. Es sólo una noche, de veras.

Tarde o temprano, todo el mundo cedía a la voluntad de mamá.

—Esto es peor que una casa de convalecencia —sentenció ella.

A mí me dieron otra habitación en la segunda planta. Para una sola noche. Mamá pareció conformarse. En otros tiempos habría puesto el grito en el cielo; en ciertos aspectos, se había vuelto más indulgente.

El chófer subió el resto del equipaje de mamá. Miró un instante a su alrededor, me deseó una feliz estancia y regresó a Viena.

—Voy a tumbarme un rato —dijo mamá.

Mi habitación tenía vistas al lago Spitzingsee. Allí estaba yo con mamá, a orillas de un lago de los Alpes bávaros. El bailarín que tendría que haber sido, el bailarín que,

con la gracia de sus movimientos, reconciliaría a las señoras mayores con la proximidad de la muerte, ese bailarín estaba acurrucado en la silla de una habitación de hotel con vistas al Spitzingsee.

Jamás olvidaré la expresión de horror de mi madre cuando quedó demostrado que mi talento para la danza dejaba mucho que desear. Fue el día en que la señora de la academia de baile propuso: «El chico podría practicar la danza como *hobby* extraescolar». Mamá no dudó en sacarme de la academia de inmediato.

Existen muchas maneras de fracasar, pero el fracaso ante la persona que te ha traído al mundo es uno de los más amargos que conozco.

Papá llamó para preguntar cómo había ido el viaje y si ya habíamos visto el Schliersee.

—Todo ha ido bien —afirmé—. Pero aún no hemos visto el Schliersee.

Hacia las cinco y media —yo estaba echado en la cama, vestido—, recibí una llamada de una empleada del hotel comunicándome que mi madre estaba en la piscina y no contestaba a ninguna pregunta.

—Quizás esté meditando... —dije.

—Ah, ya —respondió la voz, al otro lado de la línea—. De todos modos, no parece que se encuentre bien.

—Voy ahora mismo.

Crucé los pasillos; ese tipo de hoteles tienen los mismos pasillos. Son idénticos en todo el mundo: las habitaciones se parecen, los salones se parecen... Hasta los empleados se parecen.

Pasé por delante del gimnasio y de una puerta donde ponía: **MASAJE**.

A veces, mamá iba a darse masajes, pero la mayoría de los masajistas no aguantaban mucho tiempo con ella.

Un letrero anunciaba:

SE RUEGA QUITARSE LOS ZAPATOS.
ACCESO A LA PISCINA LIMITADO A LOS CLIENTES
DEL HOTEL ARABELLA SHERATON DE LOS ALPES

Me quité los zapatos.

En la piscina, nadaban dos personas. Era difícil distinguir de qué sexo.

Mamá estaba sentada en una tumbona. Llevaba guantes rojos.

En su regazo reposaba un periódico y, en la silla de al lado, había dejado la chaqueta, impecablemente doblada.

—¿Estás bien? —pregunté.

Uno de los nadadores salió de la piscina.

Era un hombre. Se quitó el gorro de baño.

—¿Estás bien, mamá? —insistí.

Ella señaló la piscina; abrió la boca pero no emitió ningún sonido.

—¿Sucedó algo?

—No hagas como si estuviera enferma —me espetó.

Miré sus guantes de lana rojos, que veía por primera vez. Su fiebre consumista era tan fuerte que nunca sabía lo que tenía, de modo que no encontraba nunca nada y siempre necesitaba comprarse cosas nuevas.

La criada le propuso en cierta ocasión: «Deje que le organice su vestuario». Pero a mamá no le gustaba la organización, y menos la de su vestuario.

El lujo es una forma de melancolía. El lujo en el que mamá se revolcaba no aportaba nada a su felicidad, ni era éste su propósito; el lujo era para ella un estado espiritual que, al parecer, le servía como caldo de cultivo del amor.

El nadador se secaba con una toalla.

De golpe, lo vi claro: lo que aquel hombre tenía en el interior de su bañador era impresionante. Un solomillo de medio kilo.

El lujo de mamá era una forma de tristeza sin motivo, por lo que carecía de consuelo.

Al parecer, el nadador no había decidido irse aún de la piscina, pues se echó en una de las tumbonas.

En la piscina, el otro nadador seguía haciendo largos, incansable.

El olor del cloro me producía cosquillas en la nariz.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mamá.

El periódico se deslizó y cayó al suelo. Era un *Herald Tribune* de hacía un par de días.

—Pues hacen largos, dicen que es sano —solté, animado.

—Sí, ya lo veo —respondió ella—. Llevo casi dos horas mirando.

Por lo visto, mamá no había logrado dormir.

—Podrías haberme llamado, ¿no?

Mi madre se encogió de hombros.

—En el periódico no venía nada interesante —dijo.

—Te habría dejado un libro...

—¿Es necesario que hagamos una montaña de todo esto?

—¿De qué? —pregunté.

Mi madre movía los dedos como si estuviera tocando el piano.

Sus guantes eran preciosos.

—Tienes razón. No hagamos una montaña de nada.

Un socorrista ataviado con un uniforme blanco entró en la piscina.

Llevaba unas zapatillas deportivas que hacían un curioso ruido en las baldosas.

Rodeó la piscina. En el agua, el último nadador realizaba estiramientos y ejercicios abdominales.

—¿Qué tal estás, por cierto? —preguntó mamá.

El agua batía contra el borde.

—La piscina cierra dentro de media hora —anunció el socorrista a viva voz.

—Quítate los guantes, por favor —le pedí—. Aquí hace mucho calor.

Mamá echó un vistazo a sus guantes. Si uno sólo veía aquellas manos enguantadas, podía pensar que mi madre parecía una niña con zapatos nuevos.

El socorrista abandonó la piscina.

—Ahora volvemos a estar *entre nous* —comentó mamá.

Tomé su mano en la mía para quitarle los guantes, que llamaban la atención. El socorrista ya les había lanzado un par de miradas suspicaces.

—Vamos a comer algo —propuse.

Mamá tenía las manos pequeñas, y sentí su calor a través de los guantes.

—No puedo presentarme en el comedor de esta guisa —se lamentó mamá—. ¿Qué me pongo? No me he traído nada.

El último nadador salió en aquel momento de la piscina. Resultó ser una mujer corpulenta.

—Has traído muchas cosas. Seguro que encuentras algo bonito que puedas ponerte.

Mi madre negó con la cabeza, y de repente me pregunté cómo era posible que aquella mujer hubiera sido capaz de traer hijos al mundo.

—Vámonos —sugerí—. Van a cerrar la piscina.

—¿Has hablado con tu padre? —me preguntó de pronto.

—Sí. Está muy ocupado con el asunto de la fusión. Te manda recuerdos.

Mamá recogió el periódico del suelo.

La nadadora de aspecto masculino pasó por delante de nosotros.

—¿Sabes si hay muchas enfermedades hereditarias en nuestra familia? —intenté averiguar.

Mamá me miró. Negó con la cabeza.

—La mayoría de mis parientes han muerto de muerte natural.

—¿Todos han tenido hijos? —inquirí.

—No todos, afortunadamente.

—¿Porque no podían o porque no querían?

—No lo sé. ¿Qué diferencia hay? ¿Qué más da? —preguntó, y miró a su alrededor como si no quisiera que nadie la oyera—. ¿Enfermedades hereditarias? —susurró—. Qué preguntas más raras haces, Marek. Tu abuelo murió de una caída de caballo. Lo decapitó una rama.

—Creía que se había golpeado contra un árbol.

—No, murió decapitado —dijo mamá—. En el ataúd, la cabeza yacía separada del tronco.

—Vámonos, mamá —interrumpí.

—Yo miré en el ataúd —añadió, con voz apagada—. De niña era muy curiosa, y

miraba en casi todos los ataúdes.

Acompañé a mamá a su habitación. Todas sus maletas estaban abiertas. Había ropa desparramada sobre la cama.

—Falta espacio en el armario —se quejó mi madre.

Abrí los armarios. No hacía mucho que me había escondido en el armario de la habitación de la señorita Oertel. Pero en aquél cabían al menos cuatro personas. Decidí meterme en él.

Hay gente que cree que el menor detalle tiene un significado, más aún, que los detalles describen las historias: un armario en el que te escondes, Dancing Queen Andrea, la madre de la señorita Oertel, el profesor Hirschfeld, que analiza los resultados de sus investigaciones, y luego yo, que vendo mis conocimientos a un individuo discapacitado. En realidad, ni siquiera eso, pues hago como que los vendo. Todo tiene su significado. Un arrebato de cólera, ése es, en el mejor de los casos, el significado de mi vida.

Al final, mamá se decidió por un vestido negro estampado.

Estaba empeñada en trasladarse a una habitación con un armario más espacioso, y, si no había ninguna disponible, mudarse a otro hotel. Además, necesitaba una caja fuerte bien grande para su joyero lleno de diamantes. La convencí de que primero fuéramos a comer algo.

Deambulamos por los pasillos del hotel Arabella Sheraton de los Alpes. Mi madre se detuvo delante de algunas puertas.

—A lo mejor aquí tienen armarios más espaciosos.

—No, mamá. Todas las habitaciones son iguales.

Unos minutos después, entramos en el comedor, y mamá observó:

—Podríamos haber comido en la habitación.

Recordé que, en otros tiempos, cuando íbamos de vacaciones todos juntos, solíamos comer en las habitaciones de los hoteles. Con mamá nunca sabías cuándo la cosa empezaría a fallar.

—¿Qué querías decir con eso de que de niña mirabas en casi todos los ataúdes?
—se me ocurrió preguntarle.

Cruzamos el comedor. Mamá me agarró de la mano.

—Yo era un niña imposible —susurró.

El comedor tenía vistas al lago, pero no se veía nada porque ya había oscurecido.

Unos manteles de color rosa salmón cubrían todas las mesas.

El camarero tenía una barba roja. Nos condujo a una mesa junto a la ventana y encendió una vela.

No había mucha gente en el comedor del hotel.

El camarero de la barba era esloveno. Dijo que nos invitaba a un cóctel. Mamá contestó que ella no se dejaba invitar por nadie.

—Ahí está el socorrista —observó mamá, con el cóctel ya en la mesa.

—¿Qué pasa con el socorrista?

—¿Viste cómo me miraba? —preguntó mientras abría y cerraba la carta de vinos, y añadió—: Elige tú el vino.

—¿Tienes bastante con una copa?

Una melosa música de Navidad amenizaba el ambiente, aun cuando faltaban más de cuatro semanas para las fiestas.

—A mis padres les amargué la vida —afirmó mamá con profunda satisfacción—. Y luego una rama decapitó a mi padre.

Me acordé de Dancing Queen Andrea y de sus bragas con osos. A veces, el significado de las cosas resulta tan difícil de aprehender como el infinito. También recordé a la señorita Oertel; para ser más exactos, sus brazos.

—¿Ya sabe qué va a tomar? —preguntó el esloveno.

—Todavía no —contestó mamá mirando por la ventana, donde, por cierto, no había nada que ver.

—¿Lo pasaste mal cuando el abuelo murió? —pregunté.

—Aquí no tienen nada —susurró mamá.

—¿A qué te refieres?

—No hay nada para comer. Sólo carne asquerosa.

—Hay salmón —señalé la página derecha del menú, donde figuraban los platos de pescado. La mayoría estaban tachados, excepto el salmón.

Entonces mi madre aclaró:

—Sí, fue un accidente horrible. Nunca más me dejaron montar a caballo.

Mamá fue una estrella

El primer día de nuestra estancia en el hotel Arabella Sheraton de los Alpes no hicimos nada. Mamá durmió hasta las dos, y, cuando por fin acabó de vestirse, era ya la hora de cenar.

Aquella noche nos volvió a servir el camarero esloveno, más amable aún que la noche anterior.

—Necesito un armario más espacioso —pidió mamá.

El esloveno prometió encargarse del asunto. Y, en efecto, ese mismo día pusieron a nuestra disposición una habitación individual que había quedado libre. La dirección del hotel dijo que no había ningún problema con que mamá usara los armarios de esa habitación. Así pues, ocupábamos tres habitaciones. Deseé que la cosa no fuera a más.

El segundo día, todo transcurrió bajo el signo del socorrista.

—Me está mirando —advirtió mi madre.

—Pero, mamá, si todo el mundo te mira...

El tercer día mamá quiso salir a caminar.

Nos levantamos temprano. En el transistor que siempre llevaba cuando iba de viaje, mamá sintonizó la emisora de música clásica y se puso a escuchar a Bach con devoción. No sabía qué botas ponerse para caminar. Ya se había probado tres pares distintos.

Hacía un día despejado, aunque frío.

Mamá se pintó los labios. Uno nunca sabía con quién iba a encontrarse en la montaña.

En recepción, mamá había comprado todos los mapas para excursionistas que tenían. Y también un mapa panorámico.

—Quiero ir al Brecherspitz —anunció.

—¿Por qué a ese pico?

—Porque tiene buena pinta —contestó—. Ya que salgo a caminar, quiero que sea una caminata de verdad. Por algo hemos venido a la montaña. Para dar un paseo por unas colinas me podría haber quedado en Viena.

—También podríamos ir a pie hasta el pueblo de Schliersee, está más cerca y es más divertido llegar a un pueblo que a la cima de una montaña, ¿no crees?

Mamá movió la cabeza, decidida. Dijo que toda su vida había querido alcanzar esa cima. Aunque, ahora que lo recuerdo, una vez mi madre se ligó a un famoso

pintor francés, y durante la cena soltó: «Yo creo que a la fama le falta un poco de *sex-appeal*».

Me abroché los zapatos. Los botas de montaña me parecían excesivas, me había puesto unos zapatos normales.

—A tu abuelo también le encantaba caminar —recordó mamá.

—¿Y si nos llevamos algo de comida y unas bebidas? —propuse.

—No —contestó mamá—. No vamos a cargar con tanta cosa, algo encontraremos por el camino.

—En el Brecherspitz seguro que no hay ningún restaurante —la advertí.

Pero mamá se negó en redondo a cargar con comida. Al final cedí.

Salimos del hotel a las nueve de la mañana. La recepcionista nos despidió.

—¡Que disfruten de la excursión!

Mamá llevaba sus guantes rojos y un gorro, también rojo.

Estaba en mejor forma de lo que me había imaginado.

Mamá caminaba como si se entrenara para el campeonato mundial de marcha atlética, o como si se dirigiera a una cita con un amante. Nunca había visto a mamá con tanta prisa, sólo en alguna ocasión, cuando se trataba de amantes de los que todavía no estaba muy segura. De la mayoría de sus amantes, ella estaba segura al cabo de media hora.

Bordeamos el lago Spitzingsee hasta llegar a Spitzingsattel. Mamá me pedía continuamente el mapa.

—¿Dónde estamos? —preguntaba.

Y yo se lo señalaba una y otra vez.

—Dios, qué lentos vamos —se quejaba—. El socorrista dijo que desde el Brecherspitz hay una vista maravillosa.

—¿Eso ha dicho el socorrista?

Si la vida fuera algo que pudiera negarse, entonces la escritura sería sin duda una negación, una de las negaciones más sutiles y engañosas de la vida. Aunque ésa, claro está, no es la razón que me llevó a abandonar la poesía, ni tampoco explica que mi obra *El enano y otros poemas* no fuera destruida, sino que sólo se perdiera. Se perdió entre viejos periódicos y revistas que, con toda probabilidad, nadie volvería a leer, y que sin embargo yo decidí guardar.

Creo que asumí a tiempo mi mediocridad. El profesor Hirschfeld se preguntaba si era preferible no llegar a convencerse jamás de la propia mediocridad, si no era mejor vivir pensando que aún se estaba a tiempo de crear una obra maestra.

Era mediocre como bailarín, como poeta y como filósofo, descaradamente malo como amante y, por supuesto, también mediocre como escritor. Mi decisión de contar la historia de cómo me quedé calvo nada tiene que ver con mi íntima esperanza de descubrir que tengo talento para algo, o, que Dios me perdone, descubrir en mí el

genio que me libere al fin de mi mediocridad, tal como aquel día el Brecherspitz pareció liberarse del Spitzingsee.

Tengo pocas esperanzas, así lo he decidido, porque la esperanza conduce al dolor y prolonga innecesariamente el sufrimiento.

El profesor Hirschfeld no tenía razón. Uno no debe vivir pensando que aún está a tiempo de crear una obra maestra.

Todo el mundo tiene derecho a acusarse a sí mismo, al menos una vez en la vida. Yo no renuncio a mis derechos.

En su día, escribí: «Oh, vosotros, lacayos hipócritas, servidores de la mediocridad en un palacio sin vida».

El señor Georgi leyó el verso y lo marcó con un signo de admiración.

—El signo de admiración significa que me ha gustado —aclaró.

Un signo de admiración para señalar un verso como ése es para echarse a reír; sí, es para partirse el pecho de risa. A mí, ese verso se me quedó clavado en la garganta como una espina de pescado. Yo soy el lacayo hipócrita, y, si antes creía que mi rey, mi señor y mi maestro se llamaba *amour fou*, luego me di de bruces con la realidad, bajo la intensa y horrible luz de una piscina. Soy un profesor particular, y mi señor y maestro se llama el aprobado; por él me arrodillo en el polvo, por él corro y vuelo, por él me echo unas gotas de *after shave* detrás de mis orejas coloradas.

Por la tarde llegamos al Untere Firstalm, a 1.318 metros de altitud. Yo estaba agotado, pero mamá tenía un aspecto radiante, a pesar de que se había quejado un par de veces de vértigo.

—No puedo mirar hacia abajo, Marek.

—Pues no mires —repliqué—. Eras tú quien quería subir montañas.

No había muchos excursionistas. Al principio nos topamos con un par de personas con perros, pero, a medida que nos alejábamos del Spitzingsee, fuimos viendo menos gente, hasta no ver a nadie más.

—¿Y si regresamos? —propuse—. Hemos alcanzado el Untere Firstalm, ya está bien por hoy.

—Quiero llegar al Brecherspitz —insistió mamá—. El socorrista me ha dicho que la vista desde allí es excepcional.

Tenía hambre y estaba sediento.

Bebimos agua helada de un arroyo.

—Aquí aún está todo limpio —comentó mamá.

Pero yo sólo vi nuestras manos enrojecidas por el agua fría.

—Regresemos al hotel, mamá —repetí por última vez. Pero ella siguió caminando.

Estaba empeñada en coronar el Brecherspitz.

Diez minutos después alcanzamos el Obere Firstalm, y media hora después llegamos al Freudenreichsattel.

—Ya queda poco —aseguró mamá.

Se apoyó contra un árbol. También ella jadeaba.

—Tu abuelo fue la tacañería en persona. A los criados les daba bocadillos de queso podrido para comer.

—¿Y tú no le dijiste nunca nada?

—Yo no lo sabía —replicó, y volvió a ponerse en marcha como si quisiera compensar en una sola jornada todos los días que había pasado tumbada en la cama o sentada en una silla.

—¿Y tu madre? —inquirí.

—Ella era aún más agarrada. Cuando tu abuelo murió, los criados no consiguieron ni queso podrido para sus bocadillos.

—De modo que en realidad procedes de una familia muy tacaña.

—Sí —contestó—. Y por eso creo que me casé con un hombre muy avaricioso, aunque eso fue un error.

Mamá subió la montaña triscando como una cabra, y yo fui tras ella.

El camino se estrechaba cada vez más. A la izquierda se alzaba la montaña, a la derecha se extendía el valle, y en algún lugar muy lejano se oía el murmullo del arroyo.

—¿Por qué quieres saber todo eso?

—Bueno, mientras caminamos podríamos aprovechar para hablar.

Caminar el uno al lado del otro era ya imposible.

—Ve tú delante —me dijo mamá.

Empezó a inquietarme que no consiguiéramos estar de vuelta antes de que anoheciera.

—¿No tienes hambre? —pregunté.

—No —repuso mamá—. Estoy bien.

Pero yo veía que se acercaba cada vez más al borde del camino, y se agarraba a las ramas de los árboles. Por otra parte, me pareció una mala señal que no nos hubiéramos cruzado con ningún otro excursionista en las últimas tres horas.

—¿Dónde estamos? —preguntó mamá.

Me detuve y saqué el mapa por enésima vez.

—Aquí —intenté orientarme—. Por aquí cerca, aunque no sé exactamente dónde.

¿Qué hora es?

Mamá miró su reloj.

—Son casi las dos.

El camino era cada vez más empinado, y el precipicio cada vez más profundo. Todo parecía más y más abrupto.

—Será mejor que bajemos por la ladera opuesta del Brecherspitz —intenté convencerla—. Así no estaremos tan lejos del Schliersee y podremos coger un taxi o un autobús.

—De acuerdo —cedió mamá.

En cada recodo me decía a mí mismo: por fin veremos la cima. Pero sólo veía más de lo mismo. Unos árboles y un camino que serpenteaba cuesta arriba. El murmullo del arroyo se oía cada vez más lejano, hasta que desapareció del todo.

—Agárrate bien, mamá. Esto resbala.

Miré hacia atrás. Mi madre sonreía. Vi en sus guantes unas manchas verdosas, del moho y las ramas húmedas a las que se agarraba.

Se había nublado. Las nubes me recordaron la nieve.

—Qué excursión más larga, ¿verdad? —dije, casi animado, y me acordé de cuando caminaba por Viena en cuclillas, y del enano en el que no me había convertido.

Vimos un cartel que anunciaba:

BRECHERSPITZ 0,5 KM

—Lo lograremos —aseguré—. Quinientos metros no es nada.

—Descansemos un poco —propuso mamá.

Se quitó los guantes y se sonó la nariz.

—Date prisa, deberíamos llegar a Schliersee antes de que anochezca, o al menos regresar al camino principal.

—Sí —asintió, como si le hubiera propuesto algo absurdo—. Qué silencio. —Y siguió—: En otros tiempos, a tu padre también le gustaba hacer excursiones por la montaña. —Se quedó pensativa—. Marek, cuando me muera...

—No digas eso, mamá. No te morirás, lo han dicho los médicos —dije alzando la voz, y oí el eco de mis palabras.

—Marek —repitió—, cuando yo me muera...

—¡Déjalo! —grité—. No quiero oírlo más, eres una morbosa. Llevas semanas obsesionada con tu muerte, no quiero saber nada más del asunto. Muérete, si quieres, pero no vuelvas a hablar de ello.

El eco sonaba más fuerte. Parecía el eco de un pozo.

Mi madre volvió a ponerse los guantes.

—Marek —insistió—. Prométeme que nunca intentarás averiguar la identidad de tu padre.

La voz de mi madre no produjo ningún eco. Hablaba en voz baja, y su voz era demasiado delicada para producir eco.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Nada —respondió—. Tenlo presente. Sigamos caminando.

—¿Qué quieres decir? —Esta vez mi voz sonó un poco más fuerte.

—Marek, no te hagas el despistado. Todo el mundo lo sabía, fue la comidilla de toda Viena. No te hagas el tonto.

Había manchas verdosas en sus guantes. Pensé que no se le quitarían nunca más. Lástima.

—¿Qué quieres decir con que no me haga el tonto? —grité—. Si tú has sido siempre quien ha jugado al despiste... Deja de destrozar me la vida.

Mamá siguió caminando.

Tiré de su abrigo. Ella se volvió hacia mí.

—¿No teníamos prisa? —preguntó.

—¿Qué has querido decir con eso? —grité de nuevo.

Nunca más he vuelto a oír un eco tan impresionante como el de aquel lugar, a quinientos metros del Brecherspitz.

—Está anocheciendo —dijo a modo de respuesta—. Hay que seguir.

Mi madre quiso darse la vuelta, pero yo volví a tirar de su abrigo.

—¡Deja de destrozar me la vida! —bramé—. ¡Déjalo ya, de una vez! ¡Basta!

La agarré del abrigo y la zarandeeé. La tela se desgarró.

El profesor Hirschfeld me aconseja escarbar en la memoria.

Así lo he hecho. Me he visto a mí mismo como un niño de ocho años, en la academia de baile; he visto a Milena y a Andrea; y a la señora Oertel, que me mira mientras yo me ofrezco a purificar templos; he visto a Max y a su madre. He escarbado en mi memoria más profunda, pero el profesor Hirschfeld no se ha dado por satisfecho.

Si tuviera que trazar un plano de mi memoria, dibujaría una ciudad con un centro claramente definido. En ese centro habría una gran plaza en la que desembocarían todas las calles. La plaza estaría a quinientos metros del Brecherspitz. A unos escasos diez kilómetros de la frontera austriaca.

Ahora debo hablar de los detalles, del territorio indefinido que media entre resbalar y empujar. ¿Dónde acaba un empujón y empieza un resbalón? En cualquier caso, el resultado neto de resbalar y empujar es idéntico: la caída.

Debería empezar con la risa de mamá.

Mamá se reía. Raras veces le había oído una risa tan sonora, tan alegre, tan feliz.

Mamá repetía:

—Lo sabía toda Viena. Fue la comidilla de toda Viena. No te hagas el tonto. Te lo he contado muchas veces, desde que eras un niño.

Eso era mentira. Y mamá se reía de todo aquello. Como si escuchara un buen chiste, como si lo que me insinuaba sólo fuera una broma muy graciosa.

Su risa acabó en un eco; carecía de la delicadeza de su voz, y a mí me pareció que todo el mundo se reía; que reían las montañas, y las nubes que amenazaban nieve, y los árboles pelados y las hojas en el suelo; el mundo entero se desternillaba de risa.

Yo no, yo no podía reírme. En aquel instante crucial, a quinientos metros del Brecherspitz, el sentido del humor me abandonó.

No lograba encontrarle la gracia al asunto. Debía de tenerla, pero yo no la veía.

Al parecer, el humor no es universal; lo que para uno es motivo de risa, para otro puede ser la razón para empujar.

Así fue. Mamá se reía, y yo le di un empujón. Puede que la levantara en el aire mientras se reía, como si fuera un bailarín. Mamá se reía de todo y de todo el mundo. El dios de la Venganza se partía el pecho de risa.

Ella estaba más allá de la vida y de los vivos, en una dimensión superior; pero, allí en lo alto, cerca del Brecherspitz, su superioridad falló un solo instante. ¿O acaso seguía siendo superior a los vivos, incluso cuando se precipitó montaña abajo? Puede que se riera porque sabía lo que iba a suceder, puede que quisiera que yo la empujara, que lo estuviera deseando... El profesor Hirschfeld no quiere ni oír hablar de esto último.

La versión oficial se limitó a una palabra: un resbalón.

Soy el único testigo y mi versión reza: un empujón. Reír y empujar. Aparté a mi madre de mí con todas mis fuerzas. Porque se reía. En un momento en que yo era incapaz de reírme.

Si una vez en el Untere Fristalm hubiéramos dado la vuelta, si mamá no se hubiera echado a reír en el Obere Firstalm, si yo no hubiera estado muerto de hambre, si también yo me hubiese echado a reír, si mamá hubiera sacado el tema en otro momento —antes o, mejor, nunca— y, sobre todo, si no se hubiera reído de aquella manera...

Entonces, ¿qué sucedió?

Me invadió una profunda calma, porque dejé de oír la risa de mamá. Ni sus gritos. Ni sus llantos. Se hizo el silencio a mi alrededor.

Miré hacia abajo, pero no vi nada. En realidad, vi los árboles pelados, las hojas y los arbustos. Eso fue todo lo que vi.

El profesor Hirschfeld quiere saber qué pensé en aquel momento, pero yo no pensaba en nada.

Pensé: tengo que mirar el mapa. Y eso hice.

Luego eché a correr, si es que se puede correr en un camino como aquél.

Corrí los últimos quinientos metros cuesta arriba, y luego cuesta abajo. Corría, tropezaba, y seguía corriendo. Sin cansarme, sin sentir punzadas en el costado, y sin pensar. Sólo corría.

Un cuerpo que corre, eso es todo lo que yo era. Puede que fuera feliz mientras descendía el Brecherspitz corriendo. Me caí y seguí corriendo, ni siquiera noté que me rasgaba los pantalones, que me hería. No noté nada. Sólo corría.

Al fin, llegué a Neuhaus, un pueblo cerca del Schliersee.

Crucé las calles de Neuhaus corriendo, estaba oscureciendo. Agité los brazos y grité: «¡Una emergencia!». Lo mismo que había gritado el día en que entré en la tienda del señor Hobmeier.

Hasta que la gente se dignó escucharme.

—¡Mamá se ha caído! —grité.

De modo que no estaba loco. No dije: «Han empujado a mamá». Dije: «Mamá se ha caído», lo que no dejaba de ser verdad. Sea cual fuere la versión que demos por buena, la oficial o la del testigo, el resultado neto no varía: mamá se precipitó montaña abajo.

El resto del día transcurrió como en un sueño.

Me hicieron señalar en el mapa el lugar del accidente.

—Aquí, más o menos —localicé.

Todos me trataron con amabilidad y admiraron mi calma y mi capacidad de leer el mapa en mi estado.

Me llevaron al pie de la montaña en un minibús. Allí esperé, en compañía de un agente de policía, que me dijo:

—No deberíais haber subido el Brecherspitz en esta época del año. En fin, esperemos lo mejor.

Mamá fue una estrella, pero sin una verdadera profesión. Muy pocos la vieron relucir, y menos aún supieron que su profesión fue despertar el deseo en los demás.

Es una profesión peligrosa, más peligrosa que la de cantante de ópera o la de escritor. Y sin embargo, cuando pienso en cómo mamá irrumpía en la floristería de Rolf Szlapka y en cómo la gente se quedaba de una pieza ante su mera presencia, me pregunto si el mundo debería haber apreciado más su arte. Un arte que consistía en hacer promesas, en decir verdades a medias, en vivir intrigas... En ese juego, yo deseaba que mamá me amara, y más aún, deseaba liberarla de su altivez, de su desdicha. Ella vivía para despertar el deseo en los demás, como otras personas viven para sus hijos o para hacerse millonarios. Y nunca quiso ir más allá de ese deseo.

Tardaron un rato en encontrar a mamá. La siguieron buscando cuando oscureció, y aún tardé mucho en volver a verla, pero antes ya me habían advertido que mamá no volvería a reírse nunca más de esa manera tan horrible.

Me dieron a beber coñac y me acompañaron en un furgón de policía al hotel

Arabella Sheraton de los Alpes, donde ya estaban al corriente de lo sucedido. Me dieron también una pastilla para dormir, así de amable fue todo el mundo conmigo. Me habían dejado un merengue sobre la almohada de la cama, un merengue rosa.

Había arrojado a mamá al vacío, y el hotel Arabella Sheraton de los Alpes me dejaba un merengue rosa sobre la almohada.

Entendimiento, te desafío. Desciende, grita todo lo que quieras, prueba suerte con la inmortalidad... Yo acepto cuanto digas.

Al día siguiente me preguntaron por qué estaba desgarrada la tela del abrigo de mamá. Les expliqué que se produjo en mi intento de retenerla, pero que se me escapó; como mis dedos estaban fríos y húmedos, el abrigo se me escurrió de las manos. Mi versión era tan creíble, tan verosímil, tan fácil de comprender, que no siguieron con el interrogatorio.

Ese mismo día llegó de Viena toda mi familia, la criada incluida.

Todos me consolaron. Fui el centro de atención. Me hicieron relatar lo sucedido una y otra vez. Insistí en que mamá se empeñó en ir al Brecherspitz. Incluso le preguntaron al socorrista si era verdad que le había aconsejado a mi madre la vista desde la cima del Brecherspitz.

—Sí —contestó el hombre—, es verdad. Pero conste que le advertí que era mejor que subiera en verano o en primavera.

Y mi familia comentó:

—Típico de mamá.

Todas mis declaraciones cuadraban, todo lo que dije era verdad; sólo modifiqué un par de detalles nimios, hasta que dejé de ser consciente de ello, hasta que mi versión de la realidad se convirtió en la única realidad.

Mi versión se convirtió en la única versión. Para los demás, mi mentira íntima era la verdad.

Nuestro médico de Viena añadió:

—No es de extrañar que sufra pesadillas, cualquier persona en su estado las sufriría.

Cómo me quedé calvo

Este manuscrito se oculta tras una inocente palabra: «novela».

Esta novela no pretende modificar la versión oficial; a nadie le interesa eso. Ni a mis hermanos ni a papá, y las autoridades tienen otros asuntos de los que ocuparse.

Quien lea esto me acusará, en el mejor de los casos, de poseer una imaginación desmedida, y, en el peor, de ser un enfermo mental. Quien quiera encontrarme que busque bajo la «f» de ficción, donde rigen otras leyes y otras normas, donde no existen versiones oficiales. A lo sumo, un papel en cuyo margen el autor anota algunas correcciones de última hora.

¿Qué sientes cuando tu mentira se convierte en la verdad para el resto del mundo, una verdad que incluso sale publicada en la prensa?

No sientes nada.

Al principio cierto desasosiego, pero eso no dura mucho tiempo.

Si mi mentira se ha convertido en la verdad de los demás, una verdad que ellos sienten, ven, oyen y que les hace llorar, ¿qué sucede entonces con lo que yo vi, sentí y oí? ¿Qué lugar ocupan mis lágrimas?

Es más fácil librarse del desasosiego que de un inofensivo ratón de campo.

Mi inmortalidad está ahora en manos del profesor Hirschfeld y sus investigaciones. ¿Quién no reconoce en ello la mano del dios de la Venganza? En el castigo de aquellos que carecen de talento, en la investigación de los sueños de criminales del profesor Hirschfeld. Si viviera suficientes años, el profesor podría reunir los sueños de todas las personas sin talento hasta llegar a la desconcertante conclusión de que la falta de talento es un hecho criminal en sí.

Es el momento de regresar a Mica y a mi calva. Por fin. Aquí quería llegar yo desde el principio. Pero los asuntos secundarios se tornaron principales, y a la inversa. Mica, que fue tan buena de esperarme en la coctelería Las Cuatro Rosas, a pesar de llegar una hora tarde por no atreverme a anular mi cita con Max... Mica, que me miraba en silencio, y yo esperaba a que ella empezara a hablar y me dijera qué hacer con la maleta con la ropa de mamá... ¿Qué podía yo decir que ella no supiera?

En nuestro tercer encuentro, Mica se puso a tocar el acordeón y a beber vodka. Esta vez no llevaba peluca, y yo recordé cuando mamá disparó a la lámpara de araña con su elegante arma y papá ordenó: «Seguid comiendo, chicos, no miréis».

A mamá le temblaban las manos, como a mí. Sin embargo, no le temblaron cuando disparó a la lámpara de araña. Mi madre era una mujer elegante a quien le gustaban las armas elegantes, y recuerdo que aquella noche me senté junto a su cama. Las cortinas estaban corridas.

—Marek —me dijo—. Esas pastillas hacen fallar el tiro.

—¿Qué pastillas?

—Las pastillas que tomo para controlar las emociones. El único efecto que he notado es que ahora tiemblo por dentro. Me tiemblan los riñones, los pulmones, el hígado, el útero... Todo me tiembla. ¿No notas como tiembla todo?

—No —repuse.

—Mica, ¿qué quieres de mí? —pregunté, y me acordé de que tiempo atrás una Dancing Queen de Luxemburgo me había hecho una pregunta parecida.

—Te he esperado durante una hora —contestó.

—Doy clases particulares, no he podido anular la clase —me disculpé.

—No quiero nada de ti —replicó, y sopesó sus palabras—. Sentía curiosidad, eso es todo.

—¿Qué hago con la maleta?

Mica se humedeció los labios con la lengua. No fue un gesto provocativo, sino algo que solía hacer cuando reflexionaba.

—Otto trabaja en una tintorería y tenía unas cuantas prendas de tu madre.

—Pues se ha quedado con ellas mucho tiempo —comenté.

—Otto es un hombre sentimental —respondió Mica.

Como la vez anterior, la mujer con las moscas en las orejas estaba detrás de la barra.

—¿Y tú? —pregunté.

—Yo no —replicó—. A mí los sentimientos ya no me pueden. —Y añadió—: Justo después de la guerra, Otto montó una tintorería en un sótano, y más adelante amplió el negocio con la limpieza química. ¿Te imaginas, Marek? Tú no lo conociste cuando tenía dieciocho años, pero es un milagro que haya llegado tan lejos. Cuando vino a Viena, no hablaba más de dos palabras de alemán.

—Siempre hay demanda de ropa limpia —afirmé.

Eso es lo que Mica me contó en la coctelería Las Cuatro Rosas, mientras yo miraba su acordeón y su rostro, y, sobre todo, la escuchaba. Su voz me tranquilizó, me acunó. Me habría dormido a su lado, con la cabeza en su regazo, sin importar qué dijera: sólo quería que siguiera hablando.

—¿Cómo conociste a Otto? —pregunté.

—Soy su hermana —explicó Mica—. Vinimos juntos de Odessa, juntos

montamos la tintorería, pero más adelante yo le vendí mi parte del negocio. La limpieza química me aburría. Luego me dediqué a tocar el acordeón y a beber aguardiente. —Se echó a reír, como si acabara de contar un chiste genial. Una jugada maestra. Como si hubiera sido más lista que nadie al decidirse a tocar el acordeón y beber aguardiente—. ¿Alguna otra pregunta?

Negué con la cabeza.

No quería saber más. Ya sabía demasiado.

Al poco, llegó Otto. Quizá fuera un cliente asiduo de la coctelería porque Mica actuaba.

Su aspecto era el mismo que la vez anterior. Un hombre menudo, cargado de joyas, que caminaba encorvado. Se sentó al lado de Mica.

De nuevo me llamó la atención su broche, un avión con diamantes en la cola.

—Qué mujer —comentó Otto cuando Mica fue al lavabo—. Y qué suerte que no tenga hijos, no habrían sobrevivido.

La señora con las moscas en las orejas le sirvió una copa a Otto.

—Lo descubrí demasiado tarde —continuó Otto—. Creo que esculpir y modelar el barro es mi segunda carrera; la tercera, si puede considerarse como tal, consiste en alquilar habitaciones.

Otto se echó a reír. De su bolsillo sacó un papel y añadió:

—Toma esta invitación para mi exposición. Pásate cuando quieras a echar un vistazo.

—Gracias —contesté, y me guardé la invitación en el bolsillo de mi chaqueta.

—Alguien debería escribir un libro sobre Mica —siguió—. Yo no sé escribir, sólo sé hacer esculturas. Mica es maravillosa, pero qué bendición que no haya traído hijos al mundo.

Se atragantó y le dio un ataque de tos. Mica regresó a la mesa y preguntó:

—¿Ha vuelto a decir que soy maravillosa?

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Ha traído hijos al mundo?

Otto apuró la copa y la depositó con un golpe encima de la mesa.

Miró a Mica, pero Mica estaba ocupada con su acordeón.

Entonces se puso de pie.

—Ven a mi exposición, habrá música y copas.

Otto puso un segundo la mano sobre mi espalda, le dijo algo a Mica que no entendí y abandonó Las Cuatro Rosas.

—Es un sentimental —observó Mica después de irse Otto—. Aunque no le gusta aparentarlo. Cuando tiene ganas de llorar, se encierra en el lavabo. Le apetecía verte, aunque sólo fuera un instante. Le picaba la curiosidad.

Miré a Mica y dije:

—¿Son bonitas sus esculturas?

Ella se encogió de hombros.

El concepto de consanguinidad no tenía por qué significar nada, ni más ni menos que un merengue rosa sobre la almohada de una habitación en el hotel Arabella Sheraton de los Alpes.

Uno puede cambiarlo todo: el pasaporte, el color de pelo, la ropa, el nombre, la religión, el oficio, hasta el color de los ojos. Pero ¿cómo librarse de la memoria?

—Dentro de dos semanas serás feliz —aseguró Mica, y le hizo unas señas a la camarera de las moscas.

¿Quién no quiere ser feliz dentro de dos semanas? Quizá por eso no quise preguntarle cómo estaba tan segura de ello, ni a qué se refería, ni por qué dos semanas. La felicidad se me antojaba una boa constrictor, aunque también yo habría deseado ser estrangulado alguna vez por ese bicho delicioso. Papá no supo reconocer la boa constrictor a tiempo; siempre pensó que la belleza de mamá era lo que sumía a la gente en la desgracia.

Lo curioso es que Mica llevaba razón. Sin embargo, no fui consciente de ello hasta que superé la desgracia. Puede que mamá tuviera razón, y la felicidad no se lleve bien con el presente.

Aquella noche, Mica me llevó a su casa. Tenía una casa bonita, un remanente de la limpieza química en Viena. La mujer había bebido demasiado; se me echó encima y me rogó:

—Hazme más preguntas. Me encantan las preguntas.

Hablamos de Otto y de mamá, y de las razones por las que tantos hombres habían amado o creído amar a mi madre. A juicio de Mica, el rasgo más destacable de mamá era su forma de estar ausente. Eso era lo que la hacía atractiva e irresistible.

Mamá nunca rompía sus promesas, porque no recordaba lo que había prometido.

Pero todo esto son teorías mías que tal vez no tengan otro objetivo que aliviar el dolor; un objetivo que con frecuencia tienen las teorías.

Esa misma noche, al encontrarme solo con Mica, sin más ropa que mis calcetines de media y mis calzoncillos, fui consciente de lo irónico que resultaba encontrarme desnudo ante una mujer que cojeaba y que había hecho fortuna con la limpieza química. Pensé que sería mejor contárselo todo. No podía volver a soltar la perorata sobre la purificación de los templos.

—Mica, antes de que sigamos... —empecé, y me detuve; buscaba las palabras adecuadas.

Mica también bebía vodka en casa. De repente recordé que, en una ocasión, el

señor Georgi me había advertido: «Entre las piernas de una mujer crece una rosa que hay que saber recoger». Y al pronunciar esas palabras había puesto una cara muy seria. El señor Georgi solía quedarse serio.

Mica estaba sentada en el sofá, en camisón. Un rato antes me había preguntado:

—¿Te importa que me ponga el camisón? Así estoy más cómoda para charlar.

—Por supuesto que no me importa —contesté.

Me quité los calcetines. Quedaba mejor sin calcetines.

—Hubo una mujer. Una mujer joven, una Dancing Queen. Cuando la conocí me hallaba en plena búsqueda del *amour fou*. Creía que la humanidad aspiraba al *amour fou*, que el *amour fou* era lo único que uno podía ambicionar, ¿entiendes?

Mica asintió con la cabeza. Basta beber suficiente vodka para que uno lo entienda todo, aunque no descarto que lo entendiera de verdad.

—El *amour fou* —masculló Mica—, claro. ¿Hay algo más en la vida?

Mis calcetines de media azules estaban en el sofá, al lado de Mica.

—¿Por dónde iba? —intenté recordar.

—Por la Dancing Queen.

—La Dancing Queen, sí. Yo creía que ella era la reencarnación del *amour fou*, y puede que así fuera; pero, a lo que iba... Ella me alertó sobre una minusvalía que sufro, y de la que yo no había sido consciente hasta aquel momento.

Los ojos de Mica se volvieron más grandes.

—Una minusvalía. Oh, no...

E hizo un movimiento con el dedo.

—No es eso —me apresuré a aclarar—. Todo funciona bien, pero el resultado es, ¿cómo lo diría?, el resultado es mínimo. Es medio meñique.

—Medio meñique —repitió Mica—. Joder...

—Tres cuartos de meñique, si lo miras con indulgencia.

Entonces Mica se echó a reír. Se dobló hacia delante sobre su muslo.

—¡Tres cuartos de meñique! —exclamó, entre risas.

Le conté que por eso, durante una época, quise ir por la vida como un enano, porque me creía un enano que había ido a parar a un cuerpo equivocado. Le conté también que había caminado en cuclillas por el centro de Viena para convertirme en el enano que estaba destinado a ser.

Mica soltaba unas carcajadas cada vez más sonoras.

—Es divertidísimo. Tengo que contárselo a Otto; le encantan este tipo de historias.

Se lo conté todo, todo, de principio a fin. Ni siquiera le oculté mi visita a la consulta del doctor Ahorn. Al final, me encontré desnudo frente a Mica.

Ella me pasó la mano por el pelo y dijo:

—Tengo algo para ti, son remedios homeopáticos. No es que sean baratos, pero te garantizo que funcionan.

En ese preciso momento, Mica me liberó de mi pasado. Me dijo que no debía temer a la falta de talento ni al medio dedo meñique; y yo la creí, porque supo hacerme feliz.

Desde entonces, asocio mi pasado con esa inocente palabra: «novela». Mi pasado no pertenece más a la realidad, ha dejado de ser exclusivamente mío. Me he convertido en alguien conocido, tal como lo fue mamá en su día, y además tengo ese mismo aire ausente que ella poseía.

Mica me liberó también de mi pelo, aunque esto último es una liberación menor.

El todopoderoso dios de la Venganza había jugado su última carta.

Los remedios homeopáticos que Mica me vendió por una suma considerable de dinero, con el propósito de aumentar mi aparato, no tuvieron ningún efecto. Pero eso es lo de menos. A decir verdad, yo ya había abandonado toda esperanza de tener un gran aparato, lo mismo que sabía que nunca llegaría a ser un gran poeta. Me había resignado a lo inexorable: no ganaría premios literarios, y mi pene sería el de un enano.

Lo intenté todo, porque nunca se sabe. Y jamás me ha abandonado la esperanza de encontrar, al fin, el *amour fou*.

Resultó que los medicamentos de Mica tenían un efecto secundario que no mencionaban en la caja ni en el prospecto. Más adelante, Mica me juró que no lo sabía; conocía a otros hombres que lo habían tomado, y les había crecido lo de abajo como un repollo, sin padecer ningún efecto secundario.

Aquellos medicamentos, que de homeopáticos no tenían nada, me liberaron de mi pelo.

Primero, llegaron los picores en la cabeza. Unos picores cada vez más fuertes. Al poco, me invadió una tormenta de caspa. Tuve que ponerme sombreros.

En aquel momento no relacioné aquellos fenómenos con las pastillas que me había vendido Mica, que debía tomar tres veces al día. Había cambiado de champú, y pensé que ésa era la razón de mis problemas.

Después empezó a caérseme el pelo. Enseguida dejé de tomar los medicamentos homeopáticos, pero ya era tarde. La alopecia siguió su curso, imparable.

Una investigación de laboratorio ha confirmado que probablemente las pastillas de Mica fueron las causantes de aquellos estragos en mi cuero cabelludo. La empresa que fabrica esos medicamentos ha cerrado, y los abogados me han convencido de que es inútil querellarse. «Es tirar el dinero, señor Van der Jagt», me dicen todos.

Ahora bien: ¿qué es una calva cuando has sido feliz? Aunque la felicidad fue breve y no fui consciente de ella hasta que pasó de largo.

También con el pelo puedes aplicar el siguiente principio: está bien si lo tienes, y si no, siempre te queda el Himbeergeist y otros aguardientes.

Cuanto más amaba a Mica, más pelo perdía.

Si el cuerpo de Mica fuera una mina, que lo era a juicio de muchos —Eleonore hasta lo llamaba «ciudad bombardeada»—, para mí era una ruina en la que podía perderme días y semanas enteras, una ruina de la que no quería salir, el lugar donde deseaba ser enterrado. Así fue como me enganché a Mica, hasta el extremo de quedarme sin nada.

Mi cuero cabelludo se negó a quedarse conmigo. Se me caía el pelo junto con la caspa. Como si a la boa constrictor de la felicidad no le bastara con estrangularme y también quisiera engullir la capucha de mi cerebro.

El amor es una guerra de muchos frentes. Uno de los frentes fue mi cuero cabelludo.

—Dentro de dos semanas serás feliz —me había anunciado Mica.

¿Cómo iba yo a dudar de sus palabras?

Cómo me quedé calvo podría haberse llamado *La historia de un talento desaprovechado* o, mejor aún, de *un talento inexistente*. No habría quedado mal titularla: *La historia de mi mediocridad*, pero ¿qué era lo que decía mamá? No quieras trazar un plano de la ciudad en la oscuridad.

De todas mis ausencias, la menor era la de mi pelo, y por eso opté por ella.

Con todo, no creo que el hecho de que Mica trajera a mi vida el *amour fou* —cosa que yo jamás habría imaginado— sea una recompensa por mis esfuerzos, o un acto de justicia. El *amour fou* no fue una Dancing Queen luxemburguesa, sino una señora mayor que me vendió unos medicamentos homeopáticos para aumentar el tamaño de la espina de pescado que colgaba entre mis piernas.

Es una equivocación pensar que la humanidad aspira a la humanidad. Tampoco aspira al *amour fou*, aunque eso no es tan grave. Sin embargo, la mayor equivocación es pensar que el *amour fou* conduce a la felicidad. Me apresuro a afirmar que con ello no pretendo renegar del *amour fou*. Al parecer, existe un amor que no conduce a la felicidad, que no tiene nada que ver con ella, pero que vale la pena. No descarto que mamá renegara de la felicidad porque se sentía agobiada, o simplemente porque le había decepcionado. En cierta ocasión, mamá comentó a propósito de un buen bailarín: «Baila como un pudín de frambuesas; es una pena que nadie lo vea». Puede que para mamá la felicidad fuera eso, un bailarín que baila como un pudín de frambuesas, o un domingo de barbacoa, o una excursión por la montaña, o un menú de cuatro platos servido por la criada o tres hijos afortunados.

Nunca sabré qué tipo de cosas conmovieron a mamá, pero sospecho que la felicidad la decepcionó mucho más que la belleza, y que era eso a lo que papá se refería cuando sostenía que la belleza de mamá sumía a la gente en la desgracia.

Los estragos que mi madre causó, o que otros cometieron por su culpa, no tenían nada que ver con la maldad ni con la indiferencia. Nacían de un deseo visceral por algo que yo he definido como el *amour fou*.

Que esto no sirva de disculpa, no quiero disculparla, ni a ella ni a mí mismo. El profesor Hirschfeld suele afirmar: «La ciencia nada tiene que ver con las disculpas, la ciencia realiza predicciones fiables».

Un mes y medio después de que Mica viera mi pene por primera vez, fui a visitar al profesor Hirschfeld. Justo antes de irme, el profesor me confesó que iba a abandonar definitivamente su búsqueda del conocimiento, y desde entonces dormiría hasta tarde.

Al poco, me lo encontré una noche cerca de la Westbahnhof. Iba acompañado de una mujer de pinta dudosa, incluso para la Westbahnhof.

—Marek, ¡qué sorpresa! ¿Cómo estás? Te presento a Irina.

Estreché la mano, pegajosa, de la mujer.

El profesor Hirschfeld sacó de su bolsillo una barra de chocolate y cortó una pastilla.

—Toma —me ofreció.

No me atreví a rechazarla.

Hablamos de la universidad, de las carpetas de anillas con los resúmenes, de los estudiantes, pero era obvio que la Westbahnhof era más interesante.

—¿Qué le trae por aquí? —pregunté.

—Éste es mi territorio —dijo mirando a su alrededor.

No me atreví a sacar el tema de sus investigaciones.

—¿Y ahora qué? —pregunté, como un colegial que al fin conoce a su ídolo—. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Qué espera que ocurra?

—¿De qué?

Vacilé.

—De la vida.

Hirschfeld miró a su alrededor. Irina le cogió la mano, y así siguieron, como en el patio del colegio.

—Que siga un tiempo más y después se detenga. ¿Y tú?

—Yo también —afirmé, y me marché.

—¡Nada de besos! —exclamó el profesor Hirschfeld—. Ha sido bonito pero no quiero ningún bis.

Poco después de mi último encuentro con el profesor Hirschfeld, le pregunté a papá si sabía quién era mi padre. Se lo pregunté con mucho tacto, durante la cena. Eleonore estaba de gira por África, donde las señoras mayores también querían saber cómo hacerse ricas.

Entretanto, papá se había resignado a mi calva, tal como en su día había aceptado el hecho de que fuera por la vida en cucullas.

Me miró durante largo rato, como si al fin lograra sorprenderle. ¿O acaso había quebrantado alguna de sus normas? Sigo sin saber si siseó «jodido de mierda» o «judío de mierda».

Son nimiedades.

Quién sabe. ¿Quién decide dónde acaba un empujón y dónde empieza un

resbalón?

Qué más da cuando el resultado es el mismo.

Por lo demás, todo sigue igual. Y así seguirá.

Doy clases particulares. Ya no a Max, sino a otros. Estoy muy solicitado, como profesor particular, se entiende.

Me he reconciliado con mis ausencias. En la práctica, se reduce a lo siguiente. Me digo a mí mismo: «Marek, dentro de dos semanas serás feliz». Entonces me pongo a contar hasta que han pasado las dos semanas. Y luego vuelvo a decirme a mí mismo: «Marek, dentro de dos semanas serás feliz, dentro de dos semanas la boa constrictor de la felicidad te apretará la garganta». Ésa es mi rutina.

A menudo pienso en mamá y en sus intentos de escapar de la vida, lo que quizá sea una forma de belleza.

Los escritores saben que van a ser leídos. Aunque sólo sea por un par de personas o, en el peor de los casos, por su corrector.

Yo no podía ni quería contar con lectores. No quería otro *amour fou*. Sin embargo, traté de representarme a un lector; hay que tratar de imaginar al menos uno, pues de lo contrario la escritura se vuelve un acto solitario. Primero pensé en Mica, pero ella me abandonó por otro; quizá la combinación de la calva y el medio meñique fuera demasiado para ella. Más tarde pensé en Otto, pero Mica ya le había contado la mayoría de mis historias. Al final me quedé con el profesor Hirschfeld. Puede que su búsqueda del conocimiento fuera una manifestación del *amour fou*, aunque ésta había terminado en la Westbahnhof.

Por más ausencias que tuviera —la ausencia de mamá y de Mica, la ausencia de talento, la ausencia de pelo—, si depositaba el fajo de papeles en las narices del profesor Hirschfeld, lo leyera éste o no, podría alzar la vista hacia el dios de la Venganza y exclamar: ¡Ajá!

Quiero contar una última cosa.

Max acabó ingiriendo todo el contenido del botiquín. Con mi ayuda.

El primer muerto es un mal trago, luego todo es más fácil.

Durante el entierro, fui presentado como «el profesor particular de Max», y la señora Blumenthal me abrazó con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca más.

—Desearía irme con Max. Pero ¿quién me asegura que hay vida bajo tierra? —se lamentó.

Me di la vuelta.

Cuando no has encontrado nada que dé sentido a tu vida, debes buscar algo que

justifique tu muerte. Lo encontraré, estoy seguro.

Este verano regresaré solo a Schliersee. Caminaré. Pienso tomar el tren hacia Bayrischzell. Cerca de la estación hay una pizzería donde hacen unas pizzas excelentes. Bayrischzell es el fin del mundo, más allá no hay nada, montañas y más montañas, y, por último, Austria.



ARNON GRUNBERG nació en Amsterdam en 1967 y en la actualidad vive en Nueva York. Escritor de talento y ya reconocido en el mundo de las letras europeas, con su primera novela, *Lunes azules*, ganó el prestigioso Premio Anton Watcher, y con la segunda, *Dolor de fantasma*, el Premio AKO (el equivalente holandés del Goncourt). Grunberg revolucionó la vida literaria holandesa precisamente con *Cómo me quedé calvo*, una de sus novelas más sorprendentes y divertidas. No sólo decidió publicarla bajo el pseudónimo de Marek van der Jagt, sino que se «inventó» para este autor una detallada biografía; todo se complicó cuando se dispararon las ventas de *Cómo me quedé calvo* y, convertida en un fenómeno literario, empezó a ganar premios y a traducirse en el mundo entero. Al final, Grunberg reconoció, regocijado, su autoría.